La búsqueda del Santo Grial

Alianza editorial

La búsqueda del Santo Grial

Traducción e introducción de Carlos Alvar

Alianza editorial

Índice

Introducción

De todos los textos medievales que hablan del rey Arturo, de la reina Ginebra y de los caballeros de la Mesa Redonda, es –sin duda– el *Ciclo de la Vulgata* el que tuvo mayor éxito. Esta recopilación, también denominada *Ciclo del Lanzarote-Grial* y *Ciclo de Pseudo-Map,* constituye el hito más importante de la literatura artúrica en prosa.

El tema de esta recopilación no es otro que la historia de Lanzarote, considerado por sus hazañas el mejor caballero del mundo. Él parece ser el destinado a alcanzar el Santo Grial, pero su adulterio con la reina Ginebra lo apartará definitivamente de este triunfo. No obstante, Dios le va a conceder que sea su hijo Galaz quien logre llevar a término la más excelsa de las aventuras.

La última parte de la recopilación, *La muerte del rey Arturo,* se ocupa del castigo de Lanzarote y Ginebra: sus amores serán la causa del enfrentamiento y muerte de los compañeros de la Mesa Redonda. Así termina la Edad de Oro de la Caballería andante. Tales serían las líneas generales del ciclo, que no presentan grandes complicaciones; sin embargo, es difícil seguir las directrices cuando se está leyendo la *Vulgata,* pues hay una auténtica selva de acciones entrecruzadas: todos los personajes, todos los caballeros de la Mesa Redonda tienen vida propia y actúan de forma independiente, aunque perfectamente coordinados.

La *Vulgata* es de una extraordinaria longitud. Consta de cinco partes, que muestran los núcleos que la fueron formando: *Estoire du Graal (Historia del Grial), Merlín* (y su continuación; Siruela, Lecturas Medievales, 381), *Lancelot du Lac (Lanzarote del Lago;* Alianza Editorial, 2020), *La Queste du Saint Graal (La búsqueda del Santo Grial)* y *La Morte li roi Artu (La muerte del rey Arturo;* Alianza Editorial, Alianza Tres, 61). De las cinco partes, las tres últimas son las que han logrado mayor fama: han sido publicadas numerosísimas veces de forma independiente del resto del ciclo, recibiendo el título de *Lancelot en prose (Lanzarote en prosa)*.

Una de las partes más originales del ciclo es la que ocupa el cuarto lugar, con el título de *La búsqueda del Santo Grial,* y cuyo asunto es el de la búsqueda de un objeto maravilloso capaz de saciar con los mejores manjares el hambre de los compañeros de la Mesa Redonda. Antes de que concluya esta aventura, con el hallazgo del objeto, se sucederán todo tipo de prodigios, y sólo tres caballeros podrán gozar de la contemplación momentánea del Vaso: Boores, Perceval y Galaz.

Lo más importante es –sin duda– que *La búsqueda* rompe con la tradición anterior para convertirse en una novela de simbología mística, pues no se trata de la búsqueda de un objeto terrenal, sino espiritual: en efecto, sólo llegarán a la meta aquellos caballeros que han emprendido la «Aventura» debidamente confesados, con el alma limpia de todo pecado, y con los más puros pensamientos.

Como es norma feudal, el rey Arturo está reunido con sus caballeros en torno a la Mesa Redonda el día de Pentecostés. Queda un asiento libre, que será ocupado por Galaz. Al comenzar la cena aparece el Santo Grial, que colma de manjares a los comensales, saciándolos con los más extraordinarios alimentos. Es la señal para salir en su búsqueda: en la corte sólo queda el rey Arturo, apesadumbrado porque sabe que muchos de los que ahora parten no regresarán. Galaz, Perceval y Boores consiguen llegar al castillo del rey Pelés, gracias a que siempre han vivido en la castidad. En el castillo del rey, asisten a la misa celebrada por Josofes, hijo de José de Arimatea y primer obispo de la Cristiandad, que desciende del Cielo para el Sacrificio. En el momento de la Consagración, Jesucristo sale del Grial y da de comulgar a Josofes y a los caballeros elegidos. Al lado de ellos, unos ángeles sostienen la lanza de Longinos, que aún gotea sangre.

Tras esta escena, Galaz, Perceval y Boores embarcan en la nave que construyó Salomón, y llegan a Sarraz, donde presencian los más elevados secretos del Santo Grial. Galaz muere en éxtasis; Perceval se retira de la vida mundana y muere un año más tarde; Boores regresa a la corte para contar

lo ocurrido. El rey Arturo ordena que sus clérigos anoten todo fielmente y lo recojan en un libro que se guardará en las bibliotecas de Salesbieres (Salisbury) para memoria y ejemplo de todos.

No es necesario señalar el evidente paralelismo de *La búsqueda* con distintos momentos de la vida de Jesús: la asamblea de los caballeros el día de Pentecostés, la aparición del Santo Grial y la partida de los compañeros, tienen una clara analogía con la llegada del Espíritu Santo y la marcha de los Apóstoles que recorrerán el mundo. El Asiento Peligroso, vacío en la Mesa Redonda, es –posiblemente– el lugar que debería haber ocupado Judas.

El simbolismo queda claro en Galaz («puro entre los puros»), cuya vida sigue la de Jesús: es esperado por todos desde hace siglos como el salvador que dará fin a las aventuras más extrañas. Por si fuera poco, este carácter simbólico queda subrayado de forma notable con frecuentes interpretaciones alegóricas que, por lo general, nos llevan a una visión cisterciense del mundo: el triunfo final de *La búsqueda* sólo se producirá en el momento en que el caballero escogido desee conocer los secretos de Nuestro Señor y sea asistido por la divina gracia. En definitiva, es la doctrina de Bernardo de Claraval la que guía al autor: sólo la humildad nos impulsa hacia Dios; el orgullo es el peor enemigo del hombre; hay que amar a Dios sin esperar recompensas y sólo si Dios quiere puede llegar la unión espiritual anhelada por los místicos.

Para adecuar la materia tradicional al espíritu del Císter, el autor ha tenido que sacrificar numerosos detalles y –lo que es más importante– ha caracterizado a los héroes de acuerdo con una idea religiosa: a la llamada del Santo Grial acuden unos caballeros sin preocuparse por sus almas; el orgullo y la soberbia les perderán: tal es el caso de Galván, condenado por su apego a los bienes terrenales. Otros, se han arrepentido de sus pecados a tiempo; entre éstos destaca Lanzarote, que libra una dura batalla por su amor a la reina Ginebra; su mayor deseo es conseguir la paz interna; al confesar –tras numerosas ambigüedades– sus relaciones adúlteras, le brotan lágrimas de auténtico arrepentimiento. Su confianza en Dios se ve

premiada con un brevísimo éxtasis en el que puede contemplar el Santo Grial, pero sus antiguos pecados le impiden disfrutar de la plenitud de esta visión.

Por último, volviendo a las doctrinas de San Bernardo, podemos comprender por qué son tres los elegidos: Boores representa la ascética; su triunfo final viene marcado por un largo camino de sacrificios y privaciones. Perceval está imbuido de gracia ya desde el principio; su salvación depende en gran manera de la ayuda divina: no son las mortificaciones las que le hacen salir airoso ante la tentación, sino la mano de Dios, que le protege en última instancia; Perceval triunfa gracias a su cándida inocencia. Pero de todos, Galaz es el más significativo: en él se juntan un profundo ascetismo y la gracia divina; la fusión de estos dos elementos va a hacer de Galaz el modelo de santidad que todo buen caballero debe imitar; él mismo –a su vez– es el reflejo de Jesucristo, no tiene que sufrir tentaciones, no hay obstáculos que impidan el deseo divino. Su presencia en *La búsqueda* se debe –sobre todo– a los demás: es el ejemplo vivo de lo que los compañeros de la Mesa Redonda deberían hacer.

A pesar del influjo cisterciense y de la simbología cristiana, no se debe pensar que el autor de *La búsqueda* pretendía llevar a cabo una obra propagandística; simplemente, procuró ver la tradición desde otro punto de vista, y lo consiguió de forma magistral.

El éxito que tuvo la obra en Francia traspasó con relativa rapidez los Pirineos: en toda la Península se pueden rastrear huellas de *La búsqueda,* pero es difícil establecer si proceden del texto que ofrecemos al lector o si, por el contrario, tuvieron su origen en alguna de las versiones anteriores. En cualquier caso, hay que señalar en la Península tres textos relacionados con el tema que nos ocupa: la *Storia del Sant Grasal* en catalán, de finales del siglo XIV, y, sobre todo, *A Demanda do Santo Graal,* en portugués (copiada entre 1400 y 1438), y *La demanda del Sancto Grial con los maravillosos fechos de Lançarote y de Galaz su hijo* (Toledo, 1515, y Sevilla, 1535). Tanto el texto portugués como el castellano tienen considerables lagunas, a la vez que son importantes los cruces que presentan

con un *Tristán* en prosa.

La presente traducción fue publicada con el título de *Demanda del Santo Graal* en Madrid, Editora Nacional, 1980. He introducido numerosas modificaciones, con la intención de unificar criterios con la versión de *La muerte del rey Arturo,* publicada en esta misma serie. El texto que seguí en la *Demanda,* y que ahora he retomado, es el del manuscrito *K* (Palais des Arts de Lyon, Ms. núm. 77 publicado por A. Pauphilet): el francés medieval de este manuscrito y su pulcritud hacen pensar a A. Pauphilet que es una de las mejores copias conservadas. Por lo demás, he evitado algunos arcaísmos intencionados que introduje en la primera traducción de este texto, y he restituido a la obra la estructura original, que carecía de divisiones en capítulos.

Carlos Alvar

La búsqueda del Santo Grial

I

La víspera de Pentecostés, cuando los compañeros de la Mesa Redonda habían llegado a Camaloc, después de haber oído los oficios, cuando iban a colocarles las mesas a la hora de nona, entonces entró en la sala a caballo una bellísima doncella; había venido muy deprisa, como bien se podía apreciar, pues sus cabellos estaban aún empapados de sudor. Descabalgó y se dirigió al rey; éste la saluda y le dice que Dios la bendiga.

–Señor –dice ella–, por Dios, indicadme si Lanzarote se encuentra aquí.

–En verdad que sí –responde el rey–, vedlo ahí.

Lo señala y ella se dirige a donde está, diciéndole:

–Lanzarote, os comunico, de parte del rey Pelés, que debéis acompañarme al bosque.

Él le pregunta que de quién es.

–Soy –contesta– de aquel de quien os he hablado.

–¿Y para qué me necesitáis?

–Eso ya lo veréis –le responde aquélla.

–Por Dios, iré con gusto.

Entonces ordena a un escudero que ensille su caballo y le traiga las armas. Al instante está hecho todo. Cuando el rey y los demás que estaban presentes ven esto, les pesa mucho, pero como se dan cuenta de que no conseguirán que se quede, le dejan ir. La reina le pregunta:

–Lanzarote, ¿acaso nos vais a abandonar un día tan señalado como hoy?

–Señora –le responde la doncella–, sabed que lo tendréis de nuevo aquí mañana antes de la hora de cenar.

–Id entonces –dice–, pues, si mañana no volviera, no iría hoy con mi consentimiento.

Montan Lanzarote y la doncella y se marchan sin más despedidas y sin más compañía que un escudero que había venido con la doncella. Cuando salen de Camaloc, cabalgan sin detenerse hasta que llegan al bosque. Toman el gran camino y avanzan más de media legua, hasta llegar a un valle. Entonces contemplan ante ellos, perpendicular al camino, una abadía de

monjas: la doncella se dirige hacia allá en cuanto se ha acercado un poco. Al llegar a la puerta, llama el escudero, les abren, descabalgan y entran. En cuanto supieron los de dentro que Lanzarote había llegado, corren todos a su encuentro expresándole una gran alegría. Lo llevaron a una habitación, donde fue desarmado: allí vio acostados sobre sendos lechos a sus primos Boores y Lionel. Se sorprende. Los despierta, y cuando éstos lo ven, lo abrazan y besan con gran alegría para todos.

–Noble señor –dice Boores a Lanzarote–, ¿qué aventura os ha traído aquí? Pensábamos encontraros en Camaloc.

Él les cuenta cómo una doncella le ha llevado allí, pero no sabe aún por qué.

Mientras hablaban así, entraron tres monjas que iban detrás de Galaz, muchacho tan hermoso y tan bien proporcionado en todos sus miembros que apenas encontraréis otro semejante en el mundo. La que era más alta dama lo llevaba por la mano y lloraba muy tiernamente. Al llegar ante Lanzarote, le dijo:

–Señor, os traigo a nuestro criado, nuestro gozo, nuestra protección y nuestra esperanza, para que lo hagáis caballero, pues, a nuestro entender, de nadie más noble que vos podría recibir la orden de caballería.

Él mira al niño y lo ve adornado tan maravillosamente con todas las bellezas, que piensa no haber visto jamás a nadie de su edad con una figura tan perfecta de hombre. Por la sencillez que se ve en él, espera que haga tantos bienes, que le agrada prepararle para caballero. Responde a las damas que no se preocupen por esto, pues con gusto lo hará caballero, ya que así lo desean.

–Señor –dice la que lo llevaba–, queremos que sea esta noche o mañana.

–Por Dios –responde–, será como queréis.

Aquella noche permaneció allí Lanzarote e hizo que el doncel velara en el monasterio; la mañana siguiente, a la hora de prima, lo armó caballero: le calzó una de las espuelas y le dio el espaldarazo, deseándole que Dios lo hiciera noble caballero, pues no le faltaba ninguna virtud. Cuando había cumplido con todo lo que a novel caballero pertenece, le dijo:

–Noble señor, ¿vendréis conmigo a la corte de mi señor el rey Arturo?

–Señor –le responde–, en absoluto, no iré con vos.

Lanzarote, dirigiéndose a la abadesa, le dice:

–Señora, permitid que nuestro novel caballero nos acompañe a la corte del rey mi señor, pues allí aumentará su condición bastante más que si se queda aquí con vos.

–Señor –le responde–, no irá ahora; pero tan pronto como creamos que es justo y necesario lo enviaremos.

Entonces se va Lanzarote junto con sus compañeros; cabalgan todos hasta llegar a Camaloc a la hora de tercia; el rey había ido al monasterio a oír misa, acompañado de numerosos nobles. Cuando llegaron, los tres primos descabalgaron en el patio y subieron a la sala de arriba. Allí empezaron a hablar del niño que Lanzarote había nombrado caballero; Boores decía que no había visto nunca a nadie que se pareciese tanto a Lanzarote como aquél.

–Y ciertamente –añadió–, creería que éste es Galaz, el que fue engendrado en la hermosa hija del Rico Rey Pescador, pues se parece de manera asombrosa a ese linaje y al nuestro.

–En verdad –decía Lionel–, bien creo que lo sea, pues se asemeja mucho a mi señor.

Largo rato hablaron de este tema por ver si lograban sacar algo de la boca de Lanzarote, pero éste no les respondía.

Al dejar de hablar de esto, dirigieron la mirada a los asientos de la Mesa Redonda y encontraron escrito en cada uno de ellos: «AQUÍ DEBE SENTARSE FULANO.» Fueron mirando así todos los asientos hasta que llegaron al sillón que se llamaba el Asiento Peligroso, allí encontraron letras, recién escritas al parecer, que decían: «HAN PASADO 454 AÑOS DESDE LA PASIÓN DE JESUCRISTO; EL DÍA DE PENTECOSTÉS DEBE ENCONTRAR DUEÑO ESTE ASIENTO.» Al ver estas letras, se dicen unos a otros:

–Por la fe, ¡he aquí una aventura maravillosa!

–En nombre de Dios –exclamó Lanzarote–, el que quiera sacar la cuenta desde la Resurrección de Nuestro Señor hasta ahora, hallará, al menos así lo creo, que hoy debe ser ocupado este puesto, ya que es el día de Pentecostés del año cuatrocientos cincuenta y cuatro. Desearía que ninguno de los que vengan hoy vea estas letras, pues tendrá que someterse a

esta aventura.

Dicen que las ocultarán a la vista: hacen traer un velo de seda y lo echan por encima del asiento para tapar las letras.

Al volver el rey del monasterio, vio que Lanzarote había regresado y que había traído a Boores y Lionel, lo cual le alegró mucho. Les dio la bienvenida y entonces comenzó la fiesta, grande y maravillosa, pues los compañeros de la Mesa Redonda estaban muy contentos con el regreso de los dos hermanos.

Galván les pregunta cómo les fue desde que marcharon de la corte, a lo que ellos responden:

–Bien, gracias a Dios –ya que estuvieron siempre sanos y salvos.

–En verdad –continúa Galván–, eso me agrada mucho.

Grande es la alegría que los de la corte tienen por Boores y Lionel, pues hacía mucho que no los habían visto.

El rey ordena que sean colocados los manteles, porque ya es hora de comer, al menos eso cree.

–Señor –dice Keu el senescal–, si os sentáis a comer, me parece que quebraríais la costumbre que hasta aquí habéis mantenido: hemos visto que vos, en las fiestas solemnes, no os sentabais a la mesa sin que hubiese ocurrido en la corte una aventura ante todos los nobles de vuestro séquito.

–Cierto –responde el rey–, Keu, decís verdad; yo he mantenido siempre esta costumbre y la seguiré manteniendo tanto tiempo como pueda, pero estaba tan contento por Lanzarote y sus primos que han vuelto a la corte sanos y salvos, que no me había acordado de la costumbre.

–Por eso os lo recuerdo –dice Keu.

Mientras hablaban así, entró un criado que dijo al rey:

–Señor, os traigo noticias muy maravillosas.

–¿Cuáles? –pregunta el rey–. Dímelas pronto.

–Señor, ahí abajo, al pie de vuestro palacio, hay un gran escalón y he visto cómo flotaba por encima del agua. Venid a verlo, pues sé que es éste un acontecimiento sorprendente.

Desciende el rey para contemplar esta maravilla y lo siguen todos los demás. Al llegar al río, se encuentran el escalón de mármol rojo sobre el agua; encima del escalón estaba clavada

una espada que parecía muy hermosa y rica y en cuya cruz, que era de una piedra preciosa, había algo escrito con letras de oro y con gran habilidad. Los nobles leyeron la inscripción, que decía:

«NADIE ME SACARÁ DE AQUÍ, A NO SER AQUEL DE CUYO COSTADO DEBO COLGAR. ÉSE SERÁ EL MEJOR CABALLERO DEL MUNDO.»

Cuando el rey ve estas letras, dice a Lanzarote:

–Buen señor, esta espada os corresponde en buena justicia, pues bien sé que sois el mejor caballero del mundo.

Avergonzado, responde:

–Ciertamente, señor, ni la espada me corresponde, ni yo tendría el valor ni el atrevimiento de tocarla, pues de ninguna forma soy digno ni el adecuado para tomarla; por eso, me abstendré y no la tocaré: sería una locura si pretendiera hacerme con ella.

–De todas formas –dice el rey–, intentaréis sacarla.

–Señor –contesta–, no lo haré: bien sé que no habrá quien lo intente en vano que no sea castigado con alguna herida.

–Y vos, ¿qué sabéis? –le pregunta el rey.

–Señor –le vuelve a responder–, bien lo sé; y, además, os digo otra cosa: quiero que sepáis que en el día de hoy comenzarán las grandes aventuras y las grandes maravillas del Santo Grial.

Cuando el rey oye que Lanzarote no lo hará de ninguna forma, le dice a mi señor Galván:

–Buen sobrino, probad vos.

–Señor –le responde Galván–, salva sea vuestra gracia, ya que mi señor Lanzarote no lo quiere intentar, yo tampoco lo haré. De ninguna manera pondré la mano sobre la espada, pues bien sabéis que él es, con diferencia, mejor caballero que yo.

–De todas formas, lo vas a intentar porque así lo ordeno yo, y no por conseguir la espada.

Galván tiende la mano, toma la espada por el puño y tira con todas sus fuerzas, pero no puede sacarla. El rey le dice entonces:

–Buen sobrino, dejadla, que ya habéis cumplido mi orden.

–Señor Galván –dice Lanzarote–, sabed ahora que esta espada os herirá de tan cerca, que no habríais deseado tenerla

ni siquiera a cambio de un castillo.

–Señor –contesta Galván–, no pude evitarlo de otra manera, aunque ahora deba morir; lo hice por cumplir la voluntad de mi señor.

Al oír esto, el rey se arrepiente de habérselo ordenado a mi señor Galván.

Entonces le dice a Perceval que lo intente también a lo que éste le contesta que lo hará con gusto para que Galván no sea el único. Coge la espada y tira, pero no puede arrancarla. Entonces todos creen a Lanzarote y piensan que las letras de la cruz son verdaderas; no hay ya nadie tan osado que se atreva a tocarla. Keu dice al rey:

–Señor, señor, por mi cabeza, ahora podéis sentaros a comer cuando queráis, pues, según me parece, no ha faltado la aventura.

–Vayamos pues –dice el rey–, ya es tiempo.

Se van entonces los caballeros de aquel lugar dejando el escalón en el río; y el rey manda que remansen el agua. Después, se sienta en un alto trono y los compañeros de la Mesa Redonda ocupan cada uno su puesto. Aquel día sirvieron la mesa cuatro reyes coronados con otros tantos hombres notables, lo cual era digno de admiración. Cuando ya estaban sentados, se dieron cuenta de que habían venido todos los compañeros de la Mesa Redonda y que todos los asientos estaban ocupados, excepto el que se llamaba el Asiento Peligroso.

Se habían comido ya el primer plato, cuando les sucedió una cosa maravillosa: todas las puertas y ventanas del salón donde comían se cerraron solas, sin que nadie las tocara, pero la sala no se oscureció, por lo cual se admiraron los simples y los sabios. El rey Arturo, que habló el primero, dijo:

–Por Dios, nobles señores, hoy hemos visto cosas maravillosas aquí y en el río, pero bien creo que aún las veremos mucho mayores esta misma noche.

Mientras que el rey hablaba así, entró un hombre viejo y anciano vestido con una túnica blanca: no había caballero allí dentro que pudiera saber por dónde había entrado. El anciano venía a pie y traía de la mano a un caballero vestido con

armadura bermeja, sin espada y sin escudo. Cuando hubo llegado al centro de la sala, dijo:

–La paz sea con vos.

Después se dirigió al rey, diciéndole:

–Rey Arturo, te traigo al Caballero Deseado, del alto linaje del rey David y emparentado con José de Arimatea. Con él culminarán las maravillas de este país y de tierras extrañas. Helo aquí.

El rey se alegra mucho con esta noticia y le dice al buen hombre:

–Señor, bienvenido seréis si esto es cierto y que sea bienvenido también el caballero. Si éste es el que esperamos para dar fin a las aventuras del Santo Grial, nunca habremos tenido una alegría tan grande por nadie, como la que tendremos por él. Y sea quien sea, éste o cualquier otro, le deseo mucho bien, pues parece tan gentil y de tan alto linaje como vos decís.

–Por mi fe –dijo el hombre–, en breve veréis el comienzo.

Entonces hizo que desarmaran al caballero: dejó a un lado el cendal bermejo y le ruega que se abroche al hombro un manto del mismo color que llevaba a la espalda hecho de jamete, forrado por dentro de armiño blanco. Cuando le hubo vestido y arreglado, le dijo:

–Seguidme, señor caballero.

Y así lo hizo. El anciano lo lleva derecho al Asiento Peligroso, ante el que está sentado Lanzarote; levanta el velo de seda que habían puesto antes, encontrándose con las letras que dicen: «ÉSTE ES EL ASIENTO DE GALAZ.» El buen hombre mira las letras, ve que están recién escritas, al menos así le parece, y reconoce el nombre, entonces se dirige al joven y le dice en voz tan alta que todos los demás lo oyen:

–Señor caballero, sentaos aquí, pues este lugar es vuestro.

Éste se sienta sin dudar y dice al buen hombre:

–Señor, ahora os podéis ir, pues ya habéis cumplido lo que se os ordenó. Saludadme a todos los del Santo Hostal y a mi tío, el rey Pelés, y a mi abuelo, el Rico Rey Pescador, y decidles de mi parte que iré a verlos tan pronto como pueda y que lo haré con agrado.

El anciano se marcha, encomendando a Dios al rey Arturo y a todos los demás. Todos le preguntaron quién era, pero no les contestó, antes bien, les respondió sencillamente que no se lo diría ahora, pues lo sabrían en su momento, si se atrevían a preguntarlo. Se acerca a la puerta principal del palacio, que estaba cerrada, la abre y desciende al patio; allí encuentra a quince caballeros y escuderos, que habían venido con él y lo esperaban. Monta y se aleja de la corte dejándoles sin noticias durante algún tiempo.

Cuando los de la sala vieron al caballero sentado en el lugar que tantos hombres destacados habían temido y en el que habían sucedido tan grandes aventuras, no hay ninguno que no se maraville sobremanera, pues lo ven tan joven que no saben de dónde ha podido llegarle tal gracia, a no ser de la voluntad de Nuestro Señor. Comienza la gran fiesta: todos honran al caballero, porque piensan que será el que termine con las maravillas del Santo Grial y bien lo conocen por la prueba del Asiento, en el que nunca se sentó nadie que no recibiera alguna calamidad. Le sirven y honran tanto como pueden, como si lo tuvieran por maestro y señor, sobre todos los de la Mesa Redonda. Y Lanzarote, que lo contemplaba con agrado por las maravillas que en él ve, se da cuenta que es el que ha nombrado caballero ese mismo día y recibe una gran alegría. Le honra lo más que puede, le habla de muchas cosas, y le pide que le cuente algo de sí mismo. Y aquél, que también lo ha reconocido, no se atreve a negárselo, contestándole a lo que le pregunta. Boores, que está más contento que los otros y que se ha dado cuenta de que se trata de Galaz, el hijo de Lanzarote, el que debe llevar a la cumbre las aventuras, habla a Lionel, su hermano, y le dice:

–Buen hermano, ¿sabéis quién es el caballero que está sentado en el Asiento Peligroso?

–No estoy seguro –dice Lionel–, tan sólo sé que es el que hoy ha sido hecho caballero, que Lanzarote lo ha nombrado caballero con su mano; que es del que hemos hablado vos y yo durante todo el día y que Lanzarote lo engendró en la hija del Rico Rey Pescador.

–Verdaderamente lo sabíais –le dice Boores–; y que es

nuestro primo hermano. Debemos estar muy contentos, pues no cabe la menor duda de que llegará más allá que ningún caballero de los que yo he conocido: ya tiene buen principio.

Así hablan de Galaz los dos hermanos, igual que todos los demás. La noticia corre por la corte de tal forma que llega a la reina, que estaba comiendo en su cámara, pues un criado le dice:

–Señora, están sucediendo cosas maravillosas.

–¿Cómo? –pregunta–. Contádmelas.

–Por mi fe, señora, ha llegado a la corte un caballero que ha concluido con la aventura del Asiento Peligroso y es tan joven que todo el mundo se pregunta de dónde le ha podido venir esa gracia.

–¿De verdad? –dice la dama–. ¿Puede ser esto cierto?

–Sí, y así lo debéis saber.

–Por el nombre de Dios –añade la reina–, ha tenido suerte, pues esa aventura no pudo acabarla ningún hombre que no muriera o resultara dañado antes de que la hubiera finalizado.

–¡Ay, Dios! –dicen las damas–, ¡en buena hora nació el caballero! Nunca hubo un hombre tan esforzado, ni nadie pudo llegar donde él ha llegado. Por esta aventura se puede saber bien que es el que pondrá fin a las aventuras de Gran Bretaña, y que por él sanará el Rey Tullido.

–Buen amigo –dice la reina al criado–, así te ayude Dios, dime cómo es.

–Señora –le responde–, así me ayude Dios, es uno de los más hermosos caballeros del mundo, pero es muy joven, se parece a Lanzarote y a los familiares del rey Ban de tal manera que todos dicen que es descendiente de ellos.

Entonces la reina siente aún mayores deseos de verlo, pues por lo que ha oído contar de la semejanza, piensa que se trata de Galaz, que fue engendrado por Lanzarote en la hija del Rico Rey Pescador, tal como el mismo Lanzarote le había contado ya en muchas ocasiones y le había explicado de qué forma fue seducido; y éste era el principal motivo por el que ella estaba enfadada con él, pues la culpa había sido suya.

Cuando terminaron de comer el rey y los compañeros de la Mesa Redonda, se levantaron de sus asientos. El mismo rey se

acercó al Asiento Peligroso, levantó el velo de seda y encontró el nombre de Galaz, que tanto deseaba saber. Se lo muestra a mi señor Galván y le dice:

–Buen sobrino, ahora tenemos a Galaz, el bueno y perfecto caballero, a quien tanto yo como los de la Mesa Redonda teníamos grandes deseos de conocer. Pensemos ahora en honrarle y servirle durante el tiempo que esté con nosotros, pues no permanecerá aquí mucho, lo sé bien porque, según creo, empezará pronto la gran búsqueda del Grial. Lanzarote así nos lo ha hecho entender y no habría dicho nada si no hubiera sabido algo.

–Señor –dice Galván–, vos y yo debemos servirle como al enviado de Dios que ha de liberar a nuestro país de las grandes maravillas y de las extrañas aventuras que tan a menudo y durante tanto tiempo le están ocurriendo.

Entonces se acercó el rey a Galaz y le dijo:

–Señor, sed bienvenido: mucho hemos deseado conoceros; ahora os tenemos aquí, gracias a Dios y a vos, que os dignasteis venir.

–Señor –responde–, yo he venido aquí porque así debía hacerlo, pues de aquí deben ponerse en movimiento todos los que serán compañeros en la búsqueda del Santo Grial, que comenzará en breve.

–Señor –dice el rey–, necesitábamos mucho que vinierais por numerosos motivos, por terminar con las grandes maravillas de esta tierra y por llevar a cabo una aventura que hoy nos ha sucedido y que los demás no han logrado concluir. Bien sé que vos la realizaréis, igual que acabaréis los hechos en los que los demás han fracasado. Y ya que Dios os ha enviado a nosotros, vos podréis poner fin a lo que los demás no consiguieron.

–Señor –dice Galaz–, ¿dónde está esa aventura de la que me habéis hablado? La veré con gusto.

–Yo os la mostraré –responde el rey.

Le toma por la mano y descienden del palacio; todos los demás nobles les siguen, de tal forma que no hubo caballero en el palacio que no fuera.

La noticia llega ahora a la reina. Y tan pronto como la oyó,

hizo levantar la mesa y dijo a cuatro de sus más altas damas que estaban con ella:

–Bellas señoras, venid conmigo al río, pues de ninguna manera querría perderme el fin de estos acontecimientos, si pudiera llegar a tiempo.

Desciende la reina del palacio y con ella una gran compañía de damas y doncellas.

Cuando llegaban al río, los caballeros las vieron y comenzaron a decir:

–¡He aquí la reina, volveos!

Los más preciados les abren paso; el rey dice a Galaz:

–Señor, ved aquí la aventura de la que os he hablado. Al intentar sacar esta espada del escalón, han fracasado hoy los caballeros más valiosos de mi corte, que no pudieron sacarla.

–Señor –dice Galaz–, no es nada extraño, pues esta aventura me estaba reservada; si no, es de ellos; por la gran certeza que tenía de recibir esta espada, no traje ninguna a la corte, como bien pudisteis ver.

Entonces, coge la espada y la saca del escalón con tal facilidad como si no estuviera sujeta; toma después la funda y envaina; luego, se la ciñe y dice al rey:

–Señor, más vale ahora que antes; ya sólo me falta el escudo, pues no tengo.

–Buen señor –dice el rey–, Dios os enviará un escudo de alguna parte, del mismo modo que ha hecho con la espada.

Miran entonces río abajo y ven venir una doncella montada sobre un palafrén blanco, que se dirigía hacia ellos al galope. Cuando llegó, saludó al rey y a su compañía, preguntando si Lanzarote estaba allí. Y él, que estaba ante ella, le responde:

–Doncella, heme aquí.

Ella lo mira y lo reconoce. Entonces comienza a decirle llorando:

–¡Ay, Lanzarote! ¡Ha cambiado tanto vuestra condición desde ayer por la mañana!

Cuando él oye esto, le dice:

–Doncella, ¿qué queréis decir? Explicádnoslo.

–Por mi fe –dice ella–, os lo contaré delante de todos los presentes. Ayer por la mañana erais el mejor caballero del

mundo; el que os llamara entonces mejor caballero de todos, decía verdad, pues lo erais. Pero quien lo dijera ahora, debería ser tenido por mentiroso, ya que hay uno mejor que vos, como está demostrado con la aventura de la espada que vos no osasteis tocar. Por eso ha cambiado y ha variado vuestro nombre y os lo recuerdo para que a partir de ahora no penséis que sois el mejor caballero del mundo.

Él responde que de ningún modo lo pensará, pues esta aventura ya le había alejado tal pensamiento. Entonces se vuelve la doncella al rey y le dice:

–Rey Arturo, Nación el ermitaño me encarga que te diga que hoy tendrás la mayor honra que nunca le llegó a caballero de Bretaña, pero no será por ti mismo, sino por otro. ¿Y sabes por qué? El Santo Grial aparecerá hoy en tu corte y dará alimento a los compañeros de la Mesa Redonda.

En cuanto acabó de hablar, volvió las riendas, y se fue por el mismo camino que había traído. En aquel lugar había muchos nobles y caballeros que la hubieran querido retener para saber quién era y de dónde había venido; pero ella no quiso quedarse por más que le rogaron. Entonces dijo el rey a los nobles de su séquito:

–Buenos señores, tenemos claras pruebas de la búsqueda del Santo Grial, en la que participaréis pronto. Sé bien que no os volveré a ver a todos juntos como ahora estáis y por eso quiero que en el campo de Camaloc haya un torneo tal que después de nuestra muerte sea recordado por nuestros descendientes.

Todos aprueban estas palabras; vuelven a la ciudad y toman las armas unos por lidiar más seguros, mientras que otros sólo cogieron yelmo y escudo, pues la mayoría de ellos confiaban mucho en su propio valer. El rey había preparado todo esto para poder ver algo de la caballería de Galaz, pues pensaba que una vez que se hubiera marchado tardaría en volver a la corte.

Cuando todos estuvieron reunidos en el campo de Camaloc, Galaz se colocó la cota sobre los hombros y el yelmo en la cabeza, a ruegos del rey y de la reina; pero no quiso tomar escudo por más que le insistieron. Galván, que estaba muy alegre, dijo que le llevaría las lanzas y lo mismo dijeron Yvaín

y Boores de Gaunes. La reina subió a la muralla con gran acompañamiento de damas y doncellas. Galaz, que había llegado al campo con los demás, comenzó a quebrar lanzas con tal ímpetu que no hubo nadie que no se maravillara al verlo. En poco rato rompió tantas que todos, al ver su gran valer en armas, lo tuvieron por extraordinario, considerándolo el mejor; decían que nunca habían visto a nadie que empezara de forma tan notable sus hechos de armas y por lo que hizo en aquella jornada bien parecía que sin dificultad podría sobresalir en mérito por encima de los demás caballeros. Al finalizar el torneo, encontraron que de todos los compañeros de la Mesa Redonda que llevaban armas, sólo dos no habían sido abatidos por él: Lanzarote y Perceval.

El torneo duró hasta después de nona y entonces terminó. El mismo rey, que temía que al final hubiera excesos, los hizo separar y mandó que Galaz se desatara el yelmo, encargando a Boores de Gaunes que se lo llevara. Éste lo acompañó desde el campo a la ciudad de Camaloc, por la calle mayor, con la cabeza descubierta, para que todos pudieran verlo sin dificultad. Cuando la reina lo divisó, dijo que realmente lo había engendrado Lanzarote, pues nunca hubo dos hombres que se parecieran tanto como se parecían ellos dos. Por eso, no era de extrañar que estuviera adornado con las dotes de la caballería, pues de otra forma habría degenerado mucho. Una dama que oyó algunas de estas palabras, respondió al instante:

–Señora, por Dios, ¿es tan buen caballero como vos decís?

–Desde luego –dice la reina–. Pues procede por todos los lados de los mejores caballeros del mundo y del más alto linaje conocido.

Bajaron las damas a oír vísperas por la solemnidad del día. Cuando el rey salió del monasterio y subió al palacio, ordenó que pusieran las mesas. Entonces fueron a sentarse los caballeros, cada uno en su lugar, igual que habían hecho por la mañana. Y cuando estuvieron todos sentados y en calma, oyeron un trueno tan grande y extraordinario que pensaron que el palacio se iba a hundir. Entonces entró un rayo de sol que dio al palacio el doble de luz de la que tenía. Quedaron todos como iluminados por la gracia del Espíritu Santo y

comenzaron a mirarse, pues no sabían de dónde les podía haber venido y, sin embargo, no había allí nadie que pudiera hablar ni decir una sola palabra por su boca: todos enmudecieron, grandes y pequeños. Y cuando ya llevaban un rato así, que ninguno de ellos había podido hablar, entró el Santo Grial, cubierto con un jamete blanco; nadie logró ver quién lo llevaba. Entró por la gran puerta del palacio y una vez que estuvo dentro, el salón se llenó de buenos olores, como si todas las especias de la tierra hubieran sido derramadas allí. Dio la vuelta a la sala, alrededor de los asientos, y conforme pasaba por las mesas, éstas quedaban dispuestas con la comida que cada uno quería. Cuando todos estuvieron servidos, se fue el Santo Grial tan deprisa que nadie supo qué había pasado y por dónde se había ido. Entonces pudieron hablar los que antes no podían decir ni palabra. Dieron gracias a Nuestro Señor la mayoría de ellos por el gran honor que les había hecho, pues les había reconfortado con la gracia del Vaso Santo. Pero de todos los que estaban allí, fue el rey Arturo el más gozoso y alegre, ya que Nuestro Señor le había mostrado mayor merced que a ninguno de los que reinaron antes que él.

Por este motivo se alegraron mucho propios y extraños, pues les parece evidente que Nuestro Señor no se olvidaba de ellos ya que les mostraba tan gran merced; hablaron de esto todo el tiempo que duró la comida. El mismo rey comenzó a decirles a los que estaban más cerca de él:

–Ciertamente, señores, debemos estar muy contentos y tener mucha alegría por habernos mostrado Nuestro Señor un signo tan grande de amor y porque por su gracia nos ha querido reconfortar en un día tan solemne como es el de Pentecostés.

–Señor –dice Galván–, hay otra cosa, además, que no sabéis: no ha habido nadie al que no le hayan servido lo que pidió o pensó; y esto no había pasado nunca en ninguna corte, a no ser en la del Rey Tullido. Pero han sido deslumbrados de tal forma que no pudieron ver abiertamente el Vaso, antes bien, se les ocultó su verdadero aspecto. Por eso, por lo que a mí respecta, hago un voto: mañana por la mañana, sin demora, comenzaré la Búsqueda, de tal forma que la mantendré durante un año y un día y si fuera necesario, más tiempo; no volveré a la corte

por nada que suceda antes de haberlo visto de manera clara, como me ha sido mostrado ahora, si es que yo puedo y debo verlo de alguna forma. Si no puede ser, me volveré.

Cuando los de la Mesa Redonda oyeron estas palabras, se levantaron todos de sus asientos, haciendo el mismo juramento que Galván había hecho, y dijeron que ya no cesarían de vagar hasta que estuvieran sentados en la alta mesa en la que se servía todos los días una comida tan buena como la que habían tenido allí. Al ver el rey que habían hecho el voto, lo sintió mucho, pues sabe bien que no podrá echarse atrás en esta empresa. Se dirige entonces a Galván:

–¡Ay, Galván! Me habéis matado con el juramento, pues me habéis quitado la mejor compañía y la más leal que yo había encontrado, la compañía de la Mesa Redonda. Cuando se hayan separado de mí, sea la hora que sea, sé bien que no volverán, antes bien, la mayoría se morirá en esta Búsqueda, que no terminará tan pronto como pensáis. Y no podría ser menor mi sentimiento, pues yo los he criado y educado lo mejor que he podido y siempre los he querido y aún los amo como si fueran mis hijos o mis hermanos y por eso me pesará mucho su marcha. Yo estaba acostumbrado ya a verlos con frecuencia y a tener su compañía; no sé cómo podré soportarlo.

Después de estas palabras, comenzó el rey a pensar melancólicamente y en este pensar se le vinieron las lágrimas a los ojos, como bien pudieron apreciar los que estaban allí delante. Y, hablando, dijo tan alto que todos pudieron oírlo:

–Galván, Galván, me habéis metido un gran pesar en el corazón y no podré desprenderme de él hasta después de saber ciertamente a qué fin habrá llegado esta Búsqueda, pues me temo mucho que mis queridos amigos no vuelvan ya.

–¡Ay, señor! –dice Lanzarote–, por Dios, ¿qué decís? Un hombre como vos no debe concebir miedo en su corazón, sino justicia, valor y tener buena esperanza. Debéis confortaros; si morimos todos en esta Búsqueda, nos será mayor honor que morir en otro lugar.

–Lanzarote –responde el rey–, el gran amor que he tenido siempre hacia ellos me hace decir tales palabras y no debe extrañar que me entristezca por su marcha. Ningún rey

cristiano tuvo tantos buenos caballeros, ni nobles a su mesa, como yo he tenido hoy, y en cuanto se hayan ido ya no habrá ninguno que los vuelva a tener, ni volverán a estar reunidos alrededor de mi mesa tal como han estado aquí, y es esto lo que más me apena.

A estas palabras no supo Galván qué responder, pues se daba cuenta de que el rey tenía razón. Con gusto se hubiera arrepentido de sus propias palabras; pero no fue posible, pues ya eran públicas.

Fue anunciado entonces por todas las habitaciones cómo había sido emprendida la Búsqueda del Santo Grial y que saldrían de la corte el día siguiente los que debían ser compañeros. Fueron más los que se entristecieron que los que se mostraron contentos, pues la hueste del rey Arturo era temida, especialmente, por las hazañas de los compañeros de la Mesa Redonda.

Cuando las damas y doncellas que estaban sentadas con la reina, cenando en sus habitaciones, oyeron estas noticias, se afligieron y entristecieron igual que si fueran esposas o amigas de los compañeros de la Mesa Redonda. Y no era extraño, pues las honraban y querían aquellos que ellas temían que murieran en la Búsqueda. Empezaron a hacer un gran duelo. La reina pregunta al criado que estaba ante ella:

–Dime, criado, ¿estabas tú delante cuando se prometió esta Búsqueda?

–Señora –responde–, sí.

–Y Galván –vuelve a preguntar– y Lanzarote del Lago, ¿son compañeros?

–Ciertamente, señora –le contesta–. Primero juró Galván y luego Lanzarote y lo mismo hicieron los demás, de tal forma que no faltó ninguno de los que son compañeros de la Mesa.

Cuando oye estas palabras, se aflige tanto por Lanzarote que parece que va a morir de dolor y no puede evitar que le lleguen las lágrimas a los ojos. Al cabo de un buen rato dice, con tanto dolor que no puede más:

–Verdaderamente esto es una gran pena, pues sin la muerte de muchos hombres valerosos no podrá llevarse a fin esta Búsqueda, ya que tantos valientes la han emprendido. Me

admira cómo mi señor el rey, que es tan prudente, lo ha podido tolerar, pues sus mejores nobles se irán y los que queden valdrán poco.

Y entonces comenzó a llorar con mucha amargura y lo mismo hicieron todas las damas y doncellas que estaban con ella.

Así se vio turbada toda la corte por la noticia de los que se tenían que ir. Cuando levantaron los manteles en el gran salón y en las habitaciones, las damas se reunieron con los caballeros y volvió a empezar el llanto: cada dama o doncella, esposada o amiga, dijo a su caballero que iría con él a la Búsqueda; pronto habrían estado de acuerdo y lo habrían prometido, si no hubiera sido por un anciano, vestido con hábito de religión, que entró después de cenar. Se acercó al rey y empezó a hablar tan alto que todos lo pudieron oír, diciendo:

–¡Escuchad, señores caballeros de la Mesa Redonda, que habéis jurado la Búsqueda del Santo Grial! Me envía Nacián el ermitaño a deciros que nadie lleve, en esta Búsqueda, dama ni doncella, pues caerá en pecado mortal y que nadie comience la empresa sin estar confesado o que no piense confesarse, porque nadie debe entrar en un servicio tan alto sin estar limpio y purgado de todas las bajezas y de todos los pecados mortales: esta empresa no es una búsqueda de cosas terrenales, sino que debe ser la persecución de los grandes secretos y misterios de Nuestro Señor y de los arcanos que el Gran Maestro mostrará abiertamente al bienaventurado caballero al que Él eleve a la condición de sirviente suyo entre los demás caballeros terrenales, al que le mostrará las grandes maravillas del Santo Grial y le hará ver lo que corazón mortal no podría pensar y lengua de hombre terrenal no podría decir.

Con estas palabras impidió que se llevaran a sus mujeres o amigas. El rey hizo albergar cómodamente al anciano y le preguntó mucho sobre su vida, pero él sólo le contó un poco, pues su pensamiento estaba en otras cosas que no eran del rey.

La reina se acercó a Galaz, se sentó junto a él y comenzó a preguntarle de dónde procedía, de qué país y de qué linaje. Él le contesta a casi todo, como haría el que supiera mucho, pero no dijo nada de que fuera hijo de Lanzarote y, sin embargo, la

reina, por las palabras que oyó, se dio cuenta de que era hijo de Lanzarote y que había sido engendrado en la hija del rey Pelés, de la que ella había oído hablar muchas veces; pero como ella quería oírlo y saberlo por su propia boca –si pudiera ser–, le pregunta quién es su padre. Él responde que no sabe demasiado bien de quién es hijo.

–¡Ay!, señor, vos me lo ocultáis; ¿por qué lo hacéis? Así me ayude Dios, no deberíais tener vergüenza en nombrar a vuestro padre, pues es el mejor caballero del mundo y procede de reyes y de reinas y del más alto linaje conocido y ha tenido la honra de ser, hasta ahora, el mejor caballero del mundo: por eso, vos deberíais sobrepasar a todos los demás. Ciertamente, os semejáis a él de modo extraordinario, de tal forma que no hay nadie, por necio que sea, que no se dé cuenta, con sólo que preste un poco de atención.

Cuando él oye estas palabras, siente una gran vergüenza y responde así:

–Señora, ya que, sin lugar a dudas, vos lo conocéis, me lo podríais indicar y si es el que yo creo que es mi padre, consideraré que es verdad, pero de lo contrario, no lo recordaré por nada que digáis...

–Por Dios –responde ella–, ya que vos no lo queréis decir, yo os lo diré: el que os engendró se llama Lanzarote del Lago, el más hermoso caballero, el mejor, el más donoso, el más deseado por la gente y el más amado de los que nacieron en nuestros días. Por eso me parece que no debéis ocultarlo ni a mí, ni a nadie, pues no podríais haber sido engendrado por caballero más noble ni mejor.

–Señora –le dice–, ya que lo sabéis tan bien, ¿para qué os lo debo decir? Ya se sabrá a su tiempo.

La reina y Galaz estuvieron hablando mucho rato, hasta que casi había oscurecido. Cuando fue hora de dormir, el rey cogió a Galaz y lo llevó a su habitación, haciéndole acostar en su propia cama, en la que él solía echarse, como testimonio de honor y respeto. Después se fueron a acostar el rey, Lanzarote y todos los demás nobles.

El rey pasó muy mal aquella noche y estuvo muy pensativo y triste porque los nobles, a los que había querido mucho, al

amanecer se irían de su lado a un lugar donde permanecerían largo tiempo. Y la ausencia no le preocupaba demasiado; lo que más le hace sufrir es pensar que muchos morirán en esta Búsqueda y es esto lo que le produce mayor malestar. También los altos nobles y los del reino de Logres pasaron la noche haciendo gran duelo.

Cuando plugo a Nuestro Señor que terminaran las tinieblas, para que se viera la luz del día, se levantaron todos los caballeros que tenían intención y pensamiento en este asunto, se vistieron y se prepararon. Y cuando ya era bien de día, se levantó el rey de su cama; después de arreglarse, fue a la habitación donde estaban Galván y Lanzarote, que habían pasado juntos la noche. Al llegar allí, encontró que ya se habían vestido y preparado para ir a oír misa. El rey, que les amaba tanto como si los hubiera engendrado de su carne, los saludó cuando ya estaba junto a ellos, que ellos se pusieron en pie y le dijeron que fuera bienvenido. El rey les ordenó que se volvieran a sentar y él lo hizo a su lado. Entonces comenzó a mirar a Galván y le dijo:

–¡Galván, Galván, me habéis traicionado! Nunca recibirá mi corte tanto de vos como para compensar el empobrecimiento que ahora tiene, pues ya no será honrada por una compañía tan alta ni tan valiente como la que vos le quitáis con vuestra marcha. Pero no me aflijo tanto por los demás como por vosotros dos, pues os he amado con todo el amor con que un hombre puede amar a otro y no sólo ahora, sino desde que conocí las grandes virtudes que se albergaban en vosotros.

En cuanto el rey acabó de decir estas palabras, guardó silencio, cabizbajo y meditabundo: con estos pensamientos, comenzó a derramar lágrimas. Los que lo estaban viendo, se apenan tanto que sería imposible contarlo y no se atreven a responderle, pues lo ven muy entristecido. Y él estuvo mucho rato con este pesar. Cuando vuelve a hablar, dice muy doliente:

–¡Ay Dios! Nunca pensé quedarme sin esta compañía que la fortuna me había enviado.

Después volvió a decir a Lanzarote:

–Os ruego por la fe y el juramento que tenemos entre

nosotros dos que me aconsejéis sobre esto.

–Señor –responde–, decidme cómo.

–Si pudiera ser, yo con mucho gusto haría que se detuviera esta Búsqueda.

–Señor –dice Lanzarote–, he visto a tantos hombres notables jurarla, que no creo que quisiesen abandonarla de ninguna forma; y, a no ser un perjuro, y sería una gran deslealtad, nadie les pediría tal cosa.

–Por mi fe –dice el rey–, bien sé que decís verdad; pero el gran amor que os tengo a vos y a los demás me lleva a decirlo. Y si esto hubiera sido necesario y conveniente, bien lo hubiera deseado yo, pero su marcha me resultará demasiado grave.

Hablaron durante tanto tiempo que el día se hizo claro y luminoso y el sol ya casi había acabado con el rocío y el palacio comenzó a llenarse de nobles del reino. La reina, que se había levantado, fue a donde estaba el rey y le dijo:

–Señor, los caballeros os esperan abajo para ir a misa.

Él se levanta y se seca los ojos para que los que lo vean no sepan el dolor que ha sufrido. Galván pide que le traigan las armas y lo mismo hace Lanzarote. Cuando estuvieron armados con todo menos con el escudo, se acercan al palacio, donde encuentran a los demás compañeros, preparados ya para partir. Fueron al monasterio y después de oír el oficio, armados como estaban, volvieron al palacio. Se sentaron unos junto a otros todos los que eran compañeros de la Búsqueda.

–Señor –dijo el rey Bandemagus–, puesto que esta cuestión ha sido emprendida con tal ímpetu que ya no puede abandonarse, yo aconsejaría que fueran traídos los Santos Evangelios, para que los compañeros prestaran un juramento como el que hacen los que deben comenzar una búsqueda.

–Bien lo deseo; ya que os place que sea así –dijo el rey Arturo–, pues no puede ser otra forma.

Los clérigos hicieron traer los Santos Evangelios sobre los que se hacían los juramentos de la corte. Cuando los pusieron ante los dos maestres, el rey llamó a Galván y le dijo:

–Vos emprendisteis el primero esta Búsqueda, avanzad, pues, y jurad lo que jurarán los que se comprometan a ella.

–Señor –dice el rey Bandemagus–, salva sea vuestra gracia,

no será él quien jure primero, antes que nosotros lo hará el que debemos tener como señor y como maestro de la Mesa Redonda: Galaz. Cuando él haya jurado, juraremos todos los demás sin oponernos, con la misma promesa que él haya hecho, pues así debe ser.

Entonces fue llamado Galaz, avanzó y se arrodilló ante los Santos Evangelios y juró como leal caballero que mantendría la Búsqueda un año y un día y más aún si fuera conveniente y que no volvería a la corte antes de saber la verdad del Santo Grial, si es que podía saberla de alguna forma. Después juró Lanzarote, con el mismo juramento; luego juraron Galván, Perceval, Boores, Lionel y después, Helaín el Blanco. A continuación juraron todos los compañeros de la Mesa Redonda, uno tras otro. Cuando hubieron hecho la promesa, se dieron cuenta de que eran ciento cincuenta, tan nobles todos que no se podía hallar nadie que valiese una cuarta parte lo que ellos. Fueron a desayunar un poco, pues el rey así se lo pidió, y después de haber comido se pusieron los yelmos sobre las cabezas: era evidente que ya no se quedarían. Encomendaron a la reina a Dios, entre sollozos y lágrimas.

Cuando ella vio que estaban a punto de marchar, y que no se entretendrían más, comenzó a hacer un gran duelo, como si hubiera visto muertos allí delante a todos sus amigos; para que se dieran cuenta de su tristeza, se metió en su habitación, dejándose caer en la cama. Entonces, comenzó a llorar tanto que no habría hombre en el mundo que al verla no se compadeciera. Cuando Lanzarote ya se había preparado para montar, como estaba más afligido que nadie por el dolor de su señora la reina, se volvió hacia la habitación donde la había visto entrar y entró en ella. Al verlo completamente armado, la reina comenzó a gritarle:

–¡Ay, Lanzarote, me habéis traicionado y dado muerte, pues dejáis la corte de mi señor el rey para iros a tierras extrañas, de las que no volveréis si Nuestro Señor no os hace venir!

–Señora –le dice–, sí que volveré, si Dios quiere; volveré antes de lo que pensáis.

–¡Ay! Dios –contestó ella–, mi corazón no me lo dice, pues me da el mayor dolor y miedo que nunca tuvo una gentil dama

por un hombre.

–Señora, me iré con vuestro permiso cuando queráis.

–Si por mi voluntad fuera, vos no os iríais nunca. Pero ya que así tiene que ser, que os proteja Aquel que se dejó clavar en la Santísima Vera Cruz para liberar el linaje humano de la muerte duradera, y que os conduzca a salvación a todos los lugares donde vayáis.

–Señora, ¡que Dios lo haga por su digna misericordia!

Con esto, se despide Lanzarote de la reina y baja al patio, donde ve a sus compañeros ya montados esperándolo. Se acerca a su caballo y monta. El rey que vio a Galaz sin escudo y que quería marcharse a la Búsqueda sin llevarlo, se dirigió a él y le dijo:

–Señor, me parece que no hacéis todo bien, pues no lleváis escudo, como hacen vuestros compañeros.

–Señor –le responde–, mal haría si lo llevase. No tomaré ninguno mientras no me lo ofrezca la ventura.

–Que Dios os ayude –dijo el rey–. Me callaré hasta entonces, ya que no puede ser de otra forma.

Entonces cabalgan nobles y caballeros. Salen todos al patio y atraviesan la ciudad, hasta llegar fuera. Nunca visteis un duelo tan grande y llantos tan numerosos como los que hacían los de la ciudad cuando vieron a los compañeros que se iban a la Búsqueda del Santo Grial; no había allí noble, pobre ni rico, entre los que tenían que quedarse, que no llorara con lágrimas calientes, pues les pesaba mucho esta partida. Sin embargo, los que se tenían que ir, no tenían cara de que les importara mucho; antes bien, si los vierais, os parecería que todos estaban muy contentos, y así era.

Cuando llegaron al bosque, frente al castillo de Agán, se detuvieron todos ante una cruz. Entonces dijo Galván al rey:

–Señor, ya os habéis alejado bastante: conviene que os volváis, pues sois el que más nos ha acompañado.

–Peor me resultará la vuelta que la venida –dijo el rey–, pues con mucho pesar me separo de vos, pero como veo que es conveniente, me volveré.

Galván se quita de la cabeza el yelmo y así lo hacen todos los demás compañeros; besa al rey y, después de él, los otros

nobles. Cuando se hubieron vuelto a atar los yelmos, se encomiendan mutuamente a Dios, llorando con mucha ternura. Ya se separan; el rey volvió a Camaloc y los compañeros entran en el bosque. Cabalgan hasta llegar al castillo de Agán.

Agán era un noble de digna vida, que había sido uno de los mejores caballeros del mundo en su juventud. Cuando vio a los compañeros pasar por en medio de su castillo, mandó cerrar todas las puertas y dijo que ya que Dios le había hecho el honor de que estuviesen en su poder, no saldrían antes de que él les sirviera en todo lo posible. Así los retuvo por la fuerza, hizo que se desarmaran y les sirvió aquella noche tan generosa y espléndidamente, que todos se preguntaban admirados de dónde podía haber sacado aquello.

Por la noche tomaron consejo de lo que podrían hacer; y por la mañana decidieron que cada uno saldría y marcharía por un camino distinto, pues verlos marchar a todos juntos se podría considerar como una provocación. Al amanecer, tan pronto como apareció el día, se levantaron los compañeros, tomaron sus armas y fueron a oír misa a una capilla que había allí. Después de haber hecho esto montaron en los caballos y encomendaron al señor de Agán a Dios, agradeciéndole mucho el gran honor que les había hecho. Salieron del castillo y se separaron unos de otros, tal como habían dispuesto, entrando en el bosque cada cual por su lado, por donde más espeso lo veían, por donde no había ni camino ni sendero. Mucho lloraron con la separación los que creían tener los corazones más duros y orgullosos.

Aquí se detiene la historia de todos ellos y habla de Galaz, que había dado comienzo a la Búsqueda.

II

Cuenta ahora la historia que cuando Galaz se separó de sus compañeros, cabalgó tres o cuatro días sin encontrar aventuras que merezcan ser mencionadas. Al quinto día, después de la hora de vísperas, se dio cuenta de que su camino le llevaba directamente a una abadía blanca. Al llegar allí, llamó a la puerta y los frailes salieron, haciéndole desmontar

cortésmente, pues bien supieron que era un caballero andante. Uno de ellos tomó el caballo y otro le acompañó a una sala baja para desarmarle. Después de haberle aligerado de sus armas, vio a dos compañeros de la Mesa Redonda; uno era Bandemagus y el otro Yvaín el Bastardo. Tan pronto como lo vieron, lo reconocieron y corrieron a él con los brazos abiertos para saludarle con alegría, pues estaban muy contentos de haberle encontrado. Se le presentaron y él, al reconocerlos, les mostró un gran gozo y les honró mucho, como hermanos y compañeros que eran.

Por la tarde, después de comer, fueron a solazarse a la huerta, que era muy hermosa; se sentaron bajo un árbol y entonces les preguntó Galaz cómo habían llegado allí.

–Por nuestra fe, señor –le contestaron–, vinimos a ver una aventura maravillosa, según nos han contado, pues hay en esta abadía un escudo que nadie consigue colgárselo del cuello para llevárselo sin tener tal suerte que al día siguiente o a los dos días no caiga muerto, herido o lesionado. Hemos venido para saber si es cierto lo que dicen.

–Y por esto –dijo el rey Bandemagus– me lo quiero llevar mañana y así sabré si los hechos son tal como los cuentan.

–Por Dios –dijo Galaz–, me maravilla lo que me habéis contado, si ese escudo es como decís. Si vos no lo podéis llevar, yo lo llevaré: no tengo escudo.

–Señor –le dicen–, os lo cedemos, pues sabemos bien que no fallaréis en la empresa.

–Yo quiero que lo intentéis antes vosotros, para saber si es cierto o no lo que os han contado.

Y así lo acordaron. Aquella noche los compañeros fueron servidos abundantemente con todo lo que los de la abadía pudieron ofrecerles; los frailes, al oír el respeto que los dos caballeros le mostraban, honraron mucho a Galaz: le hicieron acostar en un rico lecho con tanta solemnidad como merecía un hombre como él. Junto a él se acostaron el rey Bandemagus y su compañero.

El día siguiente por la mañana, después de oír misa, preguntó el rey Bandemagus a un fraile dónde estaba el escudo del que tanto se hablaba por el país.

–Señor –dijo el fraile–, ¿por qué lo preguntáis?

–Porque me lo llevaré para saber si tiene la virtud que dicen –le respondió.

–Yo no lo haría –dijo el monje–; no deberíais sacarlo, pues creo que sólo os llegaría deshonra.

–De todas formas –insiste–, quiero saber dónde está y cómo es.

Aquél lo lleva, entonces, detrás del altar principal y encuentra allí un escudo blanco con una cruz roja.

–Señor –dice el monje–, he aquí el escudo por el que preguntáis.

Ellos lo contemplaron y dijeron que, a su parecer, era el más bello y el más rico que habían visto hasta entonces; despedía un olor tan suave como si todas las especias del mundo estuvieran echadas por encima. Cuando Yvaín el Bastardo lo vio, dijo:

–Así me ayude Dios, he aquí el escudo que nadie debe colgar de su cuello, si no es mejor caballero que los demás. No colgará de mi cuello, pues ciertamente no soy tan valiente ni tan noble como para merecer llevarlo.

–Por Dios –dice el rey Bandemagus–, me pase lo que me pase, yo me lo llevaré.

Entonces se lo coloca al cuello y lo saca fuera del monasterio; cuando llega a su caballo, le dice a Galaz:

–Señor, si os agrada, desearía que os esperarais aquí hasta que yo os pueda decir en qué queda esta aventura, pues si fracaso, me gustaría que vos lo supierais, porque bien sé que vos la llevaríais a cabo sin dificultad.

–Con gusto os esperaré –le contestó Galaz.

Monta sobre el caballo y los hermanos le dan un escudero para que le acompañe y para que devuelva el escudo al monasterio, si tiene que hacerlo.

Así se quedó Galaz con Yvaín, que le haría compañía hasta que se supiera la verdad del asunto. El rey Bandemagus tomó el camino, junto con su escudero, y cabalgó durante más de dos leguas, hasta llegar a una explanada que había delante de una ermita, al fondo del valle. Mira hacia la ermita y ve venir de aquella parte un caballero con armas de color blanco que

avanzaba tan deprisa como podía su caballo; tenía la lanza bajada y la empuñaba contra él. Al verlo venir se preparó enderezándose; quiebra en él la lanza, que vuela en trozos; pero el caballero blanco, que lo cogió por sorpresa, le da tan fuerte que le rompe las mallas de la loriga, metiéndole por medio del hombro izquierdo el cortante hierro; lo ensartó sin dificultad, como el que tiene valor y fuerza, derribándolo del caballo a tierra. Al caer, el caballero le quita el escudo del cuello y le dice, en voz alta para que lo oyeran tanto él como el escudero:

–Señor caballero, fuisteis demasiado atrevido y necio al colgar este escudo de vuestro cuello, pues no está permitido que lo lleve ningún hombre si no es el mejor caballero del mundo. Y por vuestra falta, me envió Nuestro Señor para que tomara venganza.

Después de decir esto, se dirige al escudero, diciéndole:

–Toma, vete y lleva este escudo al siervo de Jesucristo, al buen caballero que se llama Galaz, al que acabas de dejar en la abadía; dile que el Alto Maestro le ordena que lo lleve: no hallará escudo tan fuerte y tan bueno como éste; por eso debe estimarlo más. Salúdale de mi parte tan pronto como lo veas.

El criado le pregunta:

–Señor, decidme cómo os llamáis para que yo sepa decírselo al caballero cuando vaya a él.

–Tú no puedes saber mi nombre –le dice–, pues no es asunto que se te deba decir ni a ti ni a ningún hombre mortal; por eso te tienes que conformar, pero haz lo que te encargo.

–Señor –dice el criado–, ya que no me vais a decir vuestro nombre, os ruego y conjuro, por las cosas del mundo que más queráis, que me digáis la verdad de este escudo, cómo fue traído a esta tierra y por qué han sucedido tantas maravillas por él, pues ningún hombre, hasta ahora, lo pudo colgar de su cuello sin verse maltratado.

–Me has conjurado tanto –dijo el caballero–, que te lo diré; pero no será a ti solo. Antes quiero que te lleves al caballero y el escudo.

Aquél dice que así lo hará.

–Pero –continúa– ¿dónde os podremos encontrar cuando

vengamos aquí?

–En este mismo sitio me encontraréis –le responde.

Se acercó entonces el criado al rey Bandemagus y le preguntó si estaba muy herido.

–Sí, ciertamente –le contesta el rey–, estoy tan grave que no podré escapar sin muerte.

–¿Podréis cabalgar? –le pregunta.

Él le contesta que lo intentará. Se endereza, herido como estaba, y el criado le ayuda a ir hasta el caballo del que había caído. Monta el rey delante y el criado detrás, para sujetarle por los lados, pues teme que de otra forma se caiga.

De esta manera se fueron de aquel lugar donde había sido herido el rey y cabalgaron hasta llegar a la abadía de la que habían salido. Cuando los que estaban allí supieron que volvían, salieron a su encuentro; desmontan al rey Bandemagus, lo llevan a una habitación y comienzan a curarle la herida, que era muy grande. Galaz pregunta a uno de los frailes que lo cuidaba:

–Señor, ¿creéis que sanará? Pues sería desdicha muy grande que muriera a causa de esta aventura.

–Señor –responde el fraile–, saldrá de ésta, si Dios quiere, pero os digo que está gravemente herido; y no deberíamos lamentarlo mucho, pues ya le habíamos advertido los peligros del escudo y que le daría mala suerte: a pesar de todo, se lo llevó y por eso se le puede tener por loco.

Cuando hubieron hecho lo que supieron por salvarlo, el criado le dijo a Galaz, en presencia de todos:

–Señor, os envía saludos el buen caballero blanco, el de las armas blancas, aquel que hirió al rey Bandemagus y que os manda este escudo, encargándoos que lo llevéis desde ahora, de parte del Alto Maestro; pues, según él dice, no hay nadie, sino vos, que lo deba llevar y por eso os lo ha enviado conmigo. Si queréis saber cómo han sucedido estas grandes aventuras tantas veces, vayamos nosotros dos, que nos lo contará: así me lo ha prometido.

Cuando los frailes oyen esta noticia, se humillaron mucho ante Galaz, diciendo que bendita era la fortuna que lo había traído a aquel lugar, pues bien sabían que las grandes

aventuras peligrosas acabarían. Yvaín el Bastardo añadió:

–Señor Galaz, poneos este escudo al cuello, pues fue hecho para vos. Así se cumplirá también mi voluntad; nada deseaba yo más que conocer al Buen Caballero que sería dueño de este escudo.

Galaz contestó que se pondría el escudo al cuello puesto que le ha sido enviado, pero antes desea que le traigan sus armas; las pide y se las traen. Cuando ya está armado y sobre su caballo, se cuelga el escudo al cuello y se marcha, encomendando los frailes a Dios. Yvaín el Bastardo también se arma, cabalga y dice que va a acompañar a Galaz, pero éste le responde que no puede ser, pues ya le acompañará el criado. Se separan así el uno del otro, tomando cada cual su camino.

Yvaín entró en un bosque. Galaz y el criado siguieron hasta que encontraron al caballero de las blancas armas, al que ya conocía el criado. Al ver venir a Galaz, le sale al encuentro, saludándole; aquél le devuelve el saludo lo más cortésmente que puede. Llegan los dos a la misma altura y comienzan a hablarse; entonces, Galaz dice al caballero:

–Señor, por este escudo han sucedido cosas maravillosas en este país, según he oído decir. Yo os querría rogar, por amor y con franqueza, que me digáis la verdad de cómo y por qué ha sucedido esto, pues bien creo que lo sabéis.

–Ciertamente, señor –responde el caballero–, os lo diré con gusto, porque sé cuál es la verdad. Escuchad ahora, si os place, Galaz –dijo el caballero.

»Cuarenta y dos años después de la Pasión de Jesucristo, sucedió que José de Arimatea, el gentil caballero que bajó a Nuestro Señor de la Santa Vera Cruz, se fue de la ciudad de Jerusalén acompañado de muchos de sus familiares. Vagaron tanto, desde que se pusieron en marcha por orden de Nuestro Señor, que llegaron a la ciudad de Sarraz, que gobernaba el rey Ewalach que, por entonces, era sarraceno. Cuando llegó José a Sarraz, Ewalach estaba en guerra con un vecino suyo, rey rico y poderoso, cuyas tierras limitaban con las suyas; ese rey se llamaba Tolomer. Cuando Ewalach se disponía a atacar a Tolomer que le reclamaba la tierra, Josofes, hijo de José, le dijo que si iba al combate sin tomar consejo sería derrotado y

humillado por su enemigo.

–»¿Qué me aconsejáis? –preguntó Ewalach.

–»Os lo diré –le respondió.

»Empezó entonces a mostrarle los mandamientos de la Nueva Ley y la verdad del Evangelio y Crucifixión de Nuestro Señor; le dijo la verdad de la Resurrección y después hizo traer un escudo sobre el que puso una cruz de cendal y dijo:

–»Rey Ewalach, te mostraré, abiertamente, cómo podrás conocer la fuerza y el valor del verdadero Crucificado. En verdad, Tolomer el falso te dominará tres días y tres noches, de tal modo que temerás morir. Pero cuando pienses que no puedes escapar, descubre la cruz y di: "Buen Señor Dios, de cuya muerte llevo yo el signo, sacadme de este peligro y llevadme sano y salvo a recibir vuestra fe y vuestro credo".

»Se fue el rey y atacó a Tolomer; pronto le sucedió lo que le había dicho Josofes. Cuando se vio en tan gran peligro que veía cercana su muerte, descubrió su escudo, en cuyo centro halló un hombre crucificado que sangraba. Dijo las palabras que Josofes le había enseñado y obtuvo victoria y honor, escapó de las manos de sus enemigos y cayó sobre Tolomer y sus hombres. Cuando volvió a su ciudad de Sarraz, hizo saber a todo el pueblo la verdad que había encontrado en Josofes y encomió tanto al Crucificado que Nacián recibió el bautismo. Estaban cristianándolo cuando pasó ante ellos un hombre que tenía el puño cortado y lo llevaba en la otra mano. Josofes lo llamó y se acercó, le dijo que tocara la cruz que tenía el escudo y tan pronto como lo hizo se encontró curado del puño que había perdido. Pero sucedió además otro acontecimiento maravilloso; la cruz desapareció del escudo, agarrándose del brazo de aquél, de tal forma que no fue vista después sobre el escudo. Entonces se bautizó Ewalach y se hizo servidor de Jesucristo, al que amó y adoró sobremanera. Mandó guardar el escudo muy encarecidamente.

»Después de que Josofes se fuera de Sarraz con su padre y que llegaran a Gran Bretaña, sucedió que encontraron un rey felón y cruel que los encarceló a los dos y, con ellos, a muchos cristianos. La noticia de que Josofes había sido apresado se extendió pronto y llegó muy lejos, pues en aquel entonces no

había nadie en el mundo de mayor fama; llegó tan lejos que el rey Mordraín oyó hablar de ello. Convocó a sus hombres y a sus gentes, junto con Nacián, su cuñado, y fueron a Gran Bretaña, atacando al que tenía prisionero a Josofes; le quitaron todo y arrasaron su país, de forma que en aquella tierra se difundió la santa cristiandad. Amaban tanto a Josofes que ya no se fueron de aquella tierra, sino que se quedaron con él y le seguían por todos los sitios por donde iba. Cuando Josofes cayó en el lecho de la muerte, Ewalach, que se dio cuenta de que se iría de este siglo, se acercó a él y lloró con mucha ternura, diciendo:

»–Señor, os vais y me quedaré solo en este país, habiendo dejado por vuestro amor mi dulce y amada tierra. Por Dios, ya que os habéis de marchar de esta vida, dadme algunas enseñanzas que me sirvan de recuerdo después de vuestra muerte.

»–Señor –dijo Josofes–, con gusto os las diré.

»Comenzó a pensar qué le podría dejar. Después de haber reflexionado un rato, dijo:

»–Rey Ewalach, haz que traigan aquí el escudo que te di cuando fuiste a luchar contra Tolomer.

»El rey le respondió que lo haría de grado, pues estaba cerca de allí porque lo hacía llevar siempre consigo fuera a donde fuera. Ordenó que le trajeran el escudo ante Josofes. En el momento en que lo tuvo ante él, éste sangraba mucho por la nariz, de tal forma que no le podían cortar la hemorragia. Tomó el escudo y con su propia sangre hizo esta cruz que aquí veis, y sabed bien que aquel escudo es este mismo. Después de hacer la cruz, tal como aquí se puede ver, le dijo:

»–He aquí el escudo que dejo como recuerdo mío. No habrá vez que lo veáis que no os acordéis de mí; sabed que esta cruz está hecha con mi sangre y estará siempre tan fresca y del mismo color que tiene ahora y así se mantendrá durante tanto tiempo como dure el escudo. Nadie lo colgará de su cuello, aunque sea caballero, sin arrepentirse después por ello, hasta que Galaz, el Buen Caballero, el último del linaje de Nacián, se lo cuelgue al cuello: que no haya nadie tan atrevido que lo haga si no es el destinado por Dios; y de la misma forma que

han sido vistas las mayores maravillas de este escudo, así se verán las mayores proezas y la vida más elevada en este caballero.

»–Ya que es así –dijo el rey–, y puesto que me dejáis tan buen recuerdo de vos, decidme dónde puedo poner este escudo, porque querría que fuera colocado en un lugar donde el Buen Caballero pudiera encontrarlo.

»–Os diré lo que debéis hacer –le dijo Josofes–: donde veáis que Nación se hace enterrar al morir, allí pondréis el escudo y allí irá el Buen Caballero cinco días después de recibir la orden de caballería.

»–Todo ocurrió tal como dijo, pues al quinto día que vos erais caballero llegasteis a la abadía en la que yace Nación. Ya os he contado por qué han sucedido esas grandes aventuras a los caballeros locamente atrevidos que, a pesar de la prohibición, querían llevar el escudo que solamente a vos estaba destinado.»

Después de contar esto, desapareció de forma que Galaz no supo qué se había hecho de él ni adónde había ido. Cuando el criado, que estaba allí, oyó esta historia, se apeó de su rocín y, dejándose caer a los pies de Galaz, le rogó lloroso, por amor de Aquel cuya enseñanza llevaba en el escudo, que le permitiera ir con él como escudero y le armara caballero.

–Ciertamente –dijo Galaz–, si yo quisiera tener compañía, no te rechazaría.

–Señor, por Dios –rogó el criado–, os suplico que me arméis caballero y os digo que la caballería será bien empleada por mí, si a Dios le agrada.

Galaz mira al criado, que llora con ternura; le mueve a compasión y, por eso, se lo concede.

–Señor –le dice el criado–, volved al lugar de donde venimos, pues allí recibiré armas y caballo. Vos lo debéis hacer y no solamente por mí, sino por una aventura que hay allí que nadie puede acabar y bien sé que vos la llevaréis a término.

Galaz le respondió que iría con gusto.

Vuelve a la abadía y al verlo volver los que allí estaban, mostraron gran gozo y preguntaron al criado por qué se había vuelto el caballero.

–Para armarme caballero –les respondió.

Y fue motivo de gran alegría para ellos. El Buen Caballero preguntó dónde estaba la aventura.

–Señor –responden–, ¿sabéis de qué acontecimiento se trata?

–No –les contesta.

–Sabed que es una voz que sale de una de las tumbas de nuestro cementerio. Es de tal fuerza que cualquiera que la oye pierde el poder sobre su cuerpo durante un buen rato.

–¿Sabéis –preguntó Galaz– de dónde viene esa voz?

–No –le responden–, pero parece ser del Enemigo.

–Llevadme allí, pues –les dice–, tengo muchas ganas de saberlo.

–Conviene que vengáis con nosotros.

Lo llevan a la cabeza del monasterio; iba completamente armado, a excepción del yelmo. Uno de los frailes le dijo:

–Señor, ¿veis el gran árbol y la gran tumba que hay debajo?

–Sí –responde.

–Pues os diré lo que debéis hacer –continuó el fraile–: id a la tumba, levantadla y debajo encontraréis alguna gran maravilla.

Fue Galaz a aquel lugar y oyó una voz que lanzaba un grito tan doloroso que era digno de maravillar, y dijo en voz tan alta que todos lo pudieron oír:

–¡Ay Galaz, siervo de Jesucristo! No te acerques más a mí, pues harás que me vaya del lugar donde he estado tanto tiempo.

Al oír esto Galaz, no se amedrenta, antes bien, se acerca más a la tumba. Cuando quiere cogerla por la gran losa, ve salir una humarada y una llama después y a continuación la imagen humana más horrible que existió nunca. Se persigna, pues sabe que se trata del Enemigo, y oye entonces una voz que le dice:

–¡Ay, Galaz, santa criatura! Te veo tan rodeado de ángeles que mi poder no resistirá tu fuerza: te dejo el lugar.

Al oír esto, se persigna y da gracias a Nuestro Señor. Levanta la tumba y se ve dentro un cuerpo completamente armado y junto a él una espada y todo lo necesario para armar a un caballero. Cuando lo ve, llama a los frailes y les dice:

–Venid a ver lo que he encontrado y decidme lo que debo

hacer, pues estoy dispuesto a hacer más, si es necesario.

Aquéllos se acercan y después de ver el cuerpo en la fosa, le dicen:

–Señor, no hace falta que hagáis nada más de lo que ya habéis hecho, pues el cuerpo que aquí yace no será movido de su lugar, según creemos.

–Sí que lo será –dice el anciano que había mostrado la aventura a Galaz–. Conviene que sea sacado de este cementerio y arrojado fuera, pues esta tierra está bendecida y santificada; por eso, el cuerpo de un falso y mal cristiano no debe permanecer en ella.

Ordena a los siervos que lo saquen de la huesa y lo pongan fuera del cementerio, y así lo hacen. Galaz dice al buen hombre:

–Señor, ¿he hecho todo lo que debía hacer en esta aventura?

–Sí –le contesta–; la voz que ha producido tantos males no será oída más.

–¿Sabéis por qué han sucedido tantas maravillas? –le pregunta Galaz.

–Naturalmente, señor –le responde–, y os lo diré con mucho gusto; y debéis saberlo como cosa en la que hay hondo significado.

Se alejan del cementerio y vuelven a la abadía. Galaz advierte al criado que tiene que velar toda la noche en la iglesia y que por la mañana le hará caballero, como es justo. Aquél dice que no pide otra cosa y se prepara tal como le han enseñado para recibir la alta orden de caballería, que tanto ha deseado. El buen hombre lleva a Galaz a una habitación y le hace desarmar y quitar las armas; después, hace que se siente en la cama y comienza a decirle:

–Señor, me habéis preguntado acerca del sentido de la aventura que acabáis de llevar a término y os lo contaré con gusto. En esta aventura había tres cosas temibles: la tumba, que no era nada ligera de levantar, el cuerpo del caballero que había que quitar de su lugar, la voz que oía cada uno, por la que se perdía el dominio del cuerpo, el sentido y la memoria. Os diré el significado de estas tres cosas.

»La tumba que cubría al muerto –continúa el buen hombre–

significaba los pecados del mundo, que eran muy grandes cuando Nuestro Señor vino a la tierra, pues no encontró otra cosa: el hijo no amaba a su padre, ni el padre al hijo, y por eso el Enemigo los llevaba al infierno sin dificultad.

»El Padre de los Cielos vio que en la tierra había tantos pecados, que nadie se fiaba de nadie, ni creían los unos en los otros, ni en las palabras que los profetas dijeron, antes bien, creaban cada día nuevos dioses; entonces envió a su hijo a la tierra para reducir estos pecados y para hacer más tiernos e ingenuos los corazones de los pecadores. Al descender a la tierra, los halló endurecidos, en pecado mortal, de forma que se podía ablandar tan fácilmente una dura roca como aquellos corazones. Entonces dijo por boca del profeta Daniel: "Estaré en soledad hasta la muerte"; y quería decir: "Padre, habrás convertido a una pequeña parte de este pueblo antes de mi muerte". Al igual que el Padre envió a su hijo a la tierra para liberar a su pueblo, esto se ha renovado ahora; pues lo mismo que el error y la locura desaparecieron con su venida y que la verdad brilló y resplandeció entonces, del mismo modo Nuestro Señor os designó entre los demás caballeros para enviaros a tierras extrañas a desvelar los graves misterios y para dar a conocer cómo han sucedido. Y por eso hay que comparar vuestra venida a la venida de Jesucristo, por la semejanza, que no por la dignidad; y de la misma forma que los profetas, mucho tiempo antes de la venida de Jesucristo, habían anunciado su llegada, y habían dicho que liberaría al pueblo de los lazos del infierno, así han anunciado los ermitaños y los santos varones vuestra llegada hace más de veinte años. Y bien decían todos que las aventuras del reino de Logres no faltarían antes de que llegaseis. Os hemos esperado tanto tiempo que, gracias a Dios, ya os tenemos.

–Decidme ahora –dijo Galaz– qué significa el cuerpo, ya que de la tumba me habéis dado buena razón.

–Os lo diré –le responde–. El cuerpo significa el pueblo que había vivido tanto tiempo bajo el pecado: todos estaban muertos y ciegos por los muchos pecados que cometían diariamente. Incluso parecía que estaban ciegos a la venida de Jesucristo, que, cuando oyeron que era el Rey de Reyes y el

Salvador del mundo, le tuvieron por pecador y pensaron que era tal como ellos. Creyeron más en el Enemigo que en Él, y libraron su carne a la muerte por consejo del diablo, que todos los días les cantaba al oído y se les había metido en el cuerpo; por eso hicieron una obra tal, por la que Vespasiano los arrasó y destruyó tan pronto como supo la verdad del profeta hacia el que habían sido desleales; así fueron destruidos por el Enemigo y por su consejo.

»Debemos ver ahora cómo concuerdan el cuerpo con los sucesos de entonces –continuó–: la tumba es símbolo de los grandes pecados de los judíos y el cuerpo son ellos y sus descendientes, que todos estaban muertos por su pecado mortal, del que no podían liberarse sin dificultad. La voz que salía de la tumba, son las dolorosas palabras que dijeron a Pilatos el magistrado: "¡Que su sangre sea derramada sobre nosotros y nuestros hijos!"

»Y por estas palabras fueron deshonrados y perdieron todo lo que tenían. Así podéis apreciar en esta aventura el significado de la Pasión de Jesucristo y la semejanza con su venida. Y han sucedido otras cosas más: cuando llegaban los caballeros andantes aquí y se dirigían a la tumba, el Enemigo, que los conocía como viles pecadores impíos y sabía que estaban envueltos en grandes lujurias e iniquidades, les causaba tal pavor con su horrible y espantosa voz, que perdían el dominio sobre su cuerpo. Y esta aventura que emprendían los pecadores no habría sido nunca terminada si Dios no os hubiera traído para que la llevarais a su final: tan pronto como vos vinisteis, el diablo, que sabía que erais virgen y tan limpio de todo pecado como puede estar hombre mortal, no se atrevió a esperar a vuestra compañía, sino que se fue y perdió todo su poder con vuestra venida. Así acabó la aventura que muchos esforzados caballeros habían intentado. Ya os he dicho la verdad de este asunto.

Galaz dijo que tenía un significado mucho más hondo de lo que imaginaba.

Aquella noche Galaz fue servido todo lo bien que los frailes pudieron. Por la mañana nombró caballero al criado, según la costumbre de aquel tiempo: después de hacerle todo lo que

debía, le preguntó cómo se llamaba.

Aquél dijo que se llamaba Melián y que era hijo del rey de Dinamarca.

–Buen amigo –dijo Galaz–, ya que sois caballero y de tan alto linaje como de rey y de reina, procurad que la caballería sea siempre bien empleada en vos, de forma que el honor de vuestro linaje quede siempre salvo; tened en cuenta que hijo de rey que recibe la orden de caballería, inmediatamente debe resplandecer sobre los demás caballeros en bondad, del mismo modo que el rayo de sol resplandece por encima de las estrellas.

Él responde que, si Dios quiere, el honor de la caballería quedará bien a salvo en él, pues por muchas penas que tenga que sufrir, no se detendrá ante nada. Galaz pide entonces sus armas y se las llevan; Melián le dice:

–Señor, gracias a Dios y a vos que me habéis nombrado caballero tengo tal alegría que casi no la puedo expresar; bien sabéis que es costumbre, que el que nombra caballero no debe rechazar el primer don que le pida el novel, si se trata de algo razonable.

–Decís verdad –dice Galaz–, pero ¿por qué lo habéis dicho?

–Porque quiero pediros un don –le responde– y os ruego que me lo concedáis, pues es una cosa que no os perjudicará.

–Yo os la otorgo, siempre que no sirva de afrenta.

–Muchas gracias –dice Melián–. Os pido ahora que me dejéis ir con vos a esta Búsqueda hasta que el destino nos separe y, después, si el destino nos vuelve a juntar, no me quitéis vuestra compañía para dársela a otro.

Ordena entonces que le traigan un caballo, pues quiere ir con Galaz; así se hace, y ambos se van de allí. Cabalgaron todo el día y toda la semana. Un martes por la mañana llegaron a una cruz que bifurcaba el camino; al acercarse, encuentran talladas en la madera de la cruz letras que decían: «TENTE, CABALLERO QUE VAS BUSCANDO AVENTURAS. HE AQUÍ DOS CAMINOS; UNO A LA DERECHA Y OTRO A LA IZQUIERDA. TE PROHÍBO QUE ENTRES EN EL DE LA IZQUIERDA, PUES DEBE SER MUY ESFORZADO EL QUE EN ÉL ENTRE, SI ES QUE QUIERE SALIR; SI ENTRAS EN EL DE LA DERECHA, MORIRÁS PRONTO.»

Cuando Melián vio estas letras, dice a Galaz:

–¡Ay!, franco caballero, por Dios, dejadme entrar en el de la izquierda, pues así podré probar mi fuerza y saber si en mí habrá valor y atrevimiento que me proporcionen elogios propios de un caballero.

–Si así lo hubierais querido –le contestó Galaz–, yo habría ido, pues quizás saldría mejor que vos.

Y le dice que no entrará. Así se separan el uno del otro y toma cada uno su camino.

Aquí queda por ahora la historia de Galaz y se cuenta cómo le fue a Melián.

III

Cuenta ahora la historia que cuando Melián se separó de Galaz, cabalgó hasta un viejo bosque que distaba dos jornadas; por la mañana, llegó a una pradera, a la hora de prima. En medio del camino halla un trono hermoso y rico en el que había una corona de oro bellísima; ante el trono había varias mesas llenas de suculentos manjares. Lo mira todo, pero no le apetece nada de lo que ve sino la corona, que es muy hermosa, y decide que en buena hora será nacido el que la lleve en la cabeza ante su pueblo. Entonces la toma, decidiendo llevársela; mete por medio su brazo derecho y se vuelve a internar en el bosque, pero apenas había avanzado cuando ve que detrás de él va un caballero, montado sobre un enorme caballo, que le dice:

–Señor caballero, dejad la corona, pues no es vuestra; en mala hora la cogisteis.

Cuando Melián lo oye, da media vuelta, pues se apercibe de que tendrá que luchar. Se persigna y dice:

–Buen señor Dios, ayudad a vuestro caballero novel.

El otro le ataca, hiriéndole con gran dureza, de tal forma que, atravesando el escudo y la loriga, le mete la lanza en el costado; lo derriba a tierra de manera que le quedan dentro del cuerpo el hierro y gran parte del asta. Se acerca a él el caballero, le quita la corona del brazo y le dice de nuevo:

–Señor caballero, dejad la corona, pues no tenéis derecho a ella.

Después, se vuelve al mismo lugar de donde había venido.

Melián se queda, sin fuerzas para levantarse, como el que piensa que está herido de muerte. Se lamenta por no haber creído a Galaz, pues ya le ha llegado la primera desgracia.

Mientras que él estaba en esta dolorosa situación, sucedió que Galaz llegó a aquella parte porque su camino lo conducía allí. Cuando vio a Melián que yacía en el suelo lo sintió mucho, pues pensó que estaría herido de muerte. Se le acercó y le dijo:

–¡Ay!, Melián, ¿quién os ha hecho esto? ¿Pensáis que podréis sanar?

Al oírlo aquél, lo reconoce y le contesta:

–¡Ay!, señor, por Dios, no me dejéis morir en este bosque, llevadme a una abadía, donde pueda recibir los sacramentos y morir como buen cristiano.

–¿Cómo? –le pregunta Galaz–. Melián, ¿estáis tan mal herido que pensáis morir?

–Sí –le responde.

Galaz lo siente mucho y le pregunta dónde están los que le han hecho eso.

Sale de la espesura entonces el caballero que había herido a Melián y le dice a Galaz:

–Señor caballero, guardaos de mí, porque os haré todo el mal que pueda.

–¡Ay!, señor –dice Melián–, ése es el que me ha matado, pero, por Dios, guardaos de él.

Galaz no contesta una palabra, sino que se va contra el caballero que se dirigía hacia él con gran rapidez. Como venía muy deprisa, no logra encontrarlo, pero Galaz le hiere tan duramente que le mete la lanza por en medio del hombro, lo abate junto con su caballo y quiebra la lanza: Galaz resuelve así el combate. Cuando se volvía, ve venir a otro caballero armado que le grita:

–Señor caballero, ¡dejadme el caballo!

Le ataca bajando la lanza, que le rompe contra el escudo, pero no logra moverlo de la silla. Galaz le corta el puño izquierdo con la lanza y al sentirse herido, se da a la fuga, pues teme morir; Galaz no lo persigue, como quien piensa no hacerle más daño del que ya ha recibido; se vuelve hacia Melián y no mira más al caballero que había derribado.

Pregunta a Melián qué quiere que le haga, pues por él hará todo lo que pueda.

–Señor, si pudiera cabalgar, querría que me pusieseis ante vos y que me llevaseis a una abadía que hay cerca de aquí, pues bien sé que si estuviera allí, intentaría por todos los medios curarme.

Le contesta que lo hará con gusto.

–Pero pienso –continúa Galaz– que será mejor que os quite antes ese hierro.

–¡Ay!, señor –le responde–, yo no trataría ese asunto hasta después de confesar, pues temo morir cuando me lo saquen. Pero llevadme.

Entonces lo toma con todo el cuidado que puede y lo coloca delante de él, abrazándolo para que no caiga, pues lo ve muy débil. Emprenden la marcha y vagan hasta llegar a una abadía.

Cuando estuvieron a la puerta, llamaron. Los frailes, que eran hombres de bien, les abrieron, recibiéndolos con deferencia y llevando a Melián a una habitación tranquila. Después de quitarse el yelmo, pidió a su Salvador y se lo trajeron; confesó, dio gracias y, entonces, recibió el *Corpus Domini*. Tras comulgar, dijo a Galaz:

–Señor, venga ahora la muerte, pues ya estoy bien preparado contra ella. Ahora podéis intentar extraer el hierro de mi cuerpo.

Galaz coge la punta y la saca fuera con toda el asta y el herido se desmaya del dolor. Galaz pregunta si allí hay alguien que sepa curar las heridas del caballero y le responden que sí. Hacen venir a un monje anciano que había sido caballero y le enseñan la herida. Él la contempla y dice que en un mes lo dejará sano. Galaz se alegra mucho con esta noticia; se hace desarmar y dice que permanecerá allí todo el día y la mañana siguiente hasta saber si Melián podrá sanar.

Allí estuvo tres días, al cabo de los cuales le preguntó a Melián cómo estaba; éste le contestó que iba curándose.

–Entonces –le dijo– podré irme mañana.

–¡Ay! Señor Galaz –responde afligido Melián–, ¿me vais a abandonar aquí? Soy el hombre que en este mundo más desea vuestro acompañamiento, si lo pudiera mantener.

–Señor –le dice Galaz–, yo no os sirvo para nada aquí; tengo que hacer cosas más necesarias que descansar y tengo que seguir mi camino en busca del Santo Grial.

–¿Cómo? –dice uno de los frailes–, ¿ha empezado ya la Búsqueda?

–Sí –le responde Galaz–, y nosotros dos somos compañeros en ella.

–Por mi fe –dice el fraile–, señor caballero enfermo, esta desdicha os ha venido por vuestros pecados. Si me dijerais vuestras andanzas desde que comenzó la Búsqueda, os señalaría por qué pecado os sucedió.

–Señor –respondió Melián–, os lo contaré todo.

Entonces le cuenta Melián cómo Galaz lo nombró caballero, las letras que encontraron en la cruz prohibiendo ir por el camino de la izquierda, cómo entró en él y todo lo que le sucedió. El buen hombre, que era de vida santa y de grandes conocimientos, le dijo:

–Ciertamente, señor caballero, estas aventuras son propias del Santo Grial; me habéis dicho una cosa de gran importancia y os la voy a explicar.

»Cuando ibais a ser nombrado caballero, fuisteis a confesaros, de forma que entrasteis en la orden de caballería limpio y purgado de todas las suciedades y de todos los pecados de los que os sentíais culpable; y así iniciasteis la Búsqueda del Santo Grial, en la forma en que debíais; pero cuando el diablo vio esto, lo sintió mucho y pensó vejaros tan pronto como llegara su momento. Así lo hizo, y os diré cuándo fue: cuando os alejasteis de la abadía en la que habíais sido nombrado caballero; el primer encuentro que tuvisteis fue la señal de la verdadera Cruz: ésta es la señal de la que más debe fiarse un caballero; pero había aún algo más. Había unas palabras que os indicaban dos caminos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Por el de la derecha debíais entender el camino de Jesucristo, el camino de piedad, en el que los caballeros de Nuestro Señor vagan noche y día, de día según el alma, y de noche siguiendo el cuerpo. Por el de la izquierda debéis entender el camino de los pecadores, en el que llegan grandes peligros a los que se meten en él. Como no era tan seguro

como el otro, el letrero prohibía la entrada a cualquiera que no fuera mejor que los demás, es decir, si no estaba tan seguro en el amor de Jesucristo que no pudiera caer en pecado. Cuando viste el letrero te preguntaste admirado qué podía ser; entonces te hirió el Enemigo con uno de sus dardos. ¿Sabes con cuál? Con el del orgullo, pues pensaste que saldrías del paso con tu valor. Y así fuiste engañado por el entendimiento, pues el escrito hablaba de la caballería celestial y tú interpretaste de la secular, por lo que fuiste orgulloso y por eso caíste en pecado mortal.

»Cuando te separaste de Galaz, el Enemigo, que te había encontrado débil, fue contigo y pensó que poco había hecho aún si no te hacía caer en otro pecado, para meterte en el infierno haciéndote pecar dos veces. Entonces te preparó una corona de oro, haciéndote caer en la envidia tan pronto como la viste. Al cogerla caíste en dos pecados mortales, orgullo y envidia. Al ver que también habías caído en envidia, y que te llevabas la corona, se convirtió en caballero pecador e intentó hacerte tanto daño como si ya fueras suyo y deseaba matarte. Te atacó enfilándote con la lanza, y te hubiera matado, pero la señal de la cruz que hiciste te salvó. De todas formas, Nuestro Señor te puso en el miedo de morir porque te habías salido de su servicio y para que otra vez te fiaras más de la ayuda de Nuestro Señor que de tu fuerza. Para que tuvieras pronto socorro, te envió a Galaz, el santo caballero, contra los dos caballeros que significaban los dos pecados que se habían albergado en ti y que no pudieron resistirse ante él, pues estaba sin pecado mortal. Ya os he explicado por qué motivo os han ocurrido estos sucesos. Ellos dicen que la causa es hermosa y digna.

Hablaron mucho aquella noche el hombre bueno y los dos caballeros acerca de las aventuras del Santo Grial. Galaz se lo rogó tanto a Melián, que éste acabó dándole permiso para que se fuera a la hora que quisiera. Y puesto que se lo había otorgado, le dijo que se iría. Por la mañana, tan pronto como Galaz hubo oído misa, se armó y encomendando a Dios a Melián, se fue y cabalgó muchas jornadas sin encontrar aventuras dignas de mención. Pero un día salió de casa de un

vasallo sin haber oído misa y erró hasta llegar a una alta montaña, en la que había una vieja capilla. Se dirigió a aquel lugar para oír misa, pues no quería dejar de asistir un día al servicio de Dios. Cuando llego allí, no encontró ni un alma, todo estaba desolado; no obstante, se arrodilló y rogó a Nuestro Señor que le aconsejara. Al terminar su oración, le dijo una voz: «Escucha, caballero venturoso, vete al Castillo de las Doncellas y acaba con las malas costumbres que hay allí.»

Al oír esto, da gracias a Nuestro Señor por haberle enviado su mensaje; monta inmediatamente y se va. A lo lejos ve, en un valle, un castillo, fuerte y bien situado; corre por medio un gran río, rápido, llamado Severn. Se dirige hacia allí y cuando ya está más cerca, se encuentra con un anciano pobremente vestido, que le saluda con afabilidad. Galaz le devuelve el saludo y le pregunta cómo se llama el castillo.

–Señor –le contesta–, Castillo de las Doncellas; es un castillo desdichado y son desdichados todos los que allí hablan: toda piedad está fuera de él y todo sufrimiento está dentro.

–¿Por qué? –pregunta Galaz.

–Porque se afrenta a todos los que entran en él; por eso os aconsejaría, señor caballero, que os volvieseis; pues de seguir adelante, sólo recibiréis afrenta.

–Que Dios os guíe, buen hombre –le dice Galaz–, pues no me volvería por mi voluntad.

Mira sus armas, comprueba que no le falta nada y cuando ve que lo lleva todo se dirige aprisa al castillo.

Encuentra entonces a siete doncellas, ricamente montadas, que le dicen:

–Señor caballero, ¡habéis pasado los límites!

Él contesta que los límites no le detendrán y que irá al castillo. Avanza durante todo el día, hasta que encuentra un criado que le dice que los del castillo le prohíben seguir adelante hasta que no sepan lo que quiere.

–No quiero más que la costumbre del castillo.

–Ciertamente –le dice aquél–, ésa es cosa que deseáis en mala hora; la tendréis de tal modo que ningún caballero la podrá acabar. Esperadme aquí y recibiréis lo que buscáis.

–Vete pronto –dijo Galaz–, y date prisa con lo que necesito.

El criado entra en el castillo; apenas había pasado un momento cuando Galaz ve salir de allí a siete caballeros que eran hermanos y que le gritan:

–Señor caballero, guardaos de nosotros, pues no os dejaremos hasta que estéis muerto.

–¿Cómo? –pregunta–, ¿queréis todos vosotros juntos luchar contra mí?

–Sí –le responden–, pues tal es la aventura y la costumbre.

Cuando oye esto, les deja avanzar con la lanza enfilada, hiriendo al primero, de tal forma que lo derriba a tierra y casi le rompe el cuello. Todos los demás le atacan a la vez, golpeándole sobre el escudo, pero no pueden moverlo de la silla, aunque por la fuerza de las lanzas detienen al caballo en plena carrera y casi lo tiran. En este encuentro se quebraron todas las lanzas y Galaz derribó a tres con la suya. Desenvainó la espada y atacó a los que estaban delante de él y lo mismo hicieron ellos: comienza así una gran pelea peligrosa. Mientras tanto, los que habían caído han vuelto a montar; la pelea es aún mayor ahora que antes. El mejor de todos los caballeros se esfuerza tanto que les hace perder terreno; les golpea con la cortante espada con tal vigor que no hay armadura que les pueda proteger y que impida que les salga la sangre del cuerpo. Lo encuentran tan fuerte y tan rápido que no creen que sea hombre mortal: no hay hombre en el mundo que pueda resistir la mitad de lo que él ha resistido. Ellos desfallecen, pues ven que no lo pueden mover del lugar y lo encuentran con la misma fuerza que al principio. Y es verdad, como lo atestigua la historia del Santo Grial, que en hechos de armas no hubo nadie que lo viera cansado.

La batalla duró hasta el mediodía. Los siete hermanos eran de gran valor, pero cuando llegó esta hora se encontraron tan cansados y tan malparados que no tenían fuerzas para defender su cuerpo. Y Galaz, que nunca se confesó vencido, los fue derribando de los caballos. Cuando ellos ven que no podrán resistir más, se vuelven huyendo. Al verlos, Galaz no los persigue, sino que se dirige al puente por donde se entraba al castillo, en donde encuentra a un hombre cano vestido con hábito de religión que le da las llaves de dentro diciéndole:

–Señor, tomad estas llaves; ahora podéis hacer del castillo y de los que están en él lo que queráis, pues habéis hecho tanto que el castillo es vuestro.

Él toma las llaves y entra en el castillo. Tan pronto como está dentro ve por entre las calles a muchas doncellas, tantas que no sabe cuántas son. Todas le dicen:

–Señor, sed bienvenido. Mucho hemos esperado nuestra liberación; bendito sea Dios que os ha traído aquí, pues de otra manera no habríamos sido libradas nunca de este doloroso castillo.

Él les contesta que Dios las bendiga y entonces le toman el caballo por el freno y lo llevan a la gran fortaleza haciéndole desarmar casi por la fuerza, pues él decía que aún no era tiempo de albergar; una doncella le dice:

–¡Ay!, señor, ¿qué es lo que decís? Ciertamente, si vos os vais así, los que han huido por vuestro valor volverán esta misma noche y volvería a empezar la dolorosa costumbre que han mantenido durante tanto tiempo en este castillo, y así vuestro trabajo hubiera sido en vano.

–¿Qué queréis que haga? Estoy dispuesto a hacer vuestra voluntad siempre y cuando yo vea que es conveniente hacerlo.

–Queremos –dice la doncella– que convoquéis a los caballeros y vasallos de la comarca que tienen sus feudos por este castillo y que les hagáis jurar a ellos y a los demás que nunca más mantendrán esta costumbre.

Él se lo otorga, y cuando ellas le hubieron llevado hasta la dependencia principal, descabalga, se quita el yelmo y sube después al palacio. Allí salió una doncella de una cámara que llevaba un cuerno de marfil recubierto muy ricamente de oro. Se dirige a Galaz y le dice:

–Señor, si queréis que vengan los que a partir de ahora han de tener esta tierra por vos, tocad este cuerno que se puede oír sin dificultad a diez leguas.

Él contesta que lo hará porque lo considera conveniente. Se dirige a un caballero que estaba delante de él que toma el cuerno y lo hace sonar con tanta fuerza que se puede oír en los extremos más alejados del país. Después de hacer esto se sientan todos alrededor de Galaz, él pregunta al que le había

dado las llaves si era sacerdote y le contesta que sí.

–Decidme, pues –le ruega–, la costumbre de aquí y dónde fueron apresadas todas estas doncellas.

–Con gusto lo haré –contesta el sacerdote.

»Es cierto que hace más de diez años los siete caballeros a los que habéis vencido llegaron a este castillo por casualidad y se albergaron en casa del duque Lynor, que era el señor de todo este país; era el hombre más noble que se conoció. Por la noche, después de cenar, se produjo una disputa entre los siete hermanos y el duque por una hija del duque que los siete hermanos querían poseer a la fuerza. En la disputa el duque murió y también un hijo suyo, mientras que la hija, por la que había comenzado la pelea, fue apresada. Después de hacer esto, los hermanos se adueñaron del tesoro del castillo y convocaron caballeros y servidores para comenzar la guerra contra los de este país. Lucharon tanto que los vencieron, recibiendo de ellos sus feudos. Cuando la hija del duque vio esto, se entristeció mucho y dijo casi adivinándolo:

»–Ciertamente, señores, aunque ahora tengáis el dominio de este castillo, es nuestro, pues de la misma manera que lo tenéis por culpa de una mujer, también lo perderéis por una doncella, y los siete seréis vencidos y derrotados por el valor de un solo caballero.

»Tomaron todo esto a despecho y dijeron que lo que ella acababa de decir no ocurriría nunca, pues no habría doncella que pasara delante del castillo que no fuera detenida hasta que llegara el caballero que los derrotaría. Y así lo han estado haciendo hasta ahora, y por eso el castillo se llama Castillo de las Doncellas.

–Y la doncella por la que empezó la pelea ¿vive aún? –pregunta Galaz.

–No, señor, ha muerto. Pero una hermana suya más joven está aquí.

–Y ¿cómo estaban las doncellas? –pregunta Galaz.

–Señor, estaban muy a disgusto.

–Pues ahora quedan libres –dice Galaz.

A la hora de nona comenzaron a llegar gentes que conocían las nuevas de que el castillo había sido reconquistado.

Celebraron grandes fiestas en honor de Galaz, como si hubiera sido el señor. Él invistió a la hija del duque con el castillo y con todo lo que de él dependía. Y procuró que todos los caballeros de la comarca se hicieran vasallos de la doncella; les hizo jurar a todos que no volverían a mantener nunca más esta costumbre y, después, cada doncella se fue a su país.

Galaz permaneció todo el día allí y le rindieron muchos honores. A la mañana siguiente llegó la noticia de que los siete hermanos habían muerto, y Galaz preguntó quién los había matado.

–Señor –le responde un criado–, ayer cuando se alejaron de vos, encontraron a Galván, a su hermano Gueheriet y a Yvaín. Se atacaron los unos a los otros y la desdicha cayó sobre los siete hermanos.

Galaz se admira por este acontecimiento; pide sus armas, se las llevan, y cuando ya está armado se va del castillo. Los criados le acompañan un buen trecho, hasta que les hace volver, él toma su camino y cabalga totalmente solo.

Aquí deja la historia de hablar de él y vuelve a Galván.

IV

Cuenta la historia que cuando Galván se separó de sus compañeros, cabalgó muchos días sin encontrar aventuras que merezcan ser narradas, hasta que llegó a la abadía donde Galaz había tomado el escudo blanco con la cruz roja. Allí le contaron las aventuras que él había llevado a cabo. Al oír aquello, preguntó que hacia dónde había ido, y se lo dijeron; se puso en camino tras él y cabalgó hasta que el destino lo llevó a donde Melián yacía enfermo. Cuando aquél reconoció a Galván, le dio nuevas de Galaz, diciéndole que se había ido por la mañana

–¡Dios! –dijo Galván–, ¡Qué desdichado soy! Soy el caballero más desgraciado del mundo, pues voy siguiendo a este otro caballero de cerca y no lo logro alcanzar. Si Dios quisiera que yo lo pudiese encontrar, no me apartaría nunca de él, porque él desea tanto mi acompañamiento como yo el suyo.

Uno de los frailes que oyó estas palabras dijo a Galván:

–Señor, vuestra mutua compañía no sería de ninguna manera conveniente, pues vos sois un servidor malo y desleal, y él es un caballero tal como se debe ser.

–Señor –dice Galván–, por lo que decís, me parece que me conocéis bien.

–Os conozco mucho mejor de lo que os imagináis –contesta el buen hombre.

–Buen señor –dice Galván–, entonces me podréis decir, sin duda y si os place, por qué soy un malo y desleal servidor, como habéis dicho.

–No os lo diré de ninguna manera –le contesta aquél–, pero con el tiempo encontraréis quien os lo diga.

Mientras hablaban así entró un caballero armado con todas sus armas y bajó al patio. Los frailes corrieron a su encuentro para desarmarlo y lo acompañaron a la habitación donde estaba Galván. Después de desarmarlo, Galván lo vio y reconoció que era su hermano Gueheriet; corre a su encuentro con los brazos abiertos y se alegra mucho. Le pregunta si está sano y salvo, y aquél le contesta:

–Sí, gracias a Dios.

Aquella noche los frailes los sirvieron muy bien; por la mañana, tan pronto como amaneció, oyeron misa completamente armados pero sin los yelmos. Cuando ya estaban montados y preparados, se marcharon y fueron vagando hasta la hora de prima. Entonces, al mirar delante de ellos vieron a Yvaín que cabalgaba completamente solo; lo reconocieron perfectamente por las armas que llevaba. Le gritaron que se parase; él se vuelve al oír su nombre, se detiene y los reconoce por la voz; aquéllos le dan grandes muestras de alegría y le preguntan cómo le ha ido. Él responde que no ha hecho nada, pues no ha hallado ninguna aventura que le gustase.

–Cabalguemos ahora todos juntos –dijo Gueheriet– hasta que Dios nos envíe una aventura.

Los demás aceptan y penetran en el camino los tres juntos. Cabalgan tanto que consiguen llegar al Castillo de las Doncellas el mismo día que había sido conquistado. Cuando los siete hermanos vieron a los tres compañeros, dijeron:

–Ataquémosles y los mataremos, pues pertenecen a aquel por el que hemos sido desheredados. Son caballeros andantes.

Van entonces contra los tres compañeros y les gritan que tengan cuidado, pues han llegado a la muerte. Cuando oyen estas palabras, les dirigen las cabezas de los caballos; en el primer encuentro, tres de los siete hermanos murieron, pues Galván mató a uno, Yvaín a otro y Gueheriet al tercero. Sacan las espadas y se atacan unos a otros. Los hermanos se defienden como pueden, pero no les va muy bien, porque estaban cansados y fatigados del gran combate y de la gran pelea que habían sostenido ese mismo día con Galaz. Los otros, que eran muy esforzados y buenos caballeros, los llevan tan a mal, que los matan en poco tiempo. Los dejan sobre el lugar muertos y se van allí a donde la fortuna los guía.

Pero no vuelven hacia el Castillo de las Doncellas, sino que toman el camino de la derecha, y por esto perdieron a Galaz. A la hora de vísperas se separaron y cada uno tomó un camino diferente. Galván cabalgó hasta llegar a una ermita y encontró al ermitaño en la capilla cantando las vísperas a Nuestra Señora; descabalga y las oye; después pide albergue por caridad y el ermitaño se lo concede con muy buena gana.

Por la noche, el buen hombre preguntó a Galván de dónde era, y éste le dijo la verdad; le dijo también en qué búsqueda estaba metido y cuando el buen hombre se dio cuenta de que era Galván, le dijo:

–Señor, si os parece bien, yo querría saber muchas cosas de vos.

Comienza entonces a hablarle de la confesión y a sacarle muy buenos ejemplos del Evangelio; le aconsejó que se confesase con él y que lo hiciera cuando pudiera.

–Señor –dice Galván–, si quisierais explicarme unas palabras que oí anteayer, yo os diría todo sobre mi condición, pues me parecéis hombre de muy alta dignidad y bien sé que sois sacerdote.

El buen hombre le hace ver que le aconsejará tanto como pueda y Galván lo mira, lo ve viejo y anciano y le parece tan digno que le entran ganas de confesarse con él. Le cuenta aquello de lo que se siente más culpable hacia Nuestro Señor, y

no olvida decirle las palabras que el otro buen hombre le había dicho. El anciano se enteró de que habían pasado cuatro años sin que hubiera confesado, y entonces le dijo:

–Señor, con razón fuisteis llamado mal servidor y desleal, pues cuando entrasteis en la orden de caballería no se os metió en ella para que fueseis, a partir de entonces, siervo del Enemigo, sino para que sirvieseis a Nuestro Creador y defendierais la Santa Iglesia, dando a Dios el tesoro que os mandó guardar, que es vuestra propia alma; por esto se os hizo caballero y habéis empleado de mala manera la caballería, habéis sido todo el tiempo servidor del Enemigo, habéis abandonado a vuestro Creador y habéis llevado la vida más sucia y peor que ningún caballero ha llevado nunca. En esto podéis apreciar que quien os llamó mal servidor y desleal os conocía bien. Ciertamente, si no fueseis tan pecador como sois, los siete hermanos no habrían sido muertos por vos, sino que todavía estarían cumpliendo penitencia por la mala costumbre que habían mantenido durante tanto tiempo en el Castillo de las Doncellas y se acordarían de Dios. No actuó así Galaz, el buen caballero, al que vais buscando, pues los venció sin matarlos y tuvo sentido el que los siete hermanos hubieran llevado esta costumbre al castillo y que retuvieran a todas las doncellas que venían de grado o a la fuerza a este país.

–¡Ay, Señor! –dice Galván–, explicadme el sentido para que yo lo sepa contar en la corte cuando vuelva a ella.

–Con gusto lo haré –le contesta el anciano.

–Por el Castillo de las Doncellas debes entender el Infierno y por Doncellas las buenas almas que desgraciadamente habían sido encerradas antes de la Pasión de Jesucristo. Los siete caballeros son los siete pecados principales que reinaban entonces en el mundo de manera que no había justicia: tan pronto como el alma salía del cuerpo, de quienquiera que fuera, de hombre bueno o de malvado, iba al Infierno y se quedaba allí, encerrada del mismo modo que las doncellas. Cuando el Padre del Cielo vio que lo que Él mismo había creado iba tan mal, envió a su Hijo a la tierra para liberar a las buenas doncellas, que son las buenas almas. Y lo mismo que envió a su Hijo, que vivía antes que el comienzo del mundo,

así envió a Galaz, su fiel caballero y su leal servidor, para que despojara al castillo de las buenas doncellas, pues son tan puras y limpias como la flor de lis, que nunca siente el calor de la época.

Cuando Galván oyó estas palabras, no supo qué contestar. El anciano le dijo:

–Galván, Galván, si quisieras dejar esta mala vida que has mantenido durante tanto tiempo, aún podrías agradar a Nuestro Señor, pues la Escritura dice «nadie es tan pecador como para no conseguir la misericordia de Nuestro Señor si la pide». Por eso, yo te aconsejaría que hicieras penitencia de lo que has hecho mal.

Galván le respondió que no podría soportar la penitencia. El anciano lo dejó y no dijo nada más, pues veía que sus amonestaciones serían en vano.

Por la mañana se fue Galván de allí y anduvo hasta encontrar por ventura a Aglován y a Giflete, hijo de Don. Juntos cabalgaron cuatro días sin encontrar aventuras que merezcan ser contadas. El quinto día, se separaron y tomó cada uno su camino. La historia deja aquí de hablar de ellos y vuelve a Galaz.

V

Cuenta la historia que cuando Galaz se fue del Castillo de las Doncellas cabalgó hasta llegar al Bosque Devastado. Un día se encontró con Lanzarote y con Perceval que cabalgaban juntos. Ellos no lo reconocieron, pues llevaba armas que no estaban acostumbrados a ver. Lanzarote le ataca el primero, quebrando su lanza en medio del pecho; Galaz lo golpea con tanto vigor que lo derriba a él y a su caballo, pero sin hacerle ningún otro daño. Sacó entonces la espada, pues tenía la lanza rota, y hiere a Perceval con tanta fuerza que le rompe el yelmo y la cofia de hierro y si la espada no se le hubiera vuelto en la mano, lo hubiera matado sin dificultad, pero no tiene la fuerza suficiente como para mantenerse en la silla, sino que va al suelo con tal golpe que no sabe si es de día o de noche. Aquel combate se realizó ante una ermita en la que había una

anacoreta, que al ver a Galaz le dijo:

–Id con Dios y que Él os conduzca. Si os conocieran tan bien como yo os conozco, ciertamente no habrían tenido la osadía de atacaros.

Cuando Galaz oye estas palabras, le entra un gran miedo de que lo reconozcan. Pica su caballo con las espuelas y se van tan deprisa como puede el animal. Cuando aquéllos se dan cuenta de que se va, cabalgan a toda prisa. Pero les resulta claro que no lo podrán alcanzar y se vuelven, tan dolientes y tan tristes que querrían morir sin demora, pues odian mucho sus propias vidas, y entonces se meten en el Bosque Devastado.

Así se quedó Lanzarote en el Bosque Devastado, doliente y triste por el caballero que ha perdido, y dice a Perceval:

–¿Qué podremos hacer?

Perceval responde que no sabe cómo encontrar consuelo a su tristeza por no haber alcanzado al caballero.

–Y, además –continúa Perceval–, la noche nos ha sorprendido en un lugar tal del que no podremos salir nunca más si la ventura no nos lanza fuera. Por eso creo que lo mejor es volver al camino, ya que si empezamos a desviarnos desde aquí, no creo que encontremos el sendero adecuado en mucho tiempo. Vos haced lo que os guste, pero yo creo que será mayor nuestro provecho si nos volvemos que si seguimos adelante por aquí.

Lanzarote dice que de grado no se volvería, sino que buscará al que lleva el escudo blanco, pues no volverá a encontrarse bien hasta que no sepa quién es.

–Pero podréis esperar sin dificultad –le dice Perceval– a que llegue mañana; entonces iremos los dos tras el caballero.

Él le contesta que de ninguna forma.

–Que Dios os salve –le dice Perceval–, pero yo hoy mismo volveré a la anacoreta que dijo conocerlo muy bien.

Así se separaron los compañeros. Perceval volvió a la anacoreta y Lanzarote cabalgó tras el caballero por el bosque de tal forma que no siguió ni camino ni sendero, sino que marchó según lo iba llevando la propia ventura; y esto lo hizo muy mal porque no veía, ni de lejos ni de cerca, por dónde podría coger el camino, ya que era la noche muy oscura. No

obstante, cabalgó hasta llegar a una cruz de piedra que estaba en la separación de dos caminos en una landa desierta. Cuando estuvo cerca, mira la cruz y ve junto a ella un escalón de mármol en el que, al parecer, había unas letras escritas, pero era la noche tan oscura que no podía leerlas. Mira hacia la cruz y ve una capilla muy vieja hacia la que se dirige pensando encontrar gente en ella. Cuando estaba algo cerca descabalga y ata su caballo a una encina, se quita el escudo del cuello y lo cuelga al árbol. Después, se acerca a la capilla y la encuentra solitaria y medio derruida; entra dentro y halla en la entrada unas rejas de hierro que estaban tan juntas que no se podía pasar entre ellas. Mira a través de las rejas y ve dentro un altar que estaba adornado con mucha riqueza, con tela de seda y otras cosas y ante él un gran candelabro de plata que sostenía seis cirios encendidos que daban una gran claridad. Al verlo siente ganas de entrar por saber qué se guarda allí, pues no pensaba que en un lugar tan extraño hubiera cosas tan hermosas como las que veía; mira las rejas y cuando se da cuenta que no podrá entrar lo siente tanto que se aleja de la capilla y vuelve a su caballo llevándolo por el freno hasta la cruz; después le quita la silla y el freno y lo deja pastar; él se desata el yelmo y lo pone ante sí, se quita la espada y se tumba sobre el escudo ante la cruz y se queda adormecido porque estaba cansado, pero no pudo olvidar al buen caballero del escudo blanco.

Cuando lleva un buen rato así, ve venir en una litera, llevada por dos palafrenes, a un caballero enfermo que se quejaba angustiosamente. Al llegar cerca de Lanzarote, se detiene y lo mira sin decir ni una palabra, pues piensa que está dormido; Lanzarote no dice nada, pues estaba en tal situación que ni dormía profundamente ni velaba bien, sino que estaba en duermevela. El caballero de la litera se detuvo en la cruz y comenzó a quejarse con mucha pena, diciendo:

–¡Ay, Dios!, ¿era necesario este dolor? ¡Ay, Dios! ¿Cuándo vendrá el Vaso Santo, gracias al cual la fuerza de este dolor desaparecerá? ¡Ay, Dios!, ¿ha sufrido algún hombre tanto daño como yo soporto? Y todo por una mala acción tan pequeña.

Durante un buen rato se queja así el caballero, afligiéndose

ante Dios por sus males y sus dolores. Lanzarote no se mueve ni dice una palabra, pues está como entre la vida y la muerte y, sin embargo, lo ve perfectamente y entiende sus palabras.

Cuando el caballero lleva ya un buen rato detenido ante la cruz, Lanzarote se fija más y ve venir de la capilla el candelabro de plata que con los cirios había visto dentro. Contempla el candelabro que viene hacia la cruz, pero no consigue ver a quien lo trae y se maravilla mucho; después ve venir sobre una mesa de plata el Vaso Santo que había visto en otro tiempo en casa del Rey Pescador, el mismo vaso que se llamaba Santo Grial. Tan pronto como el caballero enfermo lo vio venir, se dejó caer a tierra de la altura en la que estaba y juntando las manos dijo:

–Buen señor Dios, que habéis hecho tan hermosos milagros en estas tierras y en otras con el Santo Vaso que veo venir aquí, Padre, miradme por vuestra piedad de tal forma que este mal que me aqueja se me vaya en breve y que yo pueda entrar en la Búsqueda que ya han iniciado.

Entonces se fue arrastrando con la fuerza de sus brazos hasta la escalera donde estaba puesta la mesa y el Santo Vaso; se agarra a ella con las dos manos y se estira hasta que consigue besar la mesa de plata y la toca con sus ojos. Cuando hizo esto se siente completamente aliviado de sus males. Lanza una gran exclamación y dice:

–¡Ay, Dios! ¡Estoy sano!

Y no tardó mucho en quedarse dormido. Cuando el Vaso llevaba un rato allí, se volvió a ir el candelabro a la capilla y el Vaso con él, de tal forma que Lanzarote no supo, ni a la ida ni a la vuelta, quién lo podía llevar. Y, sin embargo, le ocurrió esto o porque estaba muy cansado por los trabajos que había tenido, o por pecados que le habían sorprendido; por eso no se movió con la llegada del Santo Grial ni su cara se afectó. Por este motivo después en la Búsqueda le dijeron muchas afrentas y le vinieron muchas desdichas en varios lugares.

Cuando el Santo Grial se alejó de la cruz y entró en la capilla, el caballero de la litera se enderezó sano y salvo y besó la cruz. Llegó entonces allí un escudero que traía unas armas muy hermosas y ricas. Llegó a donde estaba el caballero y le

preguntó cómo le había ido.

–Por mi fe –dijo–, estoy bien, gracias a Dios. Quedé curado tan pronto como el Santo Grial me vino a visitar, pero me parece maravilla que ese caballero que ahí está durmiendo no se despertara con su venida.

–Por mi fe –dice el escudero–, ya será algún caballero que tiene pecados grandes, de los que no se ha confesado nunca y que es culpable ante Nuestro Señor y por eso no le ha agradado que viese este hermoso acontecimiento.

–Ciertamente –dice el caballero–, quienquiera que sea, es un desdichado y bien creo que es alguno de los compañeros de la Mesa Redonda que han iniciado la Búsqueda del Santo Grial.

–Señor –dice el escudero–, os he traído vuestras armas, tomadlas cuando queráis.

El caballero le responde que no necesitaba ninguna otra cosa; se arma y toma las calzas de hierro y la loriga. El escudero se acerca a la espada de Lanzarote, se la da y también el yelmo. Después se acerca al caballo de Lanzarote, lo ensilla y le pone el freno; cuando lo hubo aparejado, le dice a su señor:

–Señor, montad, pues no os falta ni buen caballo ni buena espada. Ciertamente, no os he conseguido nada que sea mejor empleado por vos que por este malvado caballero que aquí yace.

La luna se había levantado bella y clara, pues ya era más de medianoche. El caballero pregunta al escudero si conoce la espada y le contesta que cree conocerla por la belleza que tiene. La saca de la vaina y la encuentra hermosa y envidiable. Cuando el caballero estuvo preparado y montado sobre el caballo de Lanzarote, dirigió la mano hacia la capilla jurando que con la ayuda de Dios y de los santos, no dejará de vagar hasta saber cómo es que el Santo Grial aparece en tantos lugares en el reino de Logres, quién lo llevó a Inglaterra y con qué motivo, a no ser que alguien sepa antes que él las verdaderas noticias.

–Así me ayude Dios –dice el criado–, habéis dicho bastante; que Dios os conceda como honor el partir en esta Búsqueda y que os sirva para salvación del alma, pues ciertamente no la

podréis mantener durante mucho tiempo sin peligro de muerte.

–Si yo muriera en ella –dice el caballero–, será más para mi honor que para mi vergüenza, pues en esta Búsqueda no debe nadie echarse atrás ni por la muerte ni por la vida.

Entonces se aleja de la cruz con su escudero, llevándose las armas de Lanzarote, y cabalga siguiendo la ventura.

Después de haberse alejado más de media legua de allí, Lanzarote se levantó de donde estaba como el que se hubiera despertado de un sueño profundo. Se pone a reflexionar sobre lo que ha visto, si ha sido sueño o realidad, pues no sabe si ha visto al Santo Grial o si lo ha soñado, y entonces se endereza y ve el candelabro ante el altar, pero no ve nada de lo que más le gustaría ver, y si fuera posible, quisiera saber noticias ciertas del Santo Grial.

Cuando Lanzarote hubo mirado un gran rato sobre las rejas para saber si vería alguna cosa de las que mucho deseaba, oyó una voz que decía:

–Lanzarote, más duro que la piedra, más amargo que la madera, más inútil y más vano que la higuera, ¿cómo has sido tan atrevido que osaste entrar en el lugar donde viste el Santo Grial? Vete de aquí, pues este lugar ha sido infectado con tu entrada.

Al oír estas palabras, se siente tan dolido que no sabe qué hacer. Se aleja de allí suspirando de corazón y llorando de los ojos. Maldecía la hora en que nació, pues sabe que ha llegado al punto en el que ya no tendrá nunca más honor, pues no ha logrado saber la verdad del Santo Grial. Y no ha olvidado las tres palabras con que le han llamado y no las olvidará mientras viva y no estará a gusto hasta saber por qué fue llamado así. Cuando llega a la cruz no encuentra ni su yelmo, ni su espada, ni su caballo; se da cuenta entonces que ha visto la verdad y comienza un llanto grande y admirable en el que se llama desdichado, doliente, y dice:

–¡Ay, Dios! Me han perdido mis pecados y mi mala vida; bien veo que mi desgracia me ha confundido más que ninguna otra cosa, pues cuando yo debía reparar mis faltas, entonces me destruyó el enemigo, que me ha quitado la vista de forma que no pude ver nada relacionado con Dios y debe admirar que

yo no pueda ver claro, pues desde que fui el primer caballero, no hubo momento en que no estuviera cubierto por las tinieblas del pecado mortal, ya que siempre he vivido en la lujuria y en la villanía de este mundo.

De este modo, Lanzarote se desprecia a sí mismo y se humilla en grado sumo y le dura el duelo toda la noche. Cuando amaneció el día bello y claro, los pajarillos empezaron a cantar en medio del bosque, el sol empezó a brillar entre los árboles y vio el hermoso tiempo y oyó el canto de los pájaros con el que se había alegrado muchas veces; entonces se encontró desprovisto de todas las cosas, de sus armas y de su caballo, y se da cuenta de que Nuestro Señor estaba entristecido por él; piensa que no podrá llegar nunca a un lugar donde nada del mundo le pueda devolver su alegría, pues allí donde pensaba encontrar alegría y todos los honores de la tierra, allí ha fracasado: en las aventuras del Santo Grial, y esto es cosa que le aflige mucho.

Después de haberse quejado, lamentado y apenado un buen rato por su desdicha, se aleja de la cruz, y entra en el bosque a pie, sin yelmo, sin espada y sin escudo. No vuelve a la capilla donde oyó las tres maravillosas frases, sino que se marcha por el sendero, hasta que llega a la hora de prima a un lugar donde hay una ermita cuyo ermitaño iba a comenzar la misa y estaba ya preparado con las armas de la Santa Iglesia. Entra en la capilla cabizbajo y meditabundo, y tan dolorido como no podría estarlo más. Se arrodilla en medio de la cancela y golpea su pecho pidiendo perdón a Nuestro Señor por las malas obras que ha hecho en este siglo. Escuchó la misa que el buen hombre cantaba con sus clérigos; después que la hubo cantado, cuando el ermitaño se había quitado las armas de Nuestro Señor, Lanzarote lo llamó y lo llevó aparte rogándole por Dios que le salvara. El buen hombre le pregunta de dónde es, él le responde que es de la casa del rey Arturo y caballero de la Mesa Redonda. El anciano le pregunta:

–¿De qué queréis consejo? ¿Es confesión?

–Señor, sí –le contesta.

–Que sea por Nuestro Señor –responde el buen hombre.

Lo lleva entonces ante el altar y se sientan juntos. Le

pregunta el ermitaño cómo se llama, y le responde que se llama Lanzarote del Lago, que fue hijo del rey Ban de Benoic. Cuando el anciano oyó que era Lanzarote del Lago, el hombre del que se decía lo mejor, se asombra al verlo hacer un duelo tan grande, y le dice:

–Señor, debéis dar a Dios una recompensa muy grande porque os ha hecho tan hermoso y tan valiente que no conocemos a nadie en el mundo ni de vuestra belleza ni de un valor semejante. Él os ha dado el juicio y la memoria que tenéis; por su amor podéis hacer buenas obras de tal forma que el diablo no tendrá ningún provecho de los muchos dones que el Señor os ha dado; servidle con todo vuestro poder y cumplid sus mandamientos; no le sirváis con los dones que hizo a su enemigo mortal, es decir, el diablo, pues ya que Dios ha sido más generoso con vos que con ningún otro, si perdiera algo en vos, mereceríais gran humillación.

»No me parecéis el mal criado del que se habla en el Evangelio, y del que un evangelista hace mención diciendo que un rico hombre concedió gran parte de su dinero a tres criados para que se lo guardaran; dio a uno un besante, a otro dos y al tercero le dio cinco. El que recibió cinco, los multiplicó de tal forma que cuando volvió ante su señor, a rendirle cuentas de sus ganancias, le dijo: “Señor, tú me diste cinco besantes, he aquí los cinco y cinco más que yo os he ganado.” Cuando el señor lo oyó, respondió: “Ven, buen criado leal, yo te acojo en la compañía de mi séquito.” Después fue al otro, que tenía dos besantes y dijo a su señor que había ganado otros dos. El señor le respondió de la misma forma que había hecho con el primer criado. Pero el que había recibido uno solo lo había escondido en la tierra y se alejó del rostro de su señor sin atreverse a presentarse ante él. Éste fue el mal criado, el falso simoníaco, el hipócrita de corazón, en el que el fuego del Espíritu Santo no entró jamás, y por eso no se puede calentar con el amor de Nuestro Señor ni abrazar a los que Él anuncia la santa palabra, pues tal como dice la Sagrada Escritura: “El que no arde, no quema”, es decir: “Si el fuego del Espíritu Santo no calienta al que cuenta la palabra del Evangelio, el que la escucha no arderá ni se calentará.”

»Os he contado esta parábola por los muchos dones que Nuestro Señor os dio. Veo que Él os hizo más hermoso y mejor que a ningún otro; así me parece por las cosas que desde fuera se ven y si a pesar de estos regalos que os hizo sois su enemigo, sabed que os aniquilará en muy poco tiempo, a no ser que en breve le deis las gracias en confesión verdadera, en arrepentimiento de corazón y en reparación de vuestra vida. Y en verdad os digo que si vos le dais las gracias de esa manera, Él que es tan bondadoso y que ama tanto el verdadero arrepentimiento del pecador, cuanto más si ha caído, os levantará con más fuerza y con más vigor que el que tuvisteis en toda vuestra vida.

–Señor –dice Lanzarote–, la semejanza que me habéis puesto aquí, de los tres criados que habían recibido los besantes, me aflige bastante más que otra cosa. Sé bien que Jesucristo me ha dado desde mi infancia todas las buenas cualidades que cualquier hombre pudiera tener; y porque Él fue así de generoso y yo le he devuelto tan mal todo lo que me concedió, sé bien que seré juzgado como el mal servidor que guardó su besante en la tierra. Yo he servido toda la vida a su Enemigo guerreándole con mi pecado, me he metido en el camino ancho y llano al comienzo, que es el comienzo del pecado, el diablo me ha mostrado la dulzura y la miel, pero no me ha mostrado las penas eternas que sufrirá el que permanezca en este camino.

Cuando el buen hombre oyó estas palabras, comenzó a llorar diciendo a Lanzarote:

–Señor, sé bien que no ha permanecido nadie en ese camino que vos decís que no haya muerto para la vida eterna, pero lo mismo que el hombre equivoca alguna vez su camino cuando se queda dormido y retrocede tan pronto como se despierta, así sucede con el pecador que se duerme en el pecado mortal saliéndose del camino correcto y que vuelve a su camino, es decir, al Creador, y se dirige hacia el Alto Señor que todos los días le grita: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.»

Entonces ve una cruz en la que está el símbolo de la Vera Cruz pintado; se la muestra a Lanzarote y le dice:

–Señor, ¿veis esa cruz?

–Sí –le contesta.

–Sabed –le dice el buen hombre– que aquella figura ha extendido sus brazos para recibir a todos los pecadores, a vos y todos los demás que se le dirigen, y los llama a todos diciéndoles: «Venid, venid.» Y ya que Él es tan bondadoso que siempre está dispuesto a recibir a los que hacia Él se vuelven, sabed que no os rechazará si vos os ofrecéis a Él de tal forma como os digo, confesándoos por vuestra boca y arrepintiéndoos con vuestro corazón y reparando las faltas de vuestra vida. Decid ahora cómo sois y contadle vuestros actos ante mí y os ayudaré socorriéndoos y aconsejándoos en lo que pueda.

Lanzarote piensa un momento, como si no hubiera relación entre él y la reina, y jamás habría dicho nada si no lo hubiera llevado a este término un consejo tan grande. Lanza un suspiro del fondo del corazón, pero está tan sumiso al pecado que no se atreve a pronunciar una palabra con su boca; y sin embargo, él las diría con gusto, pero más como cobarde que como atrevido, no puede. El ermitaño le anima a que se arrepienta de su pecado y a que lo abandone todo, pues sería afrentado si no hiciera lo que le aconseja; le promete la vida eterna por el arrepentimiento y el infierno por ocultarlo, le dice tan buenas palabras y tantos ejemplos, que Lanzarote empieza a decir:

–Señor, estoy muerto por el pecado de una dama mía a la que he amado durante toda mi vida: la reina Ginebra, la mujer del rey Arturo. Ella me ha dado oro y plata en abundancia y los ricos regalos que alguna vez yo he otorgado a los pobres caballeros; es ella la que me ha puesto en el gran lujo y en la altura en la que yo estoy, es por su amor por el que yo he hecho los grandes hechos de armas de los que habla todo el mundo, ella me ha hecho pasar de la pobreza a la riqueza y de la desdicha a todas las felicidades terrenas; pero bien sé que por este pecado Nuestro Señor se ha enfadado mucho conmigo, tal como me demostró ayer por la noche.

Entonces cuenta cómo había visto el Santo Grial sin haberse movido hacia él ni por honra ni por amor a Nuestro Señor.

Cuando hubo contado al ermitaño todo lo suyo y de su vida, le ruega por Dios que lo absuelva.

–Ciertamente, señor, vuestra absolución no os sirve si no

prometéis a Dios que no volveréis a caer en este pecado; pero si vos queréis limpiaros completamente, agradecérselo y arrepentiros de todo corazón, yo pienso que Nuestro Señor os volverá a llamar entre sus servidores y os hará abrir la puerta de los cielos, donde está preparada la vida eterna a los que allí lleguen. Pero tal como estáis ahora no os podría servir para nada la absolución, pues sería como aquel que hace construir sobre malos cimientos una torre fuerte y alta: le sucederá que cuando haya construido un buen tramo, todo se le caerá. Así se perderá en vos nuestro esfuerzo si vos no lo recibís de corazón y os ponéis a actuar; sería la semilla que se echa sobre la roca que los pájaros se la llevan y que no da ningún provecho.

–Señor, no haré nada que no me digáis, si Dios me da vida para ello.

–Os pido que me prometáis que nunca más volveréis a ofender a vuestro Señor cometiendo pecados mortales con la reina ni con cualquier otra dama y que no haréis nada que le pueda enfadar.

Lanzarote lo jura como leal caballero.

–Contadme ahora –le dice el ermitaño– cómo os han ido las aventuras del Santo Grial.

Lanzarote le cuenta que cuando estaba en la capilla oyó una voz que le llamaba piedra, madera e higuera.

–Por Dios –continúa–, decidme el significado de estas tres cosas, pues no hay palabras que yo desee saber tanto como éstas, por eso os ruego que me lo digáis, pues sé bien que conocéis la verdad.

Comienza entonces el anciano a pensar durante un buen rato, y cuando le habla, le dice:

–Ciertamente, Lanzarote, no me extraña que esas tres palabras os hayan sido dichas, pues habéis sido siempre de los hombres más maravillosos de este mundo y por eso se os dicen más palabras admirables que a los demás. Y ya que deseáis saber la verdad, os la diré con gusto; escuchad:

»Me habéis contado que se os dijo: “Lanzarote, más duro que piedra, más amargo que madera, más inútil y vano que la higuera, vete de aquí.” Debe considerarse asombroso que se os llamara más duro que la piedra, pues la piedra es dura por su

propia naturaleza y hay piedras más duras que otras. Las piedras en las que se encuentra dureza deben entenderse como el pecador que se ha adormecido y endurecido en su pecado y su corazón está endurecido de tal forma que no puede ser ablandado ni por el fuego ni por el agua. No puede ser ablandado por el fuego, pues el fuego del Espíritu Santo no puede entrar en él ni encontrar lugar, porque su cuerpo está sucio por los distintos pecados que ha cometido de día en día; el agua no puede ablandarlo, pues la palabra del Espíritu Santo que es la dulce agua y la dulce lluvia no puede ser recibida en su corazón y Nuestro Señor no se albergará en ningún lugar donde esté su Enemigo, sino que antes quiere que el hostal donde descienda esté limpio y purificado de todos los vicios y de todas las inmundicias y por esta intención es el pecador llamado piedra, por la gran dureza que Nuestro Señor encuentra en él, pero conviene ver por qué eres llamado más duro que piedra, es decir, cómo eres el más pecador entre todos los pecadores.

Cuando dijo esto, se puso a pensar y después le dice:

–Te diré cómo eres el más pecador entre todos los pecadores; has oído que de los tres criados a los que el rico hombre dio los besantes para que los aumentaran y los multiplicasen, los dos que más habían recibido fueron criados buenos, leales, sabios y previsores, el otro que había recibido menos fue el criado falso y desleal; mira ahora si tú podrías ser uno de los criados a los que Nuestro Señor dio los cinco besantes para que los multiplicara. Creo que él te dio aún muchos más y si se buscara ahora entre los caballeros de la tierra, creo que no se encontraría a nadie a quien Nuestro Señor diera tanta gracia como te ha prestado a ti; te dio belleza con colmo, te dio sentido, discreción de conocer el bien y el mal, te dio valor y atrevimiento, y además te dio la felicidad con tanta largueza, que has conseguido superar todo lo que comenzaste; todas estas cosas te dio Nuestro Señor para que fueras su caballero y su sirviente y no te dio ninguna de estas cosas para que fueran perdidas por ti, sino para que fueran aumentadas y crecidas; has sido tan mal criado, tan desleal, que se las has quitado y hasta servido a su Enemigo y todos los

días has guerreado contra Él; has sido el mal jornalero que se separa de su señor tan pronto como ha recibido la soldada y se va a ayudar al Enemigo; así has hecho tú con Nuestro Señor, pues tan pronto como te pagó bella y ricamente lo abandonaste para ir a servir a aquel que todos los días le guerrea; y, que yo sepa, no hubo ningún hombre que pagara tan bien como Él te pagó, y por eso puedes ver bien hasta qué punto eres más duro que la piedra y más pecador que nadie; y si se quiere se puede entender piedra en otro sentido, pues de la piedra vieron salir muchas gentes alguna dulzura en el desierto, más allá del Mar Rojo, donde el pueblo de Israel vivió tanto tiempo. Allí se vio bien que cuando el pueblo tenía necesidad de beber, pues todos estaban desolados, Moisés se acercó a una dura roca vieja y dijo como si fuera una cosa que no pudiera suceder: «¿No podríamos sacar agua de esta roca?» E inmediatamente salió agua de la roca con tal abundancia que todo el pueblo tuvo para beber y de este modo fue acallado el tumulto y estancada la sed. Así se puede decir que de la piedra salió alguna vez dulzura, pero de ti no salió nunca nada, por lo que puedes ver sin dificultad que eres más duro que la piedra.

–Señor –dice Lanzarote–, explicadme ahora por qué se me dijo que yo era más amargo que la madera.

–Te lo diré –le contesta el buen hombre–, escucha. Ya te he mostrado cómo está en ti toda la dureza y donde está albergada tanta dureza, no puede tener alojamiento ninguna dulzura, y no debemos pensar que quede nada sino amargura y en ti la amargura es tan grande como debería ser la dulzura, por eso eres semejante a la madera muerta y podrida, en la que no hay ninguna dulzura, sino que sólo queda amargura. Ya te he mostrado cómo eres más duro que la piedra y más amargo que la madera.

»La tercera cosa que hay que mostrar es cómo eres más inútil y más despreciable que la higuera. De la higuera de la que habla aquí, se hace mención en el Evangelio en la parábola del día de Pascua Florida, el día en que Nuestro Señor llegó a la ciudad de Jerusalén sobre el asno. El día que los hijos de los hebreos cantaban por su venida los dulces cantos de la Santa Iglesia, y que cada año se recuerdan, ese día que se llama el

día de las flores. Ese día habló el Alto Señor, el Alto Maestro, el Alto Profeta en la ciudad de Jerusalén a los que albergaban todo tipo de dureza y después de haberse esforzado todo el día, se alejó de las palabras y no encontró en toda la ciudad quien lo quisiera albergar y por eso se fue de aquella ciudad y cuando ya hubo salido se encontró en el camino una higuera, que estaba repleta de hojas y de ramas, pero que no tenía ningún fruto. Nuestro Señor se acercó al árbol y al verlo desprovisto de fruto, dijo enfadado la maldición del árbol que no tenía frutos. Mira ahora si podrías ser comparable y más inútil y vano que lo que fue la higuera. Cuando el Alto Señor se acercó al árbol, encontró en él hojas de las que podía tomar todas las que quisiera; pero cuando el Santo Grial vino a donde tú estabas, te encontró tan poco preparado que no halló en ti ni buen pensamiento ni buena voluntad, sino villanía, suciedad y deseo de lujuria; eso fue lo que encontró en ti; y te vio completamente desprovisto de hojas y de flores, es decir, de todo tipo de buenas obras, y por eso se te dijeron las palabras que tú me has contado: "Lanzarote, más duro que piedra, más amargo que madera, más inútil y despreciable que la higuera, vete de aquí."

–Ciertamente, señor –dice Lanzarote–, me habéis dicho muchas cosas y me habéis demostrado abiertamente que con justicia he sido llamado piedra, madera e higuera, pues todas las cosas que me habéis dicho están albergadas en mí; sin embargo, según lo que me habéis contado, todavía no he ido tan lejos como para no poder volver, si quiero salvarme de recaer en pecado mortal, y prometo, primero a Dios y después a vos, que no volveré a la vida que he llevado durante tanto tiempo, sino que guardaré castidad y mantendré mi cuerpo lo más limpiamente que pueda. Pero no podré retenerme de seguir la orden de caballería y de realizar hechos de armas mientras esté sano y salvo como ahora estoy.

Cuando el anciano oyó estas palabras, se alegró mucho y dijo a Lanzarote:

–Ciertamente, si abandonáis el pecado de la reina, os digo que en verdad Nuestro Señor os amará aún y os enviará socorro mirándoos con compasión y os dará poder para llevar a

cabo muchas cosas a las que no podéis llegar por culpa de vuestro pecado.

–Señor –contesta Lanzarote–, yo lo abandono de tal forma que ya nunca más pecaré con ella ni con otra.

Cuando el buen hombre lo oyó, le manda hacer tal penitencia como él piensa que podría hacerla; lo absuelve y bendice y le ruega que permanezca todo el día con él. Lanzarote le responde que a la fuerza está obligado a hacerlo, pues no tiene ni caballo sobre el que pueda montar ni escudo, ni lanza, ni espada.

–En eso os ayudaré bien –le dice el ermitaño– antes de mañana por la noche, pues cerca de aquí vive un hermano mío que es caballero que me enviará caballo, armas y todo lo que sea necesario tan pronto como se lo pida.

Lanzarote responde que entonces permanecerá con gusto y el buen hombre se alegra y se pone contento.

Así permaneció Lanzarote con el ermitaño que le aconsejaba hacer el bien, diciéndole tan buenas palabras que Lanzarote se arrepintió mucho de la vida que había llevado durante tanto tiempo, pues se daba cuenta de que si hubiera muerto, habría perdido el alma, y si hubiera sido alcanzado su cuerpo por casualidad, habría quedado malherido por la madera. Por eso se arrepiente del loco amor que tuvo hacia la reina y que ha mantenido durante mucho tiempo. Se lamenta, se escarnece y jura en su corazón que no volverá a recaer.

Aquí deja la historia de hablar de él y vuelve a Perceval.

VI

Dice ahora la historia que cuando Perceval se alejó de Lanzarote volvió a donde estaba la anacoreta que le había dado noticias sobre el caballero que se les había escapado. Al volver no logró encontrar ningún camino que le llevara a aquella parte; sin embargo, se dirigió a donde creía que estaba. Cuando llegó a la capilla, tocó a la ventana de la anacoreta, que abrió como si no durmiera. Sacó la cabeza lo más que pudo y preguntó que quién era. Él contestó que era de la casa del rey Arturo y que se llamaba Perceval el Galés. Cuando

aquélla oye su nombre, se alegra mucho, pues le amaba sobremanera y así debía hacerlo como si fuera pariente suya. Llama a sus servidores y les ordena que abran la puerta al caballero que está fuera, que le den de comer si lo necesita y le sirvan en todo lo que puedan, pues es el hombre al que más ama del mundo. Cumplen sus órdenes, se acercan a la puerta y la abren, recibiendo al caballero, al que desarman y le dan de comer. Él pregunta si podrá hablar aún en el día a la reclusa.

–Señor –le contestan–, no, pero mañana, después de misa, pensamos que podréis hablarle sin dificultad.

Se conforma y se acuesta en una cama que le preparan. Durante toda la noche reposó como el que está cansado y fatigado.

Por la mañana, cuando ya hubo amanecido, se levantó y oyó misa, que cantó un ermitaño de allí. Después de que se hubo armado, se acercó a la anacoreta y le dijo:

–Señora, por Dios, dadme noticia del caballero que pasó ayer por aquí, al que dijisteis que conocíais bien, pues necesito saber quién es.

Cuando la dama oye estas palabras, le pregunta que por qué lo busca.

–Porque –le responde– no volveré a estar a gusto antes que lo haya vuelto a encontrar y haya luchado con él, pues me hizo tanto daño que no podré dejarlo sin afrenta.

–¡Ay, Perceval!, ¿qué estáis diciendo?, ¿queréis combatir con él?, ¿deseáis morir igual que vuestros hermanos, que han muerto y han sido matados por su ultraje? Si vos morís de esa manera, sería una calamidad grande y vuestro linaje se encontrará muy decaído. ¿Sabéis que perderíais si lucharais contra ese caballero? Os lo digo. Es cierto que la gran Búsqueda del Santo Grial ha comenzado y que sois compañeros, según me parece, y que será llevada a cabo en breve, si Dios quiere; y resulta que vos buscáis un honor mucho más grande de lo que pensáis con sólo combatir con ese caballero, pues bien sabemos que en este país y en otros muchos lugares habrá sólo tres preciados caballeros que tendrán sobre todos los demás el honor y el premio de la Búsqueda. De ellos, dos serán vírgenes, y el tercero, casto; de

los dos vírgenes, uno será el caballero al que vos buscáis, y vos seréis el otro; el tercero será Boores de Gaunes. Estos tres caballeros llevarán a término la Búsqueda. Y ya que Dios os ha concedido tal honor, sería una gran pena que, mientras, buscarais vos vuestra propia muerte. Bien la perseguiréis si combatís al que vais buscando, pues sin lugar a dudas es mucho mejor caballero que vos y que cualquier hombre conocido.

–Señora –dice Perceval–, me parece, según lo que me decís de mis hermanos, que sabéis bien quién soy yo.

–Bien lo sé –le contesta–; y bien lo debo saber, pues yo soy vuestra tía y vos mi sobrino, y no lo dudéis, aunque me veáis en un pobre lugar; sabed que en verdad yo soy aquella que se llamaba antaño reina de la Tierra Devastada, y me visteis en distinta situación de la que ahora estoy, pues yo era una de las damas más ricas del mundo. Sin embargo, aquella riqueza nunca me agradó tanto ni me gustó como esta pobreza en la que ahora estoy.

Cuando Perceval oyó estas palabras, comenzó a llorar de la piedad que tuvo; se acordó de cuando la conoció y entonces se sentó ante ella pidiéndole noticias de su madre y de sus parientes.

–¿Cómo, buen sobrino? ¿No sabéis ninguna noticia de vuestra madre?

–Ciertamente, señora, no; no sé si está viva o muerta, pero muchas veces se me ha comunicado en sueños que ella debía quejarse más de mí que alabarme, pues casi la había maltratado.

Cuando la dama oyó estas palabras le respondió, cabizbaja y meditabunda:

–Ciertamente, habéis faltado a vuestra madre y no sólo en sueños; ella murió en cuanto os fuisteis a la corte del rey Arturo.

–¡Señora! ¿Cómo fue eso?

–Por mi fe, vuestra madre se encontró tan apenada por vuestra marcha que el mismo día, tan pronto como se confesó, murió.

–Que Dios tenga compasión de su alma, pues ciertamente

esto lo siento mucho, pero ya que ha ocurrido así, no queda más remedio que soportarlo, pues así terminaremos todos. Ciertamente no tuve más noticias, pero del caballero por el que pregunto, por Dios, ¿sabéis quién es y si es el que vino a la corte con armas rojas?

–Sí –contesta–, por mi cabeza, y fue con justicia; os contaré qué sentido tenía.

»Bien sabéis que desde la llegada de Jesucristo hubo tres mesas principales en el mundo. La primera fue la mesa de Jesucristo, donde los Apóstoles comieron varias veces, era la mesa que sostenía los cuerpos y las almas de la comida del Cielo; en esa mesa se sentaron los hermanos que tenían una misma cosa en el cuerpo y en el alma, y David el profeta dijo en su libro unas palabras maravillosas de ellos: "Es una cosa muy buena cuando los hermanos viven juntos con una misma voluntad y un solo objetivo." Gracias a los hermanos que se sentaron en esta mesa hubo paz, concordia y paciencia, y todas las buenas obras se pudieron ver en ellos. En esta mesa se estableció el cordero sin mancha, que fue sacrificado para nuestra redención.

»Después de esta mesa –continúa– hubo otra semejante hecha en recuerdo de aquélla: era la mesa del Santo Grial, en la que se hicieron muchos milagros en otro tiempo, y que llegó a este país en tiempos de José de Arimatea al comienzo de la cristiandad; todos los nobles y los creyentes deberían tener presente este milagro en su memoria. Sucedió que José de Arimatea vino a esta tierra y con él mucha gente –tanta que podían ser cuatro mil–, todos pobres. Cuando llegaron a este país se entristecieron mucho, pues tuvieron miedo de que les faltara comida, porque eran muy numerosos. Un día vagaban por un bosque donde no encontraron comida ni gente y estaban todos desconsolados, pues no conocían la tierra. Pasaron aquel día así y a la mañana siguiente buscaron alimentos por todas partes; encontraron a una anciana que llevaba doce panes del horno; se los compraron y cuando quisieron repartirlos surgió entre ellos la ira y el mal talante, pues unos no se ponían de acuerdo con los otros. Esta situación fue anunciada a José, que se enfadó mucho cuando lo supo.

Ordenó que le fueran llevados los panes y así lo hicieron. También fueron ante él los que los habían comprado y supo por la boca de éstos que unos no querían ponerse de acuerdo con los otros. Entonces ordenó a todo el pueblo que se sentaran como si estuvieran en la Santa Cena; él despedazó los panes y los fue repartiendo, y puso a la cabecera el Santo Grial, con cuya venida los doce panes bastaron, de forma que todo el pueblo, que eran fácilmente cuatro mil personas, fue alimentado y saciado de manera milagrosa. Cuando vieron esto, dieron gracias y alabaron a Nuestro Señor porque les había socorrido de forma tan clara.

»En aquella mesa había un asiento donde Josofes, el hijo de José de Arimatea, debía sentarse y el asiento estaba hecho de tal manera que en él sólo pudiera sentarse su Maestro y Pastor, Josofes, consagrado y bendecido por la mano de Nuestro Señor mismo, según cuenta la historia, y nombrado responsable. En aquel asiento lo había puesto Nuestro Señor y por eso no había nadie tan atrevido que osara sentarse en él. El sillón había sido hecho a semejanza del asiento donde Nuestro Señor se sentó el día de la Cena, cuando estuvo entre sus Apóstoles como Pastor y como Maestro. Y del mismo modo que era Señor y Maestro entre sus Apóstoles, Josofes debía guiar de manera semejante a todos aquellos que se sentaban en la Mesa del Santo Grial: debía ser su maestro y su señor. Pero sucedió que cuando llegaron a este país después de vagar durante mucho tiempo por tierras extrañas, dos hermanos que eran parientes de Josofes tuvieron envidia de él porque Nuestro Señor lo había elevado más alto que a ellos y lo había ensalzado. Hablaron en secreto y decidieron que no lo aceptarían como maestro, pues ellos eran de tan alto linaje como él y por lo tanto no se considerarían ya más sus discípulos ni lo llamarían maestro. A la mañana siguiente, después de haber subido un gran trecho, se prepararon las mesas y quisieron sentar a Josofes en el asiento más alto, pero los dos hermanos se opusieron y uno de ellos se sentó allí a la vista de todos. Sucedió que la tierra se tragó al que se había sentado en el trono; y este milagro fue sabido inmediatamente por todo el país y el asiento fue llamado Asiento Peligroso: desde entonces no hubo nadie tan

atrevido que se sentara en él, sino aquel a quien Nuestro Señor había designado para ello.

»Después de esta mesa existió la Mesa Redonda, creada por consejo de Merlín, con un sentido muy claro, pues es llamada Mesa Redonda por la redondez del mundo y por el conjunto de los planetas y elementos del firmamento; en este conjunto debemos ver las estrellas y otras muchas cosas, por lo que se puede decir que en la Mesa Redonda está condensado todo el mundo. Podéis ver que de todas las tierras en las que hay caballería, sea en tierra de cristianos o de paganos, vienen los caballeros a la Mesa Redonda, y cuando Dios les da tal gloria que los hace compañeros, se consideran más felices que si hubieran ganado todo el mundo; y bien se ve que por ser miembro de ella dejan a sus padres y a sus madres, a sus mujeres y a sus hijos. Vos mismo habéis visto que sucede así, pues desde que os separasteis de vuestra madre y se os nombró caballero de la Mesa Redonda, no tuvisteis voluntad para volver allí, y os sorprendió la dulzura y la fraternidad que reinaba entre los compañeros.

»Al crear la Mesa Redonda, Merlín dijo que gracias a los que serían compañeros se llegaría a saber la verdad del Santo Grial, pues en tiempos de Merlín no se pudo ver ningún signo. Se le preguntó cómo se podría conocer a los que valieran más y contestó:

»–Serán tres los que lo descubran; dos de ellos vírgenes, y el tercero casto. De los tres, uno superará a su padre del mismo modo que el león supera al leopardo en fuerza y en atrevimiento. Ése deberá ser tenido como maestro y como pastor por encima de los demás. Los compañeros de la Mesa Redonda andarán siempre desorientados en la Búsqueda del Santo Grial, hasta que el Señor lo envíe entre ellos de manera tan súbita que será maravilloso.

»Cuando aquéllos oyeron estas palabras, dijeron:

»–Merlín, ya que será un noble, según dices, deberías hacer un asiento propio en el que no se sentara nadie excepto él y que fuera mucho más grande que los demás para que todos lo puedan conocer.

»Merlín prometió que así lo haría y construyó un asiento

más grande y admirable que los demás. Cuando lo tuvo terminado, comenzó a besarlo diciendo que lo había hecho por amor del Buen Caballero que descansaría en él; y le dijeron entonces:

»–Merlín, ¿qué ocurrirá con este asiento?

»–Ciertamente –contestó–, sucederán muchas cosas maravillosas, pues el que ose ocuparlo morirá o sufrirá algún daño hasta que el verdadero caballero se siente en él.

»–En nombre de Dios –dijeron–, ¿se pondría entonces en gran peligro el que se siente en él?

»–Así es –dijo Merlín–, y por los peligros que sucederán, recibirá el nombre de Asiento Peligroso.

»Buen sobrino –continuó la dama–, ya os he dicho por qué motivo fue construida la Mesa Redonda y por qué fue hecho el Asiento Peligroso, en el que han muerto muchos caballeros por no ser dignos de sentarse en él. Ahora os diré de qué manera fue a la corte el caballero de las armas coloradas. Bien sabéis que Jesucristo fue entre sus Apóstoles el Pastor y el Maestro en la mesa de la Cena, que después fue rememorada por José con la mesa del Santo Grial y con la Mesa Redonda por este caballero. Nuestro Señor prometió a sus Apóstoles antes de su Pasión que los volvería a ver y a visitar, y ellos esperaron esta promesa tristes y desconsolados. Y sucedió que el día de Pentecostés, cuando estaban todos en una casa, con las puertas y ventanas cerradas, el Espíritu Santo descendió entre ellos en forma de fuego y los reconfortó, dándoles confianza en lo que dudaban. Entonces los hizo separarse y los envió a predicar por las tierras del mundo y a enseñar el Santo Evangelio, y creo que a semejanza de lo que ocurrió el día de Pentecostés, el caballero vino a reconfortaros, por lo que lo debéis tener por maestro y por pastor, pues del mismo modo que Nuestro Señor vino en forma de fuego, así llegó el caballero con las armas rojas, que son el color semejante al fuego; y del mismo modo que las puertas y ventanas de donde estaban los Apóstoles estaban cerradas cuando llegó Nuestro Señor, también estaban cerradas las puertas del palacio antes de que el caballero llegara, y cuando llegó, lo hizo de modo tan súbito que no hubo nadie entre vosotros tan sabio que supiera de dónde

había venido. Aquel mismo día fue emprendida la Búsqueda del Santo Grial, que ya no será abandonada hasta que se sepa la verdad de la lanza y por qué han ocurrido tantos hechos maravillosos en este país. Ya os he dicho la verdad sobre el caballero para que no luchéis contra él, pues sabéis que sois su hermano en la compañía de la Mesa Redonda y por eso no duraríais en el enfrentamiento, ya que es mucho mejor caballero que vos.

–Señora –le dijo Perceval–, me habéis dicho tantas cosas que ya no tendré ganas de luchar contra él; pero, por Dios, decidme qué podré hacer y cómo podré encontrarlo, porque si lo tuviera por compañero, no me apartaría de él en el tiempo que lo pudiera seguir.

–En eso, os aconsejaré lo mejor que pueda, pues no sé deciros dónde está. Sin embargo, os diré los signos por los que podréis encontrarlo y cuando lo hayáis encontrado, mantened su compañía tanto como podáis. Os iréis de aquí a un castillo que se llama Got, donde está una prima hermana suya: por su amor pienso que se albergaría anoche allí; si ella sabe deciros por qué parte va, salid a su encuentro tan pronto como podáis y si no os dice nada, id directamente al castillo de Corbenic, donde vive el Rey Tullido; sé bien que allí tendréis noticias seguras de él en caso de que no lo hubieseis hallado.

Así hablaron Perceval y la ermitaña del caballero hasta que fue la hora del mediodía. Entonces le dijo a Perceval:

–Buen sobrino, permaneced esta noche conmigo y estaré muy a gusto, pues hace mucho tiempo que no os veía y vuestra partida me resultará enojosa.

–Señora –le responde–, tengo tantas cosas que hacer que apenas podré permanecer aquí. Os ruego por Dios que me dejéis ir.

–Ciertamente, con mi autorización no os iréis, pero mañana, tan pronto como hayáis oído misa, os daré permiso con gusto.

Él dijo que entonces permanecería y se hizo desarmar al punto. Los sirvientes prepararon la mesa y comieron lo que la dama había ordenado servir.

Aquella noche permaneció Perceval con su tía y hablaron del caballero y de otras muchas cosas, entre las que le dijo:

–Buen sobrino, os habéis guardado de tal forma que, hasta ahora, vuestra virginidad no fue mal empleada ni empobrecida y nunca supisteis qué era la carne ni nada que se le semejara. Así tenía que ser, pues si hubiera sucedido que vuestra carne hubiera sido violada por la corrupción del pecado, no habríais llegado a ser uno de los principales entre los caballeros que han emprendido la Búsqueda, como le ha sucedido a Lanzarote del Lago, que por ardor de la carne y por mala lujuria durante mucho tiempo no consiguió llevar a fin aquello en lo que todos los demás están ahora empeñados. Por eso os ruego que guardéis vuestro cuerpo tan limpio como cuando Nuestro Señor os puso en caballería, de tal forma que podáis llegar virgen y puro ante el Santo Grial y sin tacha de lujuria. Ciertamente, será una de las más hermosas hazañas que nunca hizo ningún caballero, pues de todos los de la Mesa Redonda, no hay ni uno solo que no haya mal empleado la virginidad, salvo vos y Galaz, el buen caballero del que os he hablado.

Él contestó que, si Dios quería, se guardaría tan bien como fuera necesario hacerlo.

Todo aquel día permaneció Perceval allí y su tía le aconsejó mucho, instándole a hacer el bien; pero, sobre todo, le pidió que mantuviera limpia su carne, y él le juró que así lo haría. Después que hubieron hablado un buen rato del caballero y de la corte del rey Arturo, le preguntó Perceval por qué motivo se había retirado a un lugar tan salvaje y había abandonado su tierra.

–Por Dios –le contesta ella–, fue por miedo a la muerte por lo que me encerré aquí. Bien sabéis que cuando os fuisteis a la corte, mi señor el rey sostenía una guerra contra el rey Librán. Sucedió entonces que, tan pronto como mi señor murió, yo, que era miedosa, temí que aquél me matara si conseguía alcanzarme. Tomé entonces parte de mi haber y me vine a este lugar para no ser encontrada y mandé hacer esta clausura y esta casa tal como la veis y en ella metí a mi capellán y a mi mesnada; luego entré en clausura de tal forma que nunca más en la vida, si Dios quiere, volveré a salir, sino que moriré al servicio de Nuestro Señor y a Él dedicaré el resto de mis días.

–Por mi fe –dice Perceval–, eso es una cosa maravillosa,

pero decidme: ¿qué ocurrió con vuestro hijo Dyabiaus? Deseo saber cómo le ha ido.

–Ciertamente, fue a servir al rey Pelés, vuestro pariente, para recibir armas y después he oído decir que lo armó caballero, pero han pasado ya dos años sin que lo haya vuelto a ver. Vive siguiendo los torneos en Gran Bretaña. Creo que posiblemente lo encontraréis en Corbenic si vais allí.

–En verdad –dice Perceval–, si sólo tuviera que ir para verlo, iría, pues deseo mucho su compañía.

–Por Dios, bien me gustaría que os encontraseis, porque entonces yo estaría a gusto de que fuerais juntos.

Así pasó Perceval aquel día con su tía. Por la mañana, tan pronto como oyó misa, se armó y se marchó de allí. Cabalgó por el bosque, que era tan inmenso que no encontró ni hombre ni mujer en él. Después de vísperas oyó sonar una campana a su derecha y se dirigió hacia aquella parte, pues bien sabía que se trataba de un monasterio o de una ermita. Cuando estuvo cerca, vio que era una casa de religiosos que estaba rodeada por muros y por un profundo foso. Se acercó más y llamó a la puerta, esperando que le abrieran. Los de dentro, al verlo armado, piensan que es un caballero andante. Lo hacen desarmar y lo reciben con agrado. Toman su caballo y lo llevan al establo, donde le dan heno, del que tenían muy gran abundancia. Uno de los frailes llevó a Perceval a una habitación para que reposara: aquella noche fue albergado allí lo mejor que pudieron los frailes. Por la mañana se despertó antes de la hora de prima y fue a oír misa en la misma abadía.

Cuando entró en el monasterio, vio a un lado unas rejas de hierro junto a las que había un fraile vestido con las armas de Nuestro Señor y que iba a comenzar la misa. Se dirige hacia allí, como el que tiene deseo de oír el oficio, se acerca a las rejas e intenta pasar dentro, pero no puede, al menos eso le parece, porque no encuentra la entrada; y por eso se queda fuera arrodillado. Miró por detrás del fraile y vio un lecho adornado muy ricamente con blanquísimas sábanas de seda y otras cosas. Perceval contempla el lecho y se da cuenta de que dentro yace un hombre o una mujer, pero no sabe qué es, pues tiene la cara cubierta con un velo blanco muy fino, que a pesar

de todo no le deja ver su rostro. Cuando vio que pasaría el tiempo mirando en vano, deja de mirar y presta atención a la misa que el sacerdote ya había comenzado. En el momento en que éste iba a levantar el cuerpo de Nuestro Señor, el que yacía se enderezó en la cama, se sentó y descubrió su rostro: era un hombre muy anciano, viejo y canoso, que tenía una corona de oro en su cabeza y los hombros desnudos y descubiertos, igual que todo el pecho hasta el ombligo. Cuando Perceval lo mira, ve que tiene el cuerpo lleno de llagas y heridas, igual que las palmas, los brazos y la cara. Al mostrarle el sacerdote el cuerpo de Jesucristo, tendió los brazos hacia él y comenzó a gritar: «Buen Padre, no olvidéis darme lo que se me debe.» Después no quería volverse a acostar, y comenzó las rogativas y oraciones, dirigiendo sus manos hacia el Creador y manteniendo la corona de oro en su cabeza.

Durante mucho rato miró Perceval al hombre que estaba sentado en la cama, pues le parece que está sufriendo a causa de las heridas que tiene. Lo ve tan viejo que piensa que debe de tener más de trescientos años o quizás aún más. Lo mira todo el rato, pues considera esto una maravilla muy grande. Ve en la misa cantada que el sacerdote toma entre sus manos el *Corpus Domini,* lo llevó al que estaba acostado en la cama y se lo dio. Después de haberlo recibido, se quitó la corona de la cabeza, la hizo poner encima del altar y se volvió a acostar en la cama, como estaba antes, y lo cubrieron de manera que no se veía nada de él. Después el sacerdote se desvistió como si hubiera terminado la misa.

Al ver esto, Perceval salió del monasterio y fue a la habitación donde había pasado la noche. Llamó a uno de los frailes y le dijo:

–Señor, por Dios, decidme lo que os voy a preguntar, pues pienso que vos debéis saber la verdad.

–Señor caballero, decidme de qué se trata y si lo sé os contestaré con gusto, si puedo hacerlo y debo.

–Por mi fe, os diré de qué se trata: he estado en la iglesia oyendo los oficios. Allí vi que un viejo de muy avanzada edad yacía junto a la reja, ante el altar; tenía una corona de oro en la cabeza; cuando se irguió, para sentarse, vi que estaba todo

lleno de heridas. Después que la misa fue cantada, el sacerdote le dio el *Corpus Domini* y cuando lo hubo tomado, se volvió a acostar, quitándose la corona de la cabeza. Buen señor, me parece que esto debe tener algún sentido elevado: querría conocerlo si pudiera ser, por eso os ruego que me lo digáis.

–Ciertamente –le dice el fraile–, os lo diré de grado. Es verdad, y lo oísteis decir a muchos hombres, que José de Arimatea, el honrado, el buen caballero, fue enviado primero por el Alto Maestro a esta tierra para que en ella, con ayuda de su Creador, implantase la Santa Trinidad. Cuando llegó, sufrió aquí muchas persecuciones y atrocidades por parte de los enemigos de la Ley, porque en aquel tiempo no había en este país más que sarracenos. En esta tierra había un rey que se llamaba Crudel y que era el más traidor y el más cruel del mundo: no tenía ni compasión ni humildad. Cuando oyó decir que los cristianos habían llegado a su país y que habían traído con ellos un precioso Vaso, tan maravilloso que gracias a él vivían casi todos, tomó estas palabras a fábula, a pesar de que cada vez se lo aseguraron más y le dijeron que era verdad. Él dijo que lo averiguaría con el tiempo. Apresó a Josofes, el hijo de José, a dos sobrinos suyos y a más de cien de aquellos que habían llegado a ser maestros y pastores por encima de los demás cristianos. Cuando los cogió y los hubo apresado, llevaban consigo el Santo Vaso y por eso no temían nada que estuviera relacionado con el alimento corporal. El rey los tuvo en la prisión cuarenta días, sin enviarles bebidas ni comida y prohibió que nadie se atreviera a acercarse a ellos durante este tiempo.

»La noticia de que el rey Crudel lo tenía en la prisión con gran número de cristianos se difundió por todas las tierras donde Josofes había estado, hasta que llegó al rey Mordraín, que estaba hacia la parte de Jerusalén, en la ciudad de Sarraz, y que se había convertido al cristianismo gracias a las palabras de Josofes y a sus predicaciones. Lo sintió mucho, pues por consejo de Josofes había recobrado su tierra, que Tolomer le hubiera quitado a no ser por el consejo de Josofes y la ayuda de su cuñado Serafe. Cuando el rey Mordraín supo que Josofes estaba en la prisión, dijo que haría lo que pudiera para

liberarlo. Reunió tantas huestes como pudo obtener en un momento y se hizo a la mar, guarnecido y con armas y caballos, y así llegó a este país. Al llegar, con toda su gente, mandó al rey Crudel que le devolviera a Josofes o le quitaría su tierra y le desheredaría. Pero aquél no lo tomó en serio, y fue contra él con su hueste. Se enfrentaron unos con otros y por voluntad de Nuestro Señor los cristianos obtuvieron la victoria y el rey Crudel y sus gentes murieron. El rey Mordraín, que se llamaba Ewalach antes de ser cristiano, se comportó tan bien en la batalla que todos sus hombres pensaron que había ocurrido un milagro, pues después de desarmarlo, vieron que tenía tantas heridas que cualquier otro hombre hubiera muerto. Le preguntaron cómo estaba y dijo que no sentía ni dolor ni notaba ninguna herida. Sacó a Josofes de la prisión y al verlo se alegró mucho, pues tenía un profundo amor hacia él. Josofes le preguntó qué era lo que le había traído a esta parte y el rey le respondió que habia venido a liberarlo.

»A la mañana siguiente, los cristianos fueron ante la mesa del Santo Grial, para hacer sus oraciones en ella. Cuando Josofes, que era el maestro, se revistió para ir al Santo Grial, y estaba en este servicio, el rey Mordraín, que había deseado siempre ver el Santo Vaso de cerca, se colocó más próximo de lo que debía y una voz descendió entre ellos diciéndole: “Rey, no sigas, pues no debes hacerlo.” Pero había ido tan lejos que lengua mortal no lo podría decir ni lo podría pensar corazón terreno; y deseaba tanto verlo que continuó avanzando. Entonces bajó ante él una nube que le quitó la vista de los ojos y la fuerza del cuerpo, de tal forma que no vio nada y apenas podía valerse. Al ver que Nuestro Señor había tomado una venganza tan grande contra él por haber desobedecido su orden, dijo de manera que lo oyó todo el pueblo: “Señor Dios Jesucristo, que me habéis mostrado en este punto la locura que es desobedecer vuestros mandamientos, así como me agrada este castigo enviado por vos y yo lo soporto con gusto, otorgadme, del mismo modo, por vuestra gracia, en recompensa de mis servicios, que no muera hasta la hora en que el Buen Caballero, el noveno de mi linaje, que debe ver abiertamente las maravillas del Santo Grial, me venga a visitar

y que yo lo pueda abrazar y besar." Cuando el rey hubo hecho esta petición a Nuestro Señor, se oyó una voz: "Rey, no desmayes: Nuestro Señor ha oído tu ruego; tu voluntad será cumplida en este asunto, pues no morirás hasta que el caballero que dices te venga a ver y cuando él esté ante ti te será devuelta la claridad de los ojos y tú lo verás sin dificultad; entonces sanarán tus heridas, que antes no habrán restañado."

»Así habló la voz al rey y le dijo que vería la llegada del caballero al que había deseado tanto. Aunque no parece que sea del todo cierta, pues han pasado ya cuatrocientos años que ocurrió este suceso y desde entonces no vio absolutamente nada, ni sus heridas se curaron y no se le pudo ayudar; pero, según se dice, ya está en este país el caballero que debe acabar con esta aventura y, por los signos que hemos visto, pensamos que recuperará la fuerza de sus miembros, aunque después vivirá poco tiempo.

»Así sucedió al rey Mordraín, según os he contado, y sabed que es el mismo que vos habéis visto hoy. Estos cuatrocientos años los ha vivido de manera tan santa y religiosa que nunca comió carne terrena, sino que era la misma que el sacerdote nos da en el sacramento de la misa, que es el cuerpo de Jesucristo, y eso lo pudisteis ver hoy, porque tan pronto como el sacerdote hubo cantado la misa le llevó al rey el *Corpus Domini* y se lo dio en comunión; así ha esperado el rey desde el tiempo de Josofes hasta ahora la venida del caballero al que tanto desea ver. Ha hecho lo mismo que hizo Simeón el anciano, que esperó la llegada de Nuestro Señor, hasta que fue llevado al templo y allí lo recibió tomándolo en sus brazos alegre y contento, porque la promesa había sido cumplida, pues el Espíritu Santo le había hecho saber que no moriría antes de haber visto a Jesucristo, y cuando lo vio, cantó una dulce canción recordada por el profeta David. Del mismo modo que aquél esperaba con gran deseo a Jesucristo el hijo de Dios, el alto Profeta, el Pastor soberano, así espera este rey la llegada de Galaz, el buen caballero, el perfecto.

»Ya os he contado la verdad de lo que me habéis preguntado tal como sucedió; ahora os pido que me digáis quién sois vos.

Él le contestó que pertenecía a la casa del rey Arturo, que

era miembro de la Mesa Redonda y que se llamaba Perceval el Galés. Cuando el fraile oye este nombre, se alegra mucho, pues muchas veces había oído hablar de él; le ruega que permanezca todo el día con ellos: los frailes le harán fiesta y honor, pues se lo merece. Pero dice que tiene tantas cosas que hacer, que no puede permanecer de ninguna forma, y que le es necesario partir. Pide sus armas, se las llevan, y cuando estuvo preparado, monta y pide permiso para marcharse. Después parte y cabalga por el bosque hasta mediodía.

Al mediodía el camino lo llevó a un valle y allí encontró hasta veinte hombres armados que llevaban, en parihuelas tiradas por caballos, a un hombre que acababa de morir. Al verlo, le preguntaron que de dónde era y él contestó que de la casa del rey Arturo. Entonces, todos gritan: «¡A él!» Perceval se prepara para defenderse lo mejor que puede y se dirige contra el primero que lo atacaba; lo hiere tan duramente que lo derriba a tierra con el caballo sobre el cuerpo y cuando iba a terminar su acción, no puede, pues más de siete lo golpean en el escudo; los demás le matan el caballo y él cae a tierra. Intenta levantarse –porque era de gran fuerza– y sacar la espada para poder defenderse, pero los otros caen sobre él de manera tan angustiosa que no puede defenderse, y le golpean en el escudo y sobre el yelmo dándole tantos golpes que no se puede mantener en pie, sino que cae y toca en tierra con una de sus rodillas. Todos le golpean y le dan palos, y le hubieran matado, porque ya le habían arrancado el yelmo de la cabeza y le habían herido, a no ser por el caballero de las armas rojas que por casualidad llegó a aquel lugar. Cuando vio al caballero completamente solo, a pie, entre tantos enemigos que querían matarlo, se dirige allí tan deprisa como su caballo puede ir y entonces grita: «¡Dejad al caballero!» Les ataca con la lanza enfilada acometiendo al primero de manera tan violenta que lo derriba a tierra; después toma la espada cuando ya ha quebrado la lanza. Va de un lado para otro golpeando a todos de manera tan increíble que a cualquiera que alcanza con un golpe certero lo derriba a tierra, y lo hace tan bien en tan poco tiempo, con los grandes golpes que les da y la velocidad que lleva, que no hay nadie tan atrevido que intente esperar el

golpe, sino que todos huyen, los unos por un lado y los otros por otro, y se dispersan de tal forma por el enorme bosque que no puede ver más que a tres, a uno de los cuales Perceval consigue derribar y herirlo, y él a los otros dos. Al ver que se han ido todos y que Perceval no necesita más protección, se vuelve al bosque, por el sitio donde lo ve más espeso, como haría cualquiera que no quisiera que lo siguieran.

Al ver Perceval que se va tan deprisa, le llama con todas las fuerzas que puede y grita:

–¡Ay! ¡Señor caballero, por Dios, esperad un momento hasta haber hablado conmigo!

El buen caballero no hace muestras de oír a Perceval, sino que con gran prisa se marcha sin intención de volver. Perceval, que no tiene caballo, pues el suyo se lo habían matado, lo sigue lo más deprisa que puede a pie; entonces se encuentra a un escudero montado sobre un rocín fuerte, ligero y veloz que llevaba en la diestra un gran caballo negro. Cuando Perceval lo ve, no sabe qué hacer, pues desearía tener el caballo para seguir al caballero y lo querría conseguir sin cometer mezquindad, recibiéndolo por voluntad del escudero; y no lo tomaría a la fuerza si no le obligara a ello una necesidad muy grande, para no ser tomado por villano. Saluda al escudero tan pronto como se acerca y le contesta que Dios le bendiga.

–Buen amigo –dice Perceval–, te ruego por todos los servicios y recompensas, y prometiéndote que seré tu caballero en el primer lugar que me lo pidas, que me prestes ese caballo hasta que yo alcance a un caballero.

–Señor –responde el escudero–, yo no lo haré de ninguna manera, pues pertenece a una persona que me afrentaría y me golpearía el cuerpo si no se lo devolviera.

–Buen amigo –dice Perceval–, haz lo que te pido, ciertamente no habré oído nunca un duelo tan grande como el que tendré si yo pierdo a ese caballero por faltarme un caballo.

–Por mi fe –le responde–, no puedo hacer otra cosa, por mi voluntad no lo tendréis mientras que yo lo guarde, por fuerza me lo podréis quitar.

Al oír esto, se entristece tanto que piensa que va a perder el sentido. No hará villanía al vasallo y pierde así al caballero. Ya

no tendrá nunca más alegría. Estas dos cosas le producen tanta pesadumbre en el corazón, que no se puede tener en pie; se apoya en un árbol, pues le falla el corazón y se pone pálido como si hubiera perdido de pronto todas las fuerzas del cuerpo. Tiene un duelo enorme y desearía morir en ese mismo momento; se quita el yelmo, toma la espada y le dice al escudero:

–Buen amigo, ya que no me quieres quitar el pesar que tengo, no puedo escapar de él sin la muerte; te ruego que tomes la espada y me mates, así acabará mi dolor. Entonces el buen caballero al que voy buscando te oirá decir que he muerto de dolor por él, y no será tan villano que no ruegue a Nuestro Señor que tenga en gracia a mi alma.

–En nombre de Dios –dice el escudero–, no os mataré, pues no habéis faltado en nada.

Y se va a gran velocidad. Perceval permanece tan doliente que piensa morir de tristeza, y cuando ya no ve ni al escudero ni a nadie, empieza a hacer un llanto enorme, llamándose cobarde y desdichado y diciendo:

–¡Ay! ¡Desdichado, infeliz, has perdido al que buscabas! Nunca volverás a estar tan a punto de encontrarlo como has estado ahora.

Mientras Perceval hacía así su duelo, oyó un ruido de caballos. Abre los ojos y ve a un caballero armado que toma el gran camino del bosque y que cabalga sobre el animal que llevaba el escudero. Perceval reconoce el caballo, pero no piensa que aquél lo haya obtenido por la fuerza. Como no ve más, recomienza su lamentación y no tardó mucho en ver al escudero que venía sobre su rocín haciendo un gran duelo. Al ver a Perceval le dice:

–¡Ay! Señor, ¿habéis visto pasar por aquí a un caballero armado que llevaba el caballo que me pedisteis?

–Sí, en verdad –dice Perceval–, ¿por qué lo dices?

–Porque me lo ha quitado por la fuerza; me ha dado con ello la muerte y me ha lastimado, pues mi señor me matará en el lugar que me encuentre.

–Y ¿qué puedo hacer yo? –pregunta Perceval–. Yo no te lo puedo devolver porque estoy a pie, pero si yo tuviera caballo,

haría lo posible por devolvértelo.

–Señor –dice el escudero–, montad sobre mi rocín y si lo podéis conseguir, que sea vuestro.

–Y ¿cómo volverás a tener tu rocín si yo recupero el caballo?

–Señor, os seguiré a pie, y si conseguís recuperar el caballo, yo tomaré el rocín y os quedaréis con el caballo.

Perceval responde que no pediría nada mejor.

Entonces Perceval vuelve a atarse el yelmo y monta sobre el rocín; toma el escudo y se va detrás del caballero tan deprisa como puede el caballo. Cabalga hasta llegar a una pequeña pradera de las que había muchas en el bosque. Entonces ve ante él al caballero que iba al galope tendido sobre el caballo y de lejos le grita:

–Señor caballero, regresad y devolved al escudero el caballo que le habéis quitado de mala manera.

Cuando aquél lo oye, le ataca enfilando la lanza y Perceval saca la espada como aquel que piensa que ha llegado el combate. Pero el caballero, que quería liberarse pronto, le ataca con la velocidad que puede sacar al caballo, hiriendo al rocín en medio del pecho con tanta fuerza que lo derriba inmediatamente y cae, pues estaba herido de muerte, de manera que Perceval vuela por encima del cuello; cuando el caballero ve el golpe, reemprende su camino, descendiendo de la pradera y metiéndose por la parte del bosque más espesa. Perceval al ver que se marcha, se entristece tanto que no sabe ni qué hacer ni qué decir, y le grita:

–Falso de cuerpo, cobarde de corazón, volved, combatid conmigo que estoy a pie y vos estáis a caballo.

Aquél no responde a nada de lo que le dice, pues le teme poco, sino que se introduce en el bosque tan pronto como llega a él. Cuando Perceval ya no lo puede ver, siente una aflicción tan grande que tira su escudo y su espada al suelo y se quita de la cabeza el yelmo, entonces empieza un lamento mucho mayor que antes. Va gritando y llamándose desgraciado, desdichado y el más infeliz de todos los caballeros, diciendo: «Ahora sí que he fallado en todos mis deseos.»

Perceval permaneció en tal duelo y en tal tristeza durante

todo el día, pues no encontró a nadie que lo pudiera reconfortar. Al llegar la noche, se encontraba tan cansado y tan sin fuerzas, que todos los miembros le fallaban, al menos eso le parecía. Entonces le entraron ganas de dormir, se durmió y no despertó hasta poco antes de medianoche. Entonces, miró a su alrededor y vio a una mujer que le preguntaba muy asustada:

–Perceval, ¿qué haces aquí?

Él contesta que no hace ni bien ni mal, y que si tuviera caballo se habría ido de allí.

–Si tú me juraras que harías mi voluntad –le dice–, en lo que te pida, te daría un caballo bueno y hermoso para que te llevara donde quisieras.

Al oír esto, se alegra tanto y no se da cuenta de quién es el que le habla. Él piensa que es una mujer, pero es el Enemigo que quiere tentarle y ponerle en tal extremo que su alma se pierda para siempre. Cuando oye la promesa que le hace de concederle la cosa que más desea, responde que está dispuesto a hacer lo que quiera si le da un caballo bueno y hermoso y que hará todo lo que pueda en lo que le pida.

–¿Lo juráis como leal caballero?

–En verdad –responde.

–Esperadme –le dice ella–, pues volveré ahora mismo.

Entonces se mete en el bosque y vuelve al momento con un caballo grande y asombroso, y tan negro que era digno de ver.

Cuando Perceval ve el caballo, lo mira y le entra temor, y sin embargo, es tan atrevido que monta como el que no se da cuenta del acecho del Enemigo. Una vez montado, toma su escudo y su lanza, y el que estaba delante le dice:

–Perceval, ¿os vais? Os recuerdo que me debéis una recompensa.

Él contesta que así lo hará, y parte deprisa, internándose en el bosque. La luna lucía clara. El caballo lo lleva tan rápido que lo saca del bosque en poco tiempo y lo aleja más de tres jornadas. Cabalga hasta llegar a un valle en el que había un profundo río. El caballo se dirige hacia el agua y quiere meterse dentro. Cuando Perceval ve el río tan grande, teme mucho pasar porque era de noche y no ve puente ni pasarela; entonces levanta la mano y hace el signo de la cruz en su

frente. Cuando el Enemigo se siente cargado con el fardo de la cruz, que le resultaba muy pesado y grave, escapa y se deshace de Perceval, metiéndose dentro del río, dando voces, gritando y haciendo el mayor estrépito del mundo. Entonces el río se prendió de fuego en varios lugares y con llamas claras: parecía como si el agua estuviera ardiendo.

Cuando Perceval ve este suceso, se da cuenta inmediatamente que era el Enemigo el que lo había llevado para ponerle en peligro y perder su cuerpo y alma. Entonces se persigna y se encomienda a Dios, rogando a Nuestro Señor que no le deje caer en la tentación, pues perdería la compañía de los caballeros celestiales. Tiende las manos hacia el cielo y da gracias a Nuestro Señor de corazón, por haberle ayudado tan bien en este trance, pues sin duda, una vez en el río, el Enemigo le hubiera dejado caer, y así podría haberse ahogado y perecido, perdiendo el cuerpo y el alma. Se aparta del río, pues aún teme los ataques del Enemigo, se arrodilla hacia oriente y hace sus ruegos y oraciones tal como las sabía, y desea mucho que llegue el día para saber en qué tierra está, pues piensa que el Enemigo le ha llevado muy lejos de la abadía donde vio yacer al rey Mordraín.

Así estuvo Perceval hasta que llegó el día claro entre ruegos y oraciones y esperó a que el sol hubiera hecho su vuelta en el firmamento, mostrándose de nuevo al mundo. Cuando el sol se levantó bello y claro y casi hubo acabado con el rocío, entonces miró Perceval alrededor de sí y vio que había una montaña grande y asombrosa, muy escarpada, que estaba rodeada de mar por todas partes, en tanta distancia que no ve tierra por ningún lado, a no ser muy lejos. Entonces se da cuenta que ha sido llevado a una isla, pero ignora a cuál, y lo querría saber con gusto, pero no sabe cómo hacerlo, pues no hay cerca castillo, ni fortaleza, ni refugio, ni mesón donde las gentes puedan habitar, al menos eso le parece, y sin embargo no está tan solo que no vea alrededor animales salvajes, osos, leones, leopardos y serpientes volantes. No se encuentra a gusto en tal lugar, pues teme a los animales salvajes que no le dejarán en paz –y él lo sabe– y lo matarán si no se puede defender. Y, sin embargo, si el cielo que salvó a Jonás del

vientre del pez y que protegió a Daniel en la fosa de los leones, le quisiera ser aquí escudo y defensa, no se preocuparía de lo que ve. Más se fía en la ayuda del cielo y en su socorro que en su espada, pues bien sabe que por valor de caballería terrena, no podrá escapar, a no ser que Nuestro Señor le ayude. Entonces mira y ve en medio de la isla una roca muy alta y digna de asombro en la que piensa que no debe haber ningún animal salvaje. Se dirige hacia aquella parte y ve una serpiente que llevaba un cachorro de león, y que, sujetándolo con los dientes por el cuello, se sienta en la cumbre de la montaña. Tras la serpiente corría un león gritando, rugiendo y haciendo tal estrépito, que a Perceval le parece que está lamentándose por el cachorro que la serpiente se lleva.

Cuando Perceval ve estos sucesos, corre lo más deprisa que puede hacia lo alto de la montaña, pero el león, que es más rápido, lo adelantó y comenzó la pelea con la serpiente antes de que él hubiera podido llegar. Tan pronto como llegó a lo alto de la montaña, vio a las dos bestias y decidió ayudar al león porque era un animal más natural y de orden más noble que la serpiente. Entonces saca la espada y pone el escudo delante de su cara para que el fuego no le haga daño. Llama a la serpiente y le da un gran golpe entre las dos orejas; aquélla le lanza fuego y llamas de tal forma que le quema el escudo y la cota por delante y le hubiera hecho mayor daño aún, pero fue rápido y veloz, y recibió el fuego como tizones, de manera que la llama no le alcanzó directamente y por eso el fuego fue menos nocivo. Al ver esto, se espanta mucho, pues teme que el fuego esté mezclado con veneno. De todas formas, vuelve a atacar a la serpiente y le da grandes golpes en donde puede alcanzarla, hasta que le asestó uno en el mismo lugar donde se lo había asestado al principio. La espada entonces fue ligera y buena y con facilidad hiende la cabeza por medio, una vez que la piel fue abierta, pues los huesos no eran nada duros, de tal forma que cayó muerta en el lugar.

Cuando el león se ve libre de la serpiente por la ayuda del caballero, no da muestras de tener ganas de luchar contra él, sino que se acerca y baja la cabeza haciendo el mayor gozo que puede, de manera que Perceval se da cuenta fácilmente que no

tiene ganas de hacerle daño. Enfunda la espada y tira su escudo que estaba totalmente quemado, quitándose el yelmo de la cabeza para tomar aire, pues estaba muy sofocado por la serpiente. El león iba siempre tras él, coleteando y haciendo gran alegría; Perceval, al verlo, comienza a acariciarle el cuello, la cabeza y los hombros; dice que Nuestro Señor le ha enviado aquel animal para hacerle compañía y lo considera como un acontecimiento maravilloso. El león muestra una alegría tan grande como cualquier animal mudo puede expresar a un hombre; todo el día permaneció con él hasta la hora de nona. Pero tan pronto como la hora de nona pasó, descendió de la roca y se llevó al cachorro por el cuello a su morada. Cuando Perceval se ve sin compañía en la roca solitaria y escarpada, no es necesario preguntarle si está a disgusto, y lo hubiera estado aún más si no fuera por la gran fe que tiene en su Creador, pues era uno de los caballeros del mundo que más perfectamente creía en el Creador, en contra de la costumbre de la tierra: en aquel tiempo, las gentes eran tan desnaturadas y tenían tan poca medida en todo el reino de Gales, que si el hijo encontraba al padre yaciendo enfermo en su cama, lo sacaba fuera por la cabeza y por los brazos y lo mataba, pues se le habría reprochado como villanía que su padre hubiera muerto en la cama; cuando el hijo mataba al padre y el padre al hijo y moría todo el linaje por las armas, entonces decían en aquel país que eran de muy elevada estirpe.

Todo aquel día permaneció Perceval en la roca, mirando al mar a lo lejos para saber si pasaba alguna nave. Por más que miró hacia arriba y abajo no vio ninguna; toma coraje en sí mismo y se reconforta en Nuestro Señor, rogándole que le proteja de tal forma que le impida caer en tentación, en engaño del diablo o en mal pensamiento, y que así como el padre debe proteger al hijo, que así le proteja y le nutra. Tiende las manos hacia el cielo y dice:

–Buen Señor Dios que me dejasteis subir a lugar tan alto como es la orden de caballería y que me elegisteis como servidor vuestro, aunque no era nada digno, Señor, por vuestra piedad no permitáis que yo salga de vuestro servicio; haced que sea como los campeones buenos y seguros, que defienden

bien la querella de su señor contra aquel que sin motivo lo demanda. Buen Señor y dulce, concededme que pueda defender mi alma, que os pertenece y es vuestra justa herencia, contra aquel que sin motivo la quiere tener. Buen dulce Padre, que dijisteis de vos mismo en el Evangelio: «Yo soy el buen pastor y el buen pastor arriesga su cuerpo por sus ovejas, cosa que no hace el malo, sino que abandona a sus ovejas sin protección hasta que el lobo se las estrangula y las devora tan pronto como llega»; Señor, sed mi pastor, defensor y guía y que yo sea una de vuestras ovejas. Y si sucede, Buen Señor Dios, que soy la oveja número cien, la loca y desdichada que se separa de las otras noventa y nueve, yéndose alocadamente al desierto, Señor, os ruego que toméis de mí piedad y no me dejéis en el desierto, sino que me hagáis volver a vuestro redil, que es la Santa Iglesia y la santa fe, que es donde están las buenas ovejas y donde los buenos hombres, los buenos cristianos permanecen, de tal forma que el Enemigo, que de mí sólo pide la sustancia, es decir, el alma, no consiga alcanzarme sin protección.

Cuando Perceval dijo esto, vio venir hacia él el león por el que había luchado contra la serpiente. No parecía que quisiera hacerle daño, sino que se le acercó con muestras de gozo. Cuando Perceval lo ve, lo llama y viene hasta él estirando el cuello y la cabeza. El león se queda ante él como si fuera el animal más manso del mundo; se acuesta delante y le apoya la cabeza en el hombro y espera así que la noche llegue oscura y negra; se duerme ante el león y no tiene ganas de comer, pues pensaba en otras cosas.

Cuando Perceval se durmió, le sucedió una cosa maravillosa, pues le parecía entre sueños que llegaban ante él dos damas: una vieja y anciana, y la otra, que no era de edad avanzada, era bella. Las dos damas no venían a pie, sino que iban montadas en sendos animales, una montaba un león y la otra una serpiente; mira a las dos damas con atención y le extraña cómo han podido domar a ambas bestias. La más joven venía delante y dice a Perceval:

–Perceval, mi señor te saluda y te manda que te prepares lo mejor que puedas, pues mañana tendrás que combatir contra el

campeón más temido del mundo. Si eres derrotado, no te preocupes por perder uno de tus miembros, sino que te llevará al mal y tú serás deshonrado para el resto de tus días.

Al oír estas palabras le pregunta:

–Señora, ¿quién es vuestro señor?

–En verdad que es el hombre más rico del mundo; mira ahora si eres tan noble y tan seguro como para tener el honor de llevar a cabo la batalla.

Entonces se va tan rápidamente que Perceval no sabe qué ha pasado con ella.

Viene la otra dama, que iba montada sobre una serpiente; le dice a Perceval:

–Perceval, me quejo mucho de vos, pues me habéis hecho daño a mí y a los míos sin merecerlo.

Al oír estas palabras, responde asustado:

–Señora, ciertamente, ni a vos ni a dama del mundo creo haber hecho ningún mal. Os ruego que me digáis en qué os he dañado y si puedo repararlo, lo repararé a gusto, según vuestra voluntad.

–Os diré –le contesta ella– en qué me habéis hecho daño: durante algún tiempo había criado en mi castillo a un animal que se llamaba serpiente, que me servía mucho mejor de lo que os imagináis; el animal voló por casualidad hasta esta montaña, donde encontró un cachorro de león que se trajo a lo alto de la roca y vos vinisteis después corriendo con vuestra espada y la matasteis sin que ella os hiciera nada; decidme por qué la matasteis. ¿Acaso yo os había hecho algún mal para que la matarais? ¿Era vuestro el león o estaba bajo vuestra tutela y por eso debisteis combatir por él? ¿Son tan culpables los animales del aire como para que los matéis sin razón?

Cuando Perceval oye las palabras que le dice la dama, contesta:

–Señora, ni vos me habéis hecho ningún daño, que yo sepa, ni el león era mío, ni soy dueño de los animales del aire; pero como el león es de naturaleza más noble que la serpiente y de más alta dignidad, y como vi que el león había sido menos culpable que la serpiente, ataqué a la serpiente y la maté, y me parece que no os he hecho tanto daño como decís.

Al oír esto la dama contesta, diciéndole:

–Perceval, ¿no haríais algo por mí?

–Señora –le dice–, ¿qué queréis que haga?

–Quiero que en reparación por la serpiente os convirtáis en vasallo mío.

Él contesta que no lo hará.

–¿No? –le pregunta–. Ya lo fuisteis; antes de pasar al servicio de vuestro señor erais vasallo mío y porque fuisteis antes mío que de otro no os considero libre, sino que os aseguro que en cualquier lugar que os encuentre sin protección, os tomaré como a quien en otro tiempo fue mío.

Después de estas palabras, la dama se marchó, y Perceval siguió durmiendo, pues estaba muy cansado con estas visiones. Durmió durante toda la noche tan profundamente que no se despertó. Por la mañana, cuando el día era claro y el sol se había levantado y calentaba con fuerza sobre su cabeza, Perceval abrió los ojos y vio que era de día. Entonces se incorporó y sentándose levantó la mano y se santiguó, rogando a Nuestro Señor que le enviara consejo útil para su alma, pues del corazón ya no podía más; cree que no logrará salir de la roca en que está. Mira alrededor y no ve nada, ni al león que le había dado compañía, ni a la serpiente que había matado. Se asombra porque no sabe lo que ha podido pasar.

Mientras Perceval pensaba en estas cosas, mira al mar hacia lo lejos y ve una nave que venía a vela tendida al lugar donde Perceval esperaba a que Dios le diera suerte. La nave iba muy deprisa, pues tenía en popa el viento que la empujaba, y así llegó pronto al pie de la roca. Cuando Perceval, que estaba en lo alto de la roca, lo vio, se alegró mucho, pues pensaba que dentro habría mucha gente, y por eso se puso de pie y tomó las armas. Una vez armado descendió deseoso de saber qué gente hay dentro de la nave. Al llegar a ella la vio forrada por dentro y fuera de blanco jamete y que sólo lleva cosas blancas. Se acerca a la borda y encuentra a un hombre vestido de sobrepelliz y de alba parecido a un sacerdote, que en su cabeza tenía una diadema de blanco jamete de dos dedos de ancha y en la que había letras escritas que santificaban el alto nombre del Señor. Cuando Perceval lo vio, se admiró, se acercó y

saludándole le dijo:

–Señor, sed bienvenido; Dios os trae.

–Buen amigo –le dice el anciano–, ¿quién sois?

–Soy de casa del rey Arturo.

–¿Y qué aventura os ha traído aquí?

–Señor, no sé de qué manera, ni cómo vine.

–¿Y qué queréis?

–Señor, si Dios quiere, desearía salir fuera de aquí e irme a donde están mis hermanos de la Mesa Redonda que buscan el Santo Grial, pues no me fui por otra cosa de la corte de mi señor el rey.

–Cuando Dios quiera, os iréis de aquí; Él os habría sacado si hubiera querido. Si os tuviera por siervo y viera que cumplís mejor sus deseos en otro sitio que aquí, sabed que inmediatamente os llevaría a otro lugar; pero os ha puesto ahora en prueba y en ensayo para saber y conocer si sois tan fiel servidor y tan leal caballero como requiere la Orden de Caballería, y ya que habéis subido a tan alto grado en vuestro corazón, no debéis bajaros por miedo a ningún peligro terreno. El corazón del caballero debe ser tan duro y fuerte frente al Enemigo de su Señor que ninguna cosa le pueda hacer retroceder; y si alguna vez tiene miedo, no sería un verdadero caballero ni un campeón verdadero si deseara la muerte en el campo antes de llevar a término la querella de su Señor.

Entonces le pregunta Perceval de dónde es y de qué tierra y él contesta que de un país extranjero.

–¿Y qué aventura os trajo a lugar tan extraño y salvaje como me parece éste?

–Por mi fe –contesta el anciano–, vine aquí para veros y reconfortaros, y para que me dijerais vuestra condición, pues si me lo decís os aconsejaré en todo tan bien como lo podría hacer el mejor.

–Me decís cosas extrañas, al contarme que vinisteis aquí para darme consejo; no sé cómo puede ser eso, pues no sabía nadie, sino Dios y yo mismo, que estaba en esta roca en la que estoy, y suponiendo que lo supierais vos, pienso que ya sabéis mi nombre, pues nunca, que yo sepa, me visteis, y por eso me maravillo de lo que me decís.

–¡Ay! Perceval, os conozco mucho mejor de lo que pensáis. Desde hace tiempo no realizáis nada sin que lo sepa mejor que vos mismo.

Cuando oye que el buen hombre lo nombra, se extraña mucho. Entonces se arrepiente de lo que le ha dicho, le pide perdón y continúa:

–¡Ay! Señor, por Dios, perdonadme lo que os he dicho, pues pensaba que no me conocíais, pero ahora veo que me conocéis mejor que yo a vos. Me tengo por necio y a vos por sabio.

Se acoda Perceval en la borda de la nave, en la que estaba el anciano, y hablan juntos de muchas cosas. Perceval lo encuentra tan sabio en todo lo que hablan, que se pregunta extrañado quién puede ser; le agrada tanto su compañía, que si hubiera estado todo el día con él, no le habrían entrado ganas ni de beber ni de comer, de lo agradables y dulces que encuentra sus palabras. Después de haber hablado un gran rato juntos, le dice Perceval:

–Señor, explicadme una visión que tuve anoche mientras dormía, pues me parece tan extraña, que nunca estaré a gusto antes de saber la verdad.

–Decid y os contaré la verdad de manera que veáis de forma clara qué es.

–Con gusto os lo diré. Anoche, mientras dormía, aparecieron ante mí dos damas; una de ellas montaba sobre un león y la otra sobre una serpiente. La que iba sobre el león era joven y la de la serpiente, vieja. La más joven habló en primer lugar.

Entonces empieza a contarle todas las palabras que había oído mientras dormía, de forma tan exacta como le habían sido dichas, pues no había olvidado todavía ninguna. Después de haber contado su sueño, le ruega al buen hombre que se lo explique, y éste le contesta con gusto; comienza diciéndole:

–Perceval, las dos damas que visteis montadas de forma distinta, pues una iba sobre un león y la otra sobre una serpiente, tienen un sentido admirable, y os lo diré. La que montaba en el león es la Nueva Ley que está sobre el león, que es Jesucristo: por Él tomó pies y fundamento y por Él fue edificada y construida a la vista y bajo la mirada de toda la Cristiandad para que fuera espejo y verdadera luz a todos

aquellos que ponen su corazón en la Trinidad. Esta dama está sentada en el león, que es Jesucristo; esta dama es la Fe, la Esperanza, la Doctrina y el Bautismo; es la piedra dura y firme sobre la que Jesucristo dijo que cimentaría la Santa Iglesia cuando dijo: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.» Y esta dama que estaba montada sobre el león debe ser considerada la Nueva Ley que Nuestro Señor mantiene con fuerza y con poder igual que el padre hace con su hijo; y no debe asombrar que os pareciera más joven que la otra, pues no es tan vieja ni tiene el mismo rostro, pues esta dama nació en la Pasión de Jesucristo y en la Resurrección, y la otra ya había reinado en la tierra durante mucho tiempo. Vino a hablarte como a hijo suyo, pues todo buen cristiano es su hijo, y te mostró bien que era tu madre, pues tenía gran miedo por ti, y por eso vino antes para anunciarte el golpe que te iba a caer y vino a decirte de parte de su Señor, es decir, de Jesucristo, que te será necesario combatir. Por la fe que te debo, si ella no te amase, no habría venido a decírtelo, pues no le habría preocupado tu derrota, y vino tan pronto a avisarte, para que estuvieras mejor preparado en el momento de la batalla. ¿Contra quién? Contra el campeón más temido del mundo. El campeón más temido del mundo es aquel por quien Tenoc y Elías, que fueron tan nobles, fueron arrebatados de la tierra y llevados al cielo, y no volverán antes del día del Juicio para combatir a aquel que es tan temido. Aquel campeón es el Enemigo, que tanto se esfuerza siempre y trabaja, para llevar al hombre al pecado mortal, y desde allí lo conduce al infierno. Es el campeón contra el que tienes que combatir, y tal como te dijo la dama, si eres vencido, no deberás preocuparte por perder uno de tus miembros, sino que serás deshonrado para siempre jamás. Bien puedes darte cuenta por ti mismo si es cierto, pues si resulta que el Enemigo puede vencerte, te llevará a la perdición del cuerpo y del alma, y allí te conducirá a la casa tenebrosa, es decir, al infierno, donde sufrirás vergüenza, dolor y martirio tanto tiempo como dure la potestad de Jesucristo.

»Ya te he contado qué significa la dama que viste en tu sueño que cabalgaba sobre el león. Y por lo que te he contado debes saber ya bastante bien quién debe ser la otra.

–Señor, me habéis dicho tantas cosas de una, que ya sé lo que significa; pero decidme la otra, la que cabalgaba sobre la serpiente, pues si no me lo decís no sabré qué significa.

–Entonces te lo diré, escucha: la dama que viste cabalgando sobre la serpiente es la Sinagoga, la primera ley, que fue rechazada tan pronto como Jesucristo trajo la Nueva Ley; la serpiente que la lleva es la Escritura mal entendida y mal interpretada, es la hipocresía, la herejía, la iniquidad y el pecado mortal, es el Enemigo mismo. Es la serpiente que por su orgullo fue echada del Paraíso, es la serpiente que dijo a Adán y a su mujer: «Si coméis de este fruto, seréis tal como Dios.» Y por estas palabras les metió en el cuerpo la envidia, pues entonces desearon ser más altos de lo que eran y creyeron el consejo del Enemigo, y pecaron, por lo que fueron arrojados del Paraíso y desterrados. Todos sus descendientes participaron de aquel pecado y lo expían cada día. Cuando la dama llegó ante ti, se quejó por la serpiente que le habías matado, y ¿sabes tú de qué serpiente se quejaba? No se quejaba por la serpiente que mataste ayer, sino por la serpiente sobre la que cabalga, es decir, por el Enemigo, y ¿sabes dónde le causaste tal duelo? Cuando el Enemigo te llevaba, al llegar a esta roca, en el momento en que hiciste la señal de la cruz sobre ti mismo, pues no pudo continuar de ninguna forma, y le entró tal miedo, que pensó que iba a morir; por eso se fue a gran velocidad, pues no podía hacerte compañía. Y aquí le mataste, le destruiste y le quitaste el poder y la fuerza de su gobierno y de su conducta, sobre todo porque pensaba haberte vencido ya. Y era éste el gran duelo que tenía por ti, y cuando tú le contaste lo mejor que supiste lo que te preguntaba, te pidió que para reparar el mal que habías hecho, te convirtieses en vasallo suyo, y tú le dijiste que no lo harías; ella te contestó que alguna vez lo habías sido antes de que prestaras homenaje a tu Señor. En esto has pensado mucho hoy, y bien lo deberías saber, pues sin lugar a dudas antes de que hubieras recibido el Bautismo y fueras cristiano, pertenecías al Enemigo. Al recibir el Sello de Jesucristo, es decir, el Santo Carisma y la Santa Unción, renegaste del Enemigo y estuviste fuera de su gobierno, pues habías hecho homenaje a tu Creador. Y así te

he contado el sentido de las dos damas. Ahora me iré, pues tengo que hacer muchas cosas. Tú permanecerás aquí y te recuerdo la batalla que tienes que librar: si eres vencido, no tendrás otra cosa que lo que se te ha prometido.

–Buen señor, ¿por qué os vais tan pronto? Ciertamente, me agradan tanto vuestras palabras y vuestra compañía que nunca más querría apartarme de vos; si puede ser, por Dios, permaneced aún conmigo, pues gracias a todo lo que me habéis dicho, pienso que valdré más el resto de mi vida.

–Me tengo que ir, pues mucha gente me espera; vos debéis permanecer aquí. Tened cuidado de no estar desguarnecido contra el que debéis combatir, pues si os sorprende, tan pronto como pueda os derrotará.

Después de decirle eso se va; el viento le da en la vela y le lleva tan ligero como se podía contemplar. Se ha alejado tanto en tan poco rato, que Perceval no puede ver nada más, y cuando ya la ha perdido de vista, vuelve a lo alto de la roca armado como estaba, y allí arriba encuentra al león que el día anterior le había acompañado, que comienza a estirarse en muestra de alegría. Después de haber estado allí hasta el mediodía, mira a lo lejos al mar y ve venir una nave tan rápida como si todos los vientos del mundo la empujaran. Delante venía un torbellino que hacía moverse al mar y salir olas por todas partes. Cuando ve esto, se pregunta asombrado qué puede ser, pues el torbellino le impide la vista de la nave hasta que se acerca tanto que puede distinguir realmente que es una nave, completamente cubierta de telas negras aunque no sabe si son de seda o de lino. Cuando está algo más cerca, él desciende, pues desea saber qué es, pensando que fuera el anciano que le había estado hablando hoy mismo. Y sucede todo tan bien o por la virtud de Dios o por cualquier otra cosa, que no hay animal tan osado en la montaña que le ataque o que le caiga encima. Baja de aquel desierto y llega a la nave tan pronto como puede. Cuando se acerca a la borda, ve sentada en ella a una doncella de mucha belleza, vestida con mayor riqueza que nadie.

Tan pronto como ve venir a Perceval, se levanta ante él, y le dice sin saludarle:

–Perceval, ¿qué haces aquí?, ¿quién os trajo a esta montaña, que es extraña y en la que nunca más seréis socorrido, si no es por casualidad, y no tendréis en ella qué comer y moriréis de hambre y de desdicha, pues no encontraréis en ella quien os mire?

–Doncella, yo moriría de hambre si no fuera leal servidor, pues nadie sirve a un señor tan alto como el mío, y por eso lo sirvo lealmente y con buen corazón: no pediré nada sin obtenerlo. Él mismo dijo que su puerta no está cerrada a nadie que venga y el que llama, entra, y el que pide, tiene. Y si alguien pregunta, Él no contesta, sino que rápidamente se deja encontrar.

Al oír la doncella que le habla del Evangelio, no contesta a estas palabras, sino que entra en otra materia y le dice:

–Perceval, ¿sabes de dónde vengo?

–¿Cómo, doncella, quién os ha dicho mi nombre?

–Yo lo sé bien, y os conozco mejor de lo que pensáis.

–¿De dónde venís?

–Por mi fe, vengo del Bosque Devastado, donde he visto la aventura más maravillosa del mundo llevada a cabo por el Buen Caballero.

–¡Ay!, doncella, decidme qué es del Buen Caballero por la fe que debéis a la cosa del mundo que más amáis.

–No os diré lo que sé, de ninguna forma, si no me juráis antes por la orden de caballería que tenéis que haréis mi voluntad en el momento en que os lo pida.

Él contesta que lo hará si lo puede hacer.

–Ya habéis dicho bastante; ahora os contaré la verdad. Ciertamente estuve hace no mucho tiempo en el Bosque Devastado, en el centro, por donde corre el gran río que se llama Marcoise. Allí vi que el Buen Caballero atacaba y derribaba a dos caballeros a los que quería matar: éstos se metieron en el río por miedo a morir y tuvieron la suerte de poder pasar al otro lado, pero a él le ocurrió una desdicha, pues su caballo se ahogó y él mismo también se hubiera ahogado si no hubiera salido al momento, gracias a lo cual se salvó. Ya has oído la noticia del caballero que preguntabas; ahora quiero que me digas cómo has conseguido llegar a esta

isla extraña donde estarás como perdido si no te escapas de ella, pues bien ves que aquí no viene nadie del que puedas recibir socorro: tienes que salir de ella o morirás; es necesario que, si no quieres morir en ella, hagas algo del agrado de alguien que te saque de aquí; y ahora mismo no puedes ser sacado por nadie sino por mí, por lo que debes hacer muchas cosas por mí, para que yo te saque si eres cuerdo, pues no sé de ninguna maldad mayor del que puede ayudar y no lo hace.

–Doncella –contesta Perceval–, pienso que si Nuestro Señor deseara que yo saliera, saldría, y de otra manera no querría estar fuera, pues no quiero hacer nada en el mundo que no le agrade; habría recibido la caballería en mala hora si yo la aprovechara para hacerle la guerra.

–Dejad estar todo esto, y decidme si habéis comido hoy.

–Ciertamente, no he comido alimento terreno, pero vino antes un anciano a reconfortarme, y me dijo tan buenas palabras, que me ha alimentado y saciado tan ampliamente, que no tendré más ganas de comer ni de beber mientras me acuerde de él.

–¿Sabéis quién es? Es un encantador, un multiplicador de palabras, que de una palabra hace cien, y si puede no dirá la verdad. Si le creéis, seréis deshonrado y no saldréis nunca de esta roca, sino que moriréis de hambre en ella y os comerán las bestias salvajes, y si no, ya tenéis aquí la prueba. Habéis estado aquí dos días y dos noches y tanto como va de este día, y aquel del que habláis no os ha traído alimento, sino que os ha dejado y os dejará, y no seréis socorrido por él. Será una gran lástima y una gran desdicha si vos morís aquí, pues sois tan joven y tan buen caballero que todavía podríais valerme mucho a mí y a otros si os sacaran de aquí, y yo os digo que os sacaré si así lo deseáis.

Cuando Perceval oye lo que le ofrece, le dice:

–Doncella, ¿quién sois que con tanto gusto me sacaríais de aquí si yo quisiera?

–Soy una doncella desheredada, que sería la mujer más rica del mundo si no hubiera sido despojada de mi herencia.

–Doncella desheredada –le dice Perceval–, ¿quién os desheredó?, pues ahora siento una gran compasión por vos,

mayor que la que antes tenía.

–Os lo diré –le contesta ella–. En verdad un rico hombre me alojó en su casa para que le sirviera: era el rey más rico de cuantos se conocían; yo era tan hermosa y blanca que no había nadie que no se admirara de mi belleza, pues yo era bella sobremanera, y en esta belleza, sin falta, me enorgullecí un poco más de lo que debía y dije una palabra que no le agradó: tan pronto como se la dije, se enfadó conmigo y no quiso tenerme más en su compañía y me expulsó, pobre y desheredada, y no volvió a tener compasión de mí ni de nadie que estuviese a mi lado. Así nos expulsó el rico a mí y a mi acompañamiento y me envió al desierto y al exilio. Pensó haberme maltratado y lo hubiera hecho si no hubiera sido por el gran sentido con que empecé a luchar contra él. He tenido tanta suerte desde entonces que casi le he vencido, ya que le he quitado parte de sus hombres, que lo han abandonado por venirse conmigo, por la gran riqueza que ven que yo les doy, pues no hay nada que yo no se lo conceda e incluso les doy más. Así estoy, día y noche, en guerra contra aquel que me ha desheredado. He reunido caballeros, sirvientes y gentes de toda condición; os digo que no hay ningún caballero del mundo al que no le ofrezca una heredad por ser de mi compañía. Por eso, y porque sé que sois buen caballero y que he llegado ante un buen hombre, os pido que me ayudéis. Lo debéis hacer bien, pues sois miembro de la Mesa Redonda y nadie que lo sea debe abandonar a doncella desheredada que le pide ayuda. Sabéis que esto es cierto, pues cuando os sentaron en ella y el rey Arturo os dio un puesto, el primer juramento que hicisteis fue que no abandonaríais nunca a una doncella que os requiriera.

Él contestó que así fue y que lo ha mantenido sin falta. Le promete que la ayudará con gusto, ya que se lo pide, y ella le da muchas veces las gracias.

Tanto rato estuvieron hablando los dos, que pasó el mediodía y la hora de nona se acercaba. Entonces el sol calentaba y ardía. La doncella dijo a Perceval:

–Perceval, en esta nave hay un pabellón de seda que es el más rico de cuantos hayáis visto. Si os agrada, yo lo mandaré

traer aquí y que lo extiendan para que el calor del sol no os haga daño.

Él contesta que le agradaría. Ella entra en la nave y hace que dos servidores coloquen el pabellón en la orilla. Después de colocarlo lo mejor que pudieron, dijo la doncella a Perceval:

–Venid a reposar. Retiraos del sol, pues me parece que os da demasiado calor, y sentaos dentro hasta que llegue la noche.

Perceval entra en el pabellón y se duerme. Ella había hecho que se desarmara antes y que se quitara el yelmo, la loriga y la espada. Cuando está completamente desnudo, lo deja dormir.

Después de haber dormido un buen rato, se despierta y pide comida. Ella encarga que preparen la mesa y se la colocan; él ve cómo la cubren de tal cantidad de manjares que se admira. Comió con la joven y cuando pide bebida, se la dan; encuentra que el vino es el mejor y más fuerte que había bebido hasta entonces y se admira mucho de dónde puede haber venido, pues en aquel tiempo no había en Gran Bretaña nada de vino –a no ser en lugares muy ricos–, sino que se bebía generalmente cerveza y otras bebidas que se hacían. Bebió tanto que se alteró más de lo que debía. Mira entonces a la doncella, y le parece que nunca vio una semejante en belleza; le agradó tanto y le apeteció por las grandes prendas que veía en ella y las dulces palabras que le decía, que se calienta más de lo que debiera. Le habla de muchas cosas y entre ellas la requiere de amores y le ruega que sea suya y que él será suyo. Ella resiste todo lo que puede, pues quiere que esté más ardiente y deseoso; él no cesa de intentarlo. Cuando aquélla ve que está ya encendido, le dice:

–Perceval, sabed bien que de ninguna forma haré nada que os agrade si no me juráis que de ahora para siempre seréis mío, que me ayudaréis contra todos los hombres y que no haréis nada sin que yo os mande.

Perceval contesta que lo hará con gusto.

–¿Me lo juráis como leal caballero? –le pregunta ella.

Perceval contesta que sí.

–Entonces yo me dejaré –responde ella– y haré lo que os guste; y sabed verdaderamente que vos no me habéis deseado tanto como yo os he deseado a vos, pues sois uno de los

caballeros del mundo a los que yo más he querido.

Entonces manda a sus criados que le preparen una cama, la más hermosa y la más rica que puedan, y que sea hecha en medio del pabellón. Le responden que cumplirán su deseo: hacen al momento una cama, descalzan a la doncella y la acuestan, y a Perceval con ella. Cuando estuvo acostado con la doncella, al ir a taparse, le sucedió que vio por casualidad su espada caída en el suelo, pues se la habían desceñido. Él tendió la mano para tomarla y cuando la iba a apoyar en la cama vio sobre la empuñadura una cruz roja que estaba tallada allí y de repente se acordó de sí mismo; entonces hizo el signo de la cruz en medio de su frente y vio desaparecer el pabellón. Le rodearon un humo y una niebla tan grandes que no podía ver absolutamente nada y sintió tal miedo por todas partes que pensó que estaba en el infierno. Entonces comienza a gritar diciendo:

–Buen dulce padre Jesucristo, no me dejéis morir aquí, socorredme por vuestra gracia o de otra manera me habré perdido.

Nada más decir esto abre los ojos, pero no ve nada del pabellón donde se acababa de acostar. Mira hacia la orilla y ve la nave de igual manera como la había visto antes y a la doncella que le dice:

–Perceval, me habéis traicionado.

Y se lanza al mar. Perceval ve cómo la sigue una tempestad tan grande que parecía que la nave iba a salirse de su recto curso y cómo todo el mar se llenaba en un momento de llamas de manera tan admirable que parecía que todo el fuego del mundo hubiera prendido allí; y la nave iba tan deprisa que ningún soplo del viento la hubiera hecho ir tan ligera.

Cuando Perceval vio este suceso, siente tanto dolor que le parece que debe morir. Mira la nave mientras puede verla deseándole mala ventura y pestilencia. Cuando la pierde de vista, se dice:

–¡Ay, desdichado! Muerto estoy.

Está tan apesadumbrado que querría estar muerto. Entonces saca la espada de la funda y se la clava en su muslo izquierdo, hiriéndose con tanta dureza que la sangre salta por todas

partes. Al ver esto dice:

–Buen Señor Dios, esto es en penitencia por el mal que os he hecho.

Entonces se fija y ve que está completamente desnudo y que sólo tiene las calzas; ve sus ropas por una parte y sus armas por otra y se dice:

–Desdichado, desgraciado, he sido tan vil y perverso que casi he llegado al punto de perder lo que uno no puede recobrar, es decir, la virginidad, que no puede ser recobrada después que ha sido perdida la primera vez.

Se saca la espada del cuerpo y la vuelve a la vaina. Más que el estar herido le preocupa que Dios se haya enfadado con él. Se pone la camisa y se coloca la cota lo mejor que puede, y después se tumba sobre una roca y ruega a Nuestro Señor que le envíe consejo y que pueda encontrar la piedad y la comprensión, pues se siente tan pecador y culpable hacia Él que piensa que nunca se verá salvo si no es por su misericordia. Así permaneció Perceval todo el día junto a la orilla, pues no puede ir ni hacia adelante ni hacia atrás por la herida que tenía, rogando a Nuestro Señor que le ayude y que le envíe el consejo que le resulte provechoso para su alma; no pide otra cosa y repite:

–Buen Señor Dios, no quiero irme de aquí ni por muerte ni por vida si no es ésa vuestra voluntad.

De este modo Perceval permaneció todo el día en la roca y perdió mucha sangre por la herida que tenía; cuando vio que llegaba la noche y aparecía la oscuridad por el mundo, se quitó la loriga y se acostó apoyando la cabeza sobre ella. Hizo el signo de la vera cruz en su frente y rogó a Nuestro Señor que por su dulce piedad le guardara de tal forma que el diablo, el Enemigo, no tuviera sobre él tanto poder como para hacerlo caer en la tentación. Al terminar su oración, se puso en pie y cortó un trozo de la camisa con el que vendó la herida para que no sangrara demasiado. Comienza sus ruegos y oraciones, de las que sabía varias, y espera así hasta que llegue el día. Cuando Nuestro Señor quiso expandir la claridad por las tierras y el sol lanzó sus rayos allí donde Perceval estaba acostado, miró alrededor y vio por una parte el mar y por otra la roca;

entonces se acuerda del Enemigo que el día antes lo vio en forma de doncella, y piensa que sin duda se trata del Enemigo, y comienza un duelo tan grande y tan digno de admiración que dice que verdaderamente está muerto si la gracia del Espíritu Santo no lo reconforta.

Mientras así se lamenta, mira a lo lejos, hacia el mar por la parte de oriente, y ve venir la nave que había visto ya otra vez, aquella que estaba cubierta de blanco jamete, en la que iba el hombre bueno vestido a la manera sacerdotal. Cuando la reconoce, se alegra por las buenas palabras que el hombre le había dicho la otra vez y por el gran sentido que había encontrado en él. Cuando llegó la nave y vio al buen sabio en la borda, se puso en pie tan rápidamente como pudo y le dijo que fuera bienvenido. El anciano sale de la nave y se acerca; se sienta bajo la roca y le dice a Perceval:

–¿Qué tal te ha ido?

–Señor, muy mal: hace poco una doncella casi me ha llevado al pecado mortal.

Y le cuenta cómo había sido y el sabio le pregunta:

–¿La conoces?

–Señor –le responde–, no; pero sé bien que el Enemigo me la envió para avergonzarme y afrentarme. Y yo habría sido afrentado a no ser por el signo de la Santa Cruz, pues según creo y pienso con mi entendimiento, ella me habría hecho caer; pero tan pronto como hice el signo de la cruz la doncella desapareció y no la vi más. Os ruego, por Dios, que me aconsejéis qué debo hacer, pues nunca antes tuve tanta necesidad de consejo como ahora mismo tengo.

–¡Ay, Perceval! –dice el buen hombre–. Siempre serás un necio. ¿No conociste a aquella doncella que casi te había llevado al pecado mortal cuando te libró el signo de la cruz?

–Ciertamente, no la conozco. Os ruego por Dios que me digáis quién era y de dónde, y quién es el rico hombre que la desheredó y contra el que quería que yo la ayudase.

–Te lo diré –contesta el sabio– y así lo sabrás claramente. Escucha: la doncella con la que has hablado es el Enemigo, el maestro, el dueño del infierno, aquel que tiene poder sobre todos los demás, y es cierto que estuvo en otro tiempo en el

cielo en compañía de los ángeles y que era tan hermoso y tan claro que por la gran belleza que tenía se enorgulleció y se quiso hacer semejante a la Trinidad y dijo: «Subiré tan alto y seré semejante al Buen Señor»; pero tan pronto como dijo esto, Nuestro Señor, que no quería que su casa fuera cubierta por el veneno del orgullo, lo expulsó del alto lugar donde lo había puesto y le hizo ir a la casa tenebrosa que se llama infierno. Cuando se vio apartado así del alto lugar y de la gran posición que había alcanzado y que era arrojado a las tinieblas eternas, pensó que lucharía tanto como pudiera contra el que le había expulsado, pero no vio cómo y al fin se acordó de la mujer de Adán, la primera mujer del linaje humano; la observó y se las ingenió hasta que consiguió hacerla caer en pecado mortal por el mismo pecado por el que él había sido expulsado y arrojado de la gran gloria de los cielos: el de la envidia. Con su desleal talento, hizo que cogiera el fruto mortal del árbol que le había sido prohibido por mandato de su Creador. Cuando lo hubo cogido, comió y dio a comer a Adán, su marido, de tal forma que todos sus descendientes lo sienten de manera mortal. El Enemigo que esto aconsejó, fue la serpiente que tú viste anteayer, sobre la que cabalgaba la anciana, que era la doncella que ayer por la tarde te vino a ver y la que te dijo que guerrearía noche y día, lo cual es cierto, y tú mismo lo sabes bien, pues no habrá una hora en la que ella no aceche a los caballeros de Jesucristo, a los hombres buenos y a los siervos, en quienes el Espíritu Santo está albergado.

»Cuando ella consiguió la paz contigo, por sus falsas palabras y por sus promesas, hizo tender su pabellón para albergarte y dijo: “Perceval, ven a reposarte y a sentarte hasta que llegue la noche y apártate del sol, pues me parece que te da demasiado calor.” Estas palabras que te dijo no carecen de un profundo sentido, pues entendía en ellas otra cosa de lo que tú entendías: el pabellón, que era redondo igual que el mundo, significa claramente el mundo, que ya no estará nunca sin pecado porque el pecado habita en él y no quería que tú estuvieras albergado fuera del pabellón y por eso te lo hizo preparar; y cuando te dijo: “Perceval, ven a reposarte y a sentarte hasta que la noche venga”, ella entendía que tú serías

perezoso y alimentarías tu cuerpo con los manjares terrenos y con glotonerías; ella no deseaba que trabajaras en este mundo y que sembraras la semilla que luego los buenos hombres debían recoger el día del gran juicio. Te rogó que reposaras hasta que llegara la noche, es decir, hasta que la muerte te sorprendiera, pues con razón es llamada noche siempre que ella sorprende al hombre en pecado mortal. Te llamó porque temía que el sol te calentara demasiado, y no debe sorprender que ella tuviera miedo, pues por el sol nosotros entendemos a Jesucristo, la verdadera luz que calienta al pecador con el fuego del Espíritu Santo, y contra Él, que ha fijado su corazón en el alto sol, poco pueden hacer el frío y el hielo del Enemigo. Ya te he dicho tanto de esa dama que debes saber bien quién es y por qué vino a verte, más para tu mal que para tu bien.

–Señor –dice Perceval–, me habéis dicho tantas cosas de la dama que sé bien que es el Campeón contra el que yo debía combatir.

–Por mi fe –dice el sabio hombre–, verdad dices ahora; mira cómo has luchado.

–Señor, muy mal, según me parece, pues hubiera sido vencido a no ser por la gracia del Espíritu Santo, que no me dejó morir.

–Lo mismo que te ha socorrido ahora –dice el buen hombre–, procura guardarte de ahora en adelante, pues si vuelves a caer otra vez, no encontrarás quien te levante tan pronto.

Mucho rato habló el buen hombre a Perceval y mucho lo exhortó a hacer el bien y le dijo que Dios no lo olvidaría, sino que pronto le enviaría socorro. Entonces le preguntó cómo había sido herido.

–Por mi fe –contestó–, hasta que vinisteis ante mí no sentí dolor ni mal mayor que si no hubiese tenido herida, y ahora, mientras me habláis, no lo noto, sino que me viene por vuestras palabras y por vuestra mirada una dulzura tan grande y un alivio tan profundo para mis miembros que no creo que seáis hombre terreno, sino espiritual, y en verdad sé que si permanecierais todo el día conmigo, no tendría hambre ni sed y, si lo osara decir, diría que vos sois el pan vivo que desciende

de los cielos del cual no come nadie dignamente que no viva vida eterna.

Tan pronto como hubo dicho esto se desvaneció el anciano de tal forma que Perceval no supo qué había pasado. Entonces dijo una voz:

–Perceval, has vencido y estás a salvo. Entra en esta nave y vete a donde te lleve la ventura; no desmayes por lo que veas, pues a cualquier lugar al que vayas te conducirá Dios. Tendrás la suerte de encontrar en breve a tus compañeros Boores y Galaz, que son a los que tú más quieres.

Al oír estas palabras siente una alegría tan grande que mayor no se puede tener. Tiende sus manos hacia el Cielo y da gracias a Nuestro Señor por haberle llevado tan bien; toma las armas y una vez armado entra en la nave y se lanza al mar, alejándose de la roca tan pronto como el viento le da en la vela. Aquí deja la histora de hablar de él y vuelve a Lanzarote, que había permanecido en casa del anciano que le explicó también el significado de las tres frases que la voz le había dicho en la capilla.

VII

Ahora cuenta la historia que el venerable religioso hizo que Lanzarote se quedara durante tres días con él. Mientras lo tenía en su compañía, le hablaba todos los días y le aconsejaba que hiciera el bien, diciéndole:

–Es muy cierto, Lanzarote, que en vano iréis a esta Búsqueda si antes no os limpiáis de todos los pecados mortales y alejáis de vuestro corazón los pensamientos terrenos y los deslices del mundo, pues debéis saber que en esta Búsqueda no os valdrá para nada vuestro grado de caballería si el Espíritu Santo no os abre el camino en todas las aventuras que encontréis; tened por cierto que esta Búsqueda ha sido emprendida para saber algo de las maravillas del Santo Grial que Nuestro Señor ha prometido al verdadero caballero que sobrepase en bondad y en caballería a todos los que le han precedido y a todos los que vendrán después; ya visteis a este caballero el día de Pentecostés en el Asiento Peligroso de la

Mesa Redonda, en el cual no se había sentado nadie que no muriese: ya habéis comprobado estos hechos. Aquel caballero es el gran hombre que mostrará en su vida toda la caballería terrena y llevará a cabo tantas cosas que ya no será terrenal, sino espiritual, y por eso dejará el hábito secular y entrará en la caballería celestial. Todo esto lo dijo Merlín del caballero al que habéis visto alguna vez, pues sabía muchas cosas de las que debían suceder. Y todo es verdad porque este caballero tiene más valor y atrevimiento que ningún otro, y tened por cierto que si él cayera en pecado mortal, que Dios lo guarde por su piedad, no haría en esta Búsqueda nada mayor que cualquier otro caballero, pues este servicio en el que habéis entrado no pertenece en absoluto a las cosas terrenales, sino a las celestiales. Por eso, podéis ver que el que quiere la perfección en alguna cosa conviene que antes purgue y limpie todas las inmundicias terrenas, de tal manera que el Enemigo no tenga en él ninguna participación, y así cuando haya renegado completamente del Enemigo y esté limpio y puro de todo pecado mortal, entonces, de seguro, podrá entrar en esta alta Búsqueda y en este alto servicio; pero si fuera de tan débil fe y tan pobre que piensa conseguirlo más por sus hechos de armas que por la gracia de Nuestro Señor, sabed que no podrá salir sin vergüenza y dentro no hallará nada de lo que busca.

Así le hablaba el buen hombre a Lanzarote y de tal forma le retuvo tres días junto a él. Lanzarote se consideraba muy feliz porque Dios le había enviado a aquella parte, junto a aquel ermitaño que le había enseñado tan bien que pensaba que por eso valdría más que durante el resto de su vida.

Cuando llegó el cuarto día, el anciano mandó a su hermano que le enviara armas y caballo para un caballero que había estado con él. El hermano cumplió de buen gusto el deseo. Al quinto día, después de que Lanzarote hubo oído misa, se armó, montó sobre el caballo y se despidió del buen hombre llorando; le pidió por Dios que rogara por él, que Nuestro Señor no lo olvidase para que no volviera a caer en su primera desdicha. Aquél le prometió que así lo haría y a continuación se separaron.

Después de dejar al anciano, cabalgó por medio del bosque

hasta la hora de prima. Y entonces encontró a un vasallo, que le preguntó:

–Señor caballero, ¿de dónde sois?

–Soy de la casa del rey Arturo.

–¿Y cómo os llamáis? Decídmelo.

Respondió que se llamaba Lanzarote del Lago.

–Lanzarote –le dice–, ¡por Dios! No es a vos a quien iba buscando, pues vos sois uno de los caballeros más desdichados del mundo.

–Buen amigo, ¿cómo lo sabéis?

–Bien lo sé –contesta el criado–, vos sois aquel que vio llegar ante sí el Santo Grial y hacer abiertamente un milagro y que no se conmovió con su venida, como si fuera un pagano.

–Ciertamente –dice Lanzarote–, yo lo vi y no me conmoví, y lo siento mucho.

–No es maravilla que lo sintáis –dice el criado–, pues ciertamente mostrasteis bien que no erais buen hombre ni verdadero caballero, sino que erais desleal y sin fe; y ya que no quisisteis hacer vos mismo el honor, no os asombréis si en esta Búsqueda en la que habéis entrado con otros buenos hombres encontráis vergüenza. ¡Malvado, desdichado! Debéis tener un gran dolor, pues solíais ser considerado como el mejor caballero del mundo y ahora sois considerado el peor y el más desleal.

Cuando Lanzarote oye estas palabras no sabe qué decir, pues se siente culpable de lo que el criado le acusa y contesta:

–Buen amigo, dime lo que quieras, te escucharé, pues ningún caballero debe molestarse por nada que le diga un criado, a no ser que sea una gran afrenta.

–Vos habéis venido a escuchar –le contesta el criado–, pues no conseguiréis ninguna otra ventaja de ello. Solíais ser la flor de la caballería terrena. ¡Desdichado! Bien os habéis dejado embrujar por aquella que ni os ama ni os toma, sino que, como a una cosa insignificante y pequeña, os ha vuelto de tal forma que habéis perdido la alegría de los cielos y la compañía de los ángeles, todos los honores terrestres y habéis venido a recibir toda clase de vergüenzas.

Lanzarote no se atreve a responder, pues siente tanta

congoja que preferiría estar muerto. El criado le va lacerando y avergonzando, diciéndole las mayores villanías que puede; él escucha todo el tiempo como el que está apresado y no se atreve más que a mirar. Y cuando el criado se cansa de decir lo que quiere y ve que no le responde, se aleja de allí continuando por su camino. Lanzarote no lo mira, sino que se marcha llorando, sollozando y rogando a Nuestro Señor que lo vuelva a un camino que le resulte provechoso para su alma, pues ve bien que ha cometido tantos errores en esta vida y que ha servido tan mal a su Creador que, si la misericordia de Nuestro Señor no es muy grande, no podrá nunca encontrar el perdón. Mientras pensaba en esto, el camino que tiene delante se le va haciendo más agradable.

Después de haber cabalgado hasta el mediodía ve ante sí, fuera del camino, una casita. Se dirige hacia allí, pues sabe que es una ermita; al llegar ve una pequeña capilla y una casa pequeña; ante la entrada está sentado un anciano vestido con túnica blanca, semejante a un hombre de religión, y que decía con gran duelo:

–¡Buen Señor Dios! ¿Por qué habéis permitido esto? Os había servido durante tanto tiempo y había sufrido tanto en vuestro servicio...

Cuando Lanzarote ve al buen hombre llorar con tal ternura, siente una gran compasión y le saluda diciéndole:

–Señor, Dios os guarde.

–Que Dios lo haga, señor caballero –responde el buen hombre–, pues si no me guarda, no dudo que el Enemigo me pueda sorprender con facilidad. Y que Dios os quite el pecado en el que estáis, pues ciertamente sois uno de los más desdichados caballeros que conozco.

Cuando Lanzarote oye lo que dice el buen hombre, descabalga y piensa que no se irá de allí durante todo el día, y que tomará consejo de aquel venerable ermitaño que, al parecer, le conoce bien. Entonces, ata su caballo a un árbol y se acerca, y ve que a la entrada del monasterio yacía muerto –o lo parecía– un hombre canoso vestido con una camisa blanca de suave tela y junto a él había un sayal de pelo áspero y encrespado. Cuando Lanzarote lo ve, se admira de la muerte de

aquel hombre; se sienta y pregunta cómo ha muerto. El religioso le contesta:

–Señor caballero, no lo sé, pero me da la impresión de que no ha muerto según Dios, ni según la Orden, pues en tal hábito como vos lo veis no puede morir ningún hombre que no haya pecado contra la religión, y por esto me temo que el Enemigo le ha atacado en la forma como ha muerto; es una gran desdicha, según me parece, pues había vivido en el servicio de Nuestro Señor más de treinta años.

–Por Dios –dice Lanzarote–, esa calamidad parece muy grande, pues ha perdido así su vida y ha sido sorprendido por el Enemigo a esa edad.

Entonces el ermitaño entra en la capilla, toma un libro y una estola que se pone alrededor del cuello; sale y comienza a conjurar al Enemigo. Después de haberlo conjurado durante mucho rato, mira y ve ante sí al Enemigo con una figura tan fea que no hay corazón de hombre en el mundo que no sienta pavor.

–Me has incitado demasiado –dice el Enemigo–, ¿qué quieres?

–Quiero que me digas cómo ha muerto mi compañero, si ha perecido o si está salvo.

Entonces habla el Enemigo con voz horrible y espantosa diciendo al venerable religioso:

–No ha perecido, se ha salvado.

–¿Cómo puede ser esto? –pregunta el buen hombre–. Me parece que me mientes, pues no es esto lo que manda nuestra Orden, que prohíbe vestir camisa de lino, y el que la viste desobedece la regla y quien muere habiéndola desobedecido no creo que vaya a salvarse.

–Te diré cómo fue –le contesta el Enemigo–. Sabes bien que era buen hombre, de alto linaje, y que todavía tiene sobrinos y nietos en este país. Hace poco tiempo, el conde del Val emprendió una guerra contra un sobrino suyo que se llama Agarán. Cuando la guerra comenzó, Agarán, que se vio atacado, no supo qué hacer y fue a pedir consejo a su tío, que es éste que ves aquí, rogándole dulcemente que saliera de su ermita y que fuera con él para ayudarle en la guerra contra el

conde, y así volvió a hacer lo que era habitual en otro tiempo: llevar armas. Cuando estuvo con sus parientes, realizó actos de caballería tan valerosos que el conde fue apresado al tercer día del encuentro. Entonces, el conde y Agarán hicieron la paz y el conde prometió que no volvería a atacarle más.

»Cuando se hizo la paz y terminó la guerra, el buen hombre volvió a su ermita y recomenzó el servicio que había mantenido durante tantos días; pero cuando el conde supo que él había sido el que lo había derrotado, rogó a dos de sus sobrinos que le vengasen y aquéllos le contestaron que así lo harían. Vinieron aquí y cuando descabalgaron ante esta capilla y vieron que el buen hombre estaba en el servicio de la misa, no osaron atacarle, sino que dijeron que esperarían hasta que saliera. Plantaron un pabellón aquí delante y cuando acabó el servicio y salió de la capilla, dijeron que ya estaba muerto; lo tomaron y sacaron sus espadas, pero cuando quisieron cortarle la cabeza, Aquel al que había servido durante tantos días hizo en él un milagro tan patente que ni con un solo golpe pudieron hacerle daño, a pesar de que no llevaba más ropa que su túnica: le golpearon con sus espadas, que rebotaban como si hiriesen sobre un yunque y le dieron tantas veces que las espadas se mellaron completamente y ellos se cansaron y se agotaron de tantos golpes como le habían dado sin haberle hecho ningún daño y sin que hubiera brotado la sangre.

»Al ver esto, se airaron y encolerizaron aún más; entonces cogieron yesca y pedernal y encendieron un fuego aquí delante, con la intención de quemarlo, pues contra el fuego no podría resistir. Lo despojaron, dejándolo totalmente desnudo, y le quitaron el sayal que ahí veis. Cuando él se vio completamente desnudo, sintió tal vergüenza y tal afrenta de sí mismo que les rogó que le permitieran poner algo para cubrirse y que no se viera de una forma tan villana como estaba. Aquéllos fueron felones y crueles, y dijeron que no vestiría nada más, ni lino ni lana, sino que moriría. Al oír esto, comenzó a sonreír y dijo:

»–¿Cómo pensáis que yo pueda morir con este fuego que está preparado aquí?

»–Vos no tendréis más que la muerte –le contestan.

»–Ciertamente –dice él–, señores, si Nuestro Señor quiere que muera, me agradará mucho, pero si yo muero será más por la voluntad de Nuestro Señor que por el fuego, pues este fuego no tendrá tanto poder sobre mí como para quemar ni uno solo de mis cabellos y no hay en el mundo camisa tan delicada que se estropee y se queme si yo me la visto y después entro con ella en el fuego.

»Al oír esto, tomaron a fábula todo cuanto decía y, sin embargo, uno de ellos dijo que con el tiempo se vería si esto podría ser cierto y se quitó la camisa que llevaba, se la hizo poner e inmediatamente lo arrojaron al fuego, que habían hecho tan grande que duró desde ayer por la mañana hasta bien entrada la noche. Cuando el fuego se hubo apagado, encontraron al buen hombre muerto, pero tenía la carne tan sana y tan limpia como la podéis ver aquí y la camisa que le habían puesto no se había quemado, como bien podéis apreciar. Cuando vieron aquello se espantaron mucho: lo quitaron de allí y lo trajeron a este lugar donde lo veis ahora; pusieron su sayal junto a él y después se marcharon. Por este milagro de Aquel al que había servido tanto, podéis ver abiertamente que no ha muerto, sino que está a salvo. Ahora mismo me iré, pues ya te he explicado aquello que querías saber.

Y tan pronto como dijo esto se fue, haciendo caer ante sí los árboles y levantando la mayor tempestad del mundo, de tal forma que parecía que todos los Enemigos del infierno se iban por medio del bosque.

Cuando el anciano oyó estos hechos, se puso mucho más contento que antes; guardó el libro y la estola, se acercó al cuerpo y comenzó a besarle diciendo a Lanzarote:

–Por mi fe, señor, gran milagro ha mostrado Nuestro Señor a través de este hombre, de quien yo pensaba que había muerto en pecado mortal, pero no es así, gracias a Dios, sino que se ha salvado tal como vos mismo habéis oído.

–Señor –dice Lanzarote–, ¿quién fue el que durante tanto rato estuvo hablando con vos? No pude ver su cuerpo, pero sus palabras las oí bien y eran tan horribles y tan espantosas que no hay nadie que no sintiera miedo al oírlas.

–Señor –responde el ermitaño–, bien se debe tener miedo, pues no hay nada que haga temer tanto como él, porque es aquel que da consejo al hombre para que pierda el cuerpo y el alma.

Entonces supo bien Lanzarote quién fue el que había hablado. El ermitaño le pide que le haga compañía para velar al santo hasta el día siguiente después de enterrarlo. Le contesta que lo hará con gusto y que está muy contento de que Dios le haya llevado a tal lugar para servir el cuerpo de un hombre tan bueno como aquél.

Se quita las armas y las pone en la capilla, vuelve a su caballo, lo desensilla y le retira el freno, después se acerca al religioso para hacerle compañía. Cuando están sentados el uno junto al otro, pregunta:

–Señor caballero, ¿no sois vos Lanzarote del Lago?

Él contesta que sí.

–Y ¿qué vais buscando así armado como estáis?

–Señor, voy con mis compañeros buscando las aventuras del Santo Grial.

–Ciertamente –dice el buen hombre–, podéis buscarlas, pero no las encontraréis, pues si el Santo Grial viniera ante vos no creo que lo pudieseis ver mejor que un ciego vería una espada que estuviera ante sus ojos; y, sin embargo, muchas gentes han vivido en las tinieblas del pecado y en la oscuridad durante largo tiempo y Nuestro Señor, después, los ha llamado a la verdadera luz tan pronto como ha visto que sus corazones escuchaban. Nuestro Señor no tarda en socorrer a los pecadores: en cuanto percibe que vuelven hacia Él con el corazón, con el pensamiento o a través de una buena obra, inmediatamente viene a visitarlos; y si el pecador ha preparado su hostal y lo ha limpiado, tal y como debe hacer, desciende y reposa en él, y el pecador no debe preocuparse después de que se vaya, pues él mismo expulsa al pecado del hostal; pero si llama a otro que le sea contrario, Él se marcha porque no puede permanecer en el mismo lugar que aquel que todos los días lucha en contra suya.

»Lanzarote, te he mostrado este ejemplo para que veas la vida que durante tanto tiempo has llevado, desde que caíste en

pecado, es decir, desde que recibiste la Orden de Caballería, pues antes de que fueras caballero se albergaban en ti todas las buenas virtudes de manera tan natural que no conozco a ningún joven que pudiera ser semejante a ti; en primer lugar, habías albergado la virginidad, de tal forma que nunca le habías faltado ni en voluntad ni en obra, ni siquiera en deseo, pues muchas veces sucedió que cuando pensabas en la villanía de la culpa carnal, en la cual se corrompía la virginidad, escupías de despecho y decías que tú no caerías en este error y entonces afirmabas que no había un grado de caballería tan alto como el de ser virgen y el de esquivar la lujuria, guardando el cuerpo limpiamente.

»Además de esta virtud, que es tan elevada, tenías humildad, humildad dulce y suave que te hacía inclinar la cabeza, no como cuando el fariseo oraba en el templo, que decía: "Buen Señor Dios, te doy gracias y te agradezco porque no soy tan malo ni tan desleal como son mis vecinos." Tú no eres así, sino que parecías al publicano, que no osaba siquiera mirar la imagen, para que Dios no se enfadara con él porque era un gran pecador y se mantenía lejos del altar y se golpeaba por sus culpas diciendo: "Buen Señor Dios Jesucristo, ten piedad de este pecador." De tal forma debe comportarse el que quiere cumplir de manera recta con la humildad, y así lo hacías tú cuando eras doncel, pues amabas y temías a tu Creador sobre todas las cosas y decías que no se debía temer nada de la tierra, sino que se debía temer de aquel que puede destruir el cuerpo y el alma y arrastrarnos al infierno.

»Además de estas dos virtudes también tenías paciencia. Paciencia es semejante a la esmeralda, que siempre es verde, pues con paciencia no habrá una tentación tan fuerte que no pueda ser vencida sino que permanecerá todo el día verde y con una misma fuerza y nadie impedirá que se pueda llevar la victoria y el honor, pues nadie puede vencer a su enemigo mejor que con el sufrimiento; y bien sabes que cometieras el pecado que cometieras en tu pensamiento, tenías bien albergada en ti, de manera natural, esta virtud.

»Además tenías albergada en ti otra virtud de manera tan natural como si te perteneciera por naturaleza; era la justicia.

La justicia es una virtud tan fuerte y poderosa que gracias a ella todas las cosas se mantienen en su punto justo, y a cada uno se le devolverá lo que se le ha quitado y lo que sea justo. Justicia que no da a nadie por amor ni quita por odio, y no permanecerá sólo entre amigos y parientes, sino que siempre seguirá una línea recta de tal forma que no cambiará de vía sino por algún acontecimiento que ocurra. Además de esta virtud tuviste también en ti caridad, albergada de manera tan alta que era maravilla, pues si hubieras tenido todas las riquezas del mundo entre tus manos, las habrías regalado por amor a tu Creador. Entonces el fuego del Espíritu Santo era cálido y ardiente en ti y tú estabas deseoso y con buena intención en el cuerpo y en el alma para mantener todo lo que estas virtudes te habían prestado.

»Y así guarnecido de todas las bondades y todas las virtudes terrenas entraste en la alta Orden de Caballería; pero cuando el Enemigo, que primero hizo pecar al hombre y lo llevó a la condenación, te vio tan guarnecido y tan cubierto por todas partes, tuvo miedo de que no te pudiera sorprender de ninguna manera y se dio cuenta de que conseguiría fácilmente su fin si te pudiera sacar de alguno de los puntos en los que estabas, y vio que estabas ordenado para ser servidor de Nuestro Señor y que estabas colocado en un grado tan alto que nunca deberías bajar hasta pertenecer al servicio del Enemigo y dudó mucho el intentarlo porque tenía miedo a perder. Entonces pensó cómo podría derrotarte, hasta que por fin creyó que lo más rápido para hacerte caer en pecado mortal sería a través de una mujer: dijo “lo mismo que el primer padre, que Salomón –el más sabio de todos los territorios–, que Sansón Fortín –el más fuerte de todos los hombres– y que Absalón –el hijo de David, el más hermoso hombre del siglo– fueron derrotados y puestos en vergüenza por culpa de mujeres, yo no creo que este niño consiga vencer.”

»Entonces se metió en la reina Ginebra, que no se había confesado bien desde que se casó, y la hizo mirarte con placer desde el día que fuiste armado caballero, cuando entraste en su casa. Te diste cuenta de que ella te miraba, y entonces te hirió el Enemigo con uno de sus dardos con tanta fuerza que te hizo

tambalear de tal forma que a partir de ese momento te hizo salir del camino recto y entrar en el que tú no habías conocido nunca: el camino de la lujuria, que devasta el cuerpo y el alma de manera tan asombrosa que nadie que no lo haya seguido puede llegar a imaginarlo. Desde entonces el Enemigo te tiene privado de la vista, pues tan pronto como tus ojos se calentaron por el ardor de la lujuria, expulsaste de ti a la humildad y en su lugar acogiste al orgullo, y quisiste ir con la cabeza levantada, tan orgulloso como un león, y dijiste en tu corazón que no debías apreciar nada, que jamás apreciarías, si no tenías la voluntad de aquella dama tan hermosa. Cuando el Enemigo –que oye todas las palabras tan pronto como la lengua las ha dicho– supo que pecabas mortalmente en pensamiento y en deseo, entró en ti y expulsó a Aquel que tú habías albergado durante tanto tiempo.

»Y así te perdió Nuestro Señor, que te había hecho crecer, te había alimentado y guarnecido de todas las buenas virtudes, y te había elevado tan alto porque pensó que tú serías su sirviente y que le servirías con los bienes que Él te había prestado. Tú le dejaste al momento de forma tal que cuando deberías haber sido el servidor de Jesucristo, te convertiste en el servidor del diablo y dejaste entrar en ti tantas virtudes del Enemigo como Nuestro Señor había puesto en las tuyas: contra la virginidad y la castidad tú albergaste lujuria, a la que afrentan la una y otra; contra la humildad, recibiste el orgullo como el que no temía a ningún hombre frente a sí; después expulsaste a todas las virtudes que te he nombrado y acogiste aquellas que les eran contrarias. No obstante, Nuestro Señor había puesto en ti tantos bienes que no pudo ser que de aquella gran cantidad no quedara alguna cosa en remanente y gracias a esto que Dios te dejó, has podido llevar a cabo por tierras extrañas grandes proezas, de las que todo el mundo habla. Ahora piensa que aún podrías haber hecho más si hubieras salvado todas aquellas virtudes que Nuestro Señor había puesto en ti. No habrías fallado en las aventuras del Santo Grial en las que todos los demás están ahora trabajando, y las habrías terminado mejor que nadie lo podría hacer, a no ser el verdadero caballero. Los ojos no te habrían sido cegados

ante la cara de tu Señor y lo habrías visto abiertamente.

»Te he dicho todas estas cosas porque estoy triste de que seas tan desnaturado y deshonrado, pues en ningún lugar al que vayas tendrás ya honor, sino que te dirán villanías todos aquellos que conozcan la verdad de tu comportamiento en la Búsqueda.

»Y no obstante, no has errado tanto como para que no puedas encontrar el perdón si, gritando, le das las gracias de todo corazón a Aquel que te había guarnecido de manera tan alta y te había llamado a su servicio; pero si no lo haces de todo corazón no creo que llegues muy lejos en esta Búsqueda, pues debes saber que no ha entrado en ella nadie que no se vuelva avergonzado si no ha hecho una buena confesión, pues la Búsqueda no es de cosas terrenas, sino celestiales, y como el que quiere entrar en el cielo sucio y villano es echado atrás tan felonamente que siempre lo sentirá, lo mismo sucede entre aquellos que han iniciado esta Búsqueda sucios y manchados con los vicios terrenos que no sabrán mantener los caminos ni los senderos, sino que irán errando por tierras extrañas y esto recuerda al Evangelio donde dice: “En aquel tiempo hubo un hombre rico que estaba dispuesto a celebrar sus nupcias y reunió a sus amigos, parientes y vecinos. Cuando los manteles estuvieron puestos, envió mensajeros a los que había invitado y les pidió que fueran, pues todo estaba preparado; aquéllos tardaron y se retrasaron tanto que el buen hombre se enfadó. Cuando supo que no irían, dijo a sus servidores: “Salid por las calles y por los caminos diciendo a los conocidos y a los extraños, a los pobres y a los ricos, que vengan a comer, pues la mesas están dispuestas y todo está listo.” Aquéllos hicieron el mandato de su señor y llevaron consigo a tantos que la casa estuvo llena. Cuando estuvieron todos sentados, el señor miró a los invitados y vio entre ellos a un hombre que no se había vestido con ropa de ir a la boda; se acercó a él y le dijo: ‘Buen amigo, ¿qué buscáis?’ ‘Señor, vengo lo mismo que los demás.’ ‘Por mi fe –dice el señor–, no es así, pues aquéllos han venido llenos de alegría y de fiesta y vestidos como se debe venir a unas nupcias, pero vos no habéis traído ninguna cosa propia de esta fiesta.’ Entonces lo hizo arrojar de su casa y dijo en voz

alta, para que lo oyeran todos los que estaban sentados en la mesa, que había invitado a mucha gente que no había ido al banquete, y que verdaderamente se podía decir que eran muchos los llamados y pocos los escogidos."

»En la Búsqueda podemos aplicar también esta parábola de la que nos habla el Evangelio: por el banquete al que se convocó podemos entender la mesa del Santo Grial donde comerán los buenos hombres, los verdaderos caballeros, aquellos a quienes Nuestro Señor encontrará vestidos con las ropas de boda, que significan los buenos favores y las buenas virtudes que Dios presta a los que le sirven; pero a aquellos a quienes encuentre desprovistos y desnudos, sin la verdadera confesión y sin las buenas obras, no los querrá recibir, sino que los hará expulsar de la compañía de los demás, de tal forma que recibirán tanta afrenta y vergüenza como honor recibirán los otros.

Entonces dejó de hablar y miró a Lanzarote, que estaba llorando con tanta amargura como si ante sí hubiera visto muerta a la cosa del mundo que más amase, como aquel que está tan doloroso que no sabe qué le sucederá. Después de mirarle un buen rato, le pregunta si se había confesado después de haber iniciado la Búsqueda. Él responde en voz baja, dice que sí y le cuenta todo: las tres frases que le habían sido explicadas y el sentido de las tres cosas. Cuando el anciano oyó lo que le decía, le contestó:

–Lanzarote, por la cristiandad que tienes y por la Orden de Caballería que recibiste hace mucho tiempo, te pido que me digas qué vida te agrada más, la que tuviste en otro tiempo o la vida en la que has entrado recientemente.

–Señor, os digo por mi Creador que esta nueva vida me alegra cien veces más que la otra y en el tiempo que viva no deseo salirme jamás de ella, suceda lo que suceda.

–No desmayes, pues –dice el religioso–. Nuestro Señor ve que tú le pides perdón de todo corazón y te enviará tanta gracia que le serás templo y casa donde se albergará dentro de ti.

Pasaron el día hablando de estos asuntos y cuando llegó la noche comieron pan y bebieron cerveza que encontraron en la

ermita. Después se fueron a acostar ante el cadáver y durmieron poco rato, pues pensaban bastante más en las cosas celestiales que en las terrenas. Por la mañana, cuando el anciano hubo quemado el cuerpo ante el altar, entró en la ermita y dijo que no se iría ya de allí en el resto de su vida, y que a partir de entonces serviría a su Señor Celestial durante toda su vida. Cuando vio que Lanzarote quería tomar las armas para marcharse, le dijo:

–Lanzarote, os ordeno en nombre de la Santa Penitencia que desde ahora en adelante vistáis el sayal de este santo cuerpo, y os digo que por ello os vendrán tantos bienes que nunca más pecaréis mortalmente durante el tiempo que lo tengáis ceñido y os dará mucha firmeza. Además, os ordeno que mientras estéis en la Búsqueda no comáis ni bebáis vino, y que vayáis todos los días a un monasterio a oír el Oficio de Nuestro Señor, si estáis en lugar en el que lo podáis hacer.

Lanzarote recibió estas órdenes como penitencia y se despoja ante el buen hombre, recibiendo la disciplina de buena voluntad; después toma el sayal, que era muy áspero y basto, y se lo pone sobre la espalda; a continuación se pone la camisa por encima y cuando ya estuvo arreglado toma las armas y monta, pidiendo licencia al buen ermitaño. Aquél se la da con gusto, pero le ruega mucho que haga el bien y que no deje de ninguna manera de confesarse cada semana porque si no el Enemigo no tendría reparo en hacerle daño. Le contesta que así lo hará y se separa de él. Durante todo el día estuvo cabalgando por medio del bosque hasta la hora de víspera sin encontrar ninguna aventura que merezca ser contada.

Después de vísperas encontró una doncella que cabalgaba en un palafrén blanco y con gran prisa. Cuando vio a Lanzarote, le saludó y le dijo:

–Señor caballero, ¿a dónde vais?

–Ciertamente, doncella –dice él–, no lo sé, allí donde me lleve la ventura, pues no sé bien en qué parte puedo encontrar al que voy buscando.

–Bien –le dice ella–; en otro tiempo vos estuvisteis más cerca de lo que ahora estáis de lo que vais buscando, y ahora estáis más cerca que nunca, si os mantenéis en el lugar en el

que habéis entrado.

–Doncella –dice–, esas dos cosas que me habéis dicho me parecen contrarias.

–No creáis –le contesta–, ya lo veréis de manera más clara de lo que ahora lo veis, pues no os he dicho nada que no podáis entender bien.

Después de decir esto, se quiso ir; él le pregunta dónde podrá albergarse esa noche.

–No encontraréis albergue para hoy, pero mañana encontraréis el que necesitáis y entonces hallaréis socorro para vuestras dudas.

Él la deja con Dios y ella a él; se separan ambos y Lanzarote cabalga todo el tiempo por medio del bosque. Le cae la noche al llegar a una bifurcación en la que había una cruz de madera. Al ver la cruz se alegra mucho de haberla encontrado y decide alojarse allí aquella noche. Se inclina y desciende; le quita a su caballo el freno y la silla y lo deja pastar; él se retira el escudo del cuello, se suelta el yelmo y se lo quita de la cabeza; se arrodilla ante la cruz y dice sus ruegos y oraciones, pidiendo a Aquel que fue crucificado, en cuyo honor fue puesta esta cruz aquí, que le guarde para que no caiga en pecado mortal, pues no teme nada tanto como el recaer.

Después de hacer esta oración y de haber rogado a Nuestro Señor durante un buen rato, se acoda sobre una piedra que estaba ante la cruz. Tenía ganas de dormir, pues estaba muy cansado del ayuno y del velar y por eso se durmió nada más acodarse sobre el escalón. Cuando estuvo dormido, le pareció que ante él venía un hombre rodeado de estrellas y que en su compañía había siete reyes y dos caballeros y que llevaba una corona de oro en su cabeza. Al llegar ante Lanzarote se pararon y, adorando a la cruz, hacían allí sus oraciones; después de estar un buen rato de rodillas, se sentaron todos y tendiendo las manos hacia el cielo decían en voz alta: «Padre de los cielos, ven a visitarnos y danos a cada uno según lo que hemos merecido y admítenos en tu casa, en la casa en la que deseamos entrar.» Después de decir esto, se callaban todos; entonces Lanzarote miró hacia el cielo y vio abrirse las nubes; de ellas salía un hombre con gran compañía de ángeles y

bajando sobre ellos le daba a cada uno su bendición, los llamaba buenos y leales servidores y les decía: «Mi casa está dispuesta para todos vosotros, entrad en la alegría, pues nada os faltará.» Después se acercaba al mayor de todos los caballeros y le decía: «Vete de aquí, pues he perdido todo lo que había puesto en ti; tú no has sido hijo mío, sino hijastro; tú no has sido amigo, sino enemigo; te digo que te confundiré si tú no me devuelves mi tesoro.» Cuando oyó estas palabras se alejó de los otros doliente y pidiendo piedad, mientras que el hombre le decía: «Si quieres te amaré y si tú quieres, te odiaré.» Entonces aquél se apartaba de la compañía. El hombre que había bajado de los cielos se acercaba al caballero más joven de todos y, convirtiéndolo en león, le daba alas y le decía: «Buen hijo, ahora podéis ir por todo el mundo y volar por encima de toda la caballería.» Y comenzaba a volar, y sus alas se hacían tan grandes y maravillosas que todo el mundo quedaba cubierto con ellas. Después de haber volado tanto rato que todo el mundo lo tenía por maravilla, ascendía hacia las nubes y el cielo se abría para recibirlo y entraba dentro sin más tardanza.

Lanzarote tuvo aquella visión mientras dormía. Cuando vio que era de día, levantó su mano, se hizo el signo de la cruz en la frente y rezó a Nuestro Señor diciendo:

–Buen Padre Jesucristo, que eres el verdadero Salvador y el verdadero descanso para todos aquellos que de buen corazón te reclaman, Señor, te doy gracias y te agradezco que me hayas salvado y librado de las grandes vergüenzas y de los grandes enojos que debería haber sufrido de no ser por tu gran bondad. Señor, yo soy tu criatura a la que has mostrado tan gran amor que cuando mi alma estaba dispuesta a ir al infierno y a la perdición eterna, Tú, por tu piedad, la has salvado y la has llamado para que te conociera y temiera. Señor, por piedad, desde ahora nunca más me dejes salir del camino recto, sino que te pido que me guardes de tan cerca que, el Enemigo, si desea derrotarme, no consiga sacarme de tus manos.

Después de decir esto, se pone en pie y se acerca a su caballo, le coloca la silla y el freno, se ata el yelmo, toma el escudo y la lanza y después monta. Toma el camino, lo mismo

que había hecho el día anterior, y piensa en lo que había visto mientras dormía, pues no sabe a qué puede deberse y le gustaría saberlo si pudiera ser. Después de haber cabalgado hasta mediodía notó mucho calor. Entonces encontró en un valle al caballero que le había quitado sus armas unos días antes. Cuando lo vio venir, no lo saludó, sino que le dijo:

–Guárdate de mí, Lanzarote, pues eres muerto si no te puedes defender.

Y le atacó con la lanza enfilada, golpeándole con tal dureza que le atraviesa el escudo y la cota, pero no llega a tocarle en la carne. Lanzarote, que pone en ello toda su fuerza, le golpea con tal vigor que lo derriba a él y a su caballo, con tanto ímpetu que por poco no le rompe el cuello. Pasa de largo, vuelve atrás y ve al caballo, que ya se levantaba; entonces lo toma por el freno y lo lleva a un árbol; lo ata para que el caballero lo encuentre cerca cuando se levante. Después, vuelve a su camino y cabalga hasta la tarde. Ya estaba cansado y fatigado, pues no había comido durante todo el día, ni el día anterior y había cabalgado dos largas jornadas que le habían cansado y fatigado bastante.

Había cabalgado tanto que, al fin, llega ante una ermita situada en una montaña. Mira hacia allá y ve ante la puerta a un ermitaño sentado; era un hombre viejo y anciano. Se alegra mucho, le saluda y aquél le devuelve el saludo, afable y cortésmente:

–Señor –le pregunta Lanzarote–, ¿podríais darle albergue a un caballero andante?

–Buen señor –le responde el anciano–, si lo deseáis, os albergaré hoy lo mejor que pueda y os daré de comer de lo que Dios me ha dado.

Lanzarote contesta que no pide nada mejor. El ermitaño toma el caballo, lo lleva a una dependencia que había ante su casa y le quita él mismo la silla y el freno y le da hierba, de la que tenía en abundancia. Después, toma el escudo y la lanza de Lanzarote y los lleva a su casa. Lanzarote ya se había soltado el yelmo y abatido la ventana; se quita la cota de las espaldas y la lleva a la casa. Cuando ya está completamente desarmado, el ermitaño le pregunta si ha oído vísperas; él contesta que no ha

visto a nadie, ni hombre ni mujer, ni casa ni albergue, sino sólo a una persona que encontró al mediodía. Entonces entra el ermitaño en la capilla, llama a su clérigo y comienzan las vísperas del día y después las de la madre de Dios. Cuando hubo celebrado lo que correspondía al día, se salió de la capilla. Entonces le pregunta a Lanzarote que quién era. Aquél le cuenta su vida, sin esconderle nada de lo que le ha sucedido con el Santo Grial. Cuando el buen hombre oye estas noticias, siente gran compasión por Lanzarote, que había comenzado a llorar al contarle la aventura del Santo Grial. Le pide en nombre de Santa María y de la Santa Fe que le diga toda su confesión y todas las cosas. Lanzarote le contesta que lo hará con gusto, pues así lo desea; lo lleva de nuevo a la capilla y Lanzarote le cuenta toda su vida tal como la había contado ya otra vez y después le pide por Dios que lo absuelva.

Cuando el buen hombre oyó su vida y su confesión le reconforta mucho y le da firmeza, diciéndole tan buenas palabras que Lanzarote se siente mucho más a gusto que antes; entonces le dice:

–Señor, aconsejadme sobre lo que os voy a preguntar si lo sabéis.

–Decid –contesta el buen hombre–, pues no hay nada de lo que no os dé consejo, si puedo.

–Señor, anoche me sucedió, mientras dormía, que vino ante mí un hombre rodeado de estrellas y tenía en su compañía siete reyes y dos caballeros.

Le cuenta todo, palabra por palabra, tal como lo había visto. Cuando el hombre oyó esto, le contesta:

–¡Ay, Lanzarote! Ahí pudiste ver la altura de tu linaje y de qué gente desciendes; sabed que tiene un sentido muy hondo que muchas gentes desconocen. Escucha si quieres, y te contaré el origen de tu familia, pero lo tomaré de muy lejos, pues así conviene hacerlo.

»Cuarenta y dos años después de la Pasión de Jesucristo, José de Arimatea, el buen hombre, el verdadero caballero, salió de Jerusalén por orden de Nuestro Señor, para predicar y anunciar la verdad de la Nueva Ley y las enseñanzas del Evangelio. Cuando llegó a la ciudad de Sarraz, encontró a un

rey pagano que se llamaba Ewalach, que estaba en guerra con un vecino suyo rico y poderoso. Al ser recibido por el rey, le aconsejó de tal forma que obtuvo la victoria sobre su enemigo, venciéndole en el campo gracias a la ayuda que le envió. Al volver a la ciudad, recibió el bautismo por la mano de Josofes, el hijo de José. Tenía un cuñado que se llamaba Serofe cuando era pagano, pero cuando recibió la Ley tomó el nombre de Nascián; cuando el caballero se hizo cristiano y abrazó la Ley, creyó tanto en Dios y amó tanto al Creador, que fue como un pilar y un cimiento de la fe y era evidente que fue un hombre bueno y leal, porque Nuestro Señor le dejó ver los grandes secretos y las grandes maravillas del Santo Grial, que en aquel tiempo casi ningún caballero había visto, a excepción de José, pues no hubo nadie que lo volviera a ver, a no ser soñando.

»En aquel tiempo le pareció al rey Ewalach que de un sobrino suyo, hijo de Nascián, le salía un gran lago del vientre; de aquel lago manaban nueve ríos, de los cuales ocho eran muy grandes y profundos, pero el noveno era mucho mayor y profundo que todos los demás y era tan rápido y ruidoso que no había nada que lo pudiera contener. Aquel río era turbio y espeso como el barro al comienzo, a mitad del camino era claro y limpio y al final era de otra forma, pues era doscientas veces más hermoso y más claro que al principio y tan dulce de beber que nadie se quedaba saciado. Así era el último de los nueve ríos. Después miró el rey Ewalach y vio venir a un hombre de la parte del cielo, que traía el testimonio y la semejanza de Nuestro Señor y cuando llegó al lago se lavó dentro las manos y los pies y lo mismo hizo en cada río, pero al llegar al noveno se lavó las manos, los pies y todo el cuerpo.

»El rey Mordraín tuvo esta visión mientras dormía. Ahora te explicaré el sentido y qué significa el sobrino del rey Mordraín del que salía el lago: era Celidón, el hijo de Nascián, a quien envió Nuestro Señor a esta tierra para confundir y derrotar a los paganos. Fue ciertamente un siervo de Jesucristo y un verdadero caballero de Dios, sabía del curso de las estrellas, de los planetas y de las formas del firmamento tanto o más que los filósofos y porque era tan gran maestro en ciencias y en ingenios avanzó hacia ti rodeado de estrellas. Fue el primer rey

cristiano que poseyó el reino de Escocia y fue verdaderamente lago en ciencias y en ingenios y en él se podían beber todos los puntos y todas las fuerzas de la Divinidad. De aquel lago salieron nueve ríos, que fueron las nueve personas que han descendido de él: no es que todos fueran hijos suyos, sino que unos eran descendientes de los otros por línea directa. De estos nueve, siete son reyes y dos caballeros: el primer rey que salió de Celidón se llamaba Narpus y fue un buen hombre que amó mucho a la Santa Iglesia, y otro se llamó Nascián en recuerdo de su abuelo, en él se albergó Nuestro Señor de manera tan maravillosa que no se conocía en su tiempo a nadie que fuera mejor hombre que él; el tercer rey se llamaba Elián el Grande, que había preferido morir a hacer nada en contra de su Creador; el cuarto se llamaba Isaías, buen hombre y leal, que fue dotado por Nuestro Señor sobre todas las cosas, y nunca a sabiendas enfadó a su Señor Celestial; el quinto se llamaba Jonaán, buen caballero y leal, más atrevido que ninguno, no hizo nada deseándolo, que pudiera enfadar a Nuestro Señor; se marchó de este país y se fue a la Galia, donde se casó con la hija de Maronex, de la que recibió el reino. De éste nació el rey Lanzarote, tu antepasado, que dejó la Galia y volvió a este país, donde se casó con la hija del rey de Irlanda. Fue tan buen hombre como oíste al encontrar en la fuente el cuerpo de tu antepasado, que era guardado por dos leones. De aquél salió el rey Ban, tu padre, que fue mejor hombre y de vida más santa de lo que muchas gentes creían y creían que murió por dolor de su tierra, pero no fue así, sino que todos los días de su vida pidió a Nuestro Señor que le dejara irse de este siglo cuando lo rogara y Nuestro Señor mostró de forma clara que había oído su ruego, pues tan pronto como pidió la muerte de su cuerpo, la obtuvo y encontró la vida del alma.

»Estas siete personas que te he nombrado, que son el principio de tu linaje, son los siete reyes que aparecieron en tu sueño y que fueron ante ti. Eran los siete ríos que salían del lago que vio el rey Mordraín mientras dormía: en los siete se lavó Nuestro Señor las manos y los pies. Ahora conviene que yo te diga quiénes son los dos caballeros que estaban en su compañía: uno de ellos, el que estaba a continuación, es decir,

el que era descendiente de ellos, eres tú, pues tú perteneces al linaje del rey Ban, que era el último de los siete reyes. Cuando estaban todos juntos ante ti decían: "Padre de los cielos, ven a visitarnos y danos a cada uno según lo que haya merecido y admítenos en tu casa." Y cuando decían "Padre, ven a visitarnos", te acogían en su compañía y rogaban a Nuestro Señor que viniera a buscarlos y a buscarte porque eran tu comienzo y tu raíz. Cuando decían "Dale a cada uno según lo que haya merecido", debes entender que no había nada en ellos más que justicia, pues por amor que tuvieran en ti no querrían pedir a Nuestro Señor sino lo que debían, que es el dar a cada uno su derecho. Después de decir esto, soñaste que del cielo venía un hombre con gran compañía de ángeles y descendía hacia ellos dándoles a cada uno su bendición, y así como sucedió en la visión, hace poco que ha sucedido en la realidad, pues no hay ninguno de ellos que no esté en compañía de los ángeles.

»Después de hablar al mayor de los dos caballeros, y de decirle las palabras de las que también te acuerdas, y que debes considerar como si te hubieran sido dichas a ti y para ti, pues tú estabas representado en aquel a quien le fueron dichas, se acercó al joven caballero –descendiente tuyo, pues tú lo engendraste en la hija del rey Pescador– y lo convirtió en figura de león, es decir, que le puso en una forma que no es de hombre terreno, de manera que no se parecía a nadie ni en fiereza, ni en fuerza, y le dio alas para que ninguno fuera tan rápido ni tan veloz como él era y que nadie pudiera llegar tan alto ni en valor, ni en ninguna otra cosa, y le decía: "Buen hijo, ahora puedes ir por el mundo y volar sobre toda la caballería terrenal", y aquél comenzaba inmediatamente a volar haciéndose sus alas tan grandes y maravillosas que todo el mundo quedaba cubierto por ellas. Todo lo que tú viste ya le ha sucedido a Galaz, el caballero que es hijo tuyo, pues es de tan alta vida que es digno de admiración y no hay nadie con su "caballería" ni que se le pueda parecer, ni siquiera tú, ni ninguno de los demás, y ya que es tan alto que nadie le puede igualar, debemos decir que Nuestro Señor le ha dado alas para volar por encima de los demás y por él debemos entender

nosotros el noveno río que el rey Mordraín vio en su sueño, que era más rápido y profundo que todos los otros juntos. Ya te he dicho quiénes son los siete reyes que viste en tu sueño y quién el caballero que fue apartado de su compañía y que fue el último al que Nuestro Señor le dio tanta gracia que le hacía volar por encima de todos los demás.

–Señor –dice Lanzarote–, lo que me decís de que el buen caballero es mi hijo me causa gran admiración.

–No debes admirarte por ello –le responde el buen hombre–, ni maravillarte, pues sabes bien que conociste carnalmente a la hija del rey Pelés y allí engendraste a Galaz, te lo han dicho muchas veces. Y Galaz, a quien tú engendraste en aquella doncella, es el caballero que se sentó el día de Pentecostés en el Asiento Peligroso y es el caballero al que buscas: te lo digo y te lo hago saber porque no querría que te enfrentaras a él en batalla, pues tú le podrías hacer pecar mortalmente por ti y afrentar su cuerpo: si lucharas con él en batalla, debes saber que serías vencido inmediatamente, pues nadie consiguió vencerle.

–Señor –dice Lanzarote–, me agrada mucho lo que me habéis dicho, pues me parece que si Nuestro Señor ha permitido que tal fruto saliera de mí, aquel que es tan noble caballero no permitirá que su padre, quienquiera que sea, vaya a la perdición, sino que rogará a Nuestro Señor noche y día para que, por su dulce piedad, me saque de la mala vida en la que tanto tiempo he vivido.

–Te diré cómo es –contesta el anciano–. En los pecados mortales el padre lleva su carga y el hijo la suya; el hijo no responderá de las inquietudes del padre ni el padre por las del hijo, pero cada uno, según haya servido, recibirá su premio y por eso tú no debes tener esperanzas en tu hijo, sino solamente en Dios, pues si le pides ayuda, Él te ayudará y te socorrerá en todas las necesidades.

–Ya que es así –dice Lanzarote–, que nadie sino Jesucristo me puede valer y ayudar, le ruego que me ayude y auxilie y que no me deje caer en las manos del Enemigo y que yo le pueda devolver el tesoro que me pide, que es mi alma, el día espantoso en que les dirá a los malos: «¡Marchaos de aquí,

maldita gente! ¡Id al fuego eterno!», y dirá a los buenos las dulces palabras: «Venid, benditos de mi Padre, hijos benditos, entrad en la alegría que ya no os faltará.»

Mucho rato hablaron el buen ermitaño y Lanzarote. Cuando fue hora de comer, salieron de la capilla y se sentaron en la casa, comieron pan y bebieron cerveza. Después el buen hombre hizo que Lanzarote se acostara sobre la hierba, pues no había preparado otra cama. Se durmió bastante bien, porque estaba cansado y fatigado y no se preocupaba tanto por la gran comodidad del mundo como solía, pues si se hubiera preocupado no habría dormido, porque la tierra estaba demasiado dura y el sayal, que era áspero y basto, rozaba su carne, pero ya estaba tan acostumbrado a este sacrificio y a esta dureza que nada le agradaba y le apetecía tanto, por eso no le molesta nada.

Aquella noche Lanzarote durmió y descansó en casa del viejo ermitaño y cuando apareció el día, se levantó y fue a oír el servicio de Nuestro Señor. Después de que lo hubo cantado el buen hombre, tomó Lanzarote sus armas y montó en el caballo, encomendando a su huésped a Dios. El venerable anciano le rogó mucho que se mantuviera en lo que había comenzado; él dijo que así lo haría si Dios le daba fuerzas. Se separó de allí y cabalgó por medio del bosque todo el día, de forma que no seguía camino ni sendero, pues iba pensando en su vida y en su condición y se arrepentía de los grandes pecados que había cometido, por los que había sido expulsado de la alta compañía que había visto mientras dormía. Sentía tal dolor por esto, que temía mucho caer en la desesperación; pero como había puesto todo su entendimiento en Jesucristo, piensa que podrá llegar todavía al lugar del que ha sido expulsado y acompañar a aquellos de los que ha sido alejado.

Después de cabalgar hasta la hora de mediodía llegó a una gran llanura que había en el bosque. Ante sí vio un castillo fuerte y bien situado, rodeado de muros y de fosos; delante del castillo había un prado en el que había pabellones de tela de seda, de diversos colores, que llegaban hasta cien, y ante los pabellones había más de quinientos caballeros que montados sobre grandes caballos habían comenzado un extraordinario

torneo: unos iban cubiertos con armas blancas y los otros con armas negras y no había entre ellos ninguna otra clase de armas. Los que tenían las armaduras blancas estaban de espaldas al bosque y los otros de espaldas al castillo. Habían comenzado ya el torneo y habían caído tantos caballeros que era maravilla. Mira el torneo durante un gran rato, hasta que le parece que los que están de espaldas al castillo llevan la peor parte y que van a perder la plaza a pesar de ser mucho más numerosos que los demás. Al verlo se vuelve hacia ellos, como si quisiera ayudarles con su fuerza; baja la lanza y deja correr al caballo, golpeando al primero con tanta dureza que lo lleva a tierra a él y a su caballo; pasa de largo, hiere a otro y rompe la lanza, pero a pesar de todo lo derriba a tierra; coge la espada y comienza a dar grandes golpes, arriba y abajo, por medio del torneo como el que es de gran valor. Hizo tantas proezas en poco momento que todos los que lo veían le daban el premio y la recompensa del torneo; no obstante, no pudo conseguir superar a los que estaban contra él; eran tan fuertes y resistentes que le causaban admiración: les golpea y es como si lo hiciera sobre un trozo de madera, porque aquéllos no hacen semblante de sentir los golpes que les da, ni retroceden en ningún momento, sino que cada vez van ganando terreno y lo cansan tanto, en tan poco rato, que no puede ya sostener la espada. Está tan fatigado y agotado que cree no poder soportar más las armas; entonces aquéllos lo cogen a la fuerza y lo llevan al bosque, metiéndolo dentro; todos los compañeros estaban ya vencidos, pues les falta su ayuda. Los que llevan a Lanzarote le dicen:

–Lanzarote, hemos hecho tanto que vos sois nuestro y estáis en nuestra prisión; si queréis salir de ella, tenéis que hacer nuestra voluntad.

Él se lo promete y se va, dejándolos en el bosque. Se aleja por un sendero distinto del que había llevado la otra vez.

Después de alejarse mucho de los que lo habían apresado, piensa que está en una situación a la que nunca había llegado, pues jamás estuvo en un torneo en el que no venciera y en el que lo hicieran prisionero. Al meditar sobre esto, empieza a hacer un gran duelo y dice que ahora se da cuenta de que es

más pecador que ningún otro, pues sus pecados y su mala fortuna le han quitado la vista de los ojos y la fuerza del cuerpo; la vista de los ojos está bien claro: no pudo ver el Santo Grial, y la fuerza del cuerpo también la ha perdido, pues nunca estuvo entre tanta gente como en este torneo ni se había cansado y fatigado tanto, sino que hacía huir a todos del lugar, quisieran o no. Doliente y entristecido con este pensamiento, cabalga hasta que la noche le sorprendió en un valle grande y profundo. Cuando vio que no podría llegar a la montaña, descabalga bajo un gran álamo; quita la silla y el freno a su caballo y él se alivia del yelmo y de la loriga y abre la ventana. Después se acuesta sobre la hierba y se duerme muy pronto, pues durante el día se había cansado y fatigado más que nunca.

Después de dormirse, le pareció que del cielo se le acercaba un hombre que le parecía muy bueno y que iba hacia él triste, diciendo:

–¡Ay, hombre de mala fe y de pobre creencia!, ¿por qué se ha vuelto tu voluntad tan pronto hacia tu Enemigo mortal? Si no te guardas, te hará caer en la profundidad de la que luego no se vuelve.

Después de decir esto se desvaneció, de tal forma que Lanzarote no supo qué había pasado con él. Se quedó muy a disgusto con estas palabras, pero no se despertó, sino que durmió hasta la mañana siguiente cuando el día amaneció claro. Entonces se levanta, hace el signo de la cruz en su frente y se encomienda a Nuestro Señor; mira a su alrededor, pero no ve su caballo y lo busca hasta encontrarlo; le pone la silla y monta tan pronto como está preparado.

Cuando iba a marcharse vio, a la derecha del camino, cerca de él, a un tiro de arco, una capilla en la que había una eremita, considerada como una de las mejores damas del país. Al ver esto, se dijo que realmente era un infiel y que sus pecados le habían ocultado todos los bienes, pues él había llegado allí, donde estaba ahora, ayer por la tarde, a tal hora que bien pudo haberse acercado hasta la capilla en lo que quedaba de día y haber pedido consejo sobre su ser y su vida. Se dirige hacia aquella parte y descabalga a la entrada, atando

su caballo a un árbol; se quita el escudo, el yelmo y la espada y lo pone todo junto a la puerta. Dentro, ve sobre el altar los preparativos de la Santa Iglesia dispuestos para ser vestidos y ante el altar había un capellán de rodillas, diciendo sus oraciones. No tardó mucho en tomar las armas de Nuestro Señor, en vestirse y en comenzar la misa de la gloriosa Madre de Dios. Después de cantarla, se desvistió. La monja, que disponía de una pequeña abertura por la que veía el altar, llamó a Lanzarote, porque le parecía caballero andante que necesitaba consejo. Él se acercó; ella le preguntó quién era y de dónde, y qué es lo que buscaba. Él le respondió a todo, palabra por palabra, tal como le había sido preguntado. Después de contarle todo y también la aventura del torneo en el que estuvo ayer y de cómo los de las blancas armas le tomaron prisionero y las palabras que le habían dicho después, le contó la visión que había tenido mientras dormía. Cuando ya le había contado todo, le ruega que le aconseje con su poder y ella le responde al momento:

–Lanzarote, Lanzarote, mientras fuisteis caballero de caballerías terrenas fuisteis el hombre más maravilloso del mundo y el más venturoso, pero al meteros en la caballería celestial os llegan aventuras maravillosas y vos no os maravilláis en absoluto. No obstante, os explicaré el significado del torneo que visteis, pues sin duda cuanto visteis tuvo su sentido en Jesucristo; aunque aquel torneo era de caballeros terrenales, en él había, a pesar de todo, un profundo significado que ellos mismos no entendían. Pero antes os diré por qué fue emprendido el torneo y quiénes eran los caballeros. El torneo fue emprendido por ver quién tendría más caballeros, si Eliecer, el hijo del rey Pelés, o Argustes, el hijo del rey Erlén; para que pudieran distinguirse los unos de los otros, hizo Eliecer que los suyos se cubrieran con vestiduras blancas. Al enfrentarse, fueron vencidos los negros aunque vos les ayudarais, y habrían sido vencidos aunque hubieran tenido más gente además de vos.

»Ahora os explicaré el sentido de esto. Anteayer, el día de Pentecostés, iniciaron los caballeros terrenos y los celestiales un torneo, todos juntos, es decir, que comenzaron juntos la

Búsqueda los caballeros que están en pecado mortal, o sea, los terrenos, y los celestiales, que son los verdaderos caballeros, los buenos hombres que no estaban ensuciados por el pecado. Comenzaron la Búsqueda del Santo Grial, que fue el torneo que emprendieron. Los caballeros terrenos, que tenían la tierra en los ojos y en el corazón, tomaron ropas negras, pues estaban cubiertos por pecado negro y horrible; los otros, que eran celestiales, tomaron ropas blancas, que son de virginidad y de castidad, y en lo que no hay ni mancha ni impureza. Al empezar el torneo, es decir, cuando la Búsqueda fue comenzada, tú miraste a los pecadores y a los buenos y te pareció que los pecadores iban a ser vencidos. Te pusiste de parte de los pecadores, es decir, que estabas en pecado mortal y te volviste hacia ellos, con los que te mezclaste, luchando contra los buenos hombres y bien luchaste contra ellos al enfrentarte con Galaz, tu hijo, el día que él te derribó del caballo, y con Perceval. Después de haber permanecido un gran rato en el torneo, estabas tan cansado que no pudiste ayudar más, los buenos te hicieron prisionero y te llevaron al bosque. Cuando emprendiste anteayer la Búsqueda, y se te mostró el Santo Grial, te encontraste tan vil y tan sucio de pecados que pensabas que no podrías llevar las armas, es decir, que cuando te viste tan vil y tan sucio pensabas que Nuestro Señor no haría de ti su caballero y su sirviente; pero entonces te apresaron los buenos, los ermitaños, los religiosos, que te pusieron en el camino de Nuestro Señor, que está lleno de vida y de verdor tal como estaba el bosque; te aconsejaron lo que te era provechoso para el alma y, cuando te separaste de ellos, no volviste al camino que habías seguido antes, es decir, que no volviste a pecar mortalmente como habías hecho antes y, sin embargo, tan pronto como te acordaste de la vanagloria de este mundo y de los grandes orgullos que solías tener, comenzaste a hacer duelo porque no habías vencido y por eso Nuestro Señor debió de entristecerse contigo y bien te lo mostró mientras dormías, cuando vino a decirte que eras de mala fe, de pobre creencia y te advirtió que el Enemigo intentaría hacerte caer en el pozo más hondo, que es el infierno, si no tenías cuidado. Ya te he contado el sentido del

torneo y de tu sueño para que no te separes del camino de la verdad por vanagloria ni por ningún motivo, y porque has errado tanto hacia tu Creador, debes saber que si haces algo que no debes contra Él, te dejará caer en el pecado e irás a la pena eterna que es el infierno.

Cuando la dama se calló, Lanzarote dijo:

–Señora, me habéis dicho tantas cosas vos y el santo hombre al que le he hablado que si caigo en pecado mortal se me debería acusar más que a ningún otro pecador.

–Dios os otorgue –le contesta ella–, por su piedad, que no volváis a recaer. Lanzarote –continúa–, este bosque es muy grande y extenso; por él puede ir fácilmente un caballero durante un día sin encontrar ni casa ni albergue, por eso quiero que me digáis si habéis comido, pues si no lo habéis hecho os daré de lo que Dios nos ha prestado.

Él contestó que no había comido ni hoy ni ayer y ella hizo traer pan y agua. Él entra en la casa del capellán y toma la caridad que Dios le envía. Después de comer se marcha de allí y encomienda la dama a Dios y luego cabalga durante todo el día hasta el atardecer.

Por la noche durmió en una roca alta y maravillosa sin otra compañía que la de Dios. Gran parte de la noche la pasó entre ruegos y oraciones y durmió un buen rato. Por la mañana, cuando vio aparecer el día, hizo el signo de la cruz en su frente y se puso de codos y de rodillas mirando hacia oriente y comenzó la oración tal como la había hecho el día anterior; después, se acercó a su caballo, lo ensilló, le puso freno y montó. Luego, volvió al camino; tal como había hecho otras veces, cabalgó hasta llegar a un valle profundo, de hermosísima vista y que estaba entre dos grandes montes dignos de admirar. Cuando llegó al valle, comenzó a pensar con amargura; mira ante sí y ve el río, que se llama Marcoise, y que dividía al bosque en dos partes; al verlo, no sabe qué hacer, pues va a tener que atravesar por medio del río, que es profundo y peligroso, y es ésta una cosa que le retiene mucho; sin embargo, pone su esperanza y su fe en Dios: espera que le quite todo el miedo y cree que pasará bien con su ayuda.

Mientras estaba con estos pensamientos, le sucedió algo

admirable: vio salir del río a un caballero armado con armas más negras que una mora, que cabalgaba sobre un gran caballo negro. Al ver a Lanzarote, se dirigió contra él con la lanza y, sin decirle nada, le dio un golpe tan fuerte al caballo que se lo mató, pero no llegó a tocarle a él. Después, se alejó tan deprisa que Lanzarote no pudo verlo. Al momento, tras comprobar que su caballo estaba muerto, se levanta, aunque siente lo ocurrido, pues así lo ha deseado Nuestro Señor. No mira más, sino que continúa su camino armado tal como estaba y, cuando llega junto al río y no sabe cómo pasarlo, se detiene y se quita el yelmo, el escudo, la espada y la lanza y se acuesta sobre una roca, diciéndose que esperará allí hasta que Nuestro Señor le envíe socorro.

Así, Lanzarote se encuentra rodeado por tres partes: por una está el río; por otra, las rocas, y por la otra, el bosque. No sabe a dónde mirar para encontrar la salvación terrena, pues si sube por las rocas y tiene ganas de comer, no encontrará quien le sacie el hambre, a no ser que Nuestro Señor le ayude. Si entra en el bosque, es el más impracticable que conoce y podrá permanecer en él mucho tiempo sin hallar quien le preste auxilio; y si entra en el río, no sabe cómo saldrá sin peligro, pues es muy negro y profundo y no podría hacer pie. Estas tres cosas le hacen permanecer en la orilla, rogando y suplicando a Nuestro Señor que, por su piedad, venga a reconfortarle, a visitarle y a darle consejo mediante el cual no pueda caer en la tentación del Enemigo, a pesar de los engaños del diablo, y que le evite ser llevado a la desesperación.

Aquí deja la historia de hablar de él y vuelve a Galván.

VIII

Cuenta la historia que, cuando Galván se separó de sus compañeros, cabalgó muchas jornadas lejos y cerca sin encontrar aventuras que merezcan ser contadas y lo mismo les ocurrió a los otros compañeros, que no hallaron tantas aventuras como solían y por esto les aburrió más la Búsqueda. Galván cabalgó, desde Pentecostés hasta el día de la Magdalena, sin encontrar una sola aventura que sea digna de

contar y estaba admirado, pues pensaba que en la Búsqueda del Santo Grial hallaría aventuras fuertes y admirables mucho antes que en otro lugar. Un día se encontró con Héctor de Mares, que cabalgaba completamente solo; se reconocieron nada más verse y se mostraron una gran alegría. Le preguntó Galván a Héctor por su estado y él le dijo que estaba sano y salvo, y que no había encontrado aventuras en ningún lugar de los que visitó.

–Por mi fe –dijo Galván–, de eso quería quejarme a vos, pues así me ayude Dios, desde que me alejé de Camaloc no encontré ninguna aventura y no sé cómo ha sido esto, porque no pudo deberse a ir por tierras extrañas, países lejanos o por cabalgar de día y de noche. Os aseguro lealmente, como a mi compañero, que yendo solo sin otra necesidad, he matado a más de diez caballeros, el peor de los cuales valía bastante, pero, sin embargo, no encontré ninguna aventura.

Héctor comienza a persignarse por la maravilla que hay.

–Decidme ahora –le pregunta Galván– si os encontrasteis desde entonces a alguno de nuestros compañeros.

–Sí –responde Héctor–, desde hace quince días he encontrado más de veinte. Iban todos solos y no hubo ninguno que se me quejara de no haber encontrado aventuras.

–Por mi fe –exclamó Galván–, eso es maravilloso, y ¿habéis oído hablar de Lanzarote?

–Ciertamente –le responde–, no; no encontré a nadie que me diera nuevas suyas, como si se hubiera hundido en un abismo, y por eso estoy muy a disgusto por él y temo que esté en alguna prisión.

–Y ¿habéis oído hablar de Galaz, de Perceval y de Boores?

–En verdad, no. Esos cuatro están tan perdidos que no se sabe ni la dirección, ni el camino que tomaron.

–Que Dios los guíe en el lugar en que estén, pues ciertamente, si las aventuras del Santo Grial nos faltan, los otros no las tendrán tampoco y pienso que regresarán, pues son los mejores hombres de la Búsqueda.

Después de haber hablado un buen rato juntos, dijo Héctor:

–Señor, mucho tiempo habéis cabalgado solo y yo también sin encontrar nada; cabalguemos ahora juntos, a ver si tenemos

más suerte que yendo solos y hallamos alguna aventura.

–A fe mía –responde Galván–, decís bien, y os lo otorgo; vayamos juntos y que Dios nos conduzca a un lugar en el que podamos encontrar algo de lo que vamos buscando.

–Señor –dice Héctor–, en la parte de la que vengo no encontraremos nada, ni de la que vos venís.

Galván contesta que bien puede ser.

–Entonces –dice Héctor–, creo que deberíamos tomar otro camino distinto del que hemos traído.

Le responde que bien lo quiere. Héctor toma un sendero que iba a través de la llanura donde se habían encontrado y dejan el gran camino.

Cabalgaron así ocho días sin hallar ninguna aventura. Esto les cansa mucho; un día llegaron a un bosque grande y extraño en el que no encontraron a ningún hombre ni mujer; por la tarde vieron entre dos rocas, en una montaña, una capilla vieja y antigua, que estaba tan destruida que parecía deshabitada. Cuando llegaron allí, descabalgaron y se quitaron los escudos; dejaron las lanzas fuera de la capilla, junto a la pared; después alivian a sus caballos de los frenos y las sillas y los dejan pastar por la montaña; se desciñen las espadas y las dejan a un lado, pues quieren acercarse al altar a hacer las oraciones y ruegos, como deben hacer los buenos cristianos. Después de rezar, van a sentarse sobre un poyo que había en la cancela y se hablan de muchas cosas, pero no piensan en comer, porque sabían bien que en este punto se desesperarían por poca cosa; dentro había mucha oscuridad pues no había lámparas ni cirios que ardiesen; después de velar un poco, se durmieron el uno junto al otro.

Cuando ya estaban dormidos, le vino a cada uno una visión admirable que no hay que olvidar, sino que debe recordar la historia, pues tiene una gran motivación. Galván vio mientras dormía, al menos eso le pareció, que estaba en un prado lleno de hierba verde y de flores, de las que había una gran cantidad; en este prado había una cerca en la que comían ciento cincuenta toros; los toros eran orgullosos y completamente moteados, excepto tres; de estos tres, uno no era ni manchado ni sin manchas sino que tenía rastro de

manchas; los otros eran tan blancos y tan hermosos que no podían serlo más; los tres toros estaban uncidos por el cuello mediante un yugo fuerte y resistente; y todos decían: «Vamos a buscar mejor pasto que éste», y entonces salían y se iban por medio de la landa, que no por medio del prado, y se quedaban por allí mucho tiempo; cuando volvían, faltaban la mayoría de ellos, y los que volvían estaban tan delgados y tan cansados que apenas se podían tener en pie; de los tres que no tenían manchas, uno volvía y los otros dos se quedaban; cuando ya estaban de nuevo en la cerca se produjo entre ellos una gran pelea porque les faltaba la comida y tenían que irse cada uno por su lado.

Así le ocurrió a Galván, pero a Héctor le sucedió una visión completamente distinta, pues le parecía que él y Lanzarote descendían de un trono para cabalgar sobre dos grandes caballos y decían: «Vamos a buscar a aquel que no encontraremos.» Entonces se separaban y erraban muchas jornadas, hasta que Lanzarote caía de su caballo y lo derribaba un hombre que le quitaba todo y, cuando lo había despojado, le ponía una túnica que estaba llena de remiendos y lo montaba sobre un asno; una vez montado, cabalgaba mucho tiempo, hasta que llegaba a una fuente, la más hermosa que nunca se vio; cuando descendía para beber, la fuente desaparecía, de manera que no la conseguía ver. Al darse cuenta de que no podría beber, volvía por donde había venido. Héctor, que en ningún momento se había movido, erraba tan enfurecido de un lado a otro que llegaba a la casa de un hombre rico que estaba celebrando las nupcias con un gran banquete: llamaba a la puerta y decía: «Abrid, abrid.» El señor avanzaba y le decía: «Señor caballero, buscad otro alojamiento distinto que éste, pues aquí no entra nadie que vaya montado tan alto como vos vais.» Entonces se alejaba y, sintiéndolo mucho, volvía al trono que había dejado.

Héctor estuvo tan a disgusto por este sueño que se despertó de tristeza y comenzó a dar vueltas como quien no puede dormir. Galván, que tampoco dormía, y que se había despertado por su sueño, cuando lo oyó moverse así, le dijo:

–Señor, ¿dormís?

–Señor –le respondió–, no; acabo de despertarme por una visión admirable que he tenido mientras dormía.

–Por mi fe –dice Galván–, lo mismo os digo; he tenido una visión maravillosa que me ha despertado y os digo que no estaré a gusto antes de saber la verdad de ella.

–Lo mismo os digo –añade Héctor–: no volveré a estar a gusto hasta que sepa la verdad de Lanzarote, mi hermano.

Mientras así hablaban, vieron salir por la puerta de la capilla una mano, cubierta hasta el codo con un jamete bermejo; de aquella mano pendía un freno no demasiado rico, y en su puño tenía un gran cirio que ardía con mucha claridad. Pasó ante ellos, y entró en la cancela y a continuación desapareció, de tal forma que no supieron qué había ocurrido con ella. Entonces oyeron una voz que les dijo: «Caballeros llenos de pobre fe y mala creencia, estas tres cosas que acabáis de ver os faltan y por eso no podéis llegar a los hechos del Santo Grial.» Al oír estas palabras, se quedan espantados y, después de permanecer un gran rato en silencio, Galván tomó la palabra y dijo a Héctor:

–¿Habéis entendido estas palabras?

–Ciertamente, señor, no, aunque bien las he oído.

–En el nombre de Dios –dice Galván–, hemos visto esta noche tantas cosas durmiendo y velando que lo mejor que se me ocurre es que vayamos a buscar a algún ermitaño, algún buen hombre que nos explique el sentido de nuestros sueños y el sentido de lo que acabamos de oír; haremos lo que nos aconseje, pues de otra manera pienso que en vano gastaríamos nuestros pasos como hemos hecho hasta aquí.

Héctor dice que es un consejo muy acertado, y así permanecieron los dos compañeros toda la noche en la capilla sin lograr dormir desde que se despertaron, pues cada uno pensaba profundamente en lo que había visto en sueños.

Cuando llegó el día, fueron a ver dónde estaban sus caballos; los buscaron hasta encontrarlos; los ensillaron y les pusieron los frenos, después tomaron sus armas, montaron y cabalgaron a través de la montaña. Cuando llegaron al valle encontraron un criado que cabalgaba sobre un rocín y que iba solo; lo saludan y él les devuelve el saludo.

–Buen amigo –dice Galván–, ¿sabríais mostrarnos una ermita o una casa de religión por aquí cerca?

–Sí, señor –responde el criado.

Entonces les muestra un pequeño sendero a la derecha y les señala:

–Este sendero os llevará directo a la gran ermita que hay en una pequeña montaña, pero es tan escarpado que no pueden ir los caballos; por eso, os convendrá descabalgar e ir a pie. Cuando hayáis llegado allí, encontraréis a un ermitaño que es el mejor hombre y el de mejor vida que hay en el país.

–Te encomendamos a Dios –dijo Galván–, buen amigo, pues tus palabras nos han servido mucho.

El criado se va por un lado y ellos por el otro, y después de haber cabalgado un poco encuentran en el valle a un caballero armado con todas las armas que les grita, tan pronto como los ve a lo lejos:

–¡Justa!

–Por Dios –dice Galván–, desde que salí de Camaloc no encontré a nadie que me pidiera una justa, y ya que la pide, la tendrá.

–Señor –dice Héctor–, dejadme ir, si os place.

–No –le responde–, pero si me derriba, no me pesará que vayáis después de mí.

Entonces baja la lanza, embraza el escudo y deja correr al caballo. El otro viene todo lo deprisa que puede su animal; se encuentran con un golpe tan grande que atraviesan los escudos y rompen las lorigas, hiriéndose muy gravemente ambos, aunque uno más que el otro: Galván fue herido en el costado izquierdo, pero no fue demasiado grave; mientras que el caballero fue herido tan mortalmente que la lanza le apareció por la otra parte. Vuelan los dos de los arzones y, al caer, se rompe la lanza de tal forma que el caballero permanece atravesado, mortalmente herido, sin poder levantarse.

Cuando Galván lo ve caído en el suelo, se endereza inmediatamente; con rapidez toma la espada y se pone el escudo ante la cara, haciendo semblante de mostrar la mayor valentía que puede, pues era bastante valiente, pero cuando ve que el caballero no se levanta, piensa que lo ha herido de

muerte. Entonces le dice:

–Señor caballero, os conviene lidiar u os mataré.

–¡Ay!, señor caballero, ya estoy muerto, sabedlo en verdad; por eso os ruego que hagáis lo que os voy a pedir.

Él dice que, si lo puede hacer, lo hará con gusto.

–Señor –le suplica–, os ruego que me llevéis a una abadía que hay cerca de aquí y me hagáis justicia, tal como se debe hacer a un caballero.

–Señor –responde Galván–, no sé si cerca de aquí hay alguna casa de religión.

–¡Ay, señor! –le dice–. Montadme sobre vuestro caballo y os llevaré a una abadía que conozco, que no está demasiado lejos.

Entonces Galván le coloca ante sí, sobre el caballo, y ordena a Héctor que le lleve el escudo; lo abraza por los flancos para que no caiga y el caballero conduce al caballo directo a una abadía que estaba allí cerca, en un valle.

Cuando llegaron a la puerta, llamaron hasta que los de dentro los oyeron y fueron a abrir la puerta, recibiéndolos alegremente. Descabalgaron al caballero herido y lo acostaron con todo el cuidado que pudieron.

Tan pronto como estuvo acostado, pide que le lleven a su Salvador y así lo hacen. Cuando lo ve venir, comienza a llorar amargamente, tiende sus manos, se confiesa públicamente de todos los pecados de los que se siente culpable hacia su Creador y clama perdón llorando con amargura. Después de decir todo esto, se siente aliviado; el sacerdote le da a su Salvador y él lo recibe con gran devoción. Toma el *Corpus Domini* y pide a Galván que le saque la lanza del pecho; él le pregunta que quién es y de dónde.

–Señor –le responde–, soy de la casa del rey Arturo y compañero de la Mesa Redonda; me llamo Yvaín el Bastardo, hijo del rey Urián. Entré en la Búsqueda del Grial con mis otros compañeros, pero, por la voluntad de Nuestro Señor o por mis pecados, me habéis matado. Os lo perdono de buen corazón y que Dios también os lo perdone.

Cuando Galván oye estas palabras, le dice muy doloroso y entristecido:

–¡Ay, Dios, qué gran calamidad! ¡Ay, Yvaín, cuánto lo

siento!

–Señor –pregunta–, ¿vos quién sois?

–Soy Galván, el sobrino del rey Arturo.

–Entonces no me pesa, pues he sido matado por la mano de un perfecto caballero como vos sois. Por Dios, cuando lleguéis a la corte, saludad a todos nuestros compañeros que encontréis vivos, pues sé bien que morirán bastantes en esta Búsqueda, y decidles, por la hermandad que hay entre nosotros, que se acuerden de mí en sus ruegos y en sus oraciones y que pidan a Nuestro Señor que tenga piedad de mi alma.

Entonces Galván y Héctor empiezan a llorar; Galván le pone la mano sobre el hierro de la lanza que Yvaín tenía en el pecho y, cuando tira, todos se estremecen por el gran dolor que siente; a él se le separa el alma del cuerpo, de tal forma que murió entre los brazos de Héctor. Galván lo siente mucho y también Héctor, pues lo habían visto realizar unas hermosísimas proezas. Lo hicieron enterrar lo más ricamente que pueden, con una tela de seda que los frailes de allí le llevaron al saber que era hijo de rey, y le hicieron el servicio como se debe hacer a un muerto; luego lo enterraron ante el altar principal poniéndole encima una hermosa tumba en la que hicieron escribir su nombre y el nombre de quien lo había matado.

Entonces se van de allí Galván y Héctor, dolientes y entristecidos por esta desdicha que les ha sucedido, pues bien veían que se trataba de una calamidad. Cabalgan hasta llegar al pie de la alta ermita y cuando llegaron allí, ataron los caballos a sendas encinas; luego toman un estrecho sendero que subía y que era tan escarpado que se cansaron y agotaron mucho antes de llegar arriba. Cuando por fin llegaron a la cumbre, ven la ermita en la que vivía el religioso, que se llamaba Nascián; era una casa pobre con una pequeña capilla: se dirigen allí y ven en una cerca que hay junto a la capilla a un ermitaño viejo y anciano que recogía ortigas para su comida, pues no tomaba ningún otro alimento desde hacía mucho tiempo. Al verlos armados piensa que son dos caballeros andantes que han entrado en la Búsqueda del Santo Grial y cuyas noticias conocía hacía tiempo; deja de hacer lo

que estaba haciendo, se acerca a ellos y les saluda. Ellos se humillan ante él y le devuelven su saludo.

–Buenos señores –les dice–, ¿qué aventura os ha traído aquí?

–Señor –responde Galván–, el gran hambre y el gran deseo que teníamos de hablar con vos para ser aconsejados en lo que estábamos desaconsejados y para estar ciertos en lo que nosotros estamos equivocados.

Cuando oye hablar así a Galván, piensa que es muy sabio en las cosas terrenas y le dice:

–Señor, de lo que yo sepa no os podréis servir.

Entonces los lleva a su capilla y les pregunta quiénes son. Ellos dicen su nombre y se dan a conocer, hasta que él llega a saber bien quién es cada uno; luego, les pide que le digan en qué están desaconsejados, que les aconsejará si puede; Galván le dice:

–Señor, ayer nos sucedió, a mí y a este compañero mío que está aquí, que cabalgamos por medio de un bosque durante todo el día, sin encontrar a hombre ni a mujer, hasta que llegamos a una capilla que había en una montaña; descendimos allí, pues preferíamos dormir dentro que fuera y, cuando estuvimos aligerados de nuestras armas, entramos y nos quedamos dormidos el uno aquí y el otro allí. Al dormirme me vino un sueño digno de admiración...

Entonces se lo cuenta y, tras contarle todo, Héctor le describe el suyo; después le hablan de la mano que vieron mientras velaban y las palabras que les dijo la voz. Cuando ya le han contado todo, le ruegan por Dios que les diga el significado, pues sin un gran significado no les habría llegado durmiendo.

Cuando el anciano hubo oído todo esto y por qué motivo han acudido a él, responde a Galván:

–Buen señor, el prado que visteis tenía una cerca: por la cerca debemos entender la Mesa Redonda, pues lo mismo que la cerca tiene palos que dividen el espacio, igualmente la Mesa Redonda tiene columnas que separan unos asientos de los otros; por el prado debemos entender la humildad y la paciencia que están vivas siempre, con su fuerza, y ya que la

humildad no puede ser vencida y la paciencia tampoco, sobre ellas se fundó la Mesa Redonda, en la que la caballería ha sido tan fuerte desde entonces gracias a la dulzura y a la fraternidad que hay entre los compañeros, que no puede ser vencida, y por eso se dice que fue fundada sobre la humildad y la paciencia; en la cerca comían ciento cincuenta toros, y comían en ella, no estaban en el prado, pues si hubieran estado en el prado, sus corazones se hubieran amansado por la humildad y la paciencia; los toros eran bravos y todos moteados, excepto tres: por los toros debes entender los compañeros de la Mesa Redonda que por su lujuria y por su orgullo han caído en pecado mortal de manera tan dura que sus faltas no pueden permanecer ya en ellos y se desbordan por fuera de ellos, de tal forma que son distintos y están sucios, manchados y son malos, lo mismo que eran los toros; entre los toros había tres que no estaban manchados, es decir, que estaban sin pecado: dos eran completamente blancos y hermosos mientras que el tercero tenía alguna señal de mancha; los dos que eran completamente blancos y bellos son Galaz y Perceval, que son más blancos y hermosos que ningún otro: son verdaderamente hermosos, pues son perfectos en todas las virtudes, y son blancos, sin suciedad, sin mancha; a duras penas se encontraría a alguien que no tuviera alguna mancha; el tercero, que tenía marcas de manchas, es Boores, que en otro tiempo trató mal a su virginidad, pero después lo ha recompensado tan bien mediante su castidad que aquellos errores le han sido perdonados; los tres toros estaban atados por el cuello: son los tres caballeros, en los que la virginidad está tan profundamente arraigada, que no tienen poder para levantar las cabezas; es decir, que no tienen preocupación de que el orgullo pueda entrar en ellos. Los toros decían: «Vayamos a buscar mejor pasto que éste»; los caballeros de la Mesa Redonda dijeron el día de Pentecostés: «Vayamos a la Búsqueda del Santo Grial, así obtendremos todos los honores del mundo y el alimento celestial que el Espíritu Santo envía a aquellos que se sientan en la mesa del Santo Grial; allí está el buen pasto, dejemos éste; vayamos allí.» Y abandonaron la corte, atraviesan la landa y no el prado. Cuando se alejaron de

la corte no fueron a confesarse, como debían hacer quienes entran al servicio de Nuestro Señor, y no se preocuparon ni de la humildad ni de la paciencia que está simbolizada en el prado, sino que fueron por la landa, por la tierra arrasada, por el camino donde no crecen ni flores ni frutos, que es el infierno, y que es el camino donde todas las cosas buenas están arruinadas. Cuando volvieron, faltaba la mayoría de ellos; es decir, que no volverán todos, sino que morirá una gran parte y, los que consiguieron volver, estaban tan delgados y tan cansados que apenas se podían mantener en pie; o sea, que los que vuelvan estarán abrumados por los pecados, pues habrán dado muerte a todos los demás, y no tendrán miembro que les pueda sostener; es decir, que no habrá ninguna virtud en ellos que pueda mantenerles en pie y sin hacerles caer en el infierno; y estarán guarnecidos de todas las inmundicias y de todos los pecados mortales. Sin embargo, de los tres sin manchas, volverá tan sólo uno y los otros dos se quedarán; es decir, que de los tres buenos caballeros, volverá uno a la corte y no por el alimento del cercado, sino para anunciar el buen alimento que han perdido los que están en pecado mortal; los otros dos se quedarán, pues encontrarán tanta dulzura en las comidas del Santo Grial que de ninguna manera se alejarán una vez la hayan saboreado. La última palabra de vuestro sueño no os la diré pues no obtendréis provecho por saber su significado y os podría trastornar de mala manera.

–Señor –dice Galván–, me aguantaré, si así os place y ésa es mi obligación, pues me habéis aclarado mis dudas y veo abiertamente la verdad de mis sueños.

Entonces se dirige el buen hombre a Héctor y le dice:

–Héctor, a vos os pareció que bajabais de un trono con Lanzarote. El trono significa maestría o señorío; el trono del que bajabais es el gran honor y la gran reverencia que os llevó a la Mesa Redonda; es decir, que la dejasteis cuando os fuisteis de la corte del rey Arturo; subisteis los dos sobre sendos caballos grandes, que son el orgullo y el lujo; éstos son los dos caballos del Enemigo, y después decíais: «Vayamos a buscar lo que no encontraremos»: esto es el Santo Grial y los secretos de Nuestro Señor, que ya no os serán mostrados, pues no sois

dignos de verlos. Cuando os separasteis el uno del otro, Lanzarote cabalgó hasta que cayó del caballo; es decir, que dejó el orgullo y se acercó a la humildad, y ¿sabes tú quién le quitó el orgullo? Aquel que abatió el orgullo del cielo: Jesucristo fue quien humilló a Lanzarote y lo llevó a que se despojara de los pecados, y así lo hizo. Al verse privado de las buenas virtudes que el cristiano debe tener, invocó piedad; entonces, Nuestro Señor lo revistió, y ¿sabes de qué?, de paciencia y de humildad, pues eso es lo que significa la túnica que le dio, llena de remiendos, y el sayal áspero; y después cabalgó sobre un asno, que es el animal de la humildad, y es cosa sabida que Nuestro Señor cabalgó sobre un asno cuando fue a la ciudad de Jerusalén, de la que era rey de reyes y tenía todas las riquezas en su poder y, sin embargo, no quiso ir a ella sobre un caballo, ni sobre un palafrén, sino que prefirió ir sobre la bestia más ruda y más villana, que es el asno, de lo que los pobres y los ricos tomaron ejemplo; por eso visteis a Lanzarote cabalgar sobre un asno mientras dormíais. Cuando ya había cabalgado un buen rato, se acercó a una fuente, la más hermosa de las que habéis visto, y descendió para beber de ella; al inclinarse, la fuente desapareció y al ver que no podría beber, se volvió al trono del que había partido. La fuente es de tal naturaleza que nadie la puede agotar y, además, nunca se podrá quitar: es el Santo Grial, la gracia del Espíritu Santo; la fuente es la dulce lluvia, la dulce palabra del Evangelio, en la que el corazón del verdadero arrepentido encuentra la gran dulzura y cuanto más la saborea tanto más le apetece: es la gracia del Santo Grial; y cuanto más se bebe de ella, más gustosa resulta, por eso debe ser llamada fuente en justicia. Cuando llegó a la fuente, descabalgó, es decir, que cuando llegue ante el Santo Grial, se humillará de tal forma que no se tendrá por hombre, porque cayó en pecado, y cuando se humille, es decir, se arrodille para beber y saciarse por la gran gracia, la fuente, que es el Santo Grial, desaparecerá, pues perderá la vista de los ojos ante el Santo Vaso, por haberlos mantenido abiertos a las suciedades terrenas, y perderá el poder del cuerpo, porque durante mucho tiempo ha estado al servicio del Enemigo. Esta venganza

durará veinticuatro días, hasta el punto que no comerá, ni beberá, ni hablará, ni moverá pie, ni mano, ni miembro, sino que le parecerá que está gozando de una felicidad semejante a la que sentía cuando perdió la vista. Entonces dirá parte de lo que haya visto y después se marchará del país e irá a Camaloc.

»Y vos siempre cabalgaréis el gran caballo; es decir, que siempre estaréis en pecado mortal por el orgullo, por la envidia y por otros muchos vicios. Iréis enfurecido por todas partes, hasta que volváis a la casa del rico Rey Pescador, allí donde los hombres buenos, los verdaderos caballeros, harán una fiesta por el alto encuentro que habrán hallado; cuando lleguéis allí y deseéis entrar, el rey os dirá que no necesita a ningún hombre que vaya montado tan alto como vos vais, es decir, que permanezca en pecado mortal y en orgullo; y cuando oigáis esto, volveréis a Camaloc sin haber hecho apenas nada en esta Búsqueda en vuestro provecho. Ya os he dicho y contado parte de lo que os sucederá.

»Ahora conviene que sepáis abiertamente qué significa la mano que visteis pasar ante vos llevando un cirio y un freno, antes de que la voz os dijera las tres cosas que os faltaban. Por la mano que visteis debéis entender la caridad, y por el jamete rojo, la gracia del Espíritu Santo, a la que la caridad está siempre abrazada: quien tiene caridad en sí es cálido y ardiente en el amor de Nuestro Señor Celestial, que es Jesucristo. Por el freno debéis entender la abstinencia, pues del mismo modo que con el freno el hombre lleva y conduce al caballo donde quiere, así pasa con la abstinencia, que es tan firme en el corazón del cristiano que no puede caer en pecado mortal, ni ir a su voluntad si no es para las buenas obras. Por el cirio que llevaba debes entender la verdad del Evangelio: es Jesucristo quien da claridad y vista a todos aquellos que se retiran de pecar y que después vuelven al camino de Cristo; resulta claro que la caridad, la abstinencia y la verdad vinieron ante ti en la capilla; es decir, cuando Nuestro Señor fue a su Hostal, en la capilla, y os vio allí, se marchó, porque no había edificado aquel lugar para que los pecadores viles, sucios y manchados entrasen en ella, sino para que la verdad fuese anunciada allí, y vos habíais ensuciado el lugar con vuestra

presencia. Al irse, dijo: “Caballeros de pobre fe y de mala creencia, os faltan estas tres cosas: caridad, abstinencia y verdad, y por eso no podéis llegar a las maravillas del Santo Grial.” Ya os he explicado los motivos de vuestros sueños y el significado de la mano.

–Ciertamente –dice Galván–, lo habéis contado tan bien que ahora lo veo claro; os ruego que nos digáis por qué no encontramos tantas aventuras ahora como solíamos.

–Os lo diré –le responde el buen hombre–. Las aventuras que ahora suceden son los motivos y las manifestaciones del Santo Grial; los signos del Santo Grial no aparecerán a pecadores, ni a hombres envueltos por el pecado, y por eso no os aparecerán, pues sois pecadores demasiado desleales y no debéis pensar que estos hechos que ahora suceden consisten en matar hombres, ni en acabar con caballeros, sino que son cosas espirituales, mayores y bastante mejores.

–Señor –dice Galván–, por esta razón que me decís, creo que mientras estemos en pecado mortal no avanzaremos nada en esta Búsqueda y yo no lo haría por nada.

–Ciertamente –observa el buen hombre–, decís verdad: hay muchos que no encontrarán más que afrentas.

–Señor –señala Héctor–, si os creyéramos, volveríamos a Camaloc.

–Ya os lo dije –responde el buen hombre– y os lo repito: mientras estéis en pecado mortal, no haréis nada en lo que obtengáis honor.

Después de decir estas palabras, se marchan; pero cuando se había alejado un poco, el buen hombre llama a Galván, y cuando se ha acercado le dice:

–Galván, hace mucho tiempo que eres caballero y nunca has servido a tu Creador sino en poca cosa. Eres un árbol viejo, y no te quedan ni más hojas, ni más frutos; por eso, piensa que Nuestro Señor no tendrá de ti más que la corteza y los nudos, ya que el Enemigo se ha llevado la flor y el fruto.

–Señor –dice Galván–, si yo tuviera ocasión de hablar con vos, hablaría con gusto, pero mirad allí a mi compañero que ya va descendiendo; por eso conviene que me marche, pero tened por seguro que volveré tan pronto como pueda, pues tengo un

gran deseo de hablar con vos en privado.

Entonces se separan el uno del otro; los dos caballeros descienden por el terraplén y llegan a sus caballos; montan y cabalgan hasta que cae el día. Aquella noche la pasaron en casa de un guardabosque, que les albergó muy bien y les hizo una gran fiesta. La mañana siguiente se alejaron de aquel lugar y tomaron otra vez el camino; cabalgaron largo tiempo sin encontrar ningún hecho que sea digno de contar. La historia deja ahora de hablar de ellos dos y vuelve a Boores de Gaunes.

IX

Cuenta la historia que cuando Boores se separó de Lanzarote, tal como ha narrado anteriormente, cabalgó hasta la hora de nona; entonces encontró a un hombre de gran edad, vestido con ropa de religión y que cabalgaba sobre un asno: no llevaba ni sirviente, ni criado, ni ninguna compañía. Boores lo saludó y le dijo:

–Señor, Dios os guíe.

Aquél lo mira y se da cuenta de que es un caballero errante. Le responde que Dios le conduzca; entonces Boores le pregunta que de dónde viene tan solo.

–Vengo de visitar a un criado mío que está enfermo y que solía llevarme los asuntos. Y vos, ¿quién sois?, ¿a dónde vais?

–Soy caballero andante y he comenzado una Búsqueda, para la que necesito el consejo de Nuestro Señor, pues es la más elevada de cuantas se han emprendido hasta ahora: es la Búsqueda del Santo Grial, en la que logrará tal honor, quien pueda llegar al final, que un hombre mortal no puede ni llegar a imaginarlo.

–Ciertamente, decís verdad –contesta el buen hombre–: tendrá gran honor y no debe maravillar, pues será el más leal servidor y el más verdadero de toda la Búsqueda, porque no habrá entrado en ella ni vil, ni sucio, ni manchado, como están los desleales caballeros que la han iniciado sin arrepentirse de la vida, pues es éste el servicio mismo de Nuestro Señor. Ahora mirad cómo están de locos: saben bien, pues muchas veces lo han oído decir, que nadie puede acercarse a su Creador si no es

llevado por la limpieza, que es la confesión, y nadie puede estar limpio, ni puro, si una verdadera confesión no lo visita y por la confesión se arroja al Enemigo. Cuando un caballero o un hombre, quienquiera que sea, peca mortalmente, recibe al Enemigo y le da alojamiento, no puede evitar que todo el día esté con él y cuando ha estado diez o veinte años, o el tiempo que sea, y vuelve a confesarse, lo arroja fuera y lo echa de su cuerpo albergando a Otro, con el que tiene mayor honor, que es a Jesucristo, el cual ha prestado durante mucho tiempo a la caballería terrena el alimento de su cuerpo, pero ahora se ha mostrado más generoso y más dulce que nunca, pues les ha prestado el alimento del Santo Grial, que es comida para el alma y sustento para el cuerpo; este alimento es la dulce comida con la que alimentó y sostuvo durante tanto tiempo al pueblo de Israel en el desierto y, ahora, se ha mostrado así de generoso con ellos, pues les promete oro donde solían tener plomo; pero del mismo modo que ha cambiado la comida terrena por la celestial, conviene que ellos, que hasta ahora han sido terrenales, es decir, que hasta ahora han sido pecadores, dejen de ser terrenales y se hagan celestiales, dejen sus pecados y sus inmundicias, vengan a la confesión y al arrepentimiento y se conviertan en caballeros de Jesucristo y lleven su escudo, que es la paciencia y la humildad, pues Él no llevó otro escudo contra su Enemigo cuando lo venció en la Cruz, donde sufrió la muerte por alejar a sus caballeros de la muerte del infierno y librarlos de la esclavitud en la que estaban; y por esa puerta, que se llama la confesión, sin la cual nadie puede llegar a Jesucristo, conviene que entren en esta Búsqueda y que cambien la condición de cada uno, igual que les ha sido cambiada la comida; quien quiera entrar por otra puerta, es decir, quien se esfuerce grandemente sin ir a la confesión, no encontrará nada de lo que busca, sino que volverá sin probar y sin catar esta comida que les ha sido prometida y, además, les sucederá otra cosa: entrarán como si fueran caballeros celestiales sin serlo, y se tendrán por compañeros de la Búsqueda y no lo serán, sino que estarán sucios y serán malvados, más de lo que se podría pensar, y uno caerá en adulterio, el otro en fornicación, el otro en homicidio,

y así serán humillados y escarnecidos por su pecado y por culpa del diablo, ya que volverán a la corte sin encontrar nada más que lo que el Enemigo da por su servicio, que es la vergüenza y el deshonor, de los que tendrán en abundancia si no se vuelven atrás. Señor caballero, todo esto os lo he dicho porque vos habéis entrado en esta Búsqueda del Santo Grial y yo no permitiría, de ninguna forma, que continuarais en ella si no estáis como se debe estar.

–Señor –responde Boores–, según lo que me decís, me parece que no serán compañeros todos, aunque lo deseen, pues en un servicio tan alto como éste, que es el servicio mismo de Jesucristo, no debe entrar ninguno si no es a través de la confesión; el que entre de otra forma, no creo que pueda llegar a bien y que encuentre un hallazgo tan alto como éste.

–Decís verdad –le contesta el buen hombre.

Entonces le pregunta Boores si es sacerdote y le contesta que sí.

–En nombre de la Santa Caridad –dice Boores– os pido que me aconsejéis, como el padre debe aconsejar al hijo, que es el pecador que viene a la confesión, pues el sacerdote está en lugar de Jesucristo, que es el padre de todos aquellos que creen en Él, y os ruego que me aconsejéis en provecho del alma y por honor de la caballería.

–Por el nombre de Dios –dice el buen hombre–, me requerís para una gran cosa y si yo errara y después cayerais en pecado mortal o en falta, me podríais acusar el gran día espantoso ante el rostro de Jesucristo y por eso os aconsejaré lo mejor que pueda.

Entonces le pregunta cómo se llama y le dice que se llama Boores de Gaunes, que fue hijo del rey Boores y primo de Lanzarote del Lago.

Cuando el buen hombre oye estas palabras responde:

–Verdaderamente, Boores, si la palabra del Evangelio fuera cierta en vos, vos seríais un caballero bueno y auténtico, pues así como Nuestro Señor dijo: «El buen árbol da buen fruto», vos debéis ser bueno por justicia, pues sois el fruto de un árbol muy bueno, ya que vuestro padre el rey Boores fue uno de los mejores hombres que yo nunca conocí, rey piadoso y humilde,

y vuestra madre la reina Evaine fue una de las mejores damas que he visto en toda mi vida; ellos dos fueron un solo árbol y una misma carne por la unión del matrimonio y ya que vos fuisteis el fruto, deberíais ser bueno, pues los árboles fueron buenos.

–Señor –dice Boores–, aunque el hombre proceda de mal árbol, es decir, de mal padre y de mala madre, se cambia su amargura por dulzor tan pronto como recibe el santo carisma, la santa unción; por eso creo que no tiene nada que ver con el padre ni con la madre que sea bueno o malo, sino con el corazón del hombre: el corazón del hombre es el remo de la nave que le lleva a donde se quiere: o a puerto o al peligro.

–Es el remo o el timonel que lo sujeta, lo dirige y lo hace ir a donde quiere; tal es el corazón del hombre, pues el que obra bien, lo hace por la gracia y consejo del Espíritu Santo y el que obra mal es por instigación del Enemigo.

Hablaron mucho rato ambos de esto, hasta que llegaron ante una casa en la que había un ermitaño. El buen hombre se dirige hacia allí y dice a Boores que lo siga, pues le albergará hoy y por la mañana podrá hablar en privado con él de lo que le ha pedido consejo. Boores se lo concede con gusto. Al llegar, descabalgan y encuentran dentro a un clérigo que le quita al caballo de Boores la silla y el freno y se encarga de él y le ayuda a que se desarme. Una vez desarmado, el ermitaño le dice que vaya a oír vísperas y él responde que lo hará con gusto. Entonces entran en la capilla y aquél comienza las vísperas; después de cantarlas, hace poner la mesa y da a Boores pan y agua y le dice:

–Señor, de esta comida deben tomar los caballeros celestiales para su cuerpo, no comidas grandes que llevan al hombre a la lujuria y al pecado mortal y, así me salve Dios, pienso que, si vos quisierais hacer una cosa por mí yo os la pediría.

Boores le pregunta qué es.

–Es una cosa –dice el buen hombre– que os servirá para el alma y os mantendrá el cuerpo durante mucho tiempo.

Él le asegura que lo hará.

–Muchas gracias –dice el buen hombre–. ¿Sabéis qué es lo

que me habéis otorgado? Que no alimentaréis el cuerpo con otra comida hasta que estéis en la mesa del Santo Grial.

–¿Cómo sabéis si yo estaré? –pregunta Boores.

–Bien sé que estaréis allí tres compañeros de la Mesa Redonda.

–Entonces, os juro como leal caballero, que no comeré nunca más que pan y agua, hasta la hora en que esté sentado en la mesa en la que decís.

El buen hombre le da las gracias por esta abstinencia que hará por amor al verdadero Crucificado.

Aquella noche se acostó Boores sobre la hierba verde que el clérigo había recogido alrededor de la capilla y por la mañana, tan pronto como apareció el día, se levantó Boores y el buen hombre se le acercó y le dijo:

–Señor, he aquí una cota blanca que vestiréis en lugar de camisa; será el signo de la penitencia y os servirá como castigo de la carne.

Se quita la ropa y la camisa y se pone la cota blanca, tal como le había mandado el ermitaño. Por encima, se echa una túnica de escarlata bermeja; se persigna y entra en la capilla del buen hombre y se confiesa con él de todos los pecados hacia su Creador de los que se considera culpable. El buen hombre lo encuentra de tan noble vida y tan religioso que se queda admirado y se da cuenta de que no se había ensuciado nunca con la corrupción de la carne, sólo cuando engendró a Elián el Blanco y, por esto, debe dar muchas gracias a Nuestro Señor. Cuando el buen hombre lo absuelve y le pone la penitencia que le conviene, Boores le pide que le dé a su Salvador, pues así estará siempre más seguro en cualquier lugar al que llegue, ya que no sabe si morirá en esta Búsqueda o si saldrá con bien. El ermitaño le dice que espere hasta después de haber oído la misa y él responde que así lo hará.

Entonces comienza el ermitaño los maitines y una vez que los ha cantado se viste para dar misa; tras dar la bendición, toma el *Corpus Domini* y hace una señal a Boores para que se adelante; él se acerca y se arrodilla ante el sacerdote, que le dice:

–Boores, ¿ves lo que sostengo?

–Sí, señor –le contesta–, bien veo que tenéis a mi Salvador, a mi Redención, bajo la forma de pan y no soy yo quien lo ve así, sino mis ojos, que son tan terrenales que no pueden ver las cosas espirituales y no me dejan ver de otra forma, sino que me esconden el verdadero rostro, pues no dudo que ésta es la verdadera carne, el verdadero hombre y la completa deidad.

Entonces empieza a llorar muy profundamente y el santo hombre le dice:

–Ahora estarías loco si tú recibieses una cosa tan elevada como la que estás viendo y no la mantuvieras con leal compañía el resto de tu vida.

–Señor –dice Boores–, mientras viva sólo seré su servidor y no me saldré de sus mandamientos.

Entonces el santo hombre se lo da y él lo recibe con gran devoción. Está tan alegre y contento que cree que nunca más estará triste por nada que le suceda.

Una vez que hubo comulgado y después de estar de rodillas tanto como le pareció, se acerca al ermitaño y le dice que se quiere ir, pues ya ha permanecido mucho tiempo allí. El anciano le responde que se puede ir cuando quiera, puesto que ya está armado tal y como debe estarlo cualquier caballero celestial, y tan bien guarnecido contra el Enemigo que no podría estarlo mejor; entonces se dirige a donde estaban sus armas, las toma y, una vez armado, se va de allí y encomienda a Dios al religioso, que le ruega que pida a Dios por él cuando llegue al Santo Grial; y Boores le requiere para que ruegue a Nuestro Señor que no lo deje caer en pecado mortal por tentación del Enemigo; el buen ermitaño le responde que pensará en él de todas las formas que pueda.

Ahora se va Boores y cabalga durante todo el día hasta la hora de nona. Poco después de esta hora, miró hacia arriba al aire y vio que un gran pájaro volaba por encima de un árbol viejo y seco, completamente abandonado, sin hojas y sin fruto; después de haber volado un buen rato a su alrededor, se posó sobre el árbol, en él estaban sus propias crías, no sé cuántas, pero todas estaban muertas. Al posarse allí y encontrarlas sin vida, se hería con su propio pico en el pecho, hasta que hacía salir la sangre y tan pronto como aquéllas notaban la sangre

caliente, volvían a la vida y él moría entre ellas, de forma que la sangre del gran pájaro les devolvía la vida. Cuando Boores vio este suceso, se maravilló mucho de lo que pudiera ser, pues no acierta a comprender qué cosa podría ocurrir que guardara semejanza con ésta, pero se daba cuenta de que debía tener un significado extraordinario. Durante un buen rato estuvo observando el árbol por ver si el gran pájaro se volvía a levantar, pero no sucedió, pues ya estaba muerto, y cuando lo comprobó, volvió a tomar su camino y cabalgó hasta después de vísperas.

Por la noche llegó a una torre fuerte y alta en la que pidió alojamiento y con gusto le dieron albergue. Cuando los de dentro lo hubieron desarmado en una cámara, lo llevaron a una sala situada en un piso superior, donde encontró a la señora del lugar, que era bella y joven, pero que estaba pobremente vestida; al ver entrar a Boores, corrió a su encuentro y le dio la bienvenida; él la saluda como a dama y ella lo recibe con gran alegría y le hace sentar ante sí y le prepara una gran fiesta; a la hora de comer hizo que Boores se sentara junto a ella y les sirvieran grandes manjares de carne que pusieron sobre la mesa. Cuando él ve esto, se acuerda de que no debe comer; entonces llama a un criado y le pide que le lleve agua; se la sirve en una copa de plata que Boores coloca ante sí y moja tres veces el pan. Cuando la dama ve esto, le dice:

–Señor, ¿no os agrada esta comida que os han traído?

–Señora –contesta–, mucho, y sin embargo no comeré hoy más que lo que veis.

Entonces ella deja de hablar, pues no se atrevería a hacer nada que le desagrade; cuando todos hubieron comido y se levantaron los manteles, se pusieron en pie y se dirigieron a las ventanas del palacio; Boores se sentó junto a la dama.

Y mientras hablaban, entró un criado que dijo a la dama:

–Señora, algo va mal; vuestra hermana os ha tomado dos castillos y a todos los que estaban de vuestra parte y os manda decir que no os dejará nada en pie si mañana, a la hora de prima, no habéis encontrado un caballero que combata por vos contra Priadán el Negro, que es su señor.

Cuando la dama oye estas palabras, comienza a hacer un gran duelo y dice:

–¡Ay, Dios!, ¿por qué me otorgasteis esta tierra para gobernarla, cuando yo había de ser desheredada sin razón?

Cuando Boores oye las noticias, pregunta a la dama que qué pasa.

–Señor –le contesta–, es la mayor maravilla del mundo.

–Decidme –le pide– cuál es, si os place.

–Señor –le responde–, con gusto.

»El rey Amán, que tenía toda esta tierra bajo su dominio además de otras, amó en cierto tiempo a una dama, hermana mía, que es bastante mayor que yo, y le dio todo el poder sobre la tierra y sobre sus hombres; mientras ella estuvo a mi lado, llevó costumbres malas y enojosas, en las que no había justicia y carecían completamente de razón; por ella dio muerte a gran parte de sus gentes. Cuando el rey vio que obraba tan mal, la expulsó de su tierra y me dio a mí su gobierno; pero tan pronto como murió, mi hermana comenzó la guerra contra mí, y así me ha quitado gran parte de mi tierra y muchos de mis hombres se han pasado a su lado; a pesar de todo lo que ha hecho, no se tiene por pagada, sino que me desheredará del todo y ha tenido tanta suerte, desde el principio, que no me ha dejado más que esta torre, que me quitará si yo mañana no encuentro quien combata por mí contra Priadán el Negro, que quiere entrar en el campo por ella.

–Contestadme –le dice–, ¿quién es ese Priadán?

–Es el más temible campeón de este país y el de mayores proezas.

–Y vuestra batalla –pregunta– ¿debe ser mañana?

–En verdad –contesta.

–Ahora podéis –dice– responder a vuestra hermana y a Priadán que habéis encontrado un caballero que combatirá por vos, y que os pertenece la tierra, pues os la dio el rey Amán, y que ella no debe aspirar a nada, pues su señor la expulsó.

Cuando la dama oyó estas palabras, no se alegró poco, sino que dice con el gozo que tiene:

–Señor, en buena hora vinisteis, pues me habéis dado una gran alegría con esta promesa. Que ahora Dios os dé fuerza y

poder para que llevéis a término esta querella, de forma tan acertada como es justa, pues de otra manera no lo querría.

Él le da ánimos y dice que no tema perder su derecho mientras esté sano y salvo. La dama entonces hace saber a su hermana que su caballero estará mañana en el campo dispuesto a llevar a cabo cuanto los caballeros del país consideren que debe hacer. De este modo, hablaron sobre el tema tanto que la batalla queda fijada para el día siguiente.

Aquella noche manifestaron a Boores una gran alegría y fiesta; la dama le hizo preparar una cama, bella y rica, y a la hora de acostarse, lo descalzaron y lo llevaron a una cámara grande y hermosa. Cuando él llegó allí, vio la cama que le habían preparado: hizo salir y marcharse a todos; ellos se van, ya que así lo desea. A continuación, apaga las velas rápidamente y, después, se acuesta en la tierra dura, colocándose un cofre bajo la cabeza, mientras pide en sus ruegos y oraciones que Dios, por su piedad, le ayude contra aquel caballero, al que debe combatir de forma que, con justicia y lealtad, le permita salir adelante y acabar con toda injusticia.

Después de haber rezado, se durmió y, apenas se había dormido, le pareció que ante él venían dos pájaros, de los cuales uno era tan blanco y tan grande como un cisne y se parecía bastante al cisne y el otro extraordinariamente negro, pero de cuerpo pequeño: él lo miró y le pareció una corneja, aunque era mucho más negro y mucho más hermoso, por la negrura que tenía. El pájaro blanco venía a él y le decía:

–Si tú me quisieras servir, te daría todas las riquezas del mundo y te haría tan hermoso y tan blanco como yo.

Él le preguntó quién era.

–¿No ves quién soy? –le preguntaba a su vez–. Soy blanco y hermoso y puedo bastante más de lo que crees.

No respondió a esto y aquél se fue; entonces venía el pájaro negro, que le decía:

–Conviene que me sirvas mañana y que no sientas despecho porque yo sea negro; debes saber que más vale mi negrura que para otro su blancura.

Entonces se iba de allí y no veía ni al uno ni al otro.

Después de esta visión, tuvo otra maravillosa, pues le pareció que llegaba a un hostal blanco y grande, que bien parecía una capilla; allí encontraba a un hombre sentado sobre un trono: tenía al lado izquierdo lejos de él una vara podrida y llena de gusanos, tan débil, que apenas se podía sostener en pie, y a la derecha había dos flores de lis; una de ellas, que crecía junto a la otra, le quería quitar su blancura, pero el buen hombre las separaba de manera que una no tocara a la otra; no tardó en salir de cada flor un árbol lleno de frutos. Cuando sucedió esto, el buen hombre le dijo a Boores:

–Boores, ¿no sería loco quien dejara morir a estas flores por socorrer este tronco podrido, evitando que cayese a tierra?

–Señor –le contesta–, cierto es, pues me parece que esta madera no podrá valer nada y que estas flores son bastante más hermosas de lo que pienso.

–Pues ten en cuenta ahora –dice el anciano ermitaño– que si quieres llegar a tal ventura, no debes dejar morir estas flores por socorrer la madera, pues si les sorprende un gran calor, morirán pronto.

Contesta que se acordará de esto, si le sucede.

De este modo, tuvo aquella noche las dos visiones, que le hicieron asombrarse mucho, pues no podía pensar qué significarían y tanto se le grabaron mientras dormía, que se despertó e hizo el signo de la cruz en su frente, se encomendó a Nuestro Señor y esperó hasta que fue de día. Cuando amaneció el día grande y hermoso, se metió en la cama y la revolvió de forma que pareciera que había yacido en ella. Entonces llegó la dama de allí y lo saluda; él respondió que Dios le diera alegría; la dama lo acompaña a una capilla que había allí dentro, donde oye maitines y el oficio del día.

Cuando era un poco antes de prima, salió del monasterio y se dirigió a la sala con gran compañía de caballeros y de criados, que la dama había llamado para que vieran la batalla. Al llegar al palacio, la dama dijo a Boores que comiera antes de armarse y que así estaría más seguro. Él le respondió que no comería antes de acabar el combate.

–Entonces –le dicen los del país–, no os queda más que tomar vuestras armas y prepararos, pues pensamos que Priadán

debe estar armado en el campo en el que se celebrará la batalla.

Pide sus armas y se las traen; cuando está completamente preparado, que no le falta nada, monta sobre su caballo; y pide a la dama y a su compañía que monten y lo lleven al campo donde debe celebrarse este combate. Así lo hacen ella y sus gentes; se ponen en marcha y llegan a una pradera que había en un valle; ven al fondo una gran muchedumbre que esperaba a Boores y a la dama por la que se debía combatir. Desmontaron. Cuando llegaron al lugar y las dos damas se vieron, una se acercó a la otra; la joven, aquella por la que debería combatir Boores, dijo:

–Señora, me quejo de vos con derecho, pues me habéis quitado mi herencia y mi derecho, lo que el rey Amán me dio y vos no lo recuperaréis, pues fuisteis desheredada por boca del rey.

Ésta le responde que nunca fue desheredada y que se disponga a probarlo, si osa defenderlo. Cuando ve que no podrá solucionarse de otra manera, le dice a Boores:

–Señor, ¿qué os parece el pleito de esta doncella?

–Me parece –le contesta– que os combate sin razón y con deslealtad y son desleales todos aquellos que la ayudan: he oído decir tantas cosas a vos y a otros que sé bien que ella no tiene razón y que vos tenéis el derecho y si un caballero se atreve a decir lo contrario, estoy dispuesto a que lo haga ahora y lo mantenga en este día.

Priadán avanza y dice que no aprecia un botón las amenazas y que está dispuesto a defender a la dama.

–Y yo estoy dispuesto –dice Boores– a combatir contra vos por esta dama que me ha traído aquí, pues a ella le pertenece la tierra, ya que el rey se la concedió y la otra dama la debe abandonar por justicia.

Entonces se apartan todos los que estaban en la plaza, unos hacia un lado y los otros hacia el otro, y dejan libre el lugar en el que debía darse la batalla. Montan los dos caballeros y se distancian y, después, se lanzan el uno contra el otro, golpeándose tan duramente como permite la gran velocidad de los caballos; atraviesan los escudos, rompen las lorigas y, si las

lanzas no hubieran volado en trozos, ambos habrían muerto; entonces se golpean en los cuerpos y en los escudos con tanta fuerza que se derriban a tierra por encima de las grupas de los caballos; se vuelven a levantar de inmediato, pues eran de gran valor, y ponen los escudos ante las cabezas desenvainando las espadas; empiezan a darse grandes golpes allí donde piensan que son más efectivos; despedazan los escudos por arriba y por debajo, hacen volar hasta el suelo grandes trozos y rompen las lorigas bajo el brazo y bajo las caderas, haciéndose con las espadas claras y cortantes, profundas y grandes heridas que hacen brotar la sangre del cuerpo. Boores encuentra en el caballero una resistencia mayor de lo que pensaba y, sin embargo, sabe que es él quien mantiene la justicia y la lealtad en este pleito, y es una cosa que le da mucha seguridad. Permite que el caballero le golpee frecuentemente y a menudo; se cubre y lo deja que trabaje solo. Después de haber aguantado un buen rato, se da cuenta de que el caballero ha llegado a un gran agotamiento; entonces le ataca tan deprisa y tan rápido como si no hubiera dado ningún golpe, le da grandes tajos con la espada y le ataca tanto en tan poco rato, que el otro no tiene fuerza para defenderse por los golpes que ha recibido y por la sangre que ha perdido. Cuando Boores lo ve así de cansado, le acosa cada vez más y aquél se ve acobardado, hasta que cae a tierra derribado. Boores lo coge por el yelmo y le tira tan fuerte que se lo arranca de la cabeza y lo arroja al camino; entonces, le hiere con la punta de la espada en la cabeza de manera que le hace salir la sangre y le clava dentro las mallas de la cota; le advierte que lo matará si no se tiene por vencido y mientras tanto hace ademán de cortarle la cabeza; aquel, que ve la espada sobre su cabeza, tiene miedo de morir y por eso pide piedad y suplica:

–¡Ay, franco caballero!, por Dios, tened compasión de mí y no me matéis; te aseguro que nunca combatiré contra la joven dama en el tiempo en que viva, sino que permaneceré tranquilo.

Boores lo deja. Cuando la mujer vieja ve que su caballero ha sido derrotado, huye del lugar tan pronto como puede, pues teme ser afrentada. Boores se dirige entonces a todos los

presentes que habían recibido tierras de ella y les dice que los destruirá si no la abandonan; muchos prestaron homenaje a la mujer joven y los que no quisieron hacerlo fueron matados, desheredados y expulsados de la tierra, y así, por el valor de Boores, la dama volvió al alto puesto en que el rey la había situado. Sin embargo, la otra la combatió tanto como pudo durante todos los días de su vida, pues siempre le tuvo envidia.

Cuando las tierras estuvieron tranquilas, de tal forma que los enemigos de la mujer joven no se atrevían a levantar las cabezas, Boores se fue de allí y cabalgó por medio del bosque pensando en la visión que había tenido mientras dormía, pues deseaba mucho que Dios le llevara a un lugar en el que pudiera oír su significado. La primera noche yació en casa de una viuda que le dio muy buen alojamiento y que se alegró mucho por su llegada y tuvo un gran gozo cuando supo quién era.

La mañana siguiente, tan pronto como amaneció, se fue de allí y tomó el gran camino del bosque. Después de haber vagado hasta mediodía, le sucedió una cosa extraordinaria: encontró, entre dos caminos, a dos caballeros, que llevaban a su hermano Lionel completamente desnudo, en calzas sobre un rocín grande y fuerte, con las manos atadas ante el pecho; cada uno de ellos tenía el puño lleno de agudas espinas, con las que le iban golpeando con tanta fuerza que la sangre le salía de más de cien partes, corriéndole espalda abajo, de tal forma que iba ensangrentado por delante y por detrás, pero no decía ni una palabra, como quien es de gran valor, sino que soportaba todo lo que aquéllos le hacían como si no sintiese nada. Cuando iba a ir a socorrerlo, Boores miró hacia otra parte y vio a un caballero armado, que llevaba por la fuerza a una hermosa doncella y quería meterla en lo más espeso del bosque, para tenerla más escondida frente a los que la buscaran, si es que iba alguien detrás de él a socorrerla; ella, que no estaba nada tranquila, gritaba dando voces:

–Santa María, socorred a vuestra doncella.

Cuando vio a Boores cabalgando solo, pensó que era un caballero andante de los de la Búsqueda; entonces se vuelve hacia él y le grita tan alto como puede:

–¡Ay, caballero!, te conjuro, por la fe que debes a Aquel de

quien eres vasallo y en cuyo servicio te has metido, que me ayudes y no dejes que me afrente este caballero que me lleva a la fuerza.

Cuando Boores la oye, que le conjura así por Aquel de quien es vasallo, se encuentra tan angustiado que no sabe qué hacer, pues si deja que se lleven a su hermano los que lo tienen, no cree que lo vuelva a ver sano y salvo, y si no socorre a esta doncella, será afrentada y deshonrada, y así recibirá ofensas por su culpa. Dirige los ojos hacia el cielo y dice llorando:

–Buen dulce Padre Jesucristo, de quien soy vasallo, guárdame a mi hermano de tal forma que aquellos caballeros no lo maten. Por vuestra piedad y misericordia socorreré a esta doncella, para que no sea afrentada, pues me parece que ese caballero la quiere deshonrar.

Entonces se dirige hacia el lugar por donde el caballero se lleva a la doncella; espolea al caballo hasta que le hace salir la sangre por ambos costados y cuando ya está cerca grita:

–Señor caballero, dejad a la doncella o sois muerto.

Al oír estas palabras, el otro se pone junto a la doncella; estaba armado con todas las armas, excepto la lanza; embraza el escudo y saca la espada, dirigiéndose contra Boores. Éste le golpea con tanta fuerza en el escudo que le atraviesa con la lanza por medio de la loriga; el otro cae desmayado por la angustia que siente; Boores se acerca a la doncella y le dice:

–Doncella, me parece que estáis liberada de este caballero, ¿qué más queréis que haga?

–Señor –le contesta–, ya que me habéis salvado de perder el honor y de ser afrentada, os ruego que me llevéis al lugar del que este caballero me arrebató.

Le responde que así lo hará con gusto. Entonces toma el caballo del caballero herido, monta en él a la doncella y la lleva tal como le había pedido. Cuando ya se ha alejado, ésta le dice:

–Señor caballero, os habéis portado mejor de lo que pensáis con lo que habéis hecho, pues si me hubiera deshonrado, habrían muerto quinientos hombres que ahora se habrán salvado.

Boores pregunta que quién es el caballero.

–Ciertamente –le contesta–, es un primo hermano mío, pero no sé por qué ingenio del diablo, el Enemigo lo había alentado para que me tomara ocultamente en casa de mi padre y me trajera a este bosque para deshonrarme: si lo hubiera hecho, habría muerto por el pecado y habría quedado deshonrado en su cuerpo y yo deshonrada para el resto de mis días.

Mientras que hablaban así, ven venir unos doce caballeros armados que buscaban a la doncella por el bosque. Cuando la ven, le muestran gran alegría, pero ella les ruega que le hagan fiesta al caballero y le retengan con ellos, pues habría sido avergonzada de no ser por Dios y por su valor; entonces le toman por el freno y le dicen:

–Señor, vendréis con nosotros, porque así tenéis que hacerlo y os rogamos que vengáis, pues no os podríamos recompensar de otro modo por vuestra ayuda.

–Buenos señores –contesta–, no iré de ninguna forma, pues tengo muchas cosas que hacer en otros lugares y no puedo entretenerme; os ruego que no os importe y sabed bien que iría con gusto, pero la necesidad es tan grande y la pérdida tan dolorosa para mí, que si me quedo no lo podría reparar nadie sino Dios.

Cuando aquéllos ven que tiene tanta prisa, no intentan esforzarse más; lo encomiendan a Dios y la doncella le ruega con mucha dulzura por Dios que venga a verla tan pronto como tenga la ocasión y le indica en dónde la encontrará. Él responde que si la ventura le lleva a aquella parte, se acordará del ofrecimiento; se aleja de ellos, que se van con la doncella a salvo.

Boores cabalga hacia el lugar en el que vio a su hermano Lionel y cuando llegó al mismo sitio donde lo había visto girar, mira hacia arriba, hacia abajo, tan lejos como el bosque le permite ver, escucha y presta atención para saber si podría oír algo y cuando no oye nada que le pueda dar alguna esperanza de su hermano, toma el camino por el que los vio marchar; después de haber cabalgado un buen trecho, alcanza a un hombre vestido con traje de religión, que montaba un caballo más negro que la mora. Al oír a Boores que venía detrás de él, lo llama y le dice:

–Caballero, ¿qué buscáis?

–Señor –contesta Boores–, busco a un hermano mío al que acabo de ver que se llevaban, golpeándolo, dos caballeros.

–¡Ay! Boores –le dice–, si no pensara que os vais a desmoralizar mucho y que caeríais en la desesperación, os diría lo que sé y os lo mostraría ante los ojos.

Cuando Boores oye estas palabras, piensa que los dos caballeros lo han matado; entonces comienza a hacer un gran duelo y cuando puede hablar dice:

–¡Ay, señor!, si está muerto, mostradme su cuerpo y lo haré enterrar con tal honor como se debe hacer a hijo de rey, pues ciertamente fue hijo de un buen hombre y de una buena mujer.

–Mira ahora –le dice el hombre– y lo verás.

Él mira y ve yacer un cuerpo en la tierra, tumbado y sangrando, recién muerto; él lo mira y lo reconoce, al menos eso le parece, como a su hermano. Entonces tiene un duelo tan grande que no se puede mantener en pie, sino que cae a tierra desmayado y yace un gran rato sin conocimiento. Cuando se vuelve a levantar, exclama:

–¡Ay, buen señor!, ¿quién os ha hecho esto? Ciertamente nunca más tendré alegría, si Aquel que en las tribulaciones y en las angustias viene a visitar a los pecadores no me conforta y ya que, buen dulce hermano, la compañía de nosotros dos se ha separado, que Aquel al que tomé por compañero y por Maestro me conduzca y salve en todo peligro, pues desde ahora en adelante no tengo en nada en que pensar si no es en mi alma, ya que vos habéis abandonado la vida.

Después de decir esto, toma el cuerpo y lo levanta, colocándolo sobre la silla, como quien no puede hacer otra cosa, al menos eso cree, y después le dice al que estaba allí:

–Señor, por Dios, decidme si hay cerca de aquí un monasterio o una capilla donde yo pueda enterrar a este caballero.

–Sí –le contesta–, aquí cerca hay una capilla, ante una torre, donde podrá ser enterrado.

–Señor, por Dios –dice Boores–, llevadme allí.

–Os llevaré con gusto –le responde–, venid tras de mí.

Boores salta sobre la grupa de su caballo, llevando ante sí,

al menos eso le parece, el cuerpo de su hermano.

No han cabalgado mucho cuando ven ante ellos una torre fuerte y alta y, delante, una casa vieja y destruida, semejante a una capilla; descienden ante la puerta y entran dentro, poniendo el cuerpo sobre una gran tumba de mármol que estaba en medio de la casa. Boores mira arriba y abajo, pero no encuentra ni agua bendita, ni cruz, ni ningún símbolo verdadero de Jesucristo.

–Dejémosle ahora –dice el hombre– aquí y vayamos a albergarnos a la torre hasta mañana, que volveré para hacer el servicio por vuestro hermano.

–¿Cómo, señor –pregunta Boores–, sois, pues, sacerdote?

–Sí –le contesta.

–Entonces os pido –dice Boores– que me expliquéis la verdad de un sueño que me sucedió anoche, mientras dormía, y que me aclaréis otra cosa de la que estoy en duda.

–Decid.

Le cuenta lo del pájaro que había visto en el bosque y después le dice lo de los dos pájaros, que el uno era blanco y el otro negro y lo de la madera podrida y de las flores blancas.

–Te voy a explicar ahora una parte y mañana la otra.

»El pájaro que se acercaba a ti en forma de cisne significa una doncella que te amará, con verdadero amor, y que te ha amado durante mucho tiempo y te vendrá a rogar pronto que seas su amigo y su amante; lo que no querías concederle significa que te negarás y ella se irá, muriendo por el dolor, si no tienes compasión. El pájaro negro es tu gran pecado, que hará que se lo niegues, pues no lo harás ni por temor a Dios ni por virtud que tengas en ti, sino que lo harás para que se te tenga por casto para conquistar la alabanza y la vanagloria del mundo y vendrá un gran mal por esta castidad, pues tu primo Lanzarote morirá, que los padres de la doncella le darán muerte y ella morirá del dolor que tendrá por tu negación y, por esto, se podrá decir bien que eres homicida del uno y del otro, así como has sido el de tu hermano, ya que lo pudiste haber salvado fácilmente, si hubieras querido, cuando lo dejaste para ir a socorrer a la doncella que no te pertenecía. Mira ahora dónde está la mayor calamidad, si en que aquélla

hubiera sido deshonrada o en que tu hermano, que es uno de los buenos caballeros del mundo, hubiera muerto; ciertamente, habría sido mejor que todas las doncellas del mundo hubieran sido deshonradas antes que él fuera muerto.

Cuando Boores oye que aquél, en quien pensaba que había tan grandes virtudes de la vida, lo recrimina de este modo por lo que había hecho con la doncella, no sabe qué decir. Y el hombre le pregunta:

–¿Has oído ya el significado de tu sueño?

–Señor, sí.

–Ahora –le dice– depende de ti tu primo Lanzarote, pues si quieres lo podrás socorrer de la muerte y si quieres lo podrás matar; ahora depende de ti; lo que quieras, le sucederá.

–Ciertamente –dice Boores–, haré lo que pueda para no matar a Lanzarote.

–Ya lo veremos con el tiempo.

Entonces lo lleva a la torre; al entrar encuentra a caballeros, damas y doncellas, y todos le dicen:

–Boores, sed bienvenido.

Lo llevan a una sala, donde lo desarman, y cuando está completamente desnudo, le llevan un rico manto, forrado de armiño, y se lo colocan al cuello; lo sientan sobre una blanca cama y todos le reconfortan, intentando que se alegre, hasta que le hacen olvidar parte de su dolor; entre los que intentaban alegrarle hay una doncella tan hermosa y bella que parece tener en sí toda la belleza terrena; estaba vestida muy ricamente, como si hubiera escogido entre las ropas más hermosas del mundo.

–Señor –dice un caballero–, he aquí la dama de la que somos vasallos, la más bella y rica dama del mundo y la que más os ha amado; os ha esperado durante mucho tiempo, pues no quería tener por amigo a ningún caballero si no erais vos.

Cuando oye estas palabras, se espanta; al verla venir, la saluda; ella le devuelve el saludo y se sienta a su lado y ambos hablan juntos de muchas cosas, hasta que ella le requiere para que sea su amigo, pues le ama sobre todos los hombres terrenos; si él quiere otorgarle su amor, ella le hará el hombre más rico de su linaje.

Cuando Boores oye estas palabras, se incomoda, pues de ninguna manera querría romper su castidad; no sabe qué responder. Ella le dice:

–¿Qué pasa, Boores, no haríais lo que os pido?

–Señora –responde–, en el mundo no hay dama tan rica cuya voluntad cumpliera yo en este sentido; además no se me debería requerir en un momento como en el que estoy ahora, pues mi hermano yace ahí muerto: ha muerto hoy no sé cómo.

–¡Ay, Boores! –le dice–, no os preocupéis por eso; conviene que hagáis lo que os pido y sabed que si yo no os amase más que ninguna mujer amó a ningún hombre, yo no os requeriría, pues no es costumbre ni manera que la mujer ruegue al hombre al que ama, pero el gran deseo que he tenido siempre de vos lleva a mi cuerpo a esto y lo obliga de tal forma que le hace decir lo que he ocultado siempre. Os ruego, por tanto, mi bello dulce amigo, que hagáis lo que os pido y que os acostéis esta noche conmigo.

Boores le contesta que no lo hará de ninguna manera y a ella el semblante se le vuelve tan afligido que parecía que iba a llorar, y simula un gran duelo, pero no le vale de nada.

Cuando ella se da cuenta de que no podrá vencerle de ninguna forma le dice:

–Boores, con esta negativa me habéis llevado a tal punto que moriré ante vos.

Entonces lo toma por la mano, lo lleva a la puerta del palacio y le dice:

–Quedaos aquí y veréis cómo voy a morir por vuestro amor.

–Por mi fe –le responde–, no lo veré.

Ella pide a los de dentro que lo sostengan y ellos le dicen que así lo harán. Se sube a lo alto, sobre las almenas, llevando consigo doce doncellas, y cuando están arriba dice una de ellas:

–¡Ay, Boores!, tened piedad de todas nosotras y otorgad a mi dama su voluntad. Ciertamente, si tú no quieres hacerlo, nos dejaremos todas caer desde esta torre antes que nuestra dama, pues de ninguna manera queremos ver su muerte. Si por tan poca cosa nos dejas morir, nunca un caballero habrá cometido tan gran deslealtad.

Él las mira y piensa verdaderamente que son gentiles y altas damas y le entra una gran compasión; sin embargo, prefiere que todas ellas pierdan sus almas a que él solo pierda la suya; entonces, les dice que no hará nada ni por su muerte ni por su vida. Ellas se dejan caer desde la alta torre al suelo y al verlo Boores se espanta, levanta la mano y se persigna; entonces empiezan a oírse tantos gritos y exclamaciones a su alrededor que le parece que todos los Enemigos del infierno le hubieran rodeado y, sin lugar a dudas, había allí muchos de ellos. Mira por todas partes, pero no ve ni la torre, ni a la dama que le requería de amores, ni nada de lo que antes había visto, sólo sus armas, que había llevado a la casa donde pensaba haber dejado a su hermano muerto. Al ver esto, se da cuenta de que era el Enemigo quien le había tendido esta trampa y que lo quería llevar a la destrucción del cuerpo y a la perdición del alma, pero por la virtud de Nuestro Señor había conseguido escaparse. Entonces, tiende las manos hacia el cielo y dice:

–Buen Padre Jesucristo, bendito seas Tú que me has dado fuerza y poder para luchar contra el Enemigo y que me has otorgado la victoria en esta batalla.

Mira hacia donde pensaba haber dejado a su hermano muerto y no encuentra nada y entonces se siente más confortado que antes, pues piensa que quizás no esté muerto y que lo que él ha visto ha sido un fantasma. Se acerca a sus armas, las toma, se las viste y monta, marchándose de aquel lugar, donde –tal como dice– no quiere permanecer más por si el Enemigo aún está.

Cuando ha cabalgado un buen trecho, oye una campana que suena a la izquierda y se alegra mucho. Se dirige hacia aquella parte y no tarda en ver una abadía de monjes blancos cerrada con buenos muros. Se acerca a la puerta y golpea hasta que le abren. Cuando lo ven armado, piensan que se trata de uno de los compañeros de la Búsqueda; lo descabalgan y lo llevan a una habitación para desarmarlo, haciéndole todo el bien que pueden. Le dice a un hombre que suponía que era sacerdote:

–Señor, por Dios, llevadme ante el fraile que, según vos, sea el de mejor vida, pues hoy me ha sucedido una cosa asombrosa, de la que yo querría ser aconsejado por Dios y por

él.

–Señor caballero –dice–, os aconsejamos que vayáis ante el abad, pues es el hombre más virtuoso de aquí, el de más conocimientos y el de mejor vida.

–Señor –dice Boores–, por Dios, llevadme allí.

Aquél dice que lo hará con gusto; entonces lo lleva a una capilla, donde estaba el monje, y cuando se lo indica, se vuelve. Boores avanza y le saluda; aquél se inclina también y le pregunta quién es. Boores responde que es un caballero andante. Le cuenta lo que le había sucedido el día antes, y después de haberle narrado todo, le dice el religioso:

–Señor caballero, no sé quién sois, pero, por mi cabeza, no pensaba que un caballero de vuestra edad fuera tan fuerte como vos en la gracia de Nuestro Señor. Vos me habéis dicho lo que os ha ocurrido y no podría aconsejaros según mi voluntad, pues es demasiado tarde; id a reposaros y mañana os daré consejo lo mejor que pueda.

Boores se aleja y encomienda a Dios al monje. Éste se queda pensando en lo que le ha contado y encarga a los frailes que le sirvan bien y ricamente, pues es bastante mejor hombre de lo que se piensa. Aquella noche, Boores fue servido con riqueza y abundancia, más de la que hubiera querido: le prepararon carne y pescado, pero él no comió nada, sólo cogió pan y agua y comió tanto como le fue necesario sin probar nada más, pues de ninguna manera quería romper la penitencia que le había sido impuesta, ni en la cama ni en ninguna otra cosa. Por la mañana, después de maitines y de misa, el abad, que no lo había olvidado, se acercó a él y le dijo que Dios le diera buenos días. Boores le respondió lo mismo. Entonces, lo separó a un lado, lejos de los demás, y lo llevó ante el altar y le pidió que le contara todo lo que le había sucedido en la Búsqueda del Santo Grial. Le contó, palabra por palabra, lo que había oído y visto, durmiendo y velando, y le rogó que le dijera el significado de todas esas cosas. El abad pensó un poco y después le dijo que se lo explicaría con gusto. Comienza a decirle:

–Boores, cuando recibisteis al Alto Maestro, al Alto Compañero, es decir, cuando recibisteis el *Corpus Domini,* os

pusisteis en camino para saber si Nuestro Señor os concedería encontrar el alto hallazgo que tendrán los caballeros de Jesucristo, los verdaderos santos varones en esta Búsqueda. No habíais caminado mucho, cuando Nuestro Señor se presentó en forma de pájaro y os mostró el dolor y la angustia que sufrió por nosotros, y os diré cómo lo visteis. Cuando el pájaro se acercó al árbol que no tenía ni hojas, ni fruto y comenzó a mirar a sus crías y vio que no había ninguna viva, se colocó entre ellas y comenzó a golpearse con el pico en medio del pecho, hasta que la sangre le salió fuera y él murió; de su sangre recibieron la vida los pollos que visteis y ahora os diré qué significa.

»El pájaro es Nuestro Creador, que formó a su semejanza al hombre y cuando aquél fue expulsado del Paraíso, por su propia culpa, fue a la tierra y en ella encontró la muerte, pues no había nada de vida. El árbol sin hojas y sin frutos simboliza de manera clara el mundo, en el que entonces no había más que mala ventura, pobreza y sufrimiento. Los pollos representan el linaje humano, que en aquel tiempo estaba perdido, pues iban todos al infierno, tanto los buenos como los malos, y eran todos iguales en méritos. Cuando el Hijo de Dios vio esto, subió al árbol, que fue la cruz, y allí fue herido por el pico de la lanza, que es la punta, en el costado diestro, hasta que le salió la sangre y esta sangre la recibieron los pollos que habían obrado de acuerdo con sus enseñanzas, pues los sacó del infierno, donde estaba toda la muerte y donde aún no hay vida. Esta bondad que Dios hizo en el mundo, nos la quiso mostrar, a mí, a vos y a otros pecadores, por medio del pájaro, para que no tuvieseis duda en morir por Él, como Él hizo por vos.

»Después os llevó a casa de la dama, a la que el rey Amán había ordenado que guardara su tierra. Mediante este rey debes entender a Jesucristo, que es el rey del mundo que más amó y en el que puede encontrarse mayor dulzura y piedad que en ningún otro hombre terreno. La combatía la otra tanto como podía, aquella que había sido expulsada de la tierra, y vos librasteis batalla por ella y vencisteis, y ahora os diré qué significa esto.

»Nuestro Señor os había mostrado que había derramado su sangre por vos y vos emprendisteis una batalla por Él; y bien fue por Él por quien hicisteis todo lo que emprendisteis por la dama, pues por ella entendemos nosotros a la Santa Iglesia, que mantiene la Santa Cristiandad en la recta fe y en la recta creencia que hay en la tierra, y la justa herencia de Jesucristo; por la otra dama, que fue desheredada, y que la combatía, entendemos la Antigua Ley, el Enemigo que siempre guerrea a la Santa Iglesia y a los suyos. Cuando la dama joven os hubo contado el motivo que la otra dama tenía para combatirla, vos emprendisteis la batalla tal como debíais, pues erais caballero de Jesucristo y por eso era justo que defendierais a la Santa Iglesia. Por la noche vino a veros la Santa Iglesia, con aspecto de mujer triste y apesadumbrada, que había sido desheredada sin razón y no os vino a ver con ropa de alegría ni de fiesta, sino que se presentó con ropa de dolor, que es la ropa negra, y ella se os mostró triste y negra por la tristeza misma que le hacen sus hijos, que son los cristianos pecadores, que deben ser hijos y son hijastros; y aunque deberían guardarla como madre no lo hacen, sino que le causan tristeza de día y de noche y, por eso, os vino a ver con el rostro de mujer triste y dolorida y os causó la mayor compasión.

»El pájaro negro que vino a veros era la Santa Iglesia, que dijo: “Yo soy negra, pero soy bella. Sabed que más vale mi negrura que la blancura de otros.” Por el pájaro blanco, que tenía aspecto de cisne, se debe entender al Enemigo y os diré cómo el cisne es blanco por fuera y negro por dentro: es el hipócrita, que es amarillo y pálido, y así lo parece a quien lo ve por fuera, que es servidor de Jesucristo, pero por dentro es tan negro y tan horrible de suciedades y de pecados que engaña difícilmente al mundo. Estas aves se te aparecieron mientras dormías pero también cuando velabas: fue cuando el Enemigo se te apareció con figura de hombre de religión, que te dijo que habías dejado matar a tu hermano y te mintió en esto, pues tu hermano no ha muerto, sino que todavía está vivo, pero te dijo eso porque quería hacerte entender una mentira y llevarte a la desesperación y a la lujuria, y así te habría hecho caer en pecado mortal, con lo que habrías

fracasado en las aventuras del Santo Grial. Ya te he contado ahora quién era el pájaro blanco, quién el negro y quién fue la dama por la que emprendiste la batalla y contra quién fue.

»Ahora es necesario que te cuente el significado de la madera podrida y de las flores. La madera sin fuerza y sin ningún valor simboliza a Lionel, tu hermano, que no tiene en sí ninguna virtud de Nuestro Señor que le mantenga en pie; la podredumbre representa la gran abundancia de pecados mortales que tiene amontonados en sí, y que acrecienta de día en día, y por eso se le llama madera podrida y llena de gusanos. Las dos flores que estaban a la derecha son dos vírgenes: una era el caballero al que heristeis ayer y la otra la doncella a la que rescatasteis; una de las flores se inclinaba hacia la otra, que era el caballero, que quería tener por la fuerza a la doncella y la quería deshonrar y quitarle su blancura, pero el buen hombre las separaba, que es como decir que Nuestro Señor no quería que su blancura se perdiera de ese modo; os llevó allí de tal forma que las separasteis y salvasteis la blancura de ambas; y os decía: "Boores, sería muy loco quien dejara perecer a una de estas flores para acudir a socorrer al madero; cuida si ves tal acontecimiento, no dejes perecer las flores por socorrer la madera podrida." Así te ordenó lo que hiciste, por lo que supo que tenías buena voluntad; visteis a vuestro hermano, al que llevaban dos caballeros, y a la doncella, que era llevada por el caballero. Aquélla os rogó con tanta dulzura, que fuisteis conquistado por la compasión y despreciasteis todo amor natural a cambio del amor a Jesucristo; fuisteis a socorrer a la doncella, dejando arrastrar hacia el peligro a vuestro hermano, pero Aquél, a cuyo servicio estabais, se alegró mucho con vos y produjo tal milagro, por el amor que habíais mostrado al Rey de los Cielos, que cayeron muertos los caballeros que se llevaban a vuestro hermano y él consiguió desatarse, tomó las armas de uno de ellos, montó en un caballo y volvió a entrar en la Búsqueda tras de los demás. De esta aventura sabréis el resultado en breve.

»Viste que de las flores salían hojas y frutos: eso significa que del caballero saldría aún un linaje grande en el que habrá

buenos hombres y verdaderos caballeros que deben ser considerados el fruto; igualmente, saldrá de la doncella, pero si ésta hubiera perdido su honra por un pecado sucio, Nuestro Señor se habría encolerizado y los dos habrían sido castigados con una muerte súbita, perdiendo el cuerpo y el alma; al rescatarla se os debe tener como servidor bueno y leal de Jesucristo y, que Dios me ayude, pues si vos hubierais sido terrenal, no os hubiera sucedido una aventura tan alta como para que pudierais librar a los cristianos de Nuestro Señor y a sus cuerpos de la pena terrena, y al alma de los dolores del infierno. Ya os he contado el significado de las aventuras que os han ocurrido en la Búsqueda del Santo Grial.

–Señor –dice Boores–, tenéis razón. Vos me lo habéis explicado muy bien, de tal forma que seré mejor el resto de los días de mi vida.

–Ahora os ruego –le dice el monje– que pidáis por mí, pues, así me ayude Dios, pienso que os escuchará más fácilmente que a mí.

Boores guarda silencio, como el que está avergonzado de que el abad le tenga por hombre tan santo.

Después de haber hablado un buen rato juntos, Boores se fue de allí y encomendó al abad a Dios. Tras armarse, se puso en camino y cabalgó hasta la tarde; se detuvo para dormir en casa de una viuda que le albergó muy bien. Por la mañana volvió a reemprender el camino y cabalgó hasta un castillo que se llamaba Tubele y que estaba en un valle. Cuando llegó cerca del castillo, encontró un criado que iba muy deprisa hacia un bosque: le salió al encuentro y le preguntó si sabía algunas noticias.

–Sí –dice el criado–, mañana habrá un torneo digno de admirar en este castillo.

–¿De qué gente? –pregunta Boores.

–Del conde de Blan –le contesta– y de la viuda de aquí.

Cuando Boores oye estas noticias decide quedarse, pues sería raro que no viera a alguno de los compañeros de la Búsqueda y podría ser que le dieran noticias de su hermano o que, por azar, su mismo hermano estuviera allí, si es que estaba cerca y tenía salud. Entonces vuelve a una ermita que

había a la entrada de un bosque; cuando llega, se encuentra con su hermano Lionel, que estaba sentado, sin armas a la entrada de la capilla y que se había albergado en aquel lugar para asistir, el día siguiente, al torneo que se iba a celebrar en la pradera. Al ver a su hermano, tiene una alegría tan grande que nadie lo podría contar; salta del caballo a tierra y le dice:

–Buen hermano, ¿cuándo llegasteis aquí?

Cuando Lionel oye estas palabras lo reconoce y, emocionado, le responde:

–Boores, Boores, poco faltó anteayer para que me mataran por vuestra culpa, cuando los dos caballeros me llevaban golpeándome y me dejasteis ir sin ayudarme y acudisteis en auxilio de la doncella que se llevaba otro caballero; me abandonasteis en peligro de muerte: nunca mi hermano hizo una deslealtad tan grande y por esta villanía no os aseguro más que la muerte, pues habéis servido a la muerte; ahora miradme y sabed bien que no podréis esperar de mí más que la muerte en el lugar que os encuentre y tan pronto como esté armado.

Cuando Boores oye estas palabras lo siente mucho, pues su hermano está encolerizado con él; entonces se pone ante él de rodillas, en el suelo, le pide piedad con las manos juntas y le ruega por Dios que le perdone. Él responde que no puede ser, sino que lo matará, si Dios le ayuda, en cuanto lo pueda coger descuidado y no quiere escuchar más. Se mete en la casa de la ermita, donde había dejado sus armas, las toma y se las viste deprisa. Una vez armado, se acerca a su caballo y monta, diciendo a Boores:

–Cuidaos de mí, pues si Dios me ayuda, en cuanto os pueda atacar no haré otra cosa de lo que se debe hacer con felón y desleal, pues ciertamente sois el más felón y el más desleal descendiente del buen rey Boores, que me engendró a mí y a vos. Montad ahora sobre vuestro caballo, que será lo más conveniente, y si no lo hacéis, os mataré así, a pie como estáis, aunque sea en vergüenza mía y desgracia para vos, pero me da igual esta vergüenza, pues prefiero tener un poco de deshonra entre muchas gentes y que vos seáis humillado como debéis.

Cuando Boores ve que está obligado a combatir, no sabe qué hacer, pues de ninguna manera desearía luchar; no obstante,

para estar más seguro, montará sobre el caballo, pero aún intentará otra vez conseguir piedad: se arrodilla en tierra ante los pies del caballo de su hermano y llora amargamente diciendo:

–Por Dios, buen hermano, tened compasión de mí, perdonadme este mal que os he hecho y no me matéis, sino acordaos del gran amor que debe haber entre nosotros dos.

Todo cuanto Boores dice no amansa a Lionel, pues el Enemigo lo había encendido en el deseo de matar a su hermano; Boores permanece de rodillas ante él, clamándole piedad con las manos juntas. Cuando Lionel ve que no conseguirá nada y que no se levantará, pica al caballo, golpeando a Boores con el pecho del animal con tanta fuerza que lo tira al suelo de espaldas y al caer resulta gravemente herido; luego, le pasa por encima del cuerpo con el caballo de forma que le rompe todo. Boores se desmaya por el dolor que siente y cree que va a morir sin confesión. Cuando Lionel lo ha dejado así, que no puede levantarse, descabalga con la intención de cortarle la cabeza.

Desciende y va a quitarle el yelmo de la cabeza, pero entonces llega corriendo el ermitaño: era un hombre muy viejo y anciano, que había oído las palabras que se habían dicho. Al ver que Lionel quiere cortarle la cabeza a Boores, se deja caer sobre éste y dice a Lionel:

–¡Ay, noble caballero!, ten compasión, por Dios, de ti y de tu hermano, pues si lo matas, serás muerto por el pecado y será una calamidad muy grande para él, porque es uno de los mejores hombres del mundo y de los mejores caballeros.

–Así me ayude Dios, señor –contesta Lionel–, que si no os retiráis de él, os mataré y no me preocuparé en absoluto.

–Ciertamente –dice el anciano–, prefiero que me mates a mí a que lo mates a él, pues no será tan gran calamidad mi muerte como la suya y, por eso, prefiero morir a que él muera.

Se tumba a lo largo de él, abrazándole con los hombros; cuando Lionel ve esto, desenvaina la espada y golpea al ermitaño con tanta fuerza que le rompe la nuca por detrás, y cae con las angustias de la muerte.

Después de hacer eso, no se refrena en su cólera, sino que

coge a su hermano por el yelmo, se lo desata para cortarle la cabeza y lo hubiera matado en poco tiempo si por la voluntad de Nuestro Señor no hubiera aparecido Calogrenante, caballero de la casa del rey Arturo y compañero de la Mesa Redonda. Cuando vio al hombre muerto así, se pregunta asombrado qué podría haber ocurrido; entonces mira ante él y ve a Lionel, que quiere matar a su hermano y que ya le ha desatado el yelmo. Reconoce a Boores, al que amaba con gran amor; salta a tierra tomando a Lionel por los hombros y tira de él con tanta fuerza que lo echa atrás y le dice:

–¿Qué es esto? Lionel, ¿estáis loco?, ¿es que queréis matar a vuestro hermano, que es uno de los mejores caballeros que se conocen? Por Dios, no os tolerará esto cualquier buen hombre.

–¿Cómo –pregunta Lionel–, queréis socorrerlo? Si os metéis por medio, lo dejaré y me enzarzaré con vos.

Calogrenante lo mira extrañado y le pregunta:

–¿Cómo? Lionel, ¿es cierto que queréis matarlo?

–Quiero matarlo –le contesta– y lo mataré, pues no lo dejaré ni por vos ni por otro, porque me ha hecho tal daño que se ha merecido la muerte.

Entonces le ataca y le quiere golpear en medio de la cabeza, pero Calogrenante se pone entre los dos y dice que mientras esté él allí no habrá nadie que se atreva a tocarlo, a no ser que se produzca el combate. Cuando Lionel oye estas palabras, toma su escudo y pregunta a Calogrenante quién es; éste le dice su nombre. Lionel lo conoce y le desafía: le ataca con la espada desenvainada y le da un golpe tan grande como puede sacar de su acero; cuando aquél ve que ha llegado al combate, corre a tomar el escudo y saca la espada; era un buen caballero, de gran fuerza, y se defiende con vigor. La pelea dura tanto que Boores se incorporó sentándose tan angustiado que cree no poder tener fuerza si no le ayuda Nuestro Señor. Al ver a Calogrenante que combate con su hermano se siente muy mal, pues si Calogrenante mata a su hermano ante él, nunca más tendrá alegría y si éste da muerte a Calogrenante, la vergüenza será suya, pues sabe bien que la pelea ha comenzado por su culpa y por eso está muy a disgusto; habría ido con agrado a separarlos, si hubiera podido, pero está tan

débil que no tiene fuerzas para defenderse a sí mismo, ni para atacar a otro. Mira hasta que ve a Calogrenante vencido, pues Lionel era de gran valor y muy atrevido; le había roto el escudo y el yelmo, llevándolo a tal extremo que ya no esperaba más que la muerte, pues había perdido tanta sangre que era maravilla cómo podía mantenerse aún en pie. Cuando se ve caído, con miedo de morir, mira a Boores, que se había incorporado, sentándose, y le dice:

–¡Ay, Boores!, venid a ayudarme y a apartarme del peligro de muerte en el que he caído por socorreros; estoy más cerca de la muerte que vos hace un momento; ciertamente, si muero, todo el mundo os debería humillar por ello.

–En verdad –dice Lionel–, si no os ayuda, moriréis en esta empresa y nadie os podría ser garante para que yo no os matara a ambos con esta espada.

Cuando Boores oye esto, no se siente firme, pues sabe que Calogrenante moriría y él estaría en peligro de muerte. Se esfuerza hasta conseguir ponerse en pie y se acerca a su yelmo; se lo coloca en la cabeza y al ver al ermitaño muerto tiene un gran dolor y ruega a Nuestro Señor que tenga piedad de él, pues por tan poca cosa no debía morir ningún otro buen hombre. Calogrenante le grita:

–¡Ay, Boores!, ¿me dejaréis morir? Si os agrada que yo muera, la muerte me placerá mucho, pues no podría dar la vida por un hombre mejor.

Entonces le golpea Lionel con la espada y le hace volar el yelmo de la cabeza. Cuando se nota la cabeza desnuda y descubierta, ve que no puede escapar y dice:

–¡Ay, buen Padre Jesucristo!, que permitisteis que yo entrara en vuestro servicio no tan dignamente como debía, ten piedad de mi alma, de tal forma que el dolor que mi cuerpo tenga sirva para mi bien y como limosna, y que sea penitencia y alivio para mi alma.

Mientras decía estas palabras, Lionel le golpea con tanta fuerza que cae muerto a tierra y el cuerpo queda tendido por la angustia que siente.

Después de matar a Calogrenante, no quiere entretenerse más allí, sino que corre hacia su hermano y le da tal golpe que

le hace temblar. Éste, en quien la humildad estaba arraigada con tanta naturaleza, le ruega por Dios que cese esta batalla, «pues si sucede, buen hermano, que yo os mate o vos a mí, quedaremos en pecado mortal».

–Que no me ayude Dios –dice Lionel–, si tengo compasión de vos y no os doy muerte si puedo venceros, pues para nada valdréis si sigo vivo.

Entonces saca Boores la espada y dice llorando:

–Buen Padre Jesucristo, no me sea tomado como pecado si defiendo mi vida contra mi hermano.

Levanta la espada y, cuando iba a golpear, oye una voz que le dice:

–Huye, Boores, no lo toques, pues lo matarías.

Entonces descendió entre los dos un brazo de fuego, semejante a un rayo: venía del cielo y de él salía una llama tan admirable y ardiente que los dos escudos se quemaron y ellos dos quedaron espantados, de tal forma que cayeron ambos a tierra y estuvieron un gran rato sin conocimiento. Cuando se volvieron a levantar, se miraron duramente y pudieron apreciar que la tierra estaba roja entre ellos dos por el fuego que había habido; pero al ver Boores que su hermano no tiene ningún daño, tiende las manos hacia el cielo y da gracias a Dios de buen corazón; entonces oye una voz que le dice:

–Boores, levántate y vete y no sigas más en compañía de tu hermano; camina hacia el mar sin detenerte en ningún lugar hasta que llegues allí, pues Perceval te está esperando.

Al oír estas palabras, se arrodilla, tiende sus manos hacia el cielo y exclama:

–Padre del Cielo, bendito seas tú que te dignas llamarme a tu servicio.

Entonces se acerca a Lionel, que todavía estaba aturdido, y le dice:

–Buen hermano, mal os habéis portado con este caballero, compañero nuestro, al que habéis dado muerte, y con este ermitaño. Por Dios, no os mováis de aquí hasta que los cuerpos sean enterrados y que se les haya hecho un honor tan grande como les corresponde.

–Y vos ¿qué haréis? –preguntó Lionel–. ¿Os esperaré aquí

hasta que estén enterrados?

–No –dice Boores–, me iré al mar, donde me está esperando Perceval, tal como la voz divina me ha dado a entender.

Entonces se va de allí y se pone en marcha por el camino que lleva hacia el mar. Cabalga hasta llegar a una abadía que estaba junto al mar; aquella noche se quedó a dormir allí y, cuando se durmió, vino una voz a decirle: «Boores, levántate y vete a la orilla del mar, donde Perceval te está esperando.» Cuando oye estas palabras, salta y se hace el signo de la cruz en medio de la frente; ruega a Nuestro Señor que le conduzca, va a donde están sus armas, las toma y se las viste; después, se acerca a su caballo, le coloca la silla y el freno y, cuando ya está preparado, para que no sepan los de dentro que se va a tal hora, busca un sitio por donde salir, hasta que encuentra el muro roto por la parte de atrás, y allí había un buen camino; se acerca a su caballo, monta y va a la brecha del muro, atravesándola, y se aleja del lugar sin que nadie se dé cuenta; cabalga hasta llegar al mar y encuentra una nave en la orilla, cubierta de jamete blanco; desciende y penetra en ella, encomendándose a Jesucristo; tan pronto como ha entrado, ve que la nave se aleja de la orilla y que el viento sopla sobre la vela, llevando a la nave a gran velocidad, que parece que va volando por encima de las olas. Al ver que ha perdido su caballo, entra y se resigna. Mira la nave, pero no ve nada, pues la noche era negra y oscura y por eso no podía ver bien; se acerca a la borda del barco y se acoda allí, rogando a Jesucristo que le conduzca a un lugar donde su alma pueda estar a salvo; después de hacer su oración, se duerme hasta el día siguiente.

Al despertarse, mira por la nave y ve un caballero armado con todas sus armas, excepto el yelmo, que estaba ante él; después de mirarlo un momento reconoce que es Perceval el Galés: corre a abrazarlo y a alegrarse con él, que se asombra de verlo ante sí, pues no sabe cómo ha podido llegar. Le pregunta quién es:

–¿Cómo –dice Boores–, no me conocéis?

–Ciertamente –responde Perceval–, no; estoy admirado de cómo habéis venido aquí, si es que no os trajo Nuestro Señor

mismo.

Boores comienza a sonreír por estas palabras y se quita el yelmo; entonces lo reconoce Perceval: no sería fácil contar la alegría que tuvieron los dos. Boores comienza a contarle cómo llegó a la nave y por qué consejo. Perceval le cuenta las aventuras que le habían ocurrido en la roca en la que había estado, allí donde el Enemigo se le apareció con forma de mujer y le llevó a pecar mortalmente; así están los dos amigos juntos, tal como Nuestro Señor les había preparado, a la espera de las aventuras que Nuestro Señor les quiera enviar. Avanzan por el mar, hacia atrás, hacia adelante, tal como el viento les lleva, mientras que hablan de muchas cosas, reconfortándose el uno con el otro. Perceval dice que ahora sólo falta Galaz para que se cumpla la promesa, y entonces le cuenta a Boores lo que le había sido prometido. Pero aquí deja la historia de hablar de ellos y vuelve al Buen Caballero.

X

Cuenta ahora la historia que cuando el Buen Caballero se separó de Perceval, después de haberle protegido de los veinte caballeros que le atacaron, tomó el gran camino del Bosque Devastado y erró muchas jornadas, ora hacia adelante, ora hacia atrás, tal como le llevaba la ventura, y encontró muchas aventuras a las que dio fin, de las que la historia no hace ninguna mención, porque habría sido demasiado si quisiera contar cada una. Después de que el Buen Caballero cabalgó durante mucho tiempo por el reino de Logres, por todos los lugares donde había oído decir que había aventuras, se alejó y cabalgó hacia el mar, tal como le vino en voluntad y sucedió que pasó ante un castillo, en el que se iba a celebrar un torneo digno de admiración; había tanta gente fuera, que los de dentro se daban a la fuga, pues los extraños eran más y mejores caballeros.

Cuando Galaz vio que los de dentro se encontraban así de mal y que los matarían a la entrada del castillo, se volvió hacia ellos, dispuesto a ayudarles; bajó la lanza y picó el caballo con las espuelas; golpea al primero que encuentra con tanta fuerza

que le hace caer a tierra y la lanza vuela en trozos; toma la espada con la mano, como el que bien sabe valerse, y golpea allí donde ve la mayor aglomeración y comienza a abatir caballeros y caballos y a hacer tales maravillas de armas que todos los que lo vieron lo consideraron hombre valiente. Galván y Héctor, que habían venido juntos al torneo, ayudaban a los de fuera, pero tan pronto como vieron el escudo blanco y la cruz bermeja se exclamaron:

–He ahí al Buen Caballero; será loco el que espere ahora, pues contra su espada no resiste ninguna armadura.

Mientras se hablaban así, llegó Galaz y dirigiéndose hacia Galván, tal como la ventura le llevaba, le golpea con tanta fuerza que le hiende el yelmo y la cofia de hierro y Galván, que piensa estar muerto por el golpe que ha recibido, vuela fuera del arzón; Galaz, que no puede retener su golpe, alcanza al caballo por delante del arzón y lo parte a la altura de los hombros, cayendo muerto sobre Galván.

Cuando Héctor vio a Galván a pie, retrocedió, porque se dio cuenta de que no tendría sentido esperar a aquel que sabe dar tales golpes y porque debe protegerlo y amarlo como a su sobrino.

Galaz sube y baja, y hace tantas hazañas en tan poco tiempo que los de dentro se recobran, pues estaban desconsolados; y no cesan de golpear y de derribar hasta que los de fuera son reducidos a escasa fuerza y huyen a donde piensan tener protección y él los persigue un gran rato y cuando ve que no volverán, se va tan silenciosamente que nadie sabe por dónde se ha ido, llevándose el premio de las dos partes y el galardón del torneo. Galván, que estaba angustiado por el golpe que se le había dado, y creyendo que no podría escapar, dice a Héctor, que está ante él:

–Por mi cabeza, ahora resultan ciertas las palabras que se me dijeron anteayer, el día de Pentecostés, cuando tomé la espada del escalón: que de ella recibiría tal golpe, antes de que hubiera pasado un año, que preferiría ser herido por un castillo; por mi cabeza, es ésta la espada, la del caballero que me ha herido y se puede decir que ha sucedido todo como fue prometido.

–Señor –pregunta Héctor–, ¿os ha herido entonces el Caballero tal como decís?

–Ciertamente –responde Galván–, sí; de tal forma que no puedo escapar sin peligro, si Dios no me ayuda.

–Y ¿qué podremos hacer, pues? –pregunta Héctor–. Ahora pienso que nuestra búsqueda ha terminado, pues vos estáis herido.

–Señor –responde–, la vuestra no ha terminado, la mía sí; pero os seguiré tanto tiempo como le guste a Dios que os siga.

Mientras hablaban así, se reunieron los caballeros del castillo y cuando reconocieron a Galván y supieron que estaba herido, se lamentaron mucho la mayoría de ellos, pues sin lugar a dudas era el hombre del mundo más amado por las gentes de otros lugares; lo tomaron, llevándolo al castillo, donde lo desarmaron y lo acostaron en una habitación tranquila y apacible, lejos de la gente; después, mandaron venir un médico, le hacen ver la herida y le preguntan si sanará; él les asegura que en un mes lo devolverá sano y salvo, de tal forma que podrá cabalgar y llevar armas; aquéllos prometen darle, si lo hace así, tal riqueza que será opulento el resto de su vida; él responde que estén completamente seguros, pues lo hará tal como ha dicho. De este modo queda Galván allí dentro y Héctor con él, que no quiere irse antes de que sane.

El Buen Caballero cabalgó sin detenerse, después de abandonar el torneo, tal como le llevaba la ventura, hasta que le llegó la noche a dos leguas de Corbenic y le anocheció ante una ermita; al ver que la oscuridad le había llegado, descabalga y llama a la puerta de la ermita hasta que le abren; cuando el ermitaño ve que era un caballero andante, le dice que sea bienvenido; mientras va a encerrar el caballo, le hace quitar las armas; una vez desarmado, manda que le den de comer, por caridad, como Dios le había dado a él. El Buen Caballero lo recibe con gusto, pues no había comido en todo el día y después de comer se quedó dormido sobre un fajo de hierba que había allí dentro.

Cuando estuvieron acostados, llegó una doncella, que tocó a la puerta y llamó a Galaz; el ermitaño se acercó a la puerta y

pregunta que quién es el que quiere entrar a tal hora.

–Señor Ulfino –contesta ella–, soy una doncella que quiere hablar con el caballero que hay aquí dentro, pues tengo mucha necesidad de él.

El ermitaño lo despierta y le dice:

–Señor caballero, una doncella quiere hablar con vos; está ahí fuera y tiene una gran necesidad de vos, según me parece.

Galaz se levanta entonces, se acerca a ella y le pregunta qué quiere.

–Galaz –le dice–, quiero que os arméis y montéis en vuestro caballo y me sigáis; os digo que os mostraré la más alta aventura que ningún caballero vio jamás.

Cuando Galaz oye estas noticias, va a sus armas, las toma y se las pone; después de ensillar a su caballo, monta y encomienda al ermitaño a Dios, y le dice a la doncella:

–Ahora podéis ir allí donde os guste, pues os seguiré a cualquier lugar que vayáis.

Aquélla se va tan deprisa como puede ir su palafrén y él la sigue inmediatamente. Cabalgaron sin detenerse hasta que empezó a amanecer, y cuando el día ya era bello y claro, entran en un bosque que llegaba hasta el mar y que se llamaba Celibe; cabalgaron por el gran camino todo el día de tal forma que no bebieron ni comieron.

Por la tarde, después de vísperas, llegaron a un castillo, que estaba en un valle, muy bien abastecido de todo, rodeado por un río y buenos muros, grandes y fuertes, y con fosos altos y profundos; la doncella continuó adelante y entró en el castillo, y Galaz tras ella. Cuando los de dentro la vieron, comenzaron a decir:

–Sed bienvenida, señora.

La reciben con gran alegría, como si fuera su señora, y ella les pide que hagan fiesta al caballero, pues es el mejor hombre que nunca llevó armas. Entonces corren a desarmarlo, tan pronto como le hicieron descabalgar; él le pregunta a la doncella:

–Señora, ¿nos quedaremos aquí?

–No –le contesta–; en cuanto hayamos comido y dormido un poco, nos iremos.

Después se sientan a comer y, luego, fueron a dormir; nada más llegarle el primer sueño, la doncella llamó a Galaz y le dijo:

–Señor, levantaos.

Éste se levanta; los de dentro traen cirios y antorchas para que vea lo suficiente como para armarse y monta en su caballo. La dama toma un cofre muy hermoso y muy rico, y lo coloca ante sí una vez que se encuentra sobre el caballo.

Entonces se alejan del castillo y se van muy deprisa; cabalgan aquella noche un buen trecho y vagaron tanto que llegaron al mar. Allí encontraron la nave en la que estaban Boores y Perceval, que esperaban apoyados en la borda y no dormían, sino que gritaron de lejos a Galaz:

–Señor, sed bienvenido; os hemos esperado tanto que ahora os tenemos, gracias a Dios. Avanzad, pues ya es hora de ir a la alta aventura que Dios nos ha preparado.

Cuando él los oye, les pregunta quiénes son y por qué dicen que han esperado tanto, y a la vez pregunta a la doncella si ella descabalgará.

–Señor –le contesta–, sí; dejad aquí vuestro caballo, pues yo dejaré el mío también.

Él descabalga, quita a su caballo y al palafrén de la doncella la silla y el freno; hace el signo de la cruz en su frente y se encomienda a Nuestro Señor; entra en la nave, seguido por la joven. Los dos compañeros lo reciben con una alegría tan grande y con tan gran fiesta como no pueden hacerla mayor; la nave comienza a ir muy deprisa, por medio del mar, pues el viento le daba de lleno, y navegan tanto en tan poco tiempo que no vieron más tierra, ni lejos ni cerca, y entonces amaneció. Se reconocieron y lloraron los tres por la alegría que tienen de haberse encontrado.

Entonces Boores se quitó el yelmo; Galaz hizo lo mismo y se desciñó la espada, pero no quiso quitarse la loriga y cuando ve que la nave es tan bella por fuera y por dentro, pregunta a los dos compañeros si saben de dónde llegó tan hermosa nave. Boores dice que no sabe nada; Perceval le cuenta lo que sabe y le cuenta todo tal como le había sucedido en la roca y cómo el buen hombre, que le pareció sacerdote, le había hecho entrar

en ella.

–Y me dijo –añade– que no tardaría mucho en teneros en mi compañía, pero de esta doncella no me dijo nada.

–Por mi fe –dijo Galaz–, no habría venido a esta parte, sabiéndolo, si ella no me hubiera traído, por lo que se puede decir que he venido más por ella que por mí, pues yo no habría tomado nunca este camino; de vosotros, compañeros, pensaba que no volvería a oír hablar en un sitio tan extraño como es éste.

Y empezaron a reírse.

Entonces se cuentan las aventuras y Boores dice a Galaz:

–Señor, si Lanzarote vuestro padre estuviera ahora aquí, creo que no nos faltaría nada.

Éste respondió que no podía ser, pues Dios no lo había querido.

Con tales palabras erraron hasta la hora de nona y entonces debían estar alejados del reino de Logres, pues la nave había corrido, durante toda la noche y durante todo el día, a vela tendida. Llegaron a una isla salvaje que estaba oculta entre dos rocas y su situación era digna de admirar, pues estaba sin duda en un pequeño golfo en el mar. Cuando llegaron allí, vieron ante ellos una nave junto a una roca, a la que no podían llegar si no iban a pie.

–Buenos señores –dice la doncella–, en esta nave está la aventura por la que Nuestro Señor os ha reunido; tenéis que salir de aquí y entrar en ella.

Le responden que así lo harán con gusto; salen fuera y toman a la doncella, sacándola; después atan la nave para que las olas no la alejen y cuando están sobre la roca, van uno tras otro hacia la nave; al llegar a ella, la encuentran mucho más rica que la que habían dejado, pero les asombra mucho no ver hombre ni mujer dentro. Se acercan más para ver algo, miran por la borda de la nave y ven letras escritas en caldeo que contenían palabras espantosas y temibles a todos aquellos que quisiesen entrar en ella y que decían de tal manera:

«OYE TÚ, HOMBRE QUE QUIERES ENTRAR DENTRO DE MÍ, QUIENQUIERA QUE SEAS, MIRA BIEN SI ESTÁS LLENO DE FE, PUES YO NO SOY MÁS QUE FE Y POR ESO MIRA BIEN ANTES DE ENTRAR QUE NO TENGAS MANCHAS, PUES YO SÓLO SOY FE Y CREENCIA, Y TAN PRONTO

COMO FALTES A LA CREENCIA, YO TE FALTARÉ, DE TAL FORMA QUE NO TENDRÁS NI SUSTENTO NI AYUDA MÍA, SINO QUE TE ABANDONARÉ EN CUALQUIER LUGAR QUE SEAS ASALTADO POR LA FALTA DE FE Y YA NO VOLVERÁS A TENERLA.»

Tras leer el texto, se miran unos a otros y entonces dice la doncella a Perceval:

–¿Sabéis quién soy?

–Ciertamente –le contesta–, no; que yo sepa, nunca os vi.

–Sabed –le dice– que soy vuestra hermana, hija del rey Pelés, y ¿sabéis por qué me he dado a conocer a vos? Para que me creáis más en lo que os voy a decir. En primer lugar –continúa– os digo como a lo que más amo, que si no creéis perfectamente en Jesucristo, no debéis entrar de ninguna forma en esta nave, pues tened por seguro que pereceríais, porque la nave es una cosa tan elevada que nunca puede permanecer en ella nadie que esté manchado por malos vicios sin correr peligro.

Cuando Perceval oye esto, la mira y la contempla, hasta que se da cuenta de que es su hermana y entonces le manifiesta una gran alegría y le dice:

–Ciertamente, bella hermana, entraré, y ¿sabéis por qué? Porque si yo fuera mal creyente, moriría en ella como desleal, pero estoy lleno de fe y tal como caballero debe estar, de forma que estaré a salvo.

–Entrad, pues dentro –le contesta–. Nuestro Señor seguramente os servirá de fiador y de defensa.

Mientras decía esto, Galaz, que estaba delante, levanta la mano, se persigna y entra; una vez dentro, comienza a mirar a todas partes; la doncella entra detrás de él y se persigna al entrar. Cuando los otros ven esto, no se demoran más, sino que entran también y, después de mirar bien por todos los lados, dicen que no pensaban que en el mar ni en la tierra hubiera ninguna nave tan hermosa y tan rica como aquélla les parecía. Cuando han buscado por todo, miran en el casco de la nave y ven una tela muy rica, extendida en forma de cortina, y detrás de ella, una hermosa cama grande y rica.

Galaz se acerca a la tela, la levanta y mira debajo, viendo la más hermosa cama que nunca vio, pues era grande y rica, y tenía en la cabecera una corona de oro muy rica y en los pies

una espada muy hermosa y muy resplandeciente, que estaba atravesada sobre la cama, desenvainada casi medio pie.

Aquella espada tenía muchas peculiaridades, pues la cruz era de una piedra que tenía en sí misma todos los colores que se puedan encontrar en la tierra y poseía, además, otras características que valían todavía más, pues cada uno de los colores tenía en sí una virtud; cuenta la historia que, además, el puño tenía dos costillas y las dos eran de sendos animales, pues la primera era de una especie de serpiente que habita en Caledonia, más que en ninguna otra tierra, y que es llamada allí serpiente papaluste; esta serpiente tiene la virtud que si alguien consigue una de sus costillas o alguno de sus huesos no debe temer sentir demasiado calor; de tal manera y de tal fuerza era la primera de las costillas, y la otra era de un pez, que no es demasiado grande, que habita en el río Éufrates y en ningún otro río, y que es llamado «ortanax»; sus costillas tienen tal propiedad que, si uno consigue alguna, durante el tiempo que la tenga no se acordará de alegría ni de dolor que haya tenido, sino solamente del motivo por el que la había tomado y cuando la haya soltado volverá a acordarse de todo lo que acostumbraba, como hombre normal. Tal virtud tenían las dos costillas que había en el puño y que estaban cubiertas por una tela bermeja muy rica, llena de letras que decían:

«YO SOY UNA COSA ADMIRABLE DE VER Y RECONOCER, PUES NADIE ME PUDO EMPUÑAR, AUNQUE TUVIERA LA MANO GRANDE, Y NO LO HARÁ SINO SOLAMENTE UNO Y ÉSE PASARÁ, EN SU OFICIO, POR DELANTE DE TODOS LOS DEMÁS QUE HAYA HABIDO Y QUE VENDRÁN DESPUÉS.»

Así decían las letras de la empuñadura y tan pronto como aquéllos las leyeron, que sabían bastante de letras, se miran unos a otros y se dicen:

–Por nuestra fe, éstas son cosas admirables.

–En nombre de Dios –dice Perceval– intentaré empuñar esta espada.

Coge la espada, pero no puede empuñarla.

–A fe mía –añade–, ahora me doy cuenta de que estas letras dicen la verdad.

Entonces Boores intenta tomarla, pero no puede hacer nada que valga y, al ver esto, le dicen a Galaz:

–Señor, intentad con esta espada, pues sabemos bien que

vos llevaréis a cabo esta aventura en la que nosotros hemos fracasado.

Él contesta que no lo intentará, «pues veo –dice– que son mayores maravillas de las que yo nunca vi»; entonces mira la hoja de la espada que estaba un poco fuera de la vaina, como habéis oído, y aprecia otras letras, rojas como la sangre, que dicen:

«QUE NO SEA NADIE TAN ATREVIDO COMO PARA SACARME DE LA VAINA SI NO ES PARA OBRAR MEJOR QUE CUALQUIER OTRO Y CON MÁS ATREVIMIENTO. QUIEN ME SAQUE DE OTRA FORMA, SEPA BIEN QUE MORIRÁ O SERÁ HERIDO Y ESTA COSA HA SIDO PROBADA YA ALGUNA VEZ.»

Cuando Galaz ve esto dice:

–Por mi fe, quería sacar esta espada, pero ya que la prohibición es tan grande, no la tocaré.

Otro tanto afirman Perceval y Boores.

–Buenos señores –dice la doncella–, sabed que el sacarla está prohibido a todos, excepto a uno, y os diré cómo llegó no hace mucho tiempo.

»Es cierto –comienza la doncella– que esta nave llegó al reino de Logres y, en aquel tiempo, había una guerra mortal entre el rey Lambar, que fue padre del rey que se llamaba el Rey Tullido, y el rey Varlán, que había sido sarraceno durante toda su vida, pero que entonces acababa de ser cristianizado, de tal forma que se le tenía por uno de los mejores hombres del mundo. Un día, el rey Lambar y Varlán habían reunido sus huestes a la orilla del mar, donde había llegado la nave, y el rey Varlán fue derrotado. Cuando se vio vencido y sus hombres muertos, tuvo miedo de morir y entonces se acercó a la nave, que acababa de llegar, y saltó dentro; al encontrar esta espada, la sacó de la funda y salió fuera; encontró al rey Lambar, que era el hombre del mundo de los cristianos que tenía la mayor fe y la más grande creencia y en quien Nuestro Señor tenía una gran parte. Cuando el rey Varlán vio al rey Lambar, blandió la espada en alto y le dio un golpe encima del yelmo tan fuerte que lo hendió a él y al caballo hasta el suelo; tal fue el primer golpe que se dio con esta espada en el reino de Logres y como consecuencia vino tal pestilencia y tan gran persecución en los dos reinos, que las tierras no devolvieron a los labradores sus

trabajos, pues no volvió a crecer el trigo ni ninguna otra cosa, ni los árboles trajeron frutos, ni los ríos dieron peces a no ser pequeños y por esto se ha llamado a la tierra de los dos reinos la Tierra Gasta o Devastada, porque había sido devastada por los dolorosos golpes.

»Cuando el rey Varlán vio la espada tan bien cortante, decidió volver para tomar la vaina: entonces regresó a la nave y entró en ella, colocando la espada en su funda; y tan pronto como hizo esto, cayó muerto ante esta cama y así fue probada la espada, que quien la sacara, moriría o sería herido. Se colocó el cuerpo del rey ante esta cama, hasta que una doncella lo echó fuera, pues no había allí hombre tan atrevido que osara entrar dentro de la nave, por la prohibición que expresaban las letras de la borda.

–Por mi fe –dice Galaz–, aquí oigo una hermosa aventura y creo que bien sucedió así, pues no dudo que esta espada sea bastante más maravillosa que cualquier otra.

Entonces avanza para sacarla.

–¡Ay, Galaz! –dice la doncella–, aguantad aún un poco, hasta que hayamos visto bien las maravillas que hay en ella.

Éste la deja y empiezan a mirar la vaina, pero no saben de qué puede estar hecha, a no ser de cuero de serpiente, pero, sin embargo, ven que es bermeja, como los pétalos de la rosa, y tenía encima letras escritas, doradas unas y azules las otras. Cuando vieron el tahalí de la espada, no hubo nadie que no se maravillara más que hasta ahora, pues veían que no correspondía a un acero tan rico como era aquél, ya que sus correas eran de una materia tan vil y tan pobre como es la estopa de cáñamo y eran tan débiles, a lo que parecía, que daba la impresión de que no pudieran sostener la espada durante una hora sin romperse; las letras que había sobre la vaina decían:

«EL QUE ME LLEVE DEBE SER MUCHO MÁS NOBLE Y MÁS SEGURO QUE NINGÚN OTRO, Y ME LLEVARÁ TAN LIMPIAMENTE COMO ME DEBE LLEVAR, PUES NO DEBO ENTRAR EN NINGÚN LUGAR DONDE HAYA SUCIEDAD NI PECADO Y EL QUE ME META EN ÉL, DEBE SABER QUE SERA ÉL EL PRIMERO QUE SE ARREPIENTA, PERO SI ME GUARDA LIMPIAMENTE, PODRÁ IR SIEMPRE SEGURO, PUES EL CUERPO A CUYO COSTADO YO CUELGUE, NO PODRÁ SER AFRENTADO EN LUGAR ALGUNO MIENTRAS CIÑA ESTE TAHALÍ DEL QUE CUELGO, QUE NO HAYA NADIE TAN

ATREVIDO QUE QUITE ESTE TAHALÍ POR NADA, PUES NO ESTÁ PERMITIDO HACERLO A NINGÚN HOMBRE QUE SEA AHORA, NI QUE VENGA, PUES NO DEBE SER SUSTITUIDO SINO POR MANO DE MUJER Y DE HIJA DE REY Y DE REINA Y HARÁ TAL CAMBIO QUE PONDRÁ LO QUE MÁS LE GUSTE Y LO PONDRÁ EN LUGAR DE ESTE TAHALÍ Y CONVIENE QUE LA DONCELLA PERMANEZCA DURANTE TODA SU VIDA DONCELLA POR SU VOLUNTAD Y POR SU OBRA Y SI SUCEDE QUE ELLA INFRINGE SU VIRGINIDAD, QUE ESTÉ SEGURA DE QUE MORIRÁ CON LA MUERTE MÁS VIL QUE NINGUNA MUJER PUEDA TENER Y AQUELLA DONCELLA LLAMARÁ A ESTA ESPADA POR SU NOMBRE JUSTO Y A MÍ POR EL MÍO Y ANTES NO HABRÁ NADIE QUE NOS SEPA NOMBRAR POR NUESTROS NOMBRES CORRECTOS.»

Cuando hubieron leído estas letras comenzaron a reír y dijeron que eran unas cosas admirables de ver y de oír.

–Señores –dice Perceval–, volved esta espada y veremos qué hay al otro lado.

La vuelve hacia el otro lado y cuando la hubo vuelto, vieron que estaba roja como la sangre en la otra parte y que había letras que decían:

«EL QUE ME TOME RECIBIRÁ MAYOR AFRENTA DE LO QUE PUEDA CREER EN EL MOMENTO QUE MÁS ME NECESITE, Y AL QUE YO DEBERÍA SERLE MÁS AGRADABLE, LE SERÉ MÁS TRAIDORA. ESTO SÓLO SUCEDERÁ UNA VEZ, PUES ASÍ CONVIENE QUE SEA A LA FUERZA.»

Tales palabras decían las letras que estaban a este lado y, cuando lo vieron, se admiran más que antes.

–En nombre de Dios –dice Perceval a Galaz– yo quería deciros que tomaseis esta espada, pero ya que estas letras dicen que faltará en la gran necesidad y que será traidora allí donde deba ser fiel, no os pediré que la toméis, pues os podría afrentar en un golpe y sería una gran calamidad.

Cuando la doncella oye estas palabras, le dice a Perceval:

–Buen hermano, estas dos cosas ya han sucedido y os diré cuándo fue, y a qué gente le ocurrieron, por lo cual, nadie que sea digno debe tener miedo a empuñar esta espada.

»Sucedió en cierto tiempo, cuarenta años después de la pasión de Jesucristo, que Nascián, el cuñado del rey Mordraín, por orden de Nuestro Señor, fue llevado en una nube a una distancia de más de catorce jornadas de su país, a una isla, hacia occidente; aquella isla se llamaba la Isla Torneante. Cuando llegó allí, encontró esta nave a la entrada de una roca; se metió en ella y halló esta cama y esta espada, tal como la

veis ahora; la miró un gran rato, deseando tanto tenerla, que fue maravilla y sin embargo, no tuvo la osadía de sacarla; así, cayó en el deseo y en la envidia de tenerla y permaneció ocho días en la nave sin beber y sin comer, sino un poco; el noveno día, un viento grande y digno de admiración le tomó y le hizo partir de la Isla Torneante y lo llevó a una isla de occidente, muy lejos de allí; llegó ante otra roca. Cuando desembarcó, se encontró con un gigante, el mayor y el más admirable del mundo, que le gritó que se diera por muerto; él temió morir cuando vio a aquel diablo que corría hacia él; miró a su alrededor, pero no vio nada que le pudiera proteger; entonces corrió a la espada temiendo morir y, obligado, la sacó de la vaina; cuando la vio desnuda, la apreció más que nada; entonces empezó a levantarla, pero al primer golpe esta espada se rompió por medio; él dijo que la cosa que más había apreciado en el mundo era la que más debía despreciar, y con razón, porque le había fallado en una gran necesidad.

»Entonces colocó las piezas de la espada sobre la cama y salió fuera de la nave para combatir al gigante y lo mató; después regresó a la nave, y cuando el viento volvió a golpear en la vela, erró por medio del mar, hasta que encontró otra nave, que era del rey Mordraín, que había luchado mucho, atacado por el Enemigo, en la roca del Puerto Peligroso. Cuando se vieron, se manifestaron una gran alegría, pues se amaban con un gran amor; se preguntaron cómo estaban y las aventuras que les habían ocurrido y Nascián dijo:

»–Señor, no sé qué me diréis de las aventuras del mundo, pero ya que no me habéis visto os digo que me sucedió una de las aventuras del mundo más maravillosas que nunca le han sucedido a hombre, que yo sepa.

»Entonces le cuenta cómo le había ocurrido con la rica espada y cómo se le había roto en el momento de mayor necesidad, cuando pensaba matar al gigante.

»–Por mi fe –le dice–, son nuevas admirables, y ¿qué hicisteis con la espada?

»–Señor –responde Nascián–, la puse en el lugar de donde la tomé y la podéis venir a ver, si queréis, pues está aquí dentro.

»Entonces se alejó el rey Mordraín de su nave y entró en la

de Nascián y se acercó a la cama; cuando vio los trozos de la espada, que estaban rotos, la apreció más que nadie que la hubiera visto nunca, y dijo que aquella ruptura no había ocurrido por mala calidad de la espada, ni por defecto, sino por otro motivo, por algún pecado de Nascián. Tomó los dos trozos y los colocó juntos y tan pronto como los dos aceros se pusieron en contacto, la espada se volvió a soldar con tanta rapidez como se había roto. Cuando Nascián vio esto, comenzó a sonreír y dijo:

»–Por Dios, es maravilloso que las virtudes de Jesucristo suelden y rompan más rápidamente de lo que se podría pensar.

»Volvió a colocar la espada en la vaina y la tendió donde la veis ahora; entonces oyeron una voz que les dijo:

»–¡No! Salid fuera de esta nave y entrad en la otra, pues por poco que caigáis en pecado, o si estáis en pecado mientras estéis en la nave, no podréis escapar sin perecer.

»Abandonaron la nave y entraron en la otra; cuando Nascián estaba pasando de una a otra, fue golpeado en medio de la espalda por una espada, con tanta fuerza, que cayó hacia atrás en la nave y al caer exclamó:

»–¡Ay, Dios, cómo he sido herido!

»Entonces oyó una voz que le decía:

»–Es por lo que habéis hecho mal con esa espada que sacaste, pues tú no debías hacerlo, ya que no eras digno; otra vez procura no ir en contra de tu Creador.

»Y tal como os he contado se cumplieron estas palabras que están escritas aquí: "AQUEL QUE ME APRECIE, LA ENCONTRARÁ MÁS DIGNA DE DESPRECIO EN LA MAYOR NECESIDAD", pues el que más apreció esta espada en el mundo fue Nascián y ella le falló en el momento de mayor necesidad, como ya os he contado.

–En nombre de Dios –dice Galaz–, con esto nos habéis hecho muy sabios, pero decidnos cómo sucedió lo otro.

–Con gusto lo haré –respondió la doncella.

»El rey Varlán, que se llama Rey Tullido, mientras que pudo cabalgar honró mucho a la Santa Cristiandad y protegió a los pobres más que nadie sabe y fue de tan buena vida que no se encontraría a nadie semejante en la cristiandad, pero un día estaba cazando en un bosque suyo que llegaba hasta el mar y

perdió los perros, a los cazadores y a todos sus caballeros, menos a uno solo, que era primo hermano suyo; cuando vio que había perdido todo su séquito, no supo qué hacer, pues se veía tan metido en el bosque que no sabía cómo salir, ya que desconocía el camino; entonces él y su caballero tomaron un camino y erraron hasta que llegaron a la orilla del mar, hacia la parte de Irlanda. Cuando llegó allí, encontró esta nave en la que estamos ahora, se acercó a la borda y halló las letras que habéis visto. Al verlas, no retrocedió como si se sintiera temeroso hacia Dios por todas las bondades que caballero terreno podía tener; entró en la nave solo, pues el caballero que le acompañaba no tuvo el atrevimiento de entrar, y cuando encontró esta espada, la sacó de la vaina tal como habéis podido apreciar, pues antes no se veía nada de la hoja, y la desenvainó sin tardar; pero entonces entró allí una lanza con la que fue golpeado entre los dos muslos con tanta fuerza que quedó tullido, tal como se ve aún y, desde aquel momento, no pudo sanar y no lo hará antes de que vayáis a verlo. Así fue herido por la osadía que tuvo; y por esta venganza se dice que fue más traidora cuando debía ser más fiel, pues era el mejor caballero y el más noble que entonces había.

–En nombre de Dios, doncella –le dicen–, nos habéis contado tantas cosas que vemos ahora que no se debe dejar de tomar la espada por esas letras.

Miran entonces la cama y ven que es de madera, sin colchón. En medio, por delante, tenía una tabla vertical clavada a las demás tablas y que era de la longitud de la cama. Por la parte de atrás había otra, frente a la primera, mucho más recta; de una de las tablas verticales a la otra había tanto espacio como la cama tenía de lado a lado; por encima de éstas había otra, cuadrada, que estaba clavada en las dos; la que estaba clavada por delante era más blanca que nieve recién caída y la de atrás era tan roja como gotas de sangre bermeja; la que iba por encima de las dos era tan verde como la esmeralda: de estos tres colores eran las tres tablas que había por encima de la cama y sabed, verdaderamente, que eran sus colores naturales, sin pintura, pues no habían sido colocadas allí por hombre mortal, ni por mujer. Para que lo pudieran

entender muchas gentes, que lo tendrían a cuento si no se les explicara cómo era posible esto, la historia se desvía aquí un poco de su recto camino y de su materia, para explicar cómo tenía la madera estos tres colores.

XI

Cuenta la historia del Santo Grial ahora que cuando Eva la pecadora, que fue la primera mujer, siguió el consejo del mortal Enemigo, es decir, del diablo, que desde entonces comenzó a engañar al linaje humano para vencerlo, y que la hizo caer en el pecado mortal de la envidia, por el que él había sido expulsado fuera del Paraíso y alejado de la gran gloria de los cielos, y le hizo llevar su desleal talento a coger el fruto mortal del árbol, tomó una rama del mismo árbol, con el fruto, como sucede a menudo, cuando se arranca la rama junto con el fruto. Tan pronto como ella se lo llevó a su esposo Adán y le aconsejó y exhortó, éste lo tomó con las manos, de tal forma que lo arrancó de la rama y lo comió para pena nuestra y suya y para la gran destrucción de todos nosotros; cuando lo hubo arrancado de la rama, así como habéis oído, volvió a dejar la rama en la mano de su mujer, tal como sucede a veces, cuando se tiene algo en las manos y no se desea tenerlo. Después de comer del fruto mortal –que en justicia debe ser llamado mortal, pues por él vino primero la muerte a aquellos dos y luego a los demás–, cambiaron todas las cualidades que habían tenido antes y vieron que eran de carne y que estaban desnudos y que antes no eran más que algo espiritual, aunque tuvieran cuerpo, y por eso la historia no afirma que eran completamente espirituales, pues cosa formada por una materia tan vil como el barro no puede ser de gran limpieza, pero eran casi espirituales, ya que estaban formados para vivir siempre, si es que se abstenían de pecar; y cuando se vieron desnudos y conocieron sus vergonzosos miembros tuvieron vergüenza el uno del otro y entonces se dieron cuenta de su pecado; cada uno se cubrió las partes más feas de su cuerpo con las dos palmas: Eva mantenía en la mano la rama de la que había tomado el fruto y ya nunca dejó esta rama ni antes ni

después.

Cuando Aquel que conoce todos los pensamientos y los corazones supo que habían pecado así, vino a ellos y llamó a Adán primero. Era justo que fuera considerado más culpable que su mujer, pues ella era de complexión más débil, ya que había sido hecha de la costilla del hombre y hubiera sido necesario entonces que ella le hubiera obedecido y no él a ella; por eso, Dios llamó en primer lugar a Adán, pero cuando Él le dijo sus terribles palabras: «Comerás tu pan con el sudor», no quiso que la mujer se escapara libre y que no fuera partícipe de la pena, igual que había sido del pecado, y le dijo: «Con dolor y sufrimiento darás a luz a los niños.» Después los expulsó a los dos del Paraíso –que la Escritura llama Paraíso del Deleite– y cuando estuvieron fuera, Eva aún tenía la rama en la mano y no la había mirado hasta entonces; cuando miró y vio la rama, se dio cuenta de que seguía verde, como cuando la había cortado, y supo que el árbol del que la rama había sido cortada era el motivo de su expulsión y de su nuevo estado; entonces dijo que, en recuerdo de tan gran pérdida como había tenido por aquel árbol, guardaría la rama tanto tiempo como pudiera guardarla, de tal forma que la vería a menudo en recuerdo de su gran desgracia.

Entonces pensó Eva que no tenía caja, ni ningún otro estuche en el que la pudiera colocar, pues en aquel tiempo no existían estas cosas; la clavó en la tierra, de modo que se tuviera derecha, y dijo que así la podría ver bastante a menudo; la rama, que estaba clavada en la tierra por la voluntad del Creador –a quien obedecen todas las cosas–, creció y rebrotó en la tierra, echando raíces.

Aquella rama que se llevó la pecadora del Paraíso estaba llena de profundos motivos, pues el que la llevara en la mano significaba una gran alegría: era como si ella –que aún era doncella– hubiera hablado a sus descendientes que vendrían después para decirles: «No os desesperéis si hemos sido arrojados de nuestra herencia, pues no la hemos perdido para siempre: ved en esto la muestra de que todavía volveremos allí en algún momento.» Y si alguien preguntara al libro por qué el hombre no se llevó fuera del Paraíso la rama, sino que tuvo

que hacerlo la mujer, a pesar de que el hombre es más alto, más elevado que la mujer, a esto se responde que el llevar la rama no pertenecía al hombre, sino a la mujer, pues el que la llevara la mujer significaba que por ella se había perdido la vida y por la mujer sería restaurada; esto quería decir que por la Virgen María sería recobrada la herencia que había sido perdida en el tiempo de aquéllos.

Y la historia vuelve ahora a la rama que había sido hincada en la tierra, y dice que creció tanto y se multiplicó, de manera que fue un gran árbol en poco tiempo y cuando ya era grande y digno de admiración, era blanco como la nieve en el tronco, ramas y hojas: esto indicaba la virginidad, pues la virginidad es una virtud por la cual el cuerpo se mantiene limpio y el alma blanca y que fuera blanco en todas partes significa que la que lo había plantado era aún virgen en el momento en que lo plantaba, pues cuando Eva y Adán fueron arrojados del Paraíso, todavía estaban limpios y vírgenes de toda la inmundicia de la lujuria; sabed que la virginidad y la doncellez no son una misma cosa, sino que hay gran diferencia entre una y otra, pues la doncellez no se puede emparejar con la virginidad y os diré por qué: la doncellez es una virtud que tienen todos los que no han mantenido relación carnal, pero la virginidad es una cosa mucho más elevada y más virtuosa, pues no la puede tener nadie, sea hombre o mujer, si ha tenido voluntad de ayuntamiento carnal. Esa virginidad era la que tenía todavía Eva en el momento en que fue expulsada del Paraíso y del gran deleite en el que estaban; y al plantar la rama, no había perdido aún la virginidad, pero después Dios encomendó a Adán que conociese a su mujer, es decir, que yaciera con ella carnalmente, así como requiere la Naturaleza que el hombre yazca con su esposa y la esposa con su señor; entonces perdió Eva la virginidad y a partir de entonces tuvieron ayuntamiento carnal.

De tal forma que, mucho tiempo después de conocerla, tal como habéis oído, estando sentados los dos bajo este árbol, Adán comenzó a pensar y a quejarse de su dolor y de su destierro y comenzaron a llorar muy amargamente el uno por el otro; entonces, Eva dijo que no era maravilla que se

acordaran allí del dolor y del pesar, pues el árbol lo tenía en sí y nadie que estuviera debajo de él podía permanecer contento y marcharse sin pesar y que con justicia estaban tristes, pues era el árbol de la muerte. Tan pronto como dijo estas palabras, se oyó una voz que les dijo: «¡Ay, desdichados!, ¿por qué os juzgáis así para la muerte y os destináis el uno al otro? No destinéis nada por desesperación, antes bien, confortaos el uno al otro, pues hay más vida que muerte.» Así habló la voz a los dos desdichados y entonces se reconfortaron mucho, llamando al árbol desde aquel momento Árbol de Vida y por la gran alegría que tuvieron, plantaron muchos más, descendientes todos de aquél, pues tan pronto como arrancaban una rama, la clavaban en tierra y rebrotaba inmediatamente, echando raíces y manteniendo siempre el mismo color.

El Árbol de Vida siguió creciendo y dando fruto; Adán y Eva se sentaban allí con más gusto que antes, hasta que un día que estaban los dos sentados, según cuenta la historia era un viernes, y llevaban un gran rato juntos, oyeron una voz que les habló y les mandó que se juntaran carnalmente: los dos tuvieron una gran vergüenza y no podían soportar en los ojos verse en tan vil menester, y le daba la misma vergüenza al hombre y a la mujer; pero, por otra parte, no se atrevían a traspasar el mandamiento de Nuestro Señor, que ya les había castigado una vez; comenzaron a mirarse con mucha vergüenza y, entonces, Nuestro Señor se dio cuenta de la vergüenza y tuvo compasión, pero como su mandato no podía ser esquivado y su voluntad era tal que quería formar a partir de ellos dos el linaje humano, para restaurar la segunda legión de los ángeles, que habían sido expulsados del cielo por su orgullo, entonces les envió solución para su vergüenza, pues hizo caer entre ellos una oscuridad tan grande que el uno no podía ver al otro; se asombraron mucho de aquella oscuridad y de cómo podía haber venido tan repentinamente; comenzaron a llamarse y empezaron a buscarse sin verse y como conviene que todas las cosas sean hechas según el mandamiento de Nuestro Señor, así convino que los cuerpos se juntaran carnalmente, tal como el Padre lo había ordenado a ambos; después de haber yacido juntos, hicieron una nueva semilla

para que el pecado fuera algo aliviado, pues Adán engendró y su mujer concibió a Abel, el justo, que sirvió al Creador antes que nadie, ofreciéndole los diezmos gustoso y lealmente.

Así fue engendrado Abel el justo, bajo el Árbol de Vida, un viernes, según habéis oído; después, desapareció la oscuridad y se vieron lo mismo que antes y se dieron cuenta de que esto lo había hecho Nuestro Señor para cubrir su vergüenza y estuvieron muy contentos. Entonces sucedió una maravilla, pues el árbol, que antes había sido blanco en todas sus partes, se volvió tan verde como la hierba del prado y todos los árboles que salieron después se le parecían y eran verdes en la madera, en las hojas y en la corteza.

Así cambió el árbol blanco y se hizo verde, pero los que habían salido antes de él no cambiaron su primer color, ni apareció uno solo de ellos que lo hiciera; pero el Árbol de Vida se cubrió de colores verdes, por arriba y por abajo, y desde entonces empezó a echar flores y a traer fruto, cosa que antes no había hecho, pues antes no había florecido ni fructificado. El que perdiera su color blanco y tomara el verde significa que la virginidad se había ido de aquella que lo había plantado; y el verde que tomó la flor y los frutos significaba la semilla que había sido sembrada bajo él y que sería siempre verde para Nuestro Señor, es decir, con pensamientos buenos y amorosos hacia su Creador y la flor indica que la criatura que bajo aquel árbol había sido engendrada, sería casta, limpia y pura de cuerpo y el fruto significaba que actuaría vigorosamente, manifestando el semblante de la religión y de la bondad en todas las cosas terrenas.

Y así, durante mucho tiempo, fue el árbol de color verde y todos los que habían descendido de él se le asemejaban, hasta que Abel fue mayor, que era de tan buena voluntad hacia su Creador y lo amaba tanto que le daba sus diezmos y primicias, con las más hermosas cosas que tenía; pero Caín, su hermano, no lo hacía así, sino que tomaba las cosas más viles y las peores que tenía para ofrecerlas a su Creador y por eso Nuestro Creador daba cosas buenas a aquel que le devolvía los buenos diezmos y cuando subía a la colina donde acostumbraba a quemar sus ofrendas, tal como Nuestro Señor le había

ordenado, el humo iba derecho hacia el cielo, pero el de Caín, su hermano, no iba de la misma forma, sino que se expandía entre los campos y era feo y negro y maloliente y el que salía del sacrificio de Abel era blanco y oloroso. Cuando Caín vio que Abel, su hermano, era más afortunado en el sacrificio que él, y que Nuestro Señor lo recibía de mejor grado que el suyo, le pesó mucho y concibió un gran odio hacia su hermano, hasta el punto que lo odió fuera de mesura; entonces empezó a pensar cómo podría vengarse y llegó a decirse a sí mismo que lo mataría, pues de otra manera no veía cómo podría tomar venganza.

Así guardó Caín durante mucho tiempo el odio en su corazón y nunca mostró cara ni semblante por el que su hermano se pudiera apercibir ni darse cuenta de que pensaba en algo malo; fue tan oculto este odio que Abel un día fue al campo, algo alejado de la casa paterna; la casa estaba apartada del Árbol de Vida y ante aquel árbol estaban sus rebaños, que él los guardaba; el día era cálido y el sol quemaba, de tal forma que Abel no podía aguantar el calor y fue a sentarse bajo el árbol; entonces le entraron ganas de dormir y se acostó y comenzó a dormir. Su hermano, que había meditado durante mucho tiempo la traición, lo había espiado y lo siguió hasta que lo vio acostarse bajo el árbol; entonces se le acercó y pensó matarlo tan repentinamente que no se diera cuenta, pero Abel lo oyó venir y miró y al ver que era su hermano, se enderezó hacia él y lo saludó, pues lo amaba mucho en su corazón y le dijo: «Sed bienvenido, buen hermano.» Éste le devolvió el saludo y le hizo sentar; entonces dejó ir un cuchillo curvo que tenía y le golpeó por debajo de la tetilla primero.

Así recibió Abel la muerte por obra de su desleal hermano en el mismo lugar en el que había sido concebido; y lo mismo que había sido concebido un viernes, según dice la verdadera boca, así recibió muerte el viernes de acuerdo con el mismo testimonio; la muerte que Abel recibió a traición, en aquel tiempo que aún no había tres hombres en la tierra, significa la muerte del Verdadero Crucificado, representado en Abel mientras que por Caín se indicaba a Judas, por quien recibiría la muerte, y así como Caín saludó a Abel, su hermano, y

después lo mató, del mismo modo saludó Judas a su Señor cuando ya había preparado su muerte; así van paralelas las dos muertes, no en dignidad, sino en sentido, pues del mismo modo que Caín mató a Abel en viernes, así mató Judas a su Señor en un viernes y no con su mano, sino con su lengua, y recuerda mucho Caín a Judas en muchas cosas, pues no podía encontrar motivo para odiar a Jesucristo, pero sí que lo tenía sin justicia, pues le odiaba no por maldad que le hubiera venido de él, sino solamente porque lo veía tan bueno, como es costumbre en todos los malos hombres que tienen guerra y envidia de la buena gente; y si Judas, que era tan desleal y traidor, hubiera visto tanta deslealtad y felonía en Jesucristo como tenía en sí mismo, no lo habría odiado nada en absoluto, sino que lo amaría sobre todas las cosas, pues lo habría visto tal como él mismo se sentía. Acerca de la traición de Caín hacia Abel, Nuestro Señor habla en un salterio por la boca del rey David, que dijo unas palabras terribles cuyo sentido debía desconocer, pues habla como si se dirigiera a Caín: «Tú pensabas y hacías felonías hacia tu hermano y contra el hijo de tu madre preparabas las traiciones y las trampas; hiciste esto y yo me callé y por eso has pensado que yo era semejante a ti, porque no te dije nada, pero no lo soy, sino que te castigaré y te reprenderé con mucha dureza.»

Este castigo fue impuesto antes de que David lo contase; fue cuando Nuestro Señor vino a Caín y le dijo:

–Caín, ¿dónde está tu hermano?

Éste respondió, como quien se sentía culpable de la traición que había hecho y que había cubierto ya a su hermano con las hojas del mismo árbol para que no fuera encontrado, dijo, cuando Nuestro Señor le preguntó dónde estaba su hermano:

–Señor, no lo sé, ¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?

Y Nuestro Señor le preguntó:

–¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano Abel se queja a mí de haber sido esparcida por el suelo; por lo que has hecho serás maldito en la tierra y la tierra será maldita en todas las obras que hagas porque ha recibido la sangre de tu hermano que tú derramaste sobre ella traidoramente.

Así maldijo Nuestro Señor la tierra, pero no maldijo el árbol

bajo el cual Abel había sido matado, ni los demás árboles que descendieron de aquél y que fueron criados en la tierra por su voluntad. De aquel árbol sucedió una gran maravilla, pues tan pronto como Abel recibió la muerte bajo el árbol, perdió el color verde y se puso completamente rojo como recuerdo de la sangre que había sido derramada allí; del Árbol de Vida no volvió a rebrotar ningún otro, sino que murieron todas las plantas que se hacían de él, sin llegar a bien, pero aquél creció y embelleció tanto que fue el árbol más hermoso que se había visto y el más agradable a la vista.

Mucho tiempo duró aquel árbol con el color y la belleza que me habéis oído contar y no envejeció, ni se secó, ni nada consiguió estropearlo nunca, pero no tuvo flores ni fruto desde el momento en que la sangre de Abel fue esparcida allí; los árboles que habían descendido de él, florecieron y llevaban fruto tal como requiere naturaleza de árbol. Mientras, el primero vivió tanto que el mundo había crecido mucho y se había multiplicado; lo tuvieron en gran estima todos los descendientes de Adán y de Eva y lo honraron mucho todos ellos; y contaban unos a otros, de generación en generación, cómo su primera madre lo había plantado y en él tomaban alivio los viejos y los jóvenes y venían a reconfortarse cuando tenían alguna tristeza y por eso el Árbol de Vida fue llamado así y les recordaba la alegría y lo mismo que aquel árbol creció y embelleció, lo mismo hicieron todos los demás que habían descendido de él, tanto los que eran blancos en todas sus partes como los que eran verdes y nadie en el mundo era tan atrevido que osara quitar una rama, ni una sola hoja.

De aquel árbol se vio llegar otra maravilla más; fue cuando Nuestro Señor envió a la tierra el Diluvio, por el cual desaparecería el mundo que había sido tan malo: los frutos de la tierra, los bosques y las tierras de labor habían empeorado tanto que desde entonces no podían tener el buen sabor que tenían al principio y todas las cosas se habían vuelto amargas, excepto aquellos árboles que habían descendido del Árbol de Vida, en los que no se pudo ver ningún signo de que hubieran alterado el sabor ni cambiado en sus frutos, ni en el color que tenían antes.

Y aquellos árboles duraron hasta que reinó Salomón, el hijo del rey David, que tuvo la tierra después de su padre; aquel Salomón fue tan sabio que estaba lleno de todas las buenas ciencias que el corazón del hombre mortal podría saber; conocía las virtudes de las piedras preciosas y de las hierbas y sabía el curso del firmamento y de las estrellas con tanta perfección que nadie, a no ser Dios, lo podía saber mejor y, sin embargo, a pesar de su conocimiento, no pudo resistir a los engaños de su mujer, que lo engañaba bastante a menudo y siempre que quería molestarse en ello: y no debe tenerse esto por maravilla, pues sin lugar a dudas cuando la mujer quiere poner su intención y su corazón en engañar, ningún sentido del hombre mortal puede evitarlo y esto no comenzó con nosotros, sino con nuestra primera madre.

Cuando Salomón vio que no podría precaverse contra los engaños de su mujer, se admiraba pensando de dónde le vendría esto y se enfadaba mucho, pero no se atrevía a hacer nada más y por eso dice en su libro de las Parábolas: «He rodeado el mundo y lo he atravesado, buscando con todos los sentidos, y no he podido encontrar en el recorrido una buena mujer.» Salomón dijo estas palabras por el enfado que tenía con su mujer, a la que no podía aguantar e intentó de muchas maneras hacerla salir de esta conducta, pero no pudo ser y cuando vio esto, comenzó a hacerse una pregunta a sí mismo: que por qué la mujer encolerizaba con tanto gusto al hombre; a esta pregunta le respondió una voz, cuando estaba pensando, y le dijo: «Salomón, Salomón, si de la mujer vino y viene aflicción al hombre no te preocupes, pues una mujer será la que dará al hombre la mayor alegría de todos los tiempos, que no será tristeza, y esta mujer nacerá de tu linaje.»

Cuando Salomón oyó estas palabras, se tuvo por loco, por haber ofendido a su mujer, y entonces empezó a pensar en las cosas que se le habían aparecido mientras velaba y mientras dormía para saber si podría conocer la verdad y el fin de su linaje y buscó tanto y preguntó tanto que el Espíritu Santo le mostró la llegada de la gloriosa Virgen y le dijo una parte verdadera de lo que sucedería. Al oír aquellas noticias, preguntó si sería el final de su linaje: «No –dijo la voz–, el final

será un hombre virgen, que será tantas veces mejor caballero que Josué, tu suegro, cuantas la Virgen será mejor que tu mujer. Ya te he dado cuenta de lo que tú has estado dudando durante tanto tiempo.»

Cuando Salomón oyó estas palabras, dijo que estaba muy contento porque la rama de su linaje había sido escogida para una bondad tan alta y para una caballería tan elevada; pensó cómo podría hacer saber a los descendientes de su linaje que Salomón, que había vivido tanto tiempo antes que ellos, había conocido la verdad de su llegada; pensó y meditó durante mucho tiempo, pues no veía cómo podría anunciar a un hombre que tenía que venir tanto tiempo después que él y que no sabría nada de él. Su mujer se dio cuenta de que preparaba algo, sin conseguirlo; ella lo amaba bastante, no tanto que no hubiera mujeres que amasen mucho más a sus señores, pero como era muy astuta, no quiso preguntárselo inmediatamente, sino que esperaría hasta que viera el momento: lo vio una tarde en que él estaba alegre y contento y de buen humor; entonces, le rogó que le dijese lo que le iba a preguntar; él contestó que lo haría con gusto, pues no tenía preocupación de que fuera por esa parte y ella le dijo:

–Señor, habéis pensado mucho esta semana y la anterior y durante mucho tiempo, de tal forma que vuestro pensamiento no ha estado tranquilo y por eso sé que habéis estado meditando sobre una cosa a la que no podéis haber dado fin; desearía, con gusto, saber qué es, pues creo que no hay en el mundo nada que yo no pueda llevar a cabo con el gran sentido que hay en vos y la gran sutileza que hay en mí.

Cuando Salomón oyó estas palabras, pensó bien que si algún corazón mortal podía darle consejo, sería ella, pues la había encontrado de una inteligencia tan grande que no pensaba que hubiera alma de semejante ingenio en el mundo y por eso le pareció bien descubrirle todo su pensamiento. Y le contó todo según la verdad. Cuando se lo hubo dicho, ella pensó un poco y le respondió al momento:

–¿Cómo –le preguntó– entonces estabais preocupado de cómo haríais saber a aquel caballero que conocisteis su destino?

–Sí, en verdad –le contesta–, y no veo cómo puedo hacerlo, pues pasará tanto tiempo de ahora hasta entonces que estoy maravillado.

–Por mi fe –dijo ella–, pues ya que no lo sabéis, os lo enseñaré, pero decidme antes cuánto falta hasta entonces.

Él contestó que creía que faltarían dos mil años y más.

–Entonces –le respondió ella–, os diré lo que debéis hacer: mandad construir una nave, con la mejor madera y con la más duradera que se pueda encontrar y de tal calidad que no se pueda pudrir ni por el agua, ni por ninguna otra cosa.

Él dijo que así lo haría.

La mañana siguiente reunió Salomón a todos los carpinteros de su tierra y les encargó que hiciesen la nave más maravillosa que nunca fue vista, con tal madera que no se pudiera pudrir. Le contestaron que la harían tal como él les encomendaba. Cuando tuvieron preparada la madera y las tablas y ya la habían comenzado, su mujer dijo a Salomón:

–Señor, ya que el caballero que decís debe sobrepasar en caballería a todos los que existieron antes que él, y a los que vendrán después, sería un gran honor que le prepararais alguna armadura que superara en calidad a todas las armaduras, igual que él sobrepasará en virtud a los demás caballeros.

Salomón respondió que no sabía de dónde sacarla tal como ella le decía.

–Yo os lo enseñaré –le dijo ella–: en el templo que habéis hecho en honor de Vuestro Señor está la espada del rey David, vuestro padre, la más cortante y la más maravillosa que nunca fue llevada por mano de caballero; tomadla y quitadle la cruz y el puño, de tal forma que tengamos la hoja completamente desnuda, y vos, que conocéis las virtudes de las piedras, la fuerza de las hierbas y las cualidades de todas las demás cosas terrenas haced una cruz de piedras preciosas, tan sutilmente unidas que no haya después de vos mirada terrena que pueda reconocer una de la otra y de tal forma que a todo el que la vea le parezca que es de una sola pieza; y después, hacedle un puño tan maravilloso que no haya en el mundo otro de semejante calidad, ni de tal virtud; luego, hacedle una vaina

tan admirable en su tipo como la espada en el suyo y cuando hayáis hecho todo esto, yo le pondré el tahalí que me parezca bien.

Salomón hizo todo lo que le había dicho su mujer, excepto en la cruz, donde puso una sola piedra, pero que era de todos los colores que se podían imaginar, y puso un puño tan maravilloso como se cuenta en otro lugar.

Cuando la nave fue terminada y botada al mar, la dama hizo colocar en ella una cama grande y admirable, y sobre ella hizo poner varios cojines, hasta que la cama fue bella y hermosa. A la cabecera colocó el rey su corona y la cubrió con una tela blanca de seda; mientras, había dado a su mujer la espada para ponerle el tahalí y le dijo:

–Traed aquí la espada, la colocaré a los pies de la cama.

Ella la llevó; Salomón la contempló y al ver que le habían puesto un tahalí de estopa se enfadó, pero ella le dijo:

–Señor, sabed que yo no tengo una cosa tan digna que sea buena para sostener una espada de la virtud que tiene ésta.

–Y entonces ¿qué podré hacer? –preguntó él.

–Dejadla así –le contestó–, pues no nos atañe a nosotros el que se lo pongamos, sino que se lo pondrá una doncella, pero no sé cuándo será, ni en qué momento.

Con esto, deja el rey la espada tal como estaba. Luego, hicieron cubrir la nave con una tela de seda que no se pudriría por el agua, ni por ninguna otra cosa; y después de hacer esto, la dama miró el lecho y dijo que aún faltaba algo.

Entonces salió con dos carpinteros y fue al árbol bajo el cual murió Abel; cuando llegó allí, dijo a los carpinteros:

–Cortadme de este árbol hasta que tenga para hacer una tabla.

–Ay, señora –le dicen–, no nos atreveríamos; ¿no sabéis que es el árbol que plantó nuestra primera madre?

–Es necesario –les contesta– que lo hagáis así, pues si no os mandaré matar.

Entonces dijeron que lo harían, ya que eran llevados a tal extremo, pues preferían pecar allí a que ella los matara, y comenzaron a golpear el árbol, pero apenas habían empezado, cuando se quedaron espantados, pues vieron con toda claridad

que del árbol salían gotas de sangre tan bermejas como las rosas; querían dejar de golpear, pero ella les hizo volver a comenzar, quisieran o no, hasta que se pudo hacer una tabla; después, les mandó tomar madera de uno de los árboles de color verde que eran descendientes de aquél y, luego, les hizo cortar de uno de los otros, que era blanco en todas sus partes.

Cuando tuvieron estas tres clases de madera de distintos colores, volvieron a la nave. Entró ella primero y mandó que la siguieran; entonces les dijo:

–Quiero que me hagáis de estas tablas tres maderos: uno debe estar al costado de la cama; otro enfrente, al otro lado, y el tercero que vaya por encima, de tal forma que una a los dos.

Ellos lo hicieron tal como se les había mandado y colocaron las tablas, pero nadie consiguió que cambiaran de color en el tiempo que duró la nave; después de hacer esto, miró Salomón la nave y dijo a su mujer:

–Has hecho maravillas, pues si todos los del mundo estuvieran aquí, no sabrían comprender el significado de esta nave, a menos que Nuestro Señor se lo enseñara, y ni tú misma, que la has hecho, sabes qué significa y por nada que hagas sabrá el caballero que he tenido noticias de él, a menos que Nuestro Señor decida otra cosa.

–Dejadla ahora así –le contesta–, pues oiréis con el tiempo otras noticias de las que os imagináis.

Aquella noche durmió Salomón en un pabellón suyo, cerca de la nave, con poca escolta y cuando ya se había dormido, le pareció que del cielo bajaba un hombre, con gran compañía de ángeles, y que descendían hacia la nave: cuando hubieron entrado dentro, tomaba agua que uno de sus ángeles llevaba en un cubo de plata y se la echaba a toda la nave; y después se acercaba a la espada, escribiendo letras sobre la cruz y el puño; luego, se acercaba a la borda de la nave y hacía otras letras y después de haberlo hecho, fue a acostarse en la cama. Desde este momento, Salomón no supo qué pasaba con él, pues se desvaneció con toda su compañía.

La mañana siguiente, nada más amanecer, tan pronto como Salomón se despertó, se acercó a la nave y encontró en la borda escritas unas letras que decían así: «OYE TÚ, HOMBRE QUE QUIERES ENTRAR DENTRO DE MÍ, MIRA Y PROCURA NO ENTRAR SI NO

ESTÁS LLENO DE FE, PUES YO NO SOY MÁS QUE FE Y CREENCIA. TAN PRONTO COMO FALTES EN LA CREENCIA YO TE FALTARÉ, DE TAL FORMA QUE NO TENDRÁS NINGUNA SUJECIÓN, NI AYUDA DE MÍ, SINO QUE TE DEJARÉ CAER EN EL MOMENTO EN QUE SEAS ALCANZADO POR LA FALTA DE FE.»

Cuando Salomón vio aquellas letras se quedó admirado y no osó entrar dentro, sino que se echó hacia atrás y la nave fue lanzada entonces al mar yéndose a tan gran velocidad, que se perdió de vista en poco tiempo. Él se sentó en la orilla y comenzó a pensar en estas cosas; de pronto, bajó una voz que le dijo: «Salomón, el último caballero de tu linaje descansará en esta cama que has hecho y tendrá noticias de ti.» Salomón se alegró mucho con esto. Despertó a su mujer y a los que estaban con él y les contó la aventura, haciendo saber a propios y extraños cómo su mujer había llevado a cabo aquello en lo que él no había conseguido tomar una decisión. Y tal como el libro os ha contado, fue la historia de por qué la nave fue hecha y por qué y cómo los maderos eran de por sí de color blanco, verde y rojo, sin ninguna pintura. Aquí calla la historia y habla de otras cosas.

XII

Cuenta la historia ahora que los tres compañeros miraron durante mucho rato la cama y las tablas, hasta que se dieron cuenta de que los palos eran de color natural y que no tenían pintura y se admiraron mucho, pues no sabían cómo podía ser; después de haberlo contemplado todo, levantaron la tela y vieron bajo ella la corona de oro y bajo la corona una limosnera muy rica; al parecer Perceval la tomó, abriéndola, y encontró dentro una carta. Cuando los otros la ven, dicen que, si Dios quiere, esta carta les dará noticias de la nave, de dónde vino y quién la hizo. Entonces comienza Perceval a leer lo que ponía en la carta, hasta que les explica la naturaleza de las tablas y de la nave, tal como la historia ha contado, y no hubo allí nadie que no llorase bastante mientras escuchaban esto, pues les hacía recordar altos sucesos y su elevada estirpe.

Cuando Perceval les ha contado el porqué de la nave y de las tablas, dijo Galaz:

–Buenos señores, ahora es necesario que vayamos a buscar a la doncella, que cambiará este tahalí y pondrá otro, pues sin esto no debe nadie tocar esta espada de aquí dentro.

Ellos le contestan que no saben dónde encontrarla.

–Sin embargo –continúan–, de todas formas, iremos con gusto a buscarla, pues así tenemos que hacerlo.

Cuando la doncella, que era hermana de Perceval, los oye hablar de este modo, les dice:

–Señores, no os desesperéis, pues si Dios quiere, antes que nos vayamos, será cambiado el tahalí y será puesto uno tan hermoso y tan rico como tiene que ser.

Entonces abrió la doncella un cofre que tenía y sacó un tahalí hecho de oro y de seda y de cabellos de gran riqueza; los cabellos eran tan hermosos y resplandecientes que apenas se distinguía el hilo de oro de los cabellos, y engarzadas por medio había piedras preciosas extraordinarias; además, tenía dos lazos de oro, tan ricos que apenas se podían encontrar semejantes.

–Buenos señores –les dice–, he aquí el tahalí que debe ponérsele. Sabed –continuó– que lo hice con lo que tenía de más querido, que eran mis cabellos, y no debe ser tomado por maravilla que los quisiera, pues el día de Pentecostés en que fuisteis nombrado caballero, señor –le dice a Galaz–, tenía yo la cabeza más hermosa que tuvo ninguna mujer del mundo, pero tan pronto como supe que esta aventura me había sido preparada y lo que tenía que hacer, me hice tonsurar rápidamente y tejí estas correas tal como las podéis ver.

–En nombre de Dios, doncella –dice Boores–, sed muy bienvenida por esto, pues nos habéis evitado una gran pena en la que habríamos entrado a no ser por estas noticias.

Ella se acerca entonces a la espada, quita el tahalí de estopa y coloca el otro tan hermoso y tan perfecto como si ella lo hubiera hecho durante toda su vida. Después de sustituirlo, dice a los compañeros:

–¿Sabéis cómo se llama esta espada?

–Doncella –le contestan–, no, vos debéis darle el nombre, pues así lo dicen las letras.

–Sabed, pues, que esta espada se llama Espada del Extraño

Tahalí y la vaina se llama Recuerdo de Sangre, pues ninguno que tenga sentido en sí verá una parte de la vaina que fue hecha con el Árbol de Vida sin acordarse de la sangre de Abel.

Después de oír estas palabras, dicen a Galaz: «Señor, ahora os rogamos en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y para que toda la caballería sea ensalzada, que ciñáis la Espada del Extraño Tahalí que ha sido tan deseada en el reino de Logres, que ni siquiera los Apóstoles esperaron tanto a Nuestro Señor», pues por esta espada pensaban que terminarían las maravillas del Santo Grial y las aventuras peligrosas que les sucedían cada día.

–Dejadme ahora –dice Galaz–, antes de hacer lo justo con la espada, pues no la debe ceñir nadie que no pueda empuñar su cruz. Podríais ver que no es para mí, si fracaso en esto.

Ellos contestan que es cierto: entonces él toma el puño con la mano y al empuñarla queda rodeada por todos los dedos. Cuando los compañeros ven esto, le dicen a Galaz:

–Señor, ahora sabemos que os corresponde y ya no puede haber nada que os impida ceñirla.

Él la saca entonces de la vaina y la ve tan bella y tan clara que se puede contemplar en ella; la toma apreciándola como lo de más valor del mundo y a continuación la envaina de nuevo. La doncella le quita la espada que llevaba ceñida y le ciñe esta otra con el tahalí, y después de habérsela colgado al costado, le dice:

–Ciertamente, señor, ahora puedo morir cuando sea, pues me tengo por la más bienaventurada de las doncellas del mundo, ya que he nombrado caballero al mejor hombre del mundo y sabed bien que no lo erais de derecho mientras no ciñerais esta espada, que fue traída aquí para vos.

–Doncella –dice Galaz–, habéis hecho tanto que seré vuestro caballero para el resto de mis días; muchas gracias por todo lo que decís.

–Ahora –continúa ella– podemos irnos en busca de otra aventura.

Salen de allí y van a la roca; entonces dice Perceval a Galaz:

–Ciertamente, señor, ya no habrá día en que no dé gracias a Nuestro Señor de que haya querido que yo esté en una

aventura tan alta como ésta para acabarla, pues ha sido la más maravillosa que nunca había visto.

Cuando llegaron a la nave, entraron en ella y el viento empezó a dar en la vela, de tal forma que pronto los alejó de la roca. Cuando sobrevino la noche, comenzaron a preguntarse unos a otros si estaban cerca de tierra y cada uno decía que no sabía. Aquella noche la pasaron en el mar, sin comer ni beber, pues no tenían ninguna provisión, y cuando llegaron la mañana siguiente a un castillo que se llamaba Carcelois, que estaba en la marca de Escocia, dieron gracias a Nuestro Señor de que les había sacado salvos de la aventura de la espada y llevado a otro lado. Entraron en el castillo; después de atravesar la puerta, la doncella les dijo:

–Señores, mal nos va en este puerto, pues si se enteran de que somos de la casa del rey Arturo, se nos atacará, porque los de aquí odian mucho más que cualquiera a nuestro rey.

–No os preocupéis, doncella –dice Boores–, pues Aquel que nos sacó de la roca, nos librará de éstos, si quiere.

Mientras hablaban así les salió al encuentro un criado que les preguntó:

–Señores, ¿de quién sois?

–De la casa del rey Arturo.

–En verdad, por mi cabeza, habéis llegado en mala hora.

Entonces se vuelve hacia la torre fuerte y no tardaron mucho en oír sonar un cuerno que se podía escuchar bien por todo el castillo. Una doncella se acercó a ellos y les pregunta de quién son; ellos se lo dicen:

–¡Ay, señores, por Dios! –exclama–, si podéis, volveos, pues, así me ayude Dios, habéis llegado a vuestra muerte y por eso os daría el consejo de que os volvierais antes de que os sorprendan dentro de las murallas.

Ellos responden que no se volverán.

–Entonces –les dice–, vais a morir.

–No os preocupéis –le contestan–, pues nos conducirá Aquel en cuyo servicio hemos entrado.

Mientras hablaban de este modo, ven venir por medio de la calle principal hasta diez caballeros armados que les dicen que se rindan o que los matarán. Ellos contestan que no están

dispuestos a rendirse.

–Entonces, habéis llegado al final.

Dejan correr sus caballos, pero los tres compañeros no les temen nada, aunque sean más que ellos y aunque están a pie y los otros a caballo; desenvainan las espadas, Perceval golpea a uno de tal forma que lo derriba de su caballo al suelo; toma el caballo y monta, y Galaz ya había hecho lo mismo. Tan pronto como estuvieron a caballo, comienzan a abatir y a matar, consiguiendo otro caballo para Boores; cuando los otros se ven llevados a tan mal término, se dan a la fuga: y aquéllos los persiguen hasta dentro de la fortaleza.

Cuando llegan a la sala, se encuentran con caballeros y servidores que se estaban armando por la llamada que habían oído en el castillo y cuando los tres compañeros, que habían subido a caballo detrás de los demás, vieron que aquéllos se armaban, les atacan con las espadas desenvainadas y van matando y abatiendo, como si fueran animales mudos. Los otros defienden sus vidas lo mejor que pueden, pero al final tienen que dar la espalda. Galaz hizo tales maravillas y mató a tantos que no piensan que sea un hombre mortal, sino el Enemigo que ha entrado allí dentro para destruirlos y, al final, cuando ven que no podrán salvarse, huyen, los que pueden, por medio de las puertas y los demás por las ventanas, rompiéndose el cuello, las piernas y los brazos.

Cuando los tres compañeros ven liberado el palacio, miran los cuerpos que estaban muertos y se tienen por pecadores por esta obra y dicen que han actuado mal por haber matado a tanta gente.

–Ciertamente –dice Boores–, pienso que Nuestro Señor no los amaría mucho, pues ha permitido que hayan muerto como han muerto, pero han sido unos grandes infieles y renegados, pues Nuestro Señor no quiso que estuvieran más en vida y por eso nos envió aquí para destruirlos.

–No decís bastante –dice Galaz– si hicieron mal a Nuestro Señor, la venganza no ha sido nuestra, sino de Aquel que espera que el pecador se arrepienta y por eso os digo que no estaré nunca a gusto hasta que sepa las verdaderas razones de esta obra que hemos llevado a cabo, si a Nuestro Señor le

agrada.

Mientras hablaban así, salió un venerable anciano de una de las habitaciones de allí; era sacerdote y estaba vestido con una túnica blanca, llevando el *Corpus Domini* en un cáliz. Al ver a aquellos que había muertos en la sala, se asustó y retrocedió, sin saber qué hacer cuando vio tal abundancia de hombres muertos. Galaz se dio cuenta de lo que llevaba, se quitó el yelmo ante él, porque sabía que el sacerdote tenía miedo; hizo detener a sus compañeros y se acercó al hombre diciéndole:

–Señor, ¿por qué os habéis parado? No os preocupéis por nosotros.

–¿Quiénes sois? –pregunta el santo varón.

Galaz le responde que son de la casa del rey Arturo; cuando el sacerdote oye esta noticia, se cree más a salvo y se sienta; ruega a Galaz que le cuente cómo han sido muertos los caballeros y él le explica cómo los tres compañeros de la Búsqueda habían sido atacados allí dentro y cómo fueron cercados, pero los de dentro fueron vencidos, tal como se podía ver. Cuando oye esto, dice:

–Señor, sabed que habéis hecho lo mejor que ningún caballero hubo hecho jamás y si vos vivieseis tanto como el mundo durara, no creo que pudierais hacer otra limosna tan grande como ésta y sé bien que Nuestro Señor os envió aquí para llevarla a cabo, pues no había gente en el mundo que odiara tanto a Nuestro Señor como los tres hermanos que tenían este castillo y por su gran deslealtad habían vuelto de tal forma este castillo, que eran peores que los sarracenos y no hacían nada que no fuera en contra de Dios, ni en contra de la Santa Iglesia.

–Señor –dice Galaz–, me había arrepentido mucho de haber matado a todos éstos, porque creía que eran cristianos.

–No os arrepintáis –le dice el hombre–, antes bien, estad contento, pues os digo verdaderamente que, al matarlos, Nuestro Señor se ha alegrado, porque no eran cristianos, sino que eran los más desleales que nunca había visto y os diré cómo lo sé.

»En este castillo en el que estamos ahora, era señor el conde Hernol hace un año; tenía tres hijos muy buenos caballeros con

las armas y una hija que era la más hermosa que se conocía en esta tierra; los tres hermanos amaban a su hermana con un amor loco que les abrasaba, hasta que se acostaron con ella y la deshonraron, y ella fue tan atrevida que osó llamar a su padre; ellos la mataron y cuando el conde vio esta deslealtad, los quiso expulsar de su lado, pero ellos no lo permitieron, sino que tomaron a su padre y lo metieron en la cárcel, hiriéndole duramente, y lo hubieran matado de no haber sido por un hermano suyo que lo rescató. Después de hacer esto, comenzaron a hacer todas las deslealtades del mundo, pues mataron a clérigos y a sacerdotes, a monjes y a abades e hicieron derribar dos capillas que había aquí dentro; han hecho tantas deslealtades desde entonces, que es maravilloso que no hayan sido castigados hace tiempo, pero esta mañana sucedió que su padre, que está enfermo, con el mal de la muerte, según creo, me mandó que le fuese a ver, armado tal como me veis, y yo iba con gusto, pues me había querido mucho en otro tiempo; pero en cuanto me puse en marcha, me hicieron tales afrentas que los sarracenos no me hubieran hecho más si me hubieran apresado; yo lo aguanté con gusto, por el amor de Aquel Señor en cuyo despecho lo hacían y cuando llegué a la prisión donde estaba el conde, le conté toda la vergüenza que me había sido hecha y me respondió: "No os preocupéis, mi vergüenza y la vuestra será vengada por tres servidores de Jesucristo, pues así me lo ha mandado decir el Alto Maestro." Por estas palabras podéis saber bien que Nuestro Señor no se entristecerá de lo que habéis hecho, sino sabed que os envió aquí para matarlos y derrotarlos y aún veréis hoy signos más abiertos que los que habéis visto.

Galaz llama entonces a los otros compañeros y les dice las noticias que el buen hombre le había contado: que las gentes de dentro que habían sido matadas eran las gentes más desleales del mundo y les da las nuevas del padre, al que tenían en la cárcel, diciéndoles el porqué. Cuando Boores oye estas palabras, responde:

–Señor Galaz, ¿no os lo decía yo que Nuestro Señor nos había enviado para tomar venganza de sus ultrajes? Ciertamente, si a Nuestro Señor no le hubiera agradado, no

habríamos matado a tantos hombres entre nosotros tres en tan poco tiempo.

Entonces hace sacar al conde Hernol de la prisión y cuando lo han llevado arriba al palacio y estuvo en la gran sala, encontraron que estaba a punto de morir, pero, sin embargo, tan pronto como vio a Galaz, lo reconoció, aunque no lo había visto nunca, pero por la virtud de Nuestro Señor le pasó esto y comenzó a llorar con mucha ternura, diciendo:

–Señor, hemos esperado mucho vuestra llegada y ahora os tenemos aquí, gracias a Dios; pero, por Dios, sujetadme de tal forma que mi alma se alegre de que el cuerpo muera junto a un hombre tan notable como vos sois.

Él hace con gusto lo que le pide y cuando lo hubo colocado junto a su pecho, el conde se inclinó como quien se encontraba ante la muerte, y dijo:

–Buen Padre de los Cielos, en tus manos encomiendo mi alma y mi espíritu.

Entonces se inclinó del todo y permaneció de tal forma tanto que pensaron que hubiera muerto y sin embargo habló al cabo del rato, diciendo:

–Galaz, te manda decir el Alto Maestro que tú lo has vengado hoy tan bien de sus enemigos que la compañía de los cielos se alegra, y conviene que vayas a casa del Rey Tullido lo antes que puedas, para que reciba la santidad que ha esperado durante tanto tiempo, pues él debe recibirla con tu llegada. Id tan pronto como se presente el momento.

E inmediatamente se calló y no dijo nada más, y entonces se le separó el alma del cuerpo. Cuando los del castillo que habían permanecido con vida vieron al conde muerto, hicieron un duelo maravilloso, pues le habían amado mucho, y cuando su cuerpo fue enterrado tan dignamente como se debía a un hombre de tal calidad, hicieron saber las noticias y acudieron todos los monjes de los alrededores y enterraron el cuerpo en una ermita.

La mañana siguiente se fueron de allí los tres compañeros y volvieron a tomar su camino; con ellos iba la hermana de Perceval. Cabalgaron hasta llegar al Bosque Devastado y cuando entraron en él miraron delante y vieron venir al Ciervo

Blanco conducido por cuatro leones, a los cuales ya había visto en otra ocasión Perceval.

–Galaz –dice Perceval–, ahora podéis ver maravillas, pues, por mi cabeza, nunca vi una aventura más admirable; pienso que estos leones guardan al ciervo: no estaré nunca a gusto hasta que no sepa la verdad de este asunto.

–En nombre de Dios –dice Galaz–, también yo desearía mucho saberlo, pero vayamos tras él y sigámosle hasta que sepamos dónde vive, pues pienso que esta aventura procede de Dios.

Ellos se lo otorgan con gusto.

Siguen al ciervo hasta llegar a un valle; miran ante ellos y ven, junto a un seto, una ermita donde vivía un viejo y anciano hombre de santa vida; el ciervo entra dentro y los leones también; los caballeros que los seguían descienden cuando llegaron junto a la ermita. Volvieron hacia la capilla y ven al ermitaño vestido con las armas de Nuestro Señor, que iba a comenzar la misa del Espíritu Santo; cuando los compañeros ven esto, dicen que han llegado a tiempo: oirán la misa que el hombre va a cantar. En el momento de la consagración, los tres compañeros se maravillaron bastante más que antes, pues vieron –al menos eso les pareció– que el ciervo se hacía hombre y se sentaba junto al altar, en un trono muy hermoso y muy rico, y vieron que los leones se hacían uno hombre, el otro águila, el tercero león y el cuarto buey. Así se transformaron los cuatro leones, y todos tenían alas, que bien podrían volar si hubiera querido Nuestro Señor; tomaron el trono donde se sentaba el ciervo, dos por los pies y dos por la cabeza, pues era una cátedra, y salieron por una vidriera que había allí, de tal forma que la vidriera ni se estropeó ni se rompió, y cuando se fueron y ya no se veía nada más, una voz descendió entre ellos y les dijo: «Del mismo modo entró el Hijo de Dios en la bendita Virgen María, que su virginidad no fue estropeada, ni rota.»

Cuando oyeron estas palabras, cayeron al suelo tendidos, pues la voz les dio una claridad tan grande y tan tremenda que les pareció que la capilla se hundía. Al volver a su fuerza y a su poder, vieron al buen hombre que se desvestía, como aquel

que había cantado ya la misa. Entonces se acercaron a él y le rogaron que les dijera el significado de lo que habían visto.

–¿Qué cosa habéis visto?

–Hemos visto un ciervo convertirse en hombre y hacerse hombre y también a los leones convertirse en algunas cosas.

Cuando el ermitaño oye estas palabras, les dice:

–¡Ay, señores!, sed bienvenidos; ahora sé, por lo que me decís, que sois los santos hombres, los verdaderos caballeros, que llevarán a cabo la Búsqueda del Santo Grial y que soportaréis las grandes penas y los grandes trabajos, pues sois a los que Nuestro Señor ha mostrado sus secretos y sus cosas ocultas, y os ha mostrado una parte, pues al cambiar el ciervo en hombre celestial, que no es mortal, os mostró el cambio que hizo en la cruz, allí donde fue cubierto de coberturas terrenas, que es la carne mortal; vivió y murió la muerte y la muerte le llevó a la vida eterna y bien debe ser expresado con el ciervo, pues del mismo modo que el ciervo rejuveneció dejando parte de su cuero y su pelo, del mismo modo vuelve Nuestro Señor de la muerte a la vida, cuando deja la piel terrena, que era la carne mortal, que había tomado en el vientre de la bendita Virgen y porque la bendita Virgen no tuvo nunca pecado terrenal, aparece con la forma de ciervo blanco sin manchas. Los que estaban con Él debéis comprender que son los cuatro Evangelistas, felices personas que pusieron por escrito las obras de Jesucristo, obras que hizo durante el tiempo que fue, entre nosotros, hombre terrenal y sabed que nunca ningún caballero pudo conocer la verdad de cómo pudo ser.

»El Alto Señor ha mostrado, aquí y en otros muchos lugares, las virtudes a los hombres buenos y a los caballeros, igual que ha hecho con el ciervo que iba acompañado por los cuatro leones; así lo hizo para que los vieran y tomaran ejemplo. Pero sabed que de ahora en adelante no habrá nadie que los vuelva a ver con esa forma.

Al oír estas palabras, lloran de la alegría que tienen y dan gracias a Nuestro Señor por haberles mostrado esto de forma tan descubierta. Permanecen todo aquel día con el ermitaño; el día siguiente, tras oír misa y cuando ya debían marcharse, Perceval tomó la espada que Galaz había dejado y dijo que la

llevaría en adelante; dejó la suya en casa del santo hombre.

Cuando se marcharon de allí y después de haber cabalgado hasta mediodía, se acercaron a un castillo fuerte y bien construido, pero no entraron en él, pues su camino los llevaba a otra parte. Se habían alejado un poco de la puerta principal, cuando vieron venir tras ellos a un caballero que les pregunta:

–Señores, ¿esta joven que va con vos es doncella?

–Por mi fe –responde Boores–, sí que es doncella, sabedlo en verdad.

Al oír estas palabras, alarga la mano y agarra el freno de la joven diciendo:

–Por la Santa Cruz, no os escaparéis antes de cumplir con la costumbre de este castillo.

Cuando Perceval ve al caballero que tiene de tal forma a su hermana, le pesa mucho y le dice:

–Señor caballero, no habláis con razón al decir esto, pues doncella, vaya a donde vaya, está franca de cualquier tipo de costumbres, incluso si es mujer tan gentil como ésta, que es hija de rey y de reina.

Mientras hablaban así, salieron del castillo hasta diez caballeros armados y con ellos venía una joven que llevaba una escudilla de plata en las manos, y les dicen a los tres compañeros:

–Buenos señores, es necesario que esta joven que lleváis cumpla con la costumbre del castillo.

Galaz pregunta qué costumbre es.

–Señor –contesta un caballero–, cada doncella que pase por aquí debe llenar esta escudilla con la sangre de su brazo derecho y ninguna que pase se librará.

–Que Dios maldiga –dice Galaz– al falso caballero que estableció esta costumbre, pues ciertamente es mala y villana. Así me salve Dios, con esta doncella habéis errado, pues mientras yo tenga salud y ella lo acepte, no os dará lo que le pedís.

–Así me ayude Dios –dice Perceval–, preferiría estar muerto.

–Yo también –añade Boores.

–Por mi fe –dice el caballero–, entonces moriréis todos vosotros, pues no podréis sobrevivir si no sois los mejores

caballeros del mundo.

Entonces se atacan los unos a los otros. Los tres compañeros derribaron diez caballeros antes de romper las lanzas; después, toman las espadas y van matándolos y derribándolos como si fueran animales, y los hubieran matado a todos con bastante facilidad, pero salieron del castillo sesenta caballeros completamente armados a socorrerles. Entonces se acercó un anciano a los compañeros y les dijo:

–Buenos señores, tened compasión de vosotros mismos y no os hagáis matar, pues ciertamente sería una calamidad muy grande, ya que sois nobles y buenos caballeros. Por eso os queríamos rogar que nos otorgaseis lo que os pedimos.

–En verdad –dice Galaz–, habláis en vano, pues no se os otorgará nada mientras ella no lo acepte.

–¿Cómo –exclama aquél–, queréis, pues, morir?

–Aún no hemos llegado a ese punto –contesta Galaz–, Ciertamente, preferiríamos morir a permitir tal deslealtad como la que pedís.

Empieza entonces un enfrentamiento grande y admirable por ambas partes; los compañeros son acosados por todas partes, pero Galaz, que tiene la Espada del Extraño Tahalí, golpea a la derecha y a la izquierda, matando al que alcanza y logrando tales hechos que todos los que lo vieran pensarían que no era hombre terrenal, sino monstruo. Así, va avanzando todo el tiempo, sin retroceder, es más, va ganándoles terreno a sus enemigos; y le valió mucho que sus compañeros le ayudaran en los flancos, pues no podía llegarle nadie más que de frente.

De tal forma duró el combate hasta después de nona, sin que los tres compañeros tuvieran lo peor, ni perdieran nunca terreno, y así permanecieron hasta que anocheció y se hizo negro y oscuro, por lo que, a la fuerza, tuvieron que separarse; los de dentro dijeron que tenían que dejar de combatir. Entonces, volvió a acercarse el anciano a los tres compañeros, aquel que les había hablado la otra vez, y les dijo:

–Señores, os rogamos por amor y cortesía que vengáis a albergaros con nosotros. Os juramos con toda lealtad que mañana os colocaremos en el mismo punto y estado en que

estáis ahora. ¿Sabéis por qué lo digo? Porque sé, sin lugar a dudas, que tan pronto como conozcáis la razón de este asunto aceptaréis que la doncella haga lo que le pedimos.

–Señores –dice la doncella–, id, ya que os lo ruega.

Ellos lo aceptan entonces: se conceden treguas unos a otros y entran todos juntos en el castillo. Nunca se hizo una alegría tan grande como la que los de allí mostraron por la llegada de los tres compañeros; les hicieron descabalgar y los desarmaron; después de comer, preguntaron por la costumbre del castillo, cómo había sido establecida y por qué. Uno de los de allí contestó de inmediato:

–Os lo vamos a decir. Hay aquí una doncella a la que pertenecemos nosotros y todos los de este país y son suyos este castillo y muchos otros. Hace ahora dos años que cayó enferma por voluntad de Nuestro Señor y después de haber languidecido mucho tiempo, vimos qué enfermedad tenía: tenía lo que se llama lepra; hicimos venir a todos los médicos, de lejos y de cerca, pero ninguno supo curar su enfermedad. Al final, nos dijo un sabio que si pudiéramos llenar la escudilla con la sangre de una doncella que fuera virgen en voluntad y en obras, hija de rey y reina y hermana de Perceval el virgen, y con ella se ungiera la dama, sanaría al momento. Cuando oímos tal cosa, decidimos que no pasaría por aquí delante ninguna doncella con cuya sangre no llenáramos la escudilla; colocamos guardias en las puertas del castillo para detener a todas aquellas que pasaran. Ya habéis oído –acabó– cómo fue establecida la costumbre del castillo, tal como la habéis encontrado. Haced lo que queráis.

Entonces llama la doncella a los tres caballeros y les dice:

–Señores, aquí veis a esta doncella que está enferma y que yo puedo curarla si quiero, pudiendo ella sanar. Decidme qué debo hacer.

–En nombre de Dios –dice Galaz–, si lo hacéis, no podréis escaparos sin la muerte, pues sois joven y tierna.

–Por mi fe –responde ella–, si yo muriera por esta salvación, sería un gran honor para mí y para toda mi familia. Debo hacerlo, en parte por vos y en parte por ellos, pues si os volvéis a enfrentar de nuevo con ellos mañana, del mismo modo que

lo habéis hecho hoy, seguro que habrá alguna pérdida mayor que mi muerte y por eso os digo que lo haré todo según su voluntad; así se terminará esta disputa. Os ruego por Dios que me lo concedáis.

Así lo hacen ellos muy a su pesar.

La doncella llama entonces a los de allí y les dice:

–Alegraos y regocijaos, pues vuestro combate de mañana ha sido aplazado: os juro que mañana cumpliré del mismo modo que han cumplido las demás doncellas.

Cuando los de dentro oyen esto, se lo agradecen mucho y comienza una fiesta y una alegría mucho mayor que la que habían hecho antes. Sirven a los compañeros en todo lo que pueden y los acuestan con la mayor riqueza posible. Aquella noche fueron muy bien servidos los tres compañeros y mejor lo hubieran sido si hubieran aceptado todo lo que les ofrecían.

La mañana siguiente, después de oír misa, llegó la doncella al palacio y pidió que le trajeran a la dama que estaba enferma y que debía sanar con su sangre. Le contestaron que lo harían con gusto. Entonces fueron a buscarla a la habitación donde estaba. Cuando la vieron los compañeros, se admiraron mucho, pues tenía el rostro tan deshecho, con tantas llagas y tan dañado por la lepra que era sorprendente cómo podía vivir con tal dolor. Al verla venir, se pusieron en pie e hicieron que se sentara junto a ellos. Ella pidió a la doncella que cumpliese lo que le había prometido a lo que le contestó que con gusto lo haría; pidió la joven que le trajeran la escudilla: se la traen al momento. Ella saca el brazo y hace que le abran una vena con una pequeña hoja aguda y afilada, como de afeitar. Sale la sangre y ella se persigna, encomendándose a Nuestro Señor y diciendo a la dama:

–Señora, he llegado a la muerte por vuestra salvación. Por Dios, rogad por mi alma, pues estoy en el final.

Nada más decir estas palabras, se desmayó su cuerpo por la sangre que había perdido, pues la escudilla ya estaba llena. Los compañeros corrieron a sostenerla y le restañan la herida. Tras pasar un buen rato desmayada, cuando ya pudo hablar, dijo a Perceval:

–¡Ay, buen hermano Perceval!, muero por la salvación de

esta doncella. Os ruego que no hagáis enterrar mi cuerpo en esta tierra, sino que tan pronto como haya muerto, metedme en una nave en el puerto más cercano de aquí que encontréis: dejadme ir, así, según me quiera llevar la ventura. Os digo que en cuanto lleguéis a la ciudad de Sarraz, donde debéis ir en busca del Santo Grial, me encontraréis en la torre: allí, haced por mí, como honor, que entierren mi cuerpo en el palacio espiritual. ¿Sabéis por qué os lo pido? Porque allí yacerá Galaz y vos con él.

Cuando Perceval oye estas palabras, se lo concede entre lloros y le dice que lo hará con gusto. Entonces ella añade:

–Separaos mañana y que cada uno siga su propio camino hasta que la ventura os reúna en casa del Rey Tullido, pues así lo desea el Alto Maestro y por eso os lo hace saber a través de mí, para que lo hagáis de ese modo.

Ellos prometen hacerlo de esta forma; entonces ella les ruega que hagan traer a su Salvador. Llaman a un santo ermitaño que vivía allí, bastante cerca del castillo, en un bosque. No tardó mucho en llegar, pues vio que la necesidad era muy grande. Se presentó ante la doncella, que cuando lo vio venir, tendió las manos hacia su Salvador y lo recibió con gran devoción. Así abandonó el siglo, con lo que los compañeros quedaron tan entristecidos que pensaron no poder reconfortarse con facilidad.

Aquel mismo día sanó la dama, pues tan pronto como se lavó con la sangre de la santa doncella, quedó limpia y curada de la lepra, y su carne, que antes era negra y repugnante a la vista, volvió a tener una gran belleza. Por esto se alegraron mucho los tres compañeros y todos los demás; hicieron con el cuerpo de la doncella lo que había pedido: le quitaron las vísceras y todo lo que le debían quitar, después la embalsamaron con tanta riqueza como si fuera cuerpo de emperador; a continuación hicieron construir una nave, cubriéndola con una tela de seda muy rica, e hicieron dentro una cama muy hermosa. Después de haber preparado la nave lo más ricamente que pudieron, acostaron en ella el cuerpo de la doncella y lanzaron la nave al mar. Boores dijo a Perceval que le pesaba que no hubiera una carta con el cuerpo para que

se pudiese saber quién era la doncella y cómo había muerto.

–Os digo –le contesta Perceval–, que a su cabecera he colocado una carta que muestra todo su parentesco, explica cómo ha muerto y todas las aventuras que ha ayudado a terminar, y así, si es encontrada en un país extraño, se sabrá bien quién es.

Galaz le dice que ha hecho muy bien, «pues cualquiera que encuentre ahora su cuerpo la honrará mucho más que antes, ya que conocerá la verdad de su persona y de su vida».

Mientras que se podía ver la nave, se quedaron a la orilla los del castillo, llorando tristemente la mayoría de ellos, pues la doncella había mostrado una gran generosidad al haberse entregado a la muerte por salvar a una dama de un país extraño y decían que nunca había hecho cosa semejante una doncella. Cuando ya no podían divisar la nave, entraron en el castillo; los compañeros dijeron que no entrarían, por amor a la doncella que habían perdido en él. Permanecieron fuera y pidieron que les sacasen las armas y así lo hicieron aquéllos.

Cuando los tres compañeros habían montado de nuevo, que ya iban a reemprender el camino, vieron que el cielo se oscurecía y las nubes se cargaban de lluvia en gran abundancia: se retiraron a una capilla que estaba junto al camino; entraron en ella, dejando los caballos fuera, bajo un cobertizo, y vieron que el tiempo empeoraba más aún. Comenzó a tronar, a relampaguear y a caer rayos junto al castillo tan a menudo como si fuera lluvia. La tormenta duró todo el día y fue tan grande y maravillosa junto al castillo que fácilmente la mitad de los muros quedaron abatidos y derruidos, con lo que se asustaron mucho, pues pensaban que ni en un año podría ser destruido así el castillo por una tormenta semejante, como les parecía que había quedado por lo que veían desde fuera.

Después de vísperas, que el tiempo se serenó, vieron los compañeros a un caballero herido muy gravemente en el cuerpo que huía ante ellos diciendo muchas veces:

–¡Ay, Dios, socorredme!, pues ahora lo necesito.

Tras él iban un caballero con un enano que le gritaban de lejos:

–Ya estáis muerto, que no podréis salvaros.

Y él tendía las manos hacia el cielo, diciendo:

–Buen Señor Dios, socorredme y no me dejéis morir en este momento, que no se me vaya la vida con una tribulación tan grande como ésta me parece.

Entró una compasión muy grande a los tres compañeros cuando vieron al caballero que se encomendaba así a Nuestro Señor. Galaz dice que va a socorrerle.

–Señor –dice Boores–, iré yo, pues no es necesario que os molestéis por un solo caballero.

Él le responde que se lo concede, ya que así lo desea. Boores se acerca a su caballo, monta y les dice:

–Buenos señores, si no vuelvo, no dejéis por mí vuestra búsqueda, antes bien, cuando llegue la mañana tomad cada uno vuestro camino y vagad hasta que Nuestro Señor nos conceda el volvernos a reunir a los tres en la casa del Rey Tullido.

Le dicen que vaya con Nuestro Señor, pues los dos se separarán por la mañana. Boores se aleja y va tras el caballero para socorrer a aquel que así se va encomendando a Nuestro Señor. Aquí se calla la historia por lo que a él se refiere y vuelve a los dos compañeros que quedaron en la capilla.

XIII

Cuenta la historia que Galaz y Perceval se quedaron toda la noche en la capilla, rogándole a Nuestro Señor que protegiese a Boores y que lo guiara por donde fuera. Por la mañana, cuando el día ya era hermoso y claro, cuando la tormenta se había apaciguado y el tiempo escampó, montan en los caballos, dirigiéndose hacia el castillo para ver cómo les ha ido a los de dentro. Al llegar a la puerta, se encontraron derribadas todas las cubiertas y las paredes. Entran, y después de entrar, se admiran mucho más que antes, pues no encontraron ni hombre ni mujer que no estuviese muerto. Buscan por todas partes y dicen que es una desgracia muy grande y una gran pérdida de gente. Cuando llegaron a la sala principal, hallaron los muros derribados y las paredes caídas, encontrando caballeros

muertos por todas partes, tal como Nuestro Señor los había fulminado con los rayos y la tormenta por la mala vida que habían mantenido. Al ver los compañeros esto, dicen que es una venganza espiritual «sucedida –dicen– para aplacar la ira del Creador del mundo». Mientras hablaban así, oyeron una voz que les decía:

–Ésta es la venganza por la sangre de las buenas doncellas que ha sido derramada aquí por la salvación terrena de una desleal pecadora.

Al oír estas palabras, afirman que la venganza de Nuestro Señor es admirable y que está muy loco quien va en contra de su voluntad para morir o para vivir.

Habían ido ya un buen rato los dos compañeros por el castillo viendo la gran mortandad que había allí, cuando encontraron en la cabecera de una capilla un cementerio lleno de arbustos frondosos y de hierba verde, que estaba repleto de hermosas tumbas: bien podía haber sesenta. Era tan hermoso y tan agradable que no parecía que la tormenta hubiera pasado por allí. Y así era, pues allí yacían los cuerpos de las doncellas que habían sido muertas por amor a la dama. Al entrar en el cementerio, a caballo, tal como estaban, se acercaron a las tumbas, encontrando encima de cada una el nombre de la que yacía en ella. Van leyendo las letras hasta ver que hay allí doce doncellas, todas hijas de rey y procedentes de los más altos linajes. Cuando ven esto, dicen que tenían una costumbre muy mala y muy baja los del castillo y que los de aquel país la habían soportado durante demasiado tiempo, pues muchos linajes ricos habían sido humillados y aniquilados al matar a aquellas jóvenes.

Permanecieron los dos compañeros así hasta la hora de prima; cuando ya hubieron visto bastante, se marcharon y caminaron hasta llegar a un bosque. Estaban en el lindero cuando Perceval le dijo a Galaz:

–Señor, hoy es el día en que debemos separarnos y llevar cada uno nuestro camino. Os encomiendo a Nuestro Señor y que nos permita que podamos volver a encontrarnos pronto, pues no conocí nunca a nadie cuya compañía me pareciera tan dulce ni tan buena como la vuestra; por eso se me hace más

grave esta separación de lo que vos pensáis. Pero no queda más remedio, ya que le agrada a Nuestro Señor.

Se quita entonces el yelmo y Galaz hace lo mismo: se besan antes de separarse, pues se aman mucho con gran amor y bien les pareció la muerte, pues vivirán muy poco tiempo el uno después del otro. Así se separaron los compañeros en el lindero de un bosque, que los de aquella tierra llamaban Aube, tomando cada uno su camino. La historia deja de hablar de ellos aquí y vuelve a Lanzarote, al que ha silenciado mucho tiempo.

XIV

Cuenta la historia ahora que cuando Lanzarote llegó al río Marcoise se vio encerrado por tres cosas que no le agradaban nada: por una parte estaba el bosque, que era grande y misterioso; por otra parte había dos rocas altas y viejas; por el otro lado, el río, que era profundo y negro. Estas tres cosas le llevaron a que dijera que no se movería de allí, sino que esperaría la gracia de Nuestro Señor: así permaneció hasta el anochecer. Cuando ya se había mezclado la noche con el día, Lanzarote se quitó las armas, acostándose al lado de ellas, y se encomienda a Nuestro Señor, haciendo la oración tal como la sabía y rogándole que no lo olvidase, sino que le enviara el socorro que necesitaba, como Él sabía, para el alma y el cuerpo. Después de decir esto, se duerme: su corazón pensaba más en Nuestro Señor que en las cosas terrenas. Cuando ya estaba dormido, le llega una voz que dice: «Lanzarote, levántate, toma tus armas y entra en la primera nave que encuentres.» Al oír estas palabras, se sobresalta, abre los ojos y ve a su alrededor tal claridad que piensa que el día está muy avanzado; pero no tarda mucho en apagarse de manera que no supo lo que había ocurrido con ella. Levanta la mano, se persigna y, tomando las armas, se encomienda a Nuestro Señor y se las viste. Ya estaba completamente armado y tenía la espada ceñida cuando mira a la orilla y ve una nave sin velas ni remos; va hacia allí y entra en ella. Tan pronto como está dentro, le parece oler todos los buenos aromas del mundo y

que está llena de los mejores alimentos que nunca probó hombre terreno. Se encuentra cien veces más a gusto que antes, pues ahora tiene, al menos eso le parece, todo lo que deseó durante su vida: por esto da gracias a Nuestro Señor; se arrodilla en la misma nave y dice: «Buen Padre Jesucristo, no sé de dónde puede venir todo esto si no es de Ti mismo, pues ahora veo a mi corazón en una alegría tan grande y en tal suavidad, que no sé si estoy en la tierra o en el Paraíso Terrenal.» Entonces, se acuesta junto a la borda de la nave y se duerme con esta alegría.

Durante toda la noche durmió Lanzarote tan a gusto que le pareció que no era él mismo, sino que había cambiado. Por la mañana, al despertarse, miró a su alrededor, viendo en medio de la nave una cama muy hermosa y riquísima. En el centro de la cama yacía muerta una doncella, a la que sólo se le veía la cara. Al verla, se dirige hacia allí, persignándose y dando gracias a Nuestro Señor por haberle concedido tal compañía. Se le acerca, como quien desearía saber con gusto de quién es y a qué linaje pertenece. La mira tanto por todas partes que ve una carta bajo su cabeza. Alarga la mano, la toma y, desplegándola, encuentra unas letras que decían: «Esta doncella fue hermana de Perceval el Galés y permaneció siempre virgen en deseo y en obra. Fue ella la que cambió el tahalí de la Espada del Extraño Tahalí, que lleva ahora Galaz, hijo de Lanzarote del Lago.» A continuación halla en la carta todo sobre su vida, cómo murió y cómo los tres compañeros, Galaz, Boores y Perceval, la embalsamaron tal como estaba, poniéndola en la nave por orden de la voz divina. Cuando supo la verdad de todo esto, se pone bastante más contento, pues le alegra mucho que Boores y Galaz estén juntos. Coloca de nuevo la carta en su sitio y se vuelve a la borda de la nave, rogando a Nuestro Señor que le permita encontrar a su hijo Galaz antes de que lleve a cabo esta Búsqueda y que pueda verle, hablar con él y alegrarse mutuamente.

Mientras Lanzarote rogaba así, mira y ve que la nave llega a una roca vieja y antigua; muy cerca de la roca a la que acababa de llegar la nave había una pequeña capilla y ante su puerta estaba sentado un hombre viejo y canoso. Al acercarse,

le saluda de tan lejos como puede oírle. El anciano le devuelve el saludo con bastante más fuerza de la que Lanzarote creía, se levanta de donde estaba sentado y se acerca a la borda de la nave; sentándose sobre un montón de tierra, pregunta a Lanzarote qué es lo que le ha traído allí. Él le cuenta la verdad de su ser y cómo la fortuna le ha llevado a aquella parte, donde nunca había estado, según cree. Entonces le pregunta el buen hombre quién es. Él le dice su nombre. Cuando oye que es Lanzarote del Lago, se admira mucho de cómo entró en la nave y le pregunta que quién está con él.

–Señor –dice Lanzarote–, venid a verlo si queréis.

Entra en la nave y se encuentra a la doncella y la carta: tras leerla de cabo a rabo, al oír hablar de la Espada del Extraño Tahalí, dice:

–¡Ay, Lanzarote, creía que no viviría tanto como para saber el nombre de esta espada! Bien puedes decir que eres desdichado, pues no llevarás a término la alta aventura en la que has estado y en la que están los tres nobles, que alguna vez se consideraron menos valientes que tú. Pero ahora es sabido por todos que son santos hombres y verdaderos caballeros, más de lo que tú has sido hacia Nuestro Señor Dios. Pienso que si te quieres guardar de ahora en adelante del pecado mortal y de ir contra tu Creador, aún podrías encontrar piedad y misericordia, por todo lo que hayas hecho antes, en Aquel en quien habita toda compasión y que te ha llamado al camino de la verdad. Pero cuéntame ahora cómo entraste en esta nave.

Él se lo cuenta. El anciano le contesta llorando:

–Lanzarote, debes saber que Nuestro Señor te ha mostrado una gran benevolencia al llevarte en compañía de una doncella tan elevada y tan santa. Procura ser casto en pensamiento y en obra desde ahora en adelante, de tal forma que tu castidad concuerde con su virginidad y así podrá durar la compañía de vosotros dos.

Él promete de todo corazón que no hará nada que piense que vaya en contra de su Creador.

–Vete, pues ya no tienes por qué quedarte. Si Dios quiere, con el tiempo llegarás a la casa a la que tanto deseas ir.

–Y vos, señor –pregunta Lanzarote–, ¿os quedaréis aquí?

–Sí –le contesta–, pues así tengo que hacerlo.

Mientras hablaban de este modo, el viento dio sobre la nave e hizo que se alejara de la roca. Al ver que uno se separa del otro, se encomiendan mutuamente a Dios y el buen hombre regresa a su capilla. Pero antes de marcharse de la roca comenzó a gritar:

–¡Ay, Lanzarote!, servidor de Jesucristo, por Dios, no me olvides; ruega a Galaz, el verdadero caballero, que estará con el tiempo en tu compañía, que pida a Nuestro Señor que por su piedad tenga compasión de mí.

Así gritaba el buen hombre a Lanzarote, que estaba muy contento con las noticias que le había dado de que Galaz estaría pronto en su compañía. Se acercó a la borda de la nave, acodándose en ella y poniéndose de rodillas, rogó y pidió a Nuestro Señor que lo condujera a un lugar donde pudiera hacer algo que le agradase.

Así estuvo Lanzarote un mes –y aún más– en la nave, sin salir nunca de ella. Si alguno preguntara de qué vivió en este tiempo, pues no había encontrado comida en la nave, la historia responde que el Alto Señor que dio de comer maná en el desierto al pueblo de Israel y que hizo salir agua de la roca para que bebieran, lo mantuvo de tal forma que todas las mañanas, al acabar su oración, después de pedir al Alto Maestro que no lo olvidara, sino que le enviase su pan como cualquier padre debe hacer con su hijo, al momento de hacer esta oración, se encontraba tan lleno, tan saciado y repleto de la gracia del Espíritu Santo que le parecía haber comido de todas las buenas viandas del mundo.

Después de permanecer mucho tiempo así, sin salir de la nave, le sucedió que una noche llegó al lindero de un bosque. Prestó atención y oyó que un caballero venía por el bosque a caballo produciendo un gran estrépito. Al llegar a la salida y ver la nave, bajó del caballo y le quitó la silla y el freno, dejándolo ir por donde quisiera. Él se acercó a la nave, se persignó y entró dentro armado con todas las armas.

Cuando Lanzarote vio venir al caballero, no corrió en absoluto a armarse, pues pensaba que se trataba de lo que le había prometido el anciano acerca de Galaz: que estaría con él

y le acompañaría durante algún tiempo. Se puso en pie y le dijo:

–Señor caballero, sed bienvenido.

El recién llegado se admira al oírle hablar, pues pensaba que no había un alma allí dentro; asustado, le contesta:

–Señor, tened buena ventura y, si puede ser, por Dios, decidme quién sois, pues deseo mucho saberlo.

Le dice su nombre y que se llama Lanzarote del Lago.

–En verdad, señor, sed bienvenido. Por Dios, os deseaba ver y teneros por compañero sobre todos los del mundo, y bien debía ser así, pues sois mi origen.

Entonces el caballero se quita el yelmo de la cabeza y lo pone en medio de la nave. Lanzarote le pregunta:

–Ay, Galaz, ¿sois vos?

–Señor –le contesta–, en verdad soy yo.

Al oírlo, va hacia él corriendo con los brazos abiertos y empiezan a besarse. Tienen tal alegría, que no os puedo contar una mayor.

Entonces se preguntan por su situación y cada uno cuenta las aventuras tal como le habían sucedido desde que se alejaron de la corte. Estuvieron tan entretenidos con estas palabras que apareció el día y el sol se levantó. Cuando el día estaba bello y claro, se vieron, reconociéndose y recomenzando la gran alegría admirable. Cuando Galaz vio a la doncella que yacía en la nave, la reconoció al momento, pues ya la había visto en otra ocasión. Preguntó a Lanzarote si sabía quién era aquella joven.

–Sí –contestó–, bien lo sé, pues la carta que hay a su cabecera cuenta de manera clara la verdad. Decidme, por Dios, si habéis llevado a cabo la aventura de la Espada del Extraño Tahalí.

–Señor –le responde–, sí. Y si nunca visteis esa espada, hela aquí.

Cuando Lanzarote la mira, piensa que sin duda es la misma; la toma por el puño y comienza a besar la cruz, la vaina y la hoja. Ruega entonces a Galaz que le cuente cómo la encontró y dónde. Éste le explica cómo era la nave que la mujer de Salomón mandó construir en otro tiempo, cómo eran las tres

maderas y cómo Eva, la primera madre, había plantado el primer árbol, cuyas tablas eran, por naturaleza, blancas, verdes y rojas. Después de haberle hablado de la forma de la nave y de las letras que encontraron en ella, dijo Lanzarote que nunca había llegado a ningún caballero una aventura tan alta como la que les había sucedido.

Lanzarote y Galaz permanecieron en aquella nave medio año y más, de tal manera que no había ninguno que no pensara servir a su Creador de todo corazón. Muchas veces llegaron a islas extrañas, alejadas de la gente, en las que no vivían más que animales salvajes, en las que encontraron sucesos maravillosos que llevaron a cabo por su propio valor y por la gracia del Espíritu Santo, que siempre les ayudaba. La historia del Santo Grial no hace mención de todas ellas, pues sería necesario que se demorara mucho en ello quien quisiera contar todo lo que les sucedió.

Después de Pascua, con el tiempo nuevo que trae el verdor a todas las cosas, cuando los pájaros cantan por el bosque su dulce canto por el comienzo de la dulce estación, que todo está más dispuesto a la alegría que en otro tiempo, en esta época les sucedió que un día llegaron a la hora de mediodía ante una cruz, en el lindero de un bosque. Entonces vieron salir del bosque a un caballero armado con armas de color blanco, montado con mucha riqueza y llevando a la diestra un caballo blanco. Cuando vio la nave que había llegado, fue hacia allá lo más rápidamente que pudo y saludó a los dos caballeros de parte del Alto Maestro y dijo a Galaz:

–Señor caballero, habéis estado ya bastante con vuestro padre. Salid de esta nave y montad sobre el caballo, que es bien hermoso y blanco; marchad allí donde os conduzca la ventura en búsqueda de las hazañas del reino de Logres y acabad con ellas.

Al oír estas palabras, corre hacia su padre, le besa con mucha dulzura y le dice llorando:

–Buen dulce señor, no sé si os volveré a ver. Os encomiendo al verdadero corazón de Jesucristo, que os mantenga en su servicio.

Entonces comienzan ambos a llorar. Nada más salir Galaz de

la nave y al montar sobre el caballo, vino a ellos una voz que les dijo: «Cada uno piense ahora en hacer lo mejor, pues ya no os volveréis a ver hasta el gran día espantoso en que Nuestro Señor mostrará a cada cual sus faltas: será el día del Juicio.» Cuando Lanzarote oye estas palabras, dice a Galaz llorando:

–Hijo, ya que me separo de ti para siempre, ruega al Alto Maestro por mí, que no me deje alejarme de su servicio, sino que me proteja de tal forma que sea su servidor terrenal y espiritual.

–Señor –responde Galaz–, ninguna oración vale tanto como la vuestra y por eso os lo recuerdo.

Al momento se separan el uno del otro. Galaz entra en el bosque; el viento sopla a la nave con tal fuerza y vigor que en poco tiempo alejó mucho a Lanzarote de la orilla.

Así se quedó Lanzarote completamente solo en la nave, con el cuerpo de la doncella. Erró más de un mes por el mar, de manera que dormía poco y velaba mucho, rogando a Nuestro Señor entre lloros con mucha amargura que le llevase a un lugar en el que pudiera ver alguna cosa del Santo Grial.

Un día, alrededor de medianoche llegó a un castillo que era muy rico, hermoso y resistente; por detrás del castillo había una puerta que abría hacia el río y que permanecía abierta durante todo el día, por la mañana y por la noche. En aquella parte no tenían puestos guardias, pues había dos leones que custodiaban la entrada, de tal forma que no se podía entrar si no era pasando entre ellos dos, si es que alguien quería entrar por aquella puerta. Cuando llegó la nave a aquel lugar, brillaba la luna con tal claridad que se podía ver bien a lo lejos y de cerca. Entonces oyó una voz que le dijo: «Lanzarote, sal de la nave y entra en el castillo, en el que encontrarás gran parte de lo que buscas y que tanto deseabas ver.» Al oír esto, corre a sus armas y las toma, sin dejar nada de lo que había traído. En cuanto salió, se acercó a la puerta, en la que encuentra a los dos leones, piensa que, sin duda, no podrá escapar sin pelea. Toma la espada y se prepara para defenderse. Tan pronto como Lanzarote cogió la espada, mira hacia arriba y ve venir una mano ardiendo que le golpea en medio del brazo con tanta fuerza que le hizo volar la espada del puño. Entonces oyó una

voz que le dijo: «¡Ay! Hombre de poca fe y de mala creencia, ¿por qué te fías más de tu mano que de tu Creador? ¡Eres muy desdichado, pues piensas que Aquel en cuyo servicio te has metido no vale más que tus armas!»

Lanzarote se asusta tanto por estas palabras y por la mano que le golpeó que cae al suelo completamente aturdido y cuando vuelve en sí no sabe si es de día o de noche. Al cabo de un rato se endereza y dice:

–¡Ay! Buen Padre de Jesucristo, os doy gracias y adoro porque os dignáis en reprenderme por mis errores. Ahora me doy cuenta de que me tenéis por servidor, pues me mostráis señales de mi poca fe.

Entonces Lanzarote vuelve a tomar la espada, la mete en la vaina y dice que no será sacada de allí por él en lo que queda de día, sino que se colocará bajo la compasión de Nuestro Señor. «Y si a Él le agrada que yo muera, será para salvación de mi alma. Y si resulta que me salvo, recibiré un gran honor.» Hizo entonces el signo de la cruz en medio de su frente, se encomienda a Nuestro Señor y se acerca a los leones. Al verlo venir, aquéllos se sientan y no muestran ninguna intención de hacerle daño. Él pasa entre los dos, de tal forma que no le tocan; llega a la calle mayor y continúa subiendo hasta el castillo, de manera que llega a la fortaleza: ya estaban todos acostados dentro del castillo, pues bien podía ser medianoche; llega a las escaleras y las sube, hasta entrar en la gran sala, completamente armado. Cuando estuvo arriba, mira por todas partes, pero no ve ni hombres ni mujeres, por lo que se admira mucho, pues pensaba que un palacio tan bello y unas salas tan hermosas como las que veía no podrían estar nunca desiertas. Continúa avanzando decidido a no detenerse hasta que encuentre a alguien que le diga a dónde ha llegado, pues no sabe en qué país está.

Ha caminado tanto Lanzarote que ha llegado a una habitación cuya puerta estaba cerrada y bien atrancada. La toca y piensa que podrá abrirla, pero no lo consigue; se esfuerza mucho, pero nada le vale para entrar dentro. Presta atención entonces y oye una voz que cantaba con tanta dulzura que no parece que sea voz de cosa mortal, sino espiritual. Le

parecía que decía: «Gloria, alabanza y honor a Ti, Padre de los cielos.» Cuando Lanzarote oye lo que la voz decía, se le enternece el corazón; se arrodilla ante la cámara, pues piensa que el Santo Grial está dentro, y dice llorando: «Buen y dulce Padre de Jesucristo, si alguna vez hice algo que te agradara, buen Señor, por tu piedad, no me desprecies hasta el punto de no mostrarme de alguna manera lo que voy buscando.»

Nada más decir esto, Lanzarote mira ante sí y ve la puerta de la habitación abierta, y al abrirse salió una claridad tan grande como si el sol tuviera allí su aposento. Por el gran resplandor que salía, se iluminó tanto la casa como si todos los cirios del mundo se hubieran encendido. Cuando vio esto le entra tal alegría y tal deseo de ver de dónde venía aquella gran claridad que olvida todas las cosas; se acerca a la puerta de la habitación y pretende entrar cuando una voz le dice: «Huye, Lanzarote, no entres, pues no debes hacerlo. Si a pesar de esta prohibición entras, te arrepentirás.» Al oír esto, Lanzarote retrocede muy dolorido, porque habría entrado con gusto, pero se retuvo por la prohibición que había oído.

Mira dentro de la cámara y ve sobre una mesa de plata el Vaso Santo cubierto con un jamete bermejo; a su alrededor ve ángeles que servían al Vaso Santo, de manera que unos sostenían incensarios de plata y cirios encendidos, mientras que otros tenían una cruz y los adornos del altar y no había ninguno que no hiciera nada. Ante el Vaso Santo estaba sentado un anciano, vestido como sacerdote y parecía que estuviera en el sacramento de la misa. Cuando debía elevar el *Corpus Domini,* le pareció a Lanzarote que sobre las manos del viejo, arriba, había tres hombres: dos de ellos colocaban al más joven entre las manos del sacerdote y éste lo elevaba, haciendo semblante de mostrarlo al pueblo.

Lanzarote, que ve esto, no se admira poco, pues ve al sacerdote tan cargado con la figura que sostiene que piensa que se le caerá al suelo; al verlo, quiere ir a ayudarle porque le parece que ninguno de los que están con él quiere socorrerle. Tiene tantas ganas de ir que no se acuerda de la prohibición que le había sido hecha de que no pusiera el pie dentro. Se acerca a la puerta rápidamente y dice: «¡Ay! Buen Padre de

Jesucristo, no me sea vuelto en pena ni en condena el que yo quiera ayudar a este anciano que lo necesita.» Entra entonces y se dirige hacia la mesa de plata. Cuando se acerca, nota un soplo de viento tan cálido, así le parece, como si estuviera mezclado con fuego y que le golpea en el rostro con tal fuerza que creyó que se le había quemado la cara. No le queda vigor para avanzar más, como aquel que hubiera perdido la fuerza del cuerpo, del oído y de la vista y no le queda ningún miembro del que se pueda valer. Entonces, nota varias manos que lo cogen y lo llevan. Después de zarandearlo, lo echan fuera de la habitación y lo abandonan allí.

La mañana siguiente, cuando amaneció el día hermoso y claro, y los de allí se levantaron, encontraron a Lanzarote que yacía ante la puerta de la habitación y se preguntaron admirados qué podría ser. Le invitan a levantarse, pero no da muestras de oírles y tampoco se mueve. Al ver esto, dicen que está muerto: lo desarman pronta y rápidamente y le miran por todas partes para ver si está vivo. Encuentran que no está muerto, sino lleno de vida, pero no puede hablar ni decir palabra: es como un montón de tierra. Lo toman y se lo llevan en brazos a una de las habitaciones y lo acostaron en un lecho muy rico, lejos de la gente, para que el barullo no le haga daño. Lo cuidan en lo que pueden y permanecen todo el día a su lado, dirigiéndole muchas veces la palabra para saber si puede hablar, pero él no contesta ni hace muestras de haber hablado nunca. Le toman el pulso, miran las venas y se admiran por el caballero, pues está vivo y no puede hablar con ellos; otros dicen que no saben a qué puede deberse, a no ser por venganza o manifestación de Nuestro Señor.

Todo aquel día permanecen ante Lanzarote y también el tercer y el cuarto día. Unos decían que estaba muerto y otros que estaba vivo.

–En el nombre de Dios –dijo un anciano que estaba allí y que sabía mucho de física–, os digo que, en verdad, no está muerto, antes bien está tan lleno de vida como el más fuerte de nosotros; por eso aconsejo que sea guardado bien y con riqueza hasta que Nuestro Señor le devuelva la salud que tuvo alguna vez: entonces sabremos la verdad sobre él, quién es y de qué

tierra. Ciertamente, si yo supe alguna vez algo, creo que éste ha sido uno de los buenos caballeros del mundo y lo será aún si quiere Nuestro Señor, pues no tiene trazas de morir, según me parece; pero no digo que no pueda permanecer mucho tiempo en el estado en que está ahora.

Así habló de Lanzarote el anciano, como quien era muy sabio y prudente: nunca señaló nada que no fuera verdad, tal como había predicho. Lo acompañaron así, pues, durante veinticuatro días y veinticuatro noches, sin que bebiera ni comiera, no salió una palabra de su boca, ni movió un pie, ni una mano, ni ningún miembro, ni hizo semblante de estar vivo por nada que apareció allí dentro. Y, sin embargo, daba pena a todos, que veían que estaba vivo y se lamentaban mucho, diciendo: «¡Dios, qué tristeza que este caballero que parecía tan valiente y noble y que era tan hermoso haya sido puesto por Dios en tal punto y en tal extremo!»

Así decían de Lanzarote muchas veces los de dentro y lloraban; pero no sabían tanto que pudieran identificarlo. Y, sin embargo, había allí muchos caballeros que lo habían visto tantas veces que deberían conocerlo bien.

En tal forma yació Lanzarote veinticuatro días y los de allí no esperaban más que la muerte. El día vigésimo cuarto, hacia mediodía, abrió los ojos y al ver a la gente comenzó a hacer un gran duelo diciendo:

–¡Ay! Dios, ¿por qué me habéis despertado tan pronto? Estaba tan a gusto como no volveré a estar. ¡Ay! Buen Padre Jesucristo, ¿quién podrá ser tan bienaventurado y tan noble que pueda ver abiertamente las grandes maravillas de vuestros misterios y todas aquellas cosas en las que fueron cegadas mi mirada pecadora y mi vista sucia por las inmundicias terrenas?

Cuando los que había alrededor de Lanzarote oyeron estas palabras, tuvieron una gran alegría y le preguntaron qué había visto.

–He visto –contestó– unas maravillas tan grandes y tan felices que mi lengua no os las podría descubrir de ninguna forma y mi mismo corazón no las podría pensar de lo grandes que son, pues no ha sido una cosa terrena, sino espiritual; y si no hubiera sido por mis grandes pecados y mi gran desdicha,

aún hubiera visto más, pero perdí la vista de mis ojos y la fuerza del cuerpo por la gran deslealtad que Dios había visto en mí.

Y dirigiéndose a los que estaban allí, les dijo Lanzarote:

–Buenos señores, me extraño de cómo me hallo en este lugar, pues no recuerdo cómo fui puesto en él, ni de qué forma.

Le cuentan todo lo que habían visto de él y cómo había permanecido con ellos veinticuatro días, de tal forma que no sabían si estaba vivo o muerto. Al oír estas palabras, comienza a meditar por qué había permanecido tanto en ese estado, hasta que llegó a la conclusión de que había servido al Enemigo durante veinticuatro años y por eso Nuestro Señor le impuso la penitencia de perder durante veinticuatro días la fuerza del cuerpo y de los miembros. Entonces miró Lanzarote ante sí y vio el sayal que había llevado casi durante medio año y del que estaba desnudo ahora: le pesa mucho, pues le parece que con esto ha roto su juramento. Le preguntan qué tal está y él les contesta que sano y salvo, gracias a Dios.

–Pero, por Dios –les pregunta–, decidme en dónde estoy.

Le responden que está en el castillo de Corbenic.

Entonces se acercó una doncella a Lanzarote, trayéndole un vestido de lino limpio y nuevo; pero él no quiere ponérselo, sino que cogió el sayal. Cuando los que había alrededor vieron esto, le dijeron:

–Señor caballero, podéis dejar el sayal, pues vuestra búsqueda ha terminado; en vano trabajaréis más para hallar el Santo Grial; sabed que no veréis más de lo que ya habéis visto. Ahora nos traerá Dios a los que deben ver más.

A pesar de estas palabras, Lanzarote no quiso dejar nada, antes bien, tomó el sayal y se lo vistió y después se puso el vestido de lino por encima y además una túnica de tela roja que le trajeron. Cuando ya estaba vestido y preparado, vienen a verle todos los de allí, que tienen por gran maravilla lo que Dios ha hecho con él. Apenas le han mirado, cuando lo reconocen y le dicen:

–¡Ay! Señor Lanzarote, ¿sois vos?

Él les dice que así es. Comienza entonces una alegría enorme allí. Las noticias van y vienen de unos a otros de tal

forma que el rey Pelés oye hablar del suceso, pues le dice un caballero:

–Señor, os puedo contar maravillas.

–¿De qué? –pregunta el rey.

–Por mi fe, el caballero que ha yacido tantos días como muerto se ha levantado ahora sano y salvo: sabed que es Lanzarote del Lago.

Al oír esto, el rey se alegra mucho y va a verlo. Cuando Lanzarote lo ve venir, se pone en pie, le dice que sea bienvenido y le muestra un gran júbilo. El rey le da noticias de su hermosa hija que había muerto, aquella en quien Galaz había sido engendrado. A Lanzarote le pesa mucho, porque era una gentil dama, de alto linaje.

Allí se quedó Lanzarote cuatro días, durante los cuales el rey le mostró una gran alegría, pues había deseado mucho tenerle consigo. El quinto día, cuando se iba a sentar para cenar, les sucedió que el Santo Grial había servido las mesas de tal forma que ningún hombre podría pensar en mayor abundancia. Mientras cenaban, les ocurrió un suceso que tuvieron como gran maravilla, pues vieron que las puertas del palacio se cerraban sin que nadie las tocara y se admiraron mucho de esto. Un caballero armado con todas las armas y montado sobre un gran caballo llegó a la puerta principal y comenzó a gritar: «¡Abrid, abrid!», y los de dentro no le quisieron abrir. Aquél continuó gritando y les molestó tanto que el mismo rey dejó de comer, se levantó y se acercó a una de las ventanas del palacio que daban a la parte donde estaba el caballero. Le miró y al verlo esperando delante de la puerta, le dijo:

–Señor caballero, no entraréis; nadie, que esté montado tan alto como vos estáis, entrará mientras el Santo Grial permanezca dentro. Iros a vuestro país, pues ciertamente no sois uno de los compañeros de la Búsqueda, sino que sois de los que han abandonado el servicio de Jesucristo y se han puesto al servicio del Enemigo.

Cuando el caballero oye estas palabras, se desazona mucho y le entra una tristeza tan grande que no sabe qué hacer. Entonces se vuelve; el rey lo llama y le dice:

–Señor caballero, ya que habéis venido aquí, os ruego que

me digáis quién sois.

–Señor –le contesta–, soy del reino de Logres y me llamo Héctor de Mares; soy hermano de Lanzarote del Lago.

–Por el nombre de Dios –dice el rey–, ahora sé bien quién sois; lo siento bastante más que antes, pues antes no me preocupaba y ahora sí que me preocupa por amor a vuestro hermano que está aquí dentro.

Cuando Héctor oye que su hermano está allí, que era el hombre del mundo al que más admiraba por lo mucho que le quería, dijo:

–¡Ay! Dios, ahora se dobla mi vergüenza y crece más y más. Ya no seré nunca tan atrevido como para ir ante mi hermano, pues he fracasado en aquello en lo que los nobles y verdaderos caballeros no fracasarán. ¡Ciertamente me dijo verdad el anciano de la colina cuando nos aclaró a mí y a Galván el sentido de nuestros sueños!

Héctor se marchó entonces del patio, yéndose del castillo lo más deprisa que podía su caballo. Cuando los del castillo lo ven huir así, le gritan, le dan voces y maldicen la hora en que nació; le llaman mal caballero y cobarde; él tiene tan gran dolor que quisiera estar muerto. Huye hasta salir fuera del castillo; entonces se dirige al bosque, hacia la parte por donde lo ve más tupido. El rey Pelés vuelve al lado de Lanzarote y le cuenta las noticias de su hermano; aquél lo siente tanto que no sabe qué debe hacer: no puede ocultar su dolor sin que se den cuenta los de dentro, pues le ven correr las lágrimas por el rostro. Por esto se arrepiente mucho el rey de habérselo dicho y no lo hubiera hecho de ninguna forma si hubiera sabido que Lanzarote se entristecería tanto.

Después de cenar, Lanzarote pidió al rey que le trajeran las armas, pues querría ir al reino de Logres, a donde no había ido hacía más de un año.

–Señor –dijo el rey–, os ruego por Dios que me perdonéis por haberos dado noticias de vuestro hermano.

Él le dijo que se lo perdonaba con gusto; entonces pide el rey que le traigan las armas: se las traen y las toma. Cuando ya está preparado, que no le falta más que montar, el rey hace que le lleven al patio un caballo fuerte y rápido; le dice que

monte y él así lo hace. Cuando está montado, que ya ha obtenido licencia de todos, se marcha y cabalga largas jornadas por tierras extrañas.

Una noche se albergó Lanzarote en una abadía blanca, en la que los frailes le hicieron un gran honor, por ser un caballero andante. La mañana siguiente, después de oír misa, cuando iba a irse del monasterio, miró hacia la derecha y vio una tumba muy rica y hermosa, que estaba recién hecha al parecer. Se vuelve hacia aquella parte para ver qué era; cuando ya estaba cerca, la encontró tan bella que bien le parecía que en ella debe yacer un rico príncipe. Mira la cabecera y ve unas letras que dicen: «AQUÍ YACE EL REY BANDEMAGUS DE GORRE, A QUIEN MATÓ GALVÁN, EL SOBRINO DEL REY ARTURO.» Al oír esto, lo siente mucho, pues tenía un gran amor al rey Bandemagus y si hubiera sido otro que Galván el que lo mató, no escaparía a la muerte. Llora amargamente y hace un duelo digno de admiración diciendo que ésta es una calamidad muy luctuosa para los de la casa del rey Arturo y para muchos otros nobles.

Aquel día permaneció Lanzarote allí muy apenado y entristecido por amor al noble rey que le había hecho muchos honores. La mañana siguiente, después de armarse, montó en su caballo y encomendó a los frailes a Dios, volviendo a tomar su camino. Erró muchas jornadas, según le llevaba la ventura; así llegó a las tumbas en las que las espadas estaban derechas. Tan pronto como vio esto, se dirigió hacia allá a caballo y contempló las tumbas. Después se alejó del lugar y vagó hasta llegar a la corte del rey Arturo, donde todos mostraron una gran alegría nada más verle, pues deseaban mucho que vinieran él y los demás compañeros, de los que habían vuelto muy pocos y los que habían vuelto no habían conseguido nada de la Búsqueda, por lo que estaban muy avergonzados. La historia deja aquí de hablar de todos ellos y vuelve a Galaz, el hijo de Lanzarote del Lago.

XV

Cuenta ahora la historia que cuando Galaz se separó de Lanzarote, cabalgó muchas jornadas a la ventura, una vez

hacia delante y otra hacia atrás, hasta que llegó a una abadía en la que estaba el rey Mordraín; cuando oyó la noticia del rey que esperaba al Buen Caballero, pensó que iría a verlo. La mañana siguiente, tan pronto como hubo oído misa, fue a donde estaba el rey; al entrar, el rey, que hacía tiempo que había perdido la vista y la fuerza del cuerpo por la voluntad de Nuestro Señor, vio claro tan pronto como se le acercó. Se incorporó rápidamente y dijo a Galaz:

–Galaz, servidor de Dios, verdadero caballero cuya venida he esperado durante tanto tiempo, abrázame y déjame descansar sobre tu pecho, de tal forma que pueda morir entre tus brazos, pues tú eres tan limpio y virgen sobre todos los demás caballeros como la flor de lis, en la que se simboliza la virginidad, que es más blanca que todas las demás. Tú eres lis en virginidad, eres rosa verdadera, auténtica flor en virtud y en color de fuego, pues el fuego del Espíritu Santo está tan prendido y encendido en ti que mi carne, que estaba completamente muerta y envejecida, ha rejuvenecido ya en virtud.

Cuando Galaz oye estas palabras, se sienta a la cabecera del rey, le abraza y se lo pone delante porque el anciano deseaba descansar así, éste se inclina hacia él y, abrazándole por el costado, empieza a apretarle diciendo:

–Buen Padre de Jesucristo, ya se ha cumplido mi voluntad. Ahora te pido que vengas a buscarme a este punto en el que estoy, pues no podría morir en un lugar tan agradable y tan a mi gusto a no ser este mismo sitio, pues en esta gran alegría, que he deseado durante tanto tiempo, no hay más que rosas y flores de lis.

En cuanto acabó esta oración a Nuestro Señor, fue evidente que Nuestro Señor había oído su ruego, pues al punto entregó su alma a Aquel a quien había servido durante tanto tiempo y murió entre los brazos de Galaz. Al enterarse los de dentro de estos hechos, vinieron al cuerpo y encontraron que todas las heridas que había soportado tanto, habían sanado: lo tuvieron como gran milagro. Prepararon el cuerpo según convenía a rey y lo enterraron allí mismo.

Galaz se quedó en aquel lugar dos días. El tercero se marchó

y cabalgó muchos días hasta llegar al Bosque Peligroso, en el que encontró la fuente que hervía con grandes olas, tal como contó la historia más arriba. Tan pronto como la tocó, se alejó de aquélla el ardor y el calor, pues en él no había habido nunca calentamiento de lujuria. Los del país tuvieron esto como gran maravilla en cuanto oyeron que el agua se había enfriado. Desde entonces, perdió el nombre que tenía antes y fue llamada, en adelante, la Fuente de Galaz.

Después de llevar a cabo esta aventura, llegó a la entrada de Gorre y tal como le llevaba la fortuna llegó a la abadía en la que Lanzarote había estado antes, en la que encontró la tumba de Galaad, rey de Hoselice, hijo de José de Arimatea, y la tumba de Simeón, donde había muerto. Al entrar, miró la cripta que había bajo el monasterio: cuando vio la tumba que ardía tan admirablemente, preguntó a los frailes qué era aquello.

–Señor –le contestaron–, es algo maravilloso que sólo puede ser terminado por aquel que sobrepasará en bondad y caballería a todos los compañeros de la Mesa Redonda.

–Si os agrada –les dijo–, querría que me llevaseis a la puerta por donde se entra.

Le responden que lo harán con gusto. Le llevan a la entrada de la cripta y desciende por las escaleras. En cuanto llegó a la tumba, desapareció el fuego, y la llama, que durante mucho tiempo había sido grande y admirable, remitió por la llegada de aquel en quien no había mal calor. Se acercó a la tumba y la levantó: dentro vio el cuerpo de Simeón que había muerto; tan pronto como remitió el calor, oyó una voz que le dijo: «Galaz, Galaz, debéis dar muchas gracias a Nuestro Señor por haberos dado tan grandes virtudes, pues por vuestra buena vida podéis sacar las almas de la pena terrenal y llevarlas a la alegría del Paraíso. Yo soy Simeón, vuestro antepasado, que en el gran calor que habéis visto permanecí trescientos cincuenta y cuatro años para purgar un pecado que cometí antaño contra José de Arimatea. Y a pesar de la pena sufrida, yo me habría perdido y condenado, pero la gracia del Espíritu Santo, que actúa en vos más que la caballería terrena, me ha tenido compasión por la gran humildad que hay en vos y me ha quitado,

afortunadamente, del dolor terreno y me ha llevado a la alegría de los cielos sólo por la gracia de vuestra venida.»

Los de allí, que habían bajado tan pronto como la llama se extinguió, oyeron estas palabras y lo tuvieron por gran maravilla y por milagro. Galaz tomó el cuerpo y lo sacó de la tumba en la que había estado tanto tiempo y lo llevó en medio del monasterio. Después de hacer esto, los frailes lo tomaron y lo enterraron como corresponde a caballero, pues él había sido caballero; le hicieron oficios como se le debían hacer y lo enterraron ante el altar mayor. Cuando lo hubieron hecho todo, fueron a Galaz, mostrándole una honra tan grande que no se podía más; le preguntaron de dónde era y de qué gente. Él les contó la verdad.

La mañana siguiente, después de oír misa, Galaz se marchó encomendando los frailes a Dios; tomó el camino y cabalgó así cinco años completos hasta llegar a la casa del Rey Tullido. Y durante los cinco años le acompañó Perceval por todas partes. En este tiempo llevaron a cabo todas las aventuras del reino de Logres que venían sucediendo por manifestación maravillosa de Nuestro Señor. Y en ninguno de los lugares a los que fueron, por mucha abundancia de gente que hubiera, se desconfortaron, ni desmayaron, ni tuvieron miedo.

Un día, al salir de un gran bosque admirable, encontraron en el camino a Boores, que cabalgaba completamente solo. En cuanto lo conocieron, no preguntéis si se pusieron alegres y contentos, pues habían estado sin él mucho tiempo y deseaban verle en gran manera. Se alegran, honran y felicitan mutuamente. Después, le preguntan cómo le ha ido; él les cuenta todo y cómo se ha comportado: dice que hace fácilmente cinco años que no se ha acostado más de cuatro veces en cama ni en hostal en el que hubiera gente, sino en bosques desconocidos y en montañas alejadas, en las que habría muerto más de cien veces de no haber sido por la gracia del Espíritu Santo que le reconfortaba y sostenía en todas sus desdichas.

–Y ¿encontrasteis algo de lo que vamos buscando? –preguntó Perceval.

–Ciertamente –le respondió–, no; pero creo que no nos

separaremos antes de haber dado con el motivo por el que esta Búsqueda comenzó.

–¡Que Dios nos lo otorgue! –dijo Galaz–. Y así me salve Dios, no sé de nada que me pueda alegrar tanto como vuestra venida, pues la quería y la deseaba mucho.

Así reunió el destino a los tres compañeros a los que el destino había separado. Cabalgaron mucho tiempo, hasta que un día llegaron al castillo de Corbenic. Cuando estuvieron dentro, que el rey los reconoció, se produjo una gran alegría, pues sabían que con esta llegada terminarían las aventuras del castillo, que habían durado tanto tiempo. La noticia fue por todas partes, hasta que todos acudieron a verlos. El rey Pelés llora sobre Galaz, nieto suyo, y lo mismo hacen todos los demás que lo conocían desde niño.

Cuando se hubieron desarmado, Eliezer, hijo del rey Pelés, trajo ante ellos la Espada Rota, de la cual ya ha hablado la historia, que fue aquella que hirió a José en medio del muslo. La desenvaina y les cuenta cómo se rompió; entonces, Boores la toma por si puede unirla, pero no pudo ser. Al ver que ha fracasado, la entregó a Perceval, y dijo:

–Señor, intentad a ver si este hecho será llevado a fin por vos.

–Con gusto –le responde.

Toma la espada tal como estaba y junta los dos trozos, pero no se unieron de ninguna forma. Cuando ve esto, dice a Galaz:

–Señor, nosotros hemos fracasado en esta aventura. Ahora conviene que vos lo intentéis y si vos también fracasáis, pienso que no será llevada a cabo por hombre mortal.

Entonces toma Galaz los dos pedazos de la espada y los ajusta: se unen de manera tan perfecta que no hay hombre en el mundo capaz de reconocer la ruptura anterior, y ni siquiera de que estuvo rota.

Cuando los compañeros observan esto, dicen que Dios les ha mostrado un buen comienzo y que bien creen que fácilmente terminarán con los demás hechos, pues esta aventura ha podido ser llevada a fin. Los de allí, al ver que la aventura de la espada ha concluido, manifiestan una admirable alegría. La entregaron a Boores y le dijeron que no podría ser mejor

empleada, pues era un caballero bueno y sensato.

A la hora de vísperas, empezó a oscurecer y a cargarse el cielo y se levantó un viento fuerte y grande que golpeaba en la misma sala: era tan cálido que la mayoría de ellos pensaron estar ardiendo y algunos cayeron desmayados por el gran miedo que tenían. Entonces oyeron una voz que dijo: «Los que no deben sentarse en la mesa de Jesucristo que se vayan, pues ahora serán saciados con el alimento del cielo los verdaderos caballeros.»

Al oír estas palabras, salieron todos sin esperar más, a excepción del rey Pelés, que era muy buen hombre y de santa vida; de Eliezer, su hijo, y una doncella, descendiente del rey, que era lo más santo y religioso que se conocía en la tierra. Con estos tres se quedaron los tres compañeros, por ver qué manifestación quería hacerles Nuestro Señor. Al poco rato vieron venir por la puerta a nueve caballeros armados, que se quitan los yelmos y las armaduras y se acercan a Galaz; se inclinan ante él y dicen:

–Señor, mucho nos hemos apresurado para estar con vos a la mesa en la que se repartirá la Alta Comida.

Éste les responde que han llegado a tiempo, pues tampoco hace mucho que llegaron ellos. Se sientan todos en medio de la sala; Galaz les pregunta de dónde son; tres contestan que son de Gaula, otros tres dicen que son de Irlanda y los demás que son de Dinamarca.

Mientras hablaban así, ven salir de una de aquellas habitaciones un lecho de madera, traído por cuatro doncellas. En el lecho yacía un anciano enfermo al parecer, que llevaba una corona de oro a la cabeza. Al llegar al centro de la sala, lo dejan y se marchan. Aquél levanta la cabeza y dice a Galaz:

–Señor, ¡sed bienvenido! He deseado mucho veros y he esperado largo tiempo vuestra llegada en tal pena y angustia que cualquier otro no lo habría podido soportar; pero, si Dios quiere, ha llegado ahora el momento en que mi dolor se aliviará y en que yo moriré tal como me fue prometido hace tiempo.

Mientras hablaba de este modo, oyeron una voz que decía: «El que no haya sido compañero en la Búsqueda del Santo

Grial que se vaya, pues no tiene derecho a permanecer más.»

Tan pronto como fueron pronunciadas estas palabras, salieron el rey Pelés, su hijo Eliezer y la doncella. Cuando la sala quedó vacía, sólo con los que se sentían como compañeros en la Búsqueda, les pareció a los que habían permanecido que de la parte del cielo bajaba un hombre vestido a semejanza de obispo, con una cruz en la mano y mitra a la cabeza; lo llevaban cuatro ángeles en una silla riquísima y lo sentaron junto a la mesa sobre la que estaba el Santo Grial. El que había sido traído con figura de obispo tenía unas letras en su frente que decían: «HE AQUÍ A JOSOFES, EL PRIMER OBISPO DE LOS CRISTIANOS, EL MISMO A QUIEN NUESTRO SEÑOR CONSAGRÓ EN LA CIUDAD DE SARRAZ, EN EL PALACIO ESPIRITUAL.» Los caballeros que ven esto y saben de letras, se extrañan mucho, pues este Josofes del que hablan las letras había muerto hacía más de trescientos años. Les habla diciéndoles:

–¡Ay!, caballeros de Dios, servidores de Jesucristo, no os admiréis si me veis ante vos tal como estoy con este Vaso Santo, pues del mismo modo que yo le serví en la tierra, así soy su siervo en espíritu.

Después de decir esto, se dirige hacia la mesa de plata; se acoda y arrodilla ante el altar y después de estar allí un gran rato presta atención y oye que se abre la puerta de la habitación y que da un golpe muy fuerte. Mira hacia aquella parte y los demás hacen lo mismo: ven salir a los ángeles que habían traído a Josofes, de los cuales dos llevaban sendos cirios; el tercero una tela de jamete rojo y el cuarto una lanza que sangraba tan abundantemente que las gotas caían en un recipiente que llevaba en la otra mano. Colocaron los dos cirios sobre la mesa; el tercero puso la tela junto al Santo Vaso y el cuarto sostuvo la lanza completamente recta sobre el mismo recipiente, de tal forma que caía dentro de él la sangre que corría por el asta abajo. Nada más hacer esto, se levantó Josofes y retiró un poco la lanza de encima del Santo Vaso y lo cubrió con la tela.

A continuación hizo como que iba a comenzar el sacramento de la misa. Después de permanecer así un rato, tomó de dentro del Santo Vaso una oblea que estaba hecha a semejanza de pan. Al elevarla, descendió del cielo una figura

como de niño, cuyo rostro era tan rojo y ardiente como el fuego; se metió en el pan, de tal modo que los que estaban en la sala vieron sin dificultad que el pan tenía forma de hombre de carne. Después de haberlo sostenido un buen rato, Josofes lo volvió a meter en el Santo Vaso.

Después de hacer lo que el sacerdote hace en el servicio de la misa, se acercó a Galaz, lo besó y le dijo que besara a sus hermanos. Así lo hizo. A continuación les dijo:

–Servidores de Jesucristo, que os habéis esforzado y habéis sufrido por ver una parte de las maravillas del Santo Grial, sentaos en esta mesa: quedaréis saciados con la mejor comida que nunca degustó ningún caballero, repartida por la mano misma de vuestro Salvador. Podréis decir que en buena hora os esforzasteis, pues hoy recibiréis la más alta recompensa que nunca recibió caballero.

Tras decir esto, Josofes desapareció de entre ellos, de tal forma que no supieron qué había sido de él. Se sentaron a la mesa con gran tristeza y comienzan a llorar con tal amargura que sus rostros se mojan.

Miran entonces los compañeros y ven salir del Santo Vaso a un hombre desnudo, con las manos, los pies y el corazón sangrando, que les dijo: «Caballeros y servidores míos y de mi leal hijo, que en vida mortal habéis llegado a ser espirituales, que me habéis buscado tanto que no puedo ocultarme a vosotros durante más tiempo, es necesario que veáis parte de mis secretos y de mis misterios, pues habéis hecho tantas cosas que ya estáis sentados a mi mesa, a la cual no comió ningún caballero desde los tiempos de José de Arimatea. Los restantes tuvieron lo que tienen los servidores: es decir, los caballeros actuales y muchos otros han sido saciados con la gracia del Santo Vaso, pero nunca estuvieron como vosotros estáis ahora. Tomad y recibid el alto alimento que habéis deseado durante tanto tiempo y por el que habéis trabajado tanto.»

Entonces Él mismo tomó el Santo Vaso y se acercó a Galaz; éste se arrodilla cuando le da su Salvador. Lo recibe gozoso con las manos juntas y lo mismo hace cada uno de los demás, y no le pareció a ninguno que no le metiera en la boca el trozo semejante a pan. Cuando todos hubieron recibido el alto

alimento, que les parecía tan dulce y maravilloso que creían que todas las suavidades que se pueden pensar con el corazón estaban dentro de su cuerpo, Aquel que así les había saciado dijo a Galaz:

–Hijo, tan limpio y puro como hombre terreno puede ser, ¿sabes qué tengo entre mis manos?

–De ninguna manera –le contestó–, si no me lo decís vos.

–Es –le dijo– la escudilla en la que Jesucristo comió el cordero el día de Pascua con sus discípulos. Es la escudilla que ha servido a todos aquellos que he encontrado en mi servicio; es la escudilla que no vio ningún hombre de poca fe sin que le pesara mucho. Y porque ha servido abundantemente a todos, debe ser llamada el Santo Grial. Ya has visto lo que tanto querías y deseabas ver, pero aún no lo has visto tan al descubierto como lo verás. ¿Sabes dónde tendrá lugar esto? En la ciudad de Sarraz, en el palacio espiritual: por eso debes irte de aquí en compañía de este Santo Vaso que esta misma noche se alejará del reino de Logres de tal forma que no volverá a ser visto y que no volverá a haber más acontecimientos extraños. ¿Sabes por qué se va? Porque no es servido y honrado por los de esta tierra como le corresponde, pues se han vuelto a peor vida y más mundana aquellos que fueron saciados antaño por la gracia de este Santo Vaso. Y ya que lo han recompensado tan mal, les desvisto de los honores que les había concedido. Por eso quiero que mañana por la mañana vayas al mar, donde encontrarás la nave en la que tomaste la Espada del Extraño Tahalí; para que no vayas solo, quiero que lleves contigo a Perceval y a Boores. No deseo que te marches de esta tierra sin que el Rey Tullido haya sanado; por eso, tomarás sangre de esta lanza y se la untarás en las piernas: con esto quedará sano; ninguna otra cosa podrá curarle.

–¡Ay! Señor –dijo Galaz–, ¿por qué no permitís que vengan todos conmigo?

–Porque no lo quiero así –le contestó–, sino que lo hago a semejanza de mis Apóstoles; pues del mismo modo que comieron conmigo el día de la cena, igualmente coméis vosotros ahora conmigo en la mesa del Santo Grial y ya sois doce, como doce fueron los Apóstoles. Y yo soy el

decimotercero, por encima de vosotros, que debo ser vuestro maestro y vuestro pastor. Y del mismo modo que yo los separé y los hice ir por el universo mundo a predicar la verdadera ley, igualmente os separo a unos de los otros. Y todos moriréis en este servicio a excepción de uno.

Les da la bendición y se desvanece de tal forma que no supieron qué había sido de él y sólo lo vieron ir hacia el cielo.

Galaz se acercó a la lanza que estaba puesta encima de la mesa, tocó la sangre y después se dirigió al Rey Tullido y le untó con ella las piernas en donde había sido herido. Éste se vistió al momento y salió del lecho sano y salvo. Dio gracias a Nuestro Señor por haberle curado tan súbitamente; después vivió mucho tiempo, pero no fue en el siglo, sino que se entregó a una orden de monjes blancos. Por su amor hizo muchos milagros hermosos Nuestro Señor, de los que no habla aquí la historia porque sería una gran tarea.

Alrededor de medianoche, después de orar un buen rato a Nuestro Señor, que por su piedad los condujera a la salvación de sus almas fuesen a donde fuesen, bajó una voz entre ellos que les dijo: «Hijos míos, y no hijastros míos, amigos míos, y no guerreros míos, salid de aquí y marchad a donde penséis que podréis hacer lo mejor, según os lleve el destino.» Al oír esto, responden todos a la vez:

–Padre de los cielos, bendito seas Tú que te dignas a tenernos como hijos y amigos. Bien nos damos cuenta ahora de que hemos terminado con nuestras penas.

En esto, salen de la sala y descienden al patio, encontrando armas y caballos; se preparan y montan. Cuando ya están sobre los caballos, abandonan el castillo mientras se preguntan quiénes son, para conocerse los unos a los otros. Resulta que de los tres que había de Gaula, uno era Claudín, hijo del rey Claudas, y los otros, fueran del lugar que fuera, eran bastante gentiles y de elevado linaje. A la hora de marchar, se besaron como hermanos, lloraron con ternura y todos dijeron a Galaz:

–Señor, sabed que en verdad nunca tuvimos una alegría semejante a la que tuvimos en el momento en que nos enteramos de que os acompañaríamos, y nunca hubo un dolor tan grande como el que tenemos al separarnos de vos tan

pronto; pero vemos bien que esta separación agrada a Nuestro Señor y por eso conviene que nos dejemos sin hacer duelo.

–Buenos señores –dijo Galaz–, si amasteis mi compañía, tanto más amé yo la vuestra; pero bien podéis ver que es imposible seguir de compañeros. Por eso, os encomiendo a Dios y os ruego, si vais a la corte del rey Arturo, que me saludéis a Lanzarote, mi padre, y a los de la Mesa Redonda.

Le responden que, si van hacia allá, no lo olvidarán.

Así se separan unos de otros. Galaz toma el camino con sus compañeros y cabalgan los tres juntos hasta llegar al mar en menos de cuatro días; y hubieran llegado aun antes, pero no seguían el camino recto, como quienes no conocen demasiado bien los caminos.

Cuando llegaron al mar, encontraron a la orilla la nave, aquella en la que había sido hallada la Espada del Extraño Tahalí, y vieron al costado de la nave las letras que decían que no entrara en ella nadie si no era firmemente creyente en Jesucristo. Al acercarse a la borda y mirar dentro, vieron que en medio del lecho que había en la nave estaba la mesa de plata que habían dejado en casa del Rey Tullido; el Santo Grial estaba encima, cubierto con un jamete bermejo, hecho a semejanza de tela. Cuando los compañeros ven esto, se lo fueron mostrando unos a otros y decían que habían tenido suerte, pues lo que más querían y deseaban ver les acompañaría hasta donde tuvieran que quedarse. Se persignan entonces y se encomiendan a Nuestro Señor al entrar en la nave. Tan pronto como penetraron, el viento, que antes estaba en calma y sereno, dio sobre la vela con tal fuerza que hizo que la nave se alejara de la orilla y la empujó a alta mar. Comenzó entonces a ir muy deprisa, tal como el viento la llevaba, cada vez con más y más fuerza.

De tal forma vagaron por el mar mucho tiempo, sin saber a dónde les llevaba Dios. Siempre que se acostaba y levantaba, Galaz rogaba a Nuestro Señor que le permitiera abandonar la vida en el momento en que se lo pidiese. Tantas veces hizo este ruego, por la mañana y por la noche, que la voz divina le dijo: «No desmayes, Galaz, pues Nuestro Señor hará tu voluntad en lo que le pides: en el momento en que le pidas la muerte de tu

cuerpo, la tendrás y recibirás la vida del alma y el gozo eterno.» Este ruego que Galaz había hecho tantas veces, lo había oído Perceval, y se preguntaba extrañado por qué lo pedía: le suplicó por la amistad y la fe que entre ellos debía haber que le dijera por qué rogaba tal cosa.

–Os lo diré –le contestó Galaz–. Anteayer, cuando vimos parte de las maravillas del Santo Grial que nos mostró Nuestro Señor por su santa piedad, mientras yo contemplaba los misterios que no se descubren a todos, sino solamente a los ministros de Jesucristo, entonces mientras yo veía aquellas cosas que un corazón humano no podría pensar, ni lengua alguna describir, estaba mi corazón en tan gran arrobamiento y en un gozo tan grande que, si hubiera abandonado esta vida en aquel momento, sé bien que ningún hombre habría muerto en ocasión tan feliz como yo, si hubiera muerto, pues había ante mí tal cantidad de ángeles y tal abundancia de cosas espirituales que yo hubiera sido trasladado entonces de la vida terrena a la vida celestial, a la alegría de los gloriosos mártires y de los amigos de Nuestro Señor. Y porque pienso que aún estaré en semejante punto o en mejor que en el que estuve entonces viendo aquella gran alegría, por eso hago este ruego que habéis oído. Así deseo abandonar la vida, por la voluntad de Nuestro Señor, viendo las maravillas del Santo Grial.

Así anunció Galaz a Perceval la llegada de la muerte, tal como le había prevenido la respuesta divina. Y según os he contado, perdieron los del reino de Logres por sus pecados el Santo Grial, que tantas veces les había alimentado y saciado. Y del mismo modo que Nuestro Señor lo envió a Galaad a José y a sus descendientes, por su bondad, así se lo quitó a los malos sucesores de aquéllos por la perversidad y la negación que encontró en ellos. Y por esto se puede apreciar de forma clara que los malos descendientes perdieron por su maldad lo que los buenos habían mantenido con su valor.

Mucho tiempo permanecieron en el mar los compañeros; un día dijeron a Galaz: «Señor, no os habéis acostado nunca en esta cama que, según dice la inscripción, fue hecha para vos. Y debéis acostaros, pues la carta afirma que descansaréis en ella.» Él respondió que se echaría a descansar. Se acuesta y

duerme un buen rato. Al despertarse, mira ante sí y ve la ciudad de Sarraz. Entonces llegó una voz a ellos que les dijo: «Salid de la nave, caballeros de Jesucristo; tomad entre los tres esta mesa de plata y llevadla a la ciudad tal como está y no la dejéis hasta que hayáis llegado al palacio espiritual en el que Nuestro Señor consagró a Josofes como primer obispo.»

Cuando ya iban a sacar la mesa, miraron hacia alta mar y vieron venir la nave en la que habían puesto, hacía mucho tiempo, el cuerpo de la hermana de Perceval. Al ver esto, se dijeron: «En nombre de Dios, bien ha mantenido esta doncella su promesa, pues nos ha seguido hasta aquí.» Toman entonces la mesa de plata y la sacan fuera de la nave, Boores y Perceval van delante y Galaz detrás; y comienzan a subir hacia la ciudad. Cuando llegaron a la puerta, Galaz estaba ya muy cansado por el peso de la mesa, que no era nada ligera. Ve entonces a un hombre con muletas que estaba junto a la puerta, que esperaba la limosna de los transeúntes, quienes a menudo le hacían el bien por amor a Jesucristo. Cuando Galaz estaba más cerca, lo llamó y le dijo:

–Buen hombre, ven a ayudarme a llevar ahí arriba, al palacio, esta mesa.

–¡Ay! Señor, por Dios –le contestó–, ¿qué es lo que decís? Hace más de diez años que no puedo caminar sin la ayuda de otro.

–No te preocupes –le responde–, levántate y no temas, pues estás curado.

Al decirle esto Galaz, intenta ponerse en pie; mientras lo intenta, se encuentra tan sano y salvo como si no hubiera padecido ningún mal en su vida. Corre entonces hacia la mesa y la coge por el mismo lado que Galaz. Cuando entra en la ciudad, va diciendo a todos los que encuentra el milagro que Dios le había realizado.

Al llegar arriba, al palacio, vieron la silla que Nuestro Señor construyó antaño para que se sentara Josofes. Mientras tanto, acuden corriendo todos los de la ciudad a ver al hombre tullido que se había enderezado de nuevo. Cuando los compañeros hubieron hecho lo que se les había encomendado, volvieron a la orilla y entraron en la nave en la que estaba la hermana de

Perceval. La toman con todo su lecho y la llevan al palacio, enterrándola con tanta riqueza como corresponde a hija de rey.

Cuando el rey de la ciudad, que se llamaba Ezcorant, vio a los tres compañeros, les preguntó de dónde eran y qué habían traído en aquella mesa de plata. Ellos le dijeron la verdad de cuanto les preguntó, las maravillas del Grial y el poder que en él puso Dios; pero el rey era desleal y cruel, como perteneciente al maldito linaje de los paganos: no creyó nada de lo que le contaron y les dijo que eran desleales traidores. Esperó a que se desarmaran y entonces los hizo apresar por sus gentes y encarcelarlos; los tuvo un año en la prisión sin que salieran nunca. Pero ellos tuvieron suerte, pues tan pronto como fueron encarcelados, Nuestro Señor, que no los olvidaba, les envió el Santo Grial para que les hiciera compañía, por su gracia fueron alimentados todo el tiempo que estuvieron en la cárcel.

Al cabo del año, Galaz se quejó a Nuestro Señor diciéndole: «Señor, creo que ya he permanecido bastante tiempo en esta vida: si os agrada, sacadme pronto.» Aquel mismo día, Ezcorant yacía en el lecho, enfermo de muerte. Los llamó ante sí y les pidió perdón porque los había tratado mal sin razón. Ellos se lo perdonaron con gusto, y al punto murió.

Una vez enterrado, los de la ciudad se entristecieron mucho, pues no sabían a quién podían nombrar rey. Tomaron consejo mucho tiempo y los que estaban en el consejo oyeron una voz que les dijo: «Tomad al más joven de los tres compañeros; él os protegerá bien y os dará buenos consejos mientras esté con vosotros.» Cumplieron la orden de la voz; tomaron a Galaz, lo nombraron señor de todos ellos, quisiese o no, y le pusieron la corona en la cabeza. A él le pesó mucho, pero como vio que era necesario hacerlo aceptó, pues si no lo hubieran matado.

Al ser nombrado señor de la tierra, Galaz mandó construir, por encima de la mesa de plata, un arca de oro y de piedras preciosas que cubriera el Santo Vaso. Todas las mañanas, tan pronto como se levantaba, iba con sus compañeros ante el Santo Vaso y hacían allí sus ruegos y sus oraciones.

Al cabo de un año, el mismo día que Galaz se había ceñido la corona, se levantó muy temprano con sus compañeros.

Fueron al palacio que se llamaba espiritual y al mirar delante del Santo Vaso vieron a un hermoso hombre vestido como obispo, arrodillado ante la mesa y que golpeaba su pecho; a su alrededor había tal cantidad de ángeles como si fuera el mismo Jesucristo. Después de estar un buen rato de rodillas, se levantó y comenzó la misa de la gloriosa Madre de Dios. Al llegar a la consagración, cuando quitó la patena de encima del Santo Vaso, llamó a Galaz y le dijo: «Ven, servidor de Jesucristo, verás lo que tanto tiempo has deseado ver.» Avanza y mira dentro del Santo Vaso. Tan pronto como lo hubo mirado comienza a temblar mucho, pues la carne mortal había contemplado asuntos espirituales. Entonces tiende Galaz sus manos hacia el cielo y dice:

–Señor, te adoro y doy gracias por haber cumplido mi deseo, pues ahora veo con toda claridad lo que ninguna lengua podría describir y ningún corazón pensar. Aquí veo el principio de los grandes atrevimientos y el motivo del valor; aquí veo la maravilla de todas las demás maravillas. Y ya que es así, buen dulce Señor, pues habéis cumplido mi voluntad de dejarme ver lo que siempre deseé, os ruego ahora que igual que estoy, con este gran gozo, permitáis que pase de la vida terrena a la celestial.

Nada más hacer esta petición a Nuestro Señor, el anciano que estaba ante el altar vestido como obispo tomó el *Corpus Domini* de encima de la mesa y lo ofreció a Galaz. Éste lo recibió con mucha humildad y con gran devoción. Apenas había comulgado, el anciano le dijo:

–¿Sabes quién soy?

–Señor, no, si no me lo decís.

–Sabed que soy Josofes, el hijo de José de Arimatea, enviado por Nuestro Señor para hacerte compañía. ¿Sabes por qué me ha mandado antes que a ningún otro? Porque te has parecido a mí en dos aspectos: porque has visto las maravillas del Santo Grial, como yo las vi, y porque has sido virgen como yo soy; es justo que un virgen acompañe a otro.

Después de decirle estas palabras, Galaz va hacia Perceval y le besa, y después a Boores y le dice:

–Boores, saludadme a Lanzarote, mi padre, tan pronto como

lo veáis.

Entonces se volvió Galaz a la mesa y se humilló apoyando en el suelo los codos y las rodillas; apenas había estado un momento cuando cayó de boca sobre el pavimento del palacio, pues su alma ya estaba fuera del cuerpo: los ángeles se la llevaron con gran gozo y dando gracias a Nuestro Señor.

Nada más morir Galaz sucedió algo maravilloso, pues los dos compañeros vieron que una mano venía del cielo, pero no vieron el cuerpo al que pertenecía la mano: descendió directamente al Santo Vaso y lo tomó y también la lanza y se los llevó al cielo, de tal forma que no hubo nadie desde entonces tan osado que se atreviera a decir que había visto el Santo Grial.

Cuando Perceval y Boores vieron que Galaz había muerto, lo sintieron más que nadie y, si no hubieran sido tan buenos y de vida tan santa, pronto habrían caído en la desesperación por el gran amor que le tenían. La gente del país hizo un duelo muy grande y se entristeció mucho. En el mismo sitio donde murió se le hizo la fosa y, tan pronto como fue enterrado, Perceval se metió en una ermita a las afueras de la ciudad, tomando hábitos de religión. Boores marchó con él, pero nunca cambió la ropa de seglar, pues aún debía volver a la corte del rey Arturo. Perceval vivió en la ermita un año y tres días, y después abandonó la vida; Boores hizo que lo enterraran con su hermana y con Galaz en el palacio espiritual.

Cuando Boores vio que se había quedado completamente solo en tierras tan lejanas como eran las de aquella parte de Babilonia, se marchó de Sarraz completamente armado, fue al mar y entró en una nave. Tuvo tanta fortuna que en muy poco tiempo llegó al reino de Logres. Al llegar al país, cabalgó varias jornadas hasta alcanzar Camaloc, donde estaba el rey Arturo. Nunca hubo una alegría tan grande como la que tuvieron por él, pues bien pensaban haberlo perdido para siempre jamás, porque había estado mucho tiempo fuera de aquella tierra.

Después de comer, el rey hizo venir a los clérigos que escribían las aventuras de sus caballeros. Cuando Boores terminó de contar los hechos del Santo Grial, tal como los había visto, fueron puestos por escrito y guardados en los armarios de

Salesbieres, de donde los sacó Maestro Gautier Map para hacer su libro del Santo Grial por amor al rey Enrique, su señor, quien hizo trasladar la historia del latín al francés. Aquí calla la historia y no dice nada más de las Aventuras del Santo Grial.

Título original: *La quête du Graal*

Edición en formato digital: 2021

© de la introducción y traducción: Carlos Alvar
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-332-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es